

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + Make non-commercial use of the files We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + Refrain from automated querying Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + Maintain attribution The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + Keep it legal Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

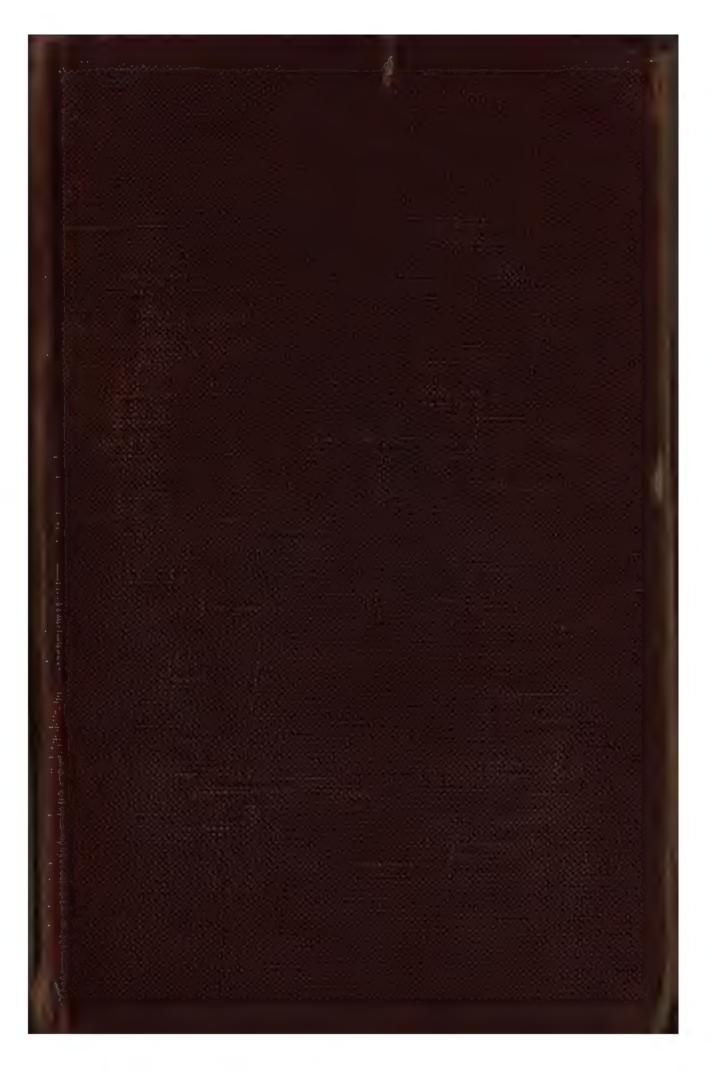
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + No envíe solicitudes automatizadas Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + Conserve la atribución La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + Manténgase siempre dentro de la legalidad Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com









		•	
		•	
	•		-
		•	
	•		
•	•		
	,		



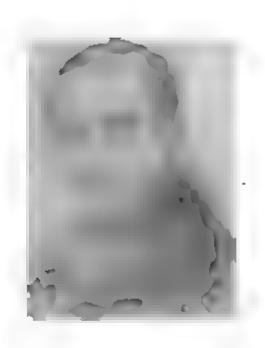
BIBLIOTECA DE AUTORES MÉXICANOS.

Commence of the State of the St

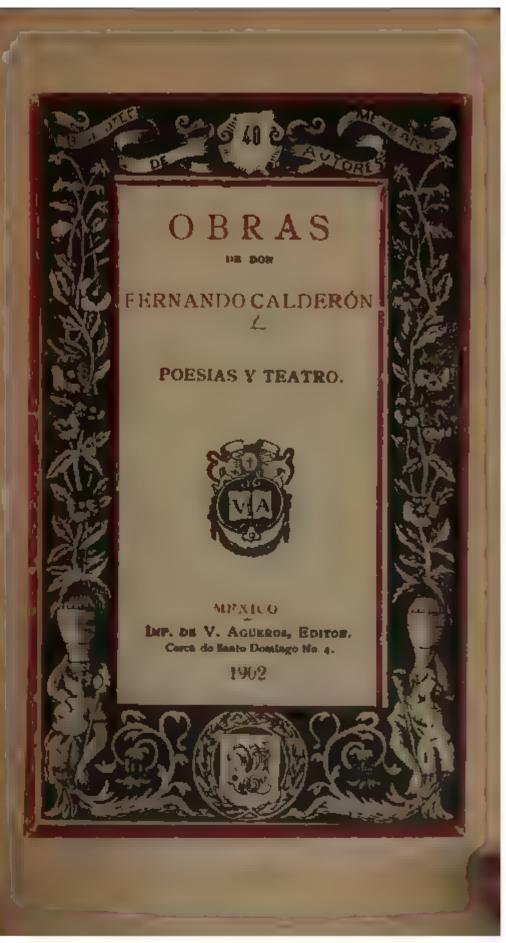
Barrellinger - Commence

.

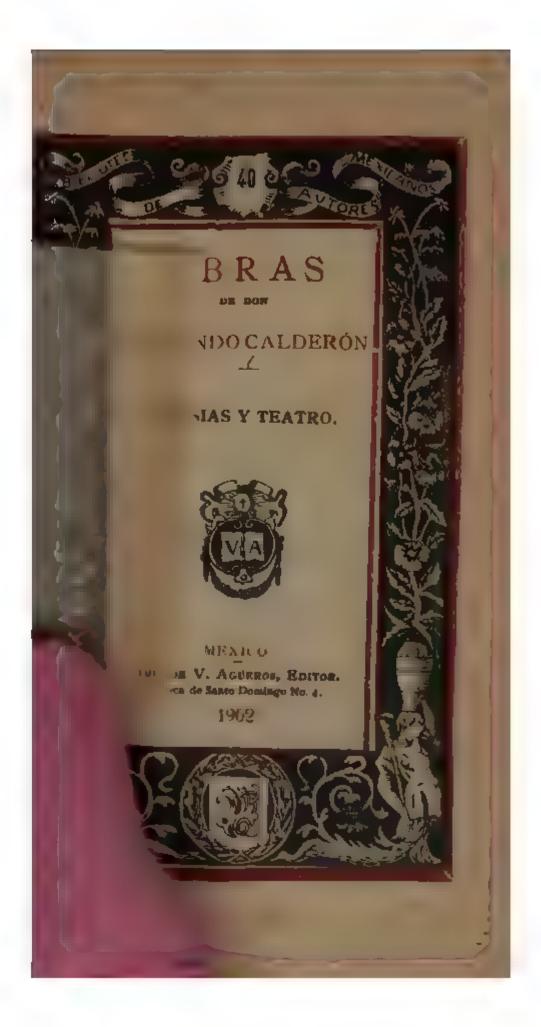
_ - - - -



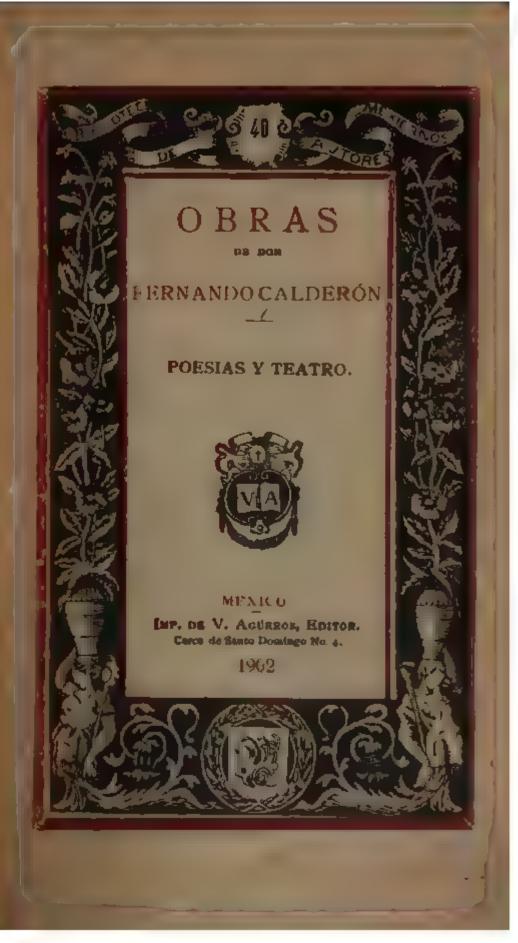
Van Eader













BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide aún humeaba en Padilla. En pos del elmero imperio de Agustín I, la República Mexicana, llena de vigor y gloria, se pre sentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa aureola de deslumbrante prestigio que tanto embelle ce á los pueblos que, á fuerza de sacrifcios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existia entonces en la bella Guadalajara una asociación político-literaria, que por Calderín.—A sus asperaciones de progreso, sus tendencias altanterne fiberales vicional itirración y talentos que abrigaba en su seno, no podía menos que atraerse las sumpatias de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de "La Estrella Polar" (tal era la denominación de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Vallentín Gómez Farías, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entonces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fueron más tarde timbres de gloma para ella y motivo de justo y levantado orgullo para 'a patria.

A las sesiones que con frecuencia cerebraba "La Estrella Polar," concurria, siempre entre los primeros, un joven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazón sensible y generoso. Era "Fernando Cal derón." El finego patrio que abrasaba el corazón de Farias, las frases comnovedo ras y eloquentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplega do la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distuntivo de nuestro poeta. Alma noble y conazón lleno de termura. Calderón recogió con religioso respeto, con la abnegación de un martir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con

sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entonces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, senan consagrados à la cansa del pueblo, y sa crificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya veremos un pocomás adelegate cuan bien supo cumplir su

generosa promesa.

Hor los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió "Reinaldo y Elisa," "Zadig," "Zerla," "Annandina," "Los políticos del día," "Ramiro," "Efigenia" y "Hersilia y Virginia," dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, pero que con mayor ó menor entustasmo, aumque siempre con aplanso, fueron representados en los teatros de Guadalajara, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de las bayonetas la constitución democratica de 1824, y se dirigia acrenazado de Zacatecas, que no había temido desafíar las inas del tirano. Calderón recuenda entonces sus promesas, su patriótico juralmento, y arrojando lejos de si la deliciosa lica, empuña denodado la espada del guerrero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada i inmediaciones de Zacatecas. Desastroso

do del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuviseron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al molvidable autor de "El solda do de la libertad," herido peligrosalmente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiena perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en preciose volument

Apenas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residio por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza temible para la tiranía que se había enseñoreado de la República,

¿ Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proponcionó á las legras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sur contar con más recursos que los miov escasos que ellos mismos pudieron proporcionarse. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramurez y los Priestos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Pavinos, y tantos y tan illustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una le

las más preciadas joyas con que México

se engalana.

En esa reumón de góvenes illustrados, Calderon obtuvo desde su annibo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como à un distanguido socio de la Academia lateramense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, abdrentes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpatrica dió lectura de dos de sus bellisimas composiciones líricas, intituladas "El sue no del tirano" y "El soldado de la inberad," que, como un testimonio de gratifud v cariño braternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrám ocasión nuestros ilustrados lectores de salborear las bellezas iterarias en que abundan esas dos notables poesiais, las intejores acaso de las contenidas en este libro.

Dunante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus saurificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado conazón, que no podía menos que colocarle moy por encima de la envidía; defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

do del encuentro: las tropas del Geno Santa-Anna obtuvieron una completa toria, y entre los prisioneros zacatecas se contó al inolvidable autor de "El soldo de la libertad," herido peligrosamos en el campo de batalla. El brutal acero un soldado abrió el cráneo del artista, y poco estuvo que con la vida del ilustre Coderón, hubiera perdido la patria una gripante de las composiciones líricas y tod las dramáticas que figuran en precio volumen.

Apenas convaleciente, el poeta fué tra ladado á la capital de la mación, que se designó como lugar donde debiera reside por cuanto su presencia en Zacatecas o una amenaza temible para la tiranía que había enseñoreado de la República.

¿ Quién ignora entre nosotros la utilida y el lustre que proponcionó á las ierra patrias la asociación creada en San Justide Letrán Academia fundada por ofigura jóvenes entrustastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y si contar con más necursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionarse. En esa immontal Academia fundonde se formaron los Ramírez y los Priestos, los Lagunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Pavinos, y tante y tan illustres poetas y prosistas, cuya obras literarias forman sin duda, una desperarias forman sin duda, una

las más preciadas joyas con que México

se engalana.

En esa retunión de góvenes illustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateramense, se le encomendaron allgunos trabajos honrosos, y adeanzó, en fin, abdientes y entusiastas aplansos cuando con voz conmovida y simpatica dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones linicas, intituladas "El sue ño del tirano" y "El soldado de la hberad," que, como un testimonio de gratifud y cariño fraternal, dedicó lá que amados consocios. Ya tendránt ocasión nuestros illustrados lectores de saborear las bellezas iterarias en que abundan esas dos notables poesias, las imejores açaso de las contenudas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado correcto, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia, defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas de que estre la mayor parte de los artistas de que estre la mayor parte de los artistas de que estre la mayor poeta se mostró siempre admira-

dor, favorecedor y anego. Varios rasgus nobilistmos de Calderon pudieranos referir a nuestros dectores, y ellos serian, a no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro asento; pero ra nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirin hacerlo las pocas lineas que consagramos à la parte biogràfica de nuestro inolvidabre poeta. Baste para dar á conocer el magninhuo corazón y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la controvedora relación que nos ha referido el minitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorización bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y cas, pudiéramos decir, empapada en lágrimas,

nos referia lo signiente

"Amargos, muy amargos flueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas jav! mi madre estaba enferma, y flegó un día en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situa ción lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escasísimo sueldo, que apenas podía medio

oubrir nuestras mas precisas necesidad cora imposible que alcanzase a llenar otras nuevas y mas costosas; se agotaron, en consecuencia, más recursos; y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor conazón con que plugo á la maturaleza do indispensable al restablecimiento de una salud tam delicada, que mi madoe respirase un aire mas puro que el que la aliogaba de las medicinas para una adorada enferma

"Además, el doctor que la curaba creia en México. Me aconsejabal que la llevase a Tacubaya; que la alimentase de una mane ra más conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones reclamadas imperiosamente por sus enfenmedades físicas, y por la atoma moral en que se encontraba su espiritu. Mi situación era horrible, y los martirlos de mi corazón se multiplicaban de día en día

"Vino al fin uno, em que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me sali de la casa. Mil siniestros pensamientos unazabam por mi mente; como un loco vagaba yor por las calles y las blasfemias se escapabam de mis la bios: estaba desesperado. No sé cuanto tiempo duró aquella espantosa borrasca de mi corazón, de la que vino à sacanne una voz que me l'amaba por mi nombre.

—"; Señor Prieto! señor Prieto! me dijo un desconocido. Va usted muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que usted me oyera. ¿Tendria usted la bondad de escucharme un momento?

-"Mande usted lo que guste,-le con-

teste deteniéndome.

— "Mi escritorio está ahi enfrente, y alia diré à usted el motivo que me obliga à un-

terrumpir su marcha.

"El desconocido me indicó la casa númeno** de la calle de Capuchinas, en que nos hallabamos; se dirigió hacia el escritorio, yo le segui sin decir ni una palabra

—"Entramos en el despacho, y, después de invitarme à tomar asiento, mi interlo-

cutor are habló así:

-"Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para usted, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dineno, suplicándo me la entregue á usted, previo el recibo correspondiente. ¿Está usted dispuesto á recibirla?

—"Pero, señor,—murmuré yo con voz casi ininteligible;—usted sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera...

- "Tal vez sea una devolución que se

hace á la familia de usted.

-"Pero....

-"Señor Prieto, usted es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca: mas no me parece un acto de condura el que usted se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que usted ex-

tenderá de la manera que guste.

"Estas juliciosas reflexiones, el estado en que mi pobre inadre se encontraba, el returendo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cuya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un termino á mi indecisión. Me resolvi i tomat el dinero y dije à mi desconocido:

—"Sea enhorabuena.... ¿ Por qué cantidad he de extender di recibo?

"Por dioscrentos pesios,

"Con mano febril y et corazón henchido de gozo escribi y firmé el documento: recibi el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

"El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de un pobre hogar, merced à la mano generosa que tan à tiempo me había facilitado aquellos recimsos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograse descubrir el nombre de mi be nelactor, hasta que una casualidad vino à revelacmelo. Al recibir por tercera vez una

cantidad que hacía ascender mi deuda à más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cango à D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el ángel de carisalud, y vo tal vez la vida. Quise desde la go manifestarle mi profundo agradecimiento, y me dirigi à su casa.

dad à quien debiamos, mi buena madre la "Cuando llegué à ella, Calderón se des ayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre à sus consocios lateranenses, me invitó à que tomase alguna co-

sa en su compañía, y me suplicó que le manifestara ouál era el objeto de mi vi-

sita.

"Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratutud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me había lhecho, y concluí ro gándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

"Calderón me escuchó en silencio y co-

mo preocupado.

"Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frio que me heló la sangre:

-"Y bien, señor Prieto, no puedo ne-

garlo, el dinero que usted ha recibido satió de mi bolsillo, que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que usted quiere devolvemne la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y usted me hará con el pago un vendadero ser vicio. Sirvase usted indicarme los términos en que podrá tracerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

"Estas palabras venian á destruir una de mis más bellas ikusiones: el artista, el poeta, se transformaba en el hombre de ne gocios, en el ansensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situación.

—"Señor D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura, grande, nuv grande es el servicio usted me ha hecho, y mi gratifud será eterna. La deuda que con usted he contraído. asciende à algunos centenares de pesos, v mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya usted ve cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos. Separacé para usted la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mita l la consagraré á mi pobre y santa marire; pero puedo en las horas que me deje libre mi destano, servirle à usted como escribiente, ó de la manera que guiste. Lo que deseo

es cubrir el crédito de usted y, à fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de din, de noche, à todas horas Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere usted más?

—"Todo me parece muy bien, Sr. Prieto; pero necesito algunas seguridades.

-"; Y cuáles podiré ofrecer en mi tristé

situación?

"Calderón, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito:

"Vea usted, señor Prieto,—me dijo con un tono le voz que no olvidaré nunca; vea usted si le convienen esas condicio-

"Tomé el papel; devoré las palabras en

él contenidas, v:

—"; Hermano mio! ¡hermano mio!— exclamé desde lo más intimo de mi corazón.

- Hermano! ¡Hermano querido!

"Un torrente de lagrimas inundó al mismo trempo nus mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginación se do había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veia rodeado de um brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

". Qué era, pues, lo que contenia aquella hoja de papel? Las siguientes frases, cuyo inmenso valor sólo comprenderán los

corazones generosos:

— "Si me das el dulce nombre de her-"mano, habrás satisfecho con usura el cor-"to servicio que me debes, ¿ Aceptarás es-"ta condición de tu hermano Fernando?"

La relación que antecede, es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble tar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo um dón de tanto precio, y feliz también el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba à Zacatecas, cuyas puertas le abria la nuagnaminidad idel señor General Tornel, Ministro entonces de Guerra y Marina. Es te flustrado protector de la juventud estudiosa, y Mecenas entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decia en una carta referente à Calderón: "El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por las revoluciones." Rasgo que honra al señor Tornel, y que es uno de los mejores turbres de gioria para su nombre es clarecido.

En los años siguientes, y bajo da influencia de las doctumas y los principios literarios de la escuela romantica, dominante entonces, el vate zacatecano dió á luz los dramas "El Torneo," "Ana Bole THE RESERVE OF THE PROPERTY OF

extinguió al fin con el último suspiro de bardo. El autor de "El soldado de la bertad" no podía sobrevivir à nuestra ergiienza, sellada por la mano del vendor en los tratados de paz de Guadalupe fidalgo.

Gloria al patriota! Renombre immortal

poeta f

Digero es el examen que nos proponeos lacer de las poesías líricas y dramácas del poeta zacatecano. Y preciso es de así sea, ya se atienda al poco espacio que disponemos en este libro para ller a cabo nuestro trabajo, y ya principalente porque ni nuestros conocimientos nuestra capacidad nos dan derecho paescribir un verdadero juicio crítico de obras de Caliderón.

Hecha esta advertencia, comencemos

ade luego.

En toda composición literaria debemos oder á la esencia, ó sea el pensamiento, a la forma, ó sea la manera con que se presa aquello que se piensa, se quiere se siente.

Si aplicamos esta dootrina à las poesias Calderón, preciso nos será confesar que, su esencia, los pensamientos raras vese levantan sobre la esfera de lo ordino ó común; algunos otros son falsos, preos, muy pocos nuevos y brillantes. La ma, aunque fácil, armoniosa y abundan-

te, con frecuencia es uncorrecta, particularmente en la pante prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiente, hay en ellas tal ternura, llevan onsigo un "no sé quê" de divino, que no pueden menos de arrebatarnos, seducirnos y cautivarmos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías: ellas son el eco de un sentimiento, la expresión de una alma con la que gozamos ó sulfrans s, con la que desíallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, días más tranquilos y felices; ellas son, en resumen, el himno, la suplica ó el gentado de un conazón que simpativa con el muestro, y al que acompañamos con ternima en la transfiguración brillante de su Tabor, en la crucifixión dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que "la representación sensible del bello ideal por medio de la pallabra," preciso es aplicar à Calder'n el epiteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no bostante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿quién mo se entusiasma con la lectura de la signiente estrofa?:

Vuela, vuela, corcel mío Denodado:

No abatan tu noble brio Enemigos escuadrones, Que el fuego de los cañones Siempre altivo has despreciado:

Y mill veces
Has oido
Su estallido
Aterrador,
Conso un camto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.

Entre hierros con oprobio Gocen otros de la paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad.

Esta sola estrola, à falta de mejores titulos, valdría à su autor el envidiable dic-

lado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atención, siquiera sea por un momento, en la poesía intitulada "El sueño del tirano." ¡Qué valentia en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripción!

Cual espada de fuego le penetram: Con pasos agitados

Calderón,--C

Recorre su magnifico aposento, Sin hallar el consuelo: en su alma impura La amistad, el amor son nombres vanos Que jamás comprendió....

Erízanse los cabellos, se experimenta una angustia horrible y se ve algo parecido á las creaciones terrificas del Dante, cuando Calderón nos dice en seguida:

Tapizado de littesos el suelo, Va sobre ellos poniendo la planta, Y al fijarla los buesos quebranta Con un sordo stniestro crugar: A su diestra y surrestra divisa Esqueletos sin fin hacinados, Y los cráncos del viento agitados Le parece que escucha gemir...

En nuestro humilde juicio esta composición y la que intituló "El soldado de la libertad,"—de la que hemos citado ya una estrofa, immortalizarán á Calderón, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Éscuchémosie ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcisima y terrible pasión que llamamos amor.

Con qué sentimiento, con qué profun do sentimiento dice el enamorado vate:

Las almas que el cielo junta; ¿Quién pudiera desunirlas? No, nuestro amor será eterno. A otra más brillante vida Renacerán á adorarse Tus cenizas y las mías!

Tierna también, intensamente tierna es la composición que ileva por titulo "¡ Una memoria!" cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Seria, en vendad, necesario para apreciar todas y cada una de las bellezas que encierra este volumen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos à ocuparnos,

Hemos dicho que la entronación de sus versos, raras veces se levanta sobre la esfera de lo común, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta ocar en lo vulgar y prosaico. Ejemplo de

ello:

Amigo, dime si me ama: Aquella por quien respiro; Si ha exhalado algún suspiro Después que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la señorita María de los Angeles Z. y G., siendo de notar que el último pie del cuarteto, De Maria de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosaico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosaicos y cansados los primeros versos de la composición: "Brindando á las mexicanas

el 16 de septiembre de 1837."

Hemos dicho ya que las poesías de Calderón presentan incorrecciones, particularmente en su pante prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad; pero de los que, en confirmación de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes:

Green que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo:

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho silabas en una composición formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo lejos,

verso considerado como endecasilabo, cuando tiene doce silábas:

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el an-

En los nomances de Calderón se encuentran con frecuencia legitimos y verdaderos consonantes dionde sólo Jebieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, actor tercero de "El Torneo," en que consuenan "descolorido" y "marido;" en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos "serena" y "enajena;" mientras que en otro lugar supone Calderón que som consonantes "ello" y "plebeyo" (Ana Bolena, escena III, actor tercero).

Un poeta notabilisimo, cuyos juicios vamistad tenemos en mucho (1), nos ha di cho alguna vez que, en su concepto, una facilidad entraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo común al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaso no sea esto del todo exacto; pero en lo que si mo cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debreron a esa facilidad para versificar, que fué en Calderón verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba coregir sus composiciones hay que atribur

⁽¹⁾ El Sr. D Manuel M. Flores,

esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas.

Hijas exclusivamente del descuido sor las siguientes incorrecciones:

> Vosotros retiraos.... Que tendrá cuando menos.... No tal, amigo mio.... Ah! sois vos, Kinston!...

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosilabos.

Tampoco son versos de ocho silabas, como lo debieran ser, los que á continuación copiamos:

D. Carlos.— "Bouquet."

D. Tim.—

Bu... ¿qué?

D. Carlos.-

--- Ramiliete. Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que antes hemos mencionado, que pudienon fácilmente desaparecer, diciendo v. g.:

> Creen que acaba en la tumba Contigo estoy despiento, Serpeando se oculta allá á lo lejos:

Aun tienen para mi las lindas flores Viosotros, pues, retiraos. Que tendrá cuando muy menos ¡Ah! ¡Kinston! Kinston ¿sois vos?

D. Tim.— Bu... ¿qué? No lo entiendo.

D. Carlos.—
Quiero decir namillete.
(¡ Qué impertinente es el viejo!)
"Anchamo, andiamo,"

Cort. tercero,—
(Sea entre nosotros dicho.)

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderón, especialmente en las dramáticas.

La acción, por lo regular, camina en ellas con lentitud; las escenas no son siempre motivadas; los monólogos ó solitoquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen, por lo mismo, inverosímiles y latigosos para el actor y para el público; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género litico por los arranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderón no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparciali-

XXVIII

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesias del gran vare zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, ipues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta uma corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterma fama lá su preclamo ingenio, curyas obras inmortales serán siempre motivo de justo.

y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciuad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1800, de una distinguada familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado à grado tal, que á los quince años hacia ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo con taba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el titulo de "Reinaldo " Elina," bastante bueno para su corta

Calderón, -D

edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices.

Concluidos sus estudios, pasó à Zacatecas, en donde domenzó à ejercer su hon-j rosa profesión, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al concrario, dió: à la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas que hicieron su nombre popular y apreciable. Contribuyen lo acaso principalmente, este triunfo à despertar en él deseos de figurar en otra esfera, puento se mezció en la política del Estado llegando su entusiasmo por ella hasta obligario á tomar las armas en 18;5 para defender y proteger las tendencias de su partido; en ese mismo año quedo herido gravemente en un combate. A poed fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse à México abandonando así el manejo y administración de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas é influyentes, quienes se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letrán, fundada hacía pooco, la cual lo recibio gustosa en su seno.

Alli, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquin Pesado, de Lacunza, y otros literatos inolvidables, se despertaron en muestro Calderón nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario,
estudió los buenos modelos, y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber
y eruchción de sus nuevos amigos: las
composiciones de entonces revelan estudios y detenimiento, tienen un lenguaje
más cuidado y la locución es más clara y
natural.

Calderón, en las consultas que hacía á aquellos distingudos maestros, se mostrabasiempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones y seguia el camino que ellos le marcaban; en una palabra, su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las obras que ya tenía escritas y otras que nuevamente compuso, como "A ninguna de las tres," "El Torneo," "Ana Bolena" "Hermán ó la Virelta del Cruzado." Los triunfos que Calderón obtuvo con la representación de estas composiciones. influyeron seguramente en que D. José Maria Tornel, Ministro de la Guerra, y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase con el Gobierno de Zacatecas para que levantase à autor tan distinguido el desperro que pesaba sobre él, pues que "el genio"decia—"no tiene enemigos, y los talentos

deben respetarse por las revoluciones." Oida y atendida como lo merecia esta petición. Calderón pudo ya volver á Zacatecas, en donde algún tiempo después de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia: en seguida electo di putado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaria de Gobierno. Retirado á la vido privada, en donde no escasearon nara él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo Mevó al sepulcro el 18 de enero de 1845. en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de "El Caballero Negro," y un poema con el de "La Creación." Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edición apareció con prólogo de D. José Joaquin Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Caldorón-dice el primero-algunos defectos, aligunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ; cuánta poesía, cuánta dulzura, y á veces cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor: asi es que al pasar la vista por sus págis nas se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazón. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda.

"El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal

de armonia que lo suspende."

Calderón es más notable y digno de admiración como poeta lírico que como dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el señor Couto de "ensavos felices," adolecen, por lo general, de los defectos que el nomanticismo produjo en mestra literatura: el fenguaje, si bien es fácil y anemado, tiene á veces cierta profusión de adornos que le autan la naturalidad; la acción camina en inidio de muchas circunstancias, que, además de dividir la atención, de an adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.

Calderón, pues, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas, acredita su merito: conviene también no olvidar que él y Rodríguez Galván dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que t dos se dedecaban á la poesia puramente lírica.

• • • · ÷... 7.

· •

> .

.



•			-	
				·
			`	
•				
	•			

POESIAS LIRICAS



EL PORVENIR

Tú me amas, y vo te adoro; Pero ha de llegar el día En que tú ó yo para siempre Debemos dejar la vida: Los espíritus cobardes, Las almas bajas y tibias, Desechan esta memoria, Y al pensarlo se horrorizan: Creen que acaba en el sepulcro El amor y sus delicias Insensatios! ; no conocen Su esencia pura y divina! El alma jamás perece, Pues del cuerpo desprendida Pasa á una región suprema De venturas y de dichas: r este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla

Que en nuestras almas sembrara

Del Gran. Ser la mano misma,

La debe seguir, no hay duda:

El alma en amor respira,

Es su esencia, es su alimento,

Y sin él no existiría.

No temas, Amira hermosa,

De horrible muerte las iras;

Las almas que el cielo junta

Quién pudiera desunirlas?

No, nuestro amor será eterno:

A otra más brillante vida,

Renacerán á adorarse

Tus cenizas y las mías.

1,825.

A AMIRA

Eres, Amira bella,
Más pura que las flores:
Tus risas son amores,
Y amor es tu mirar:
¡Feliz cuando á tu lado
Suspiro, y tú suspiras!
¡Oh Amira celestial!

Cuando tu mano hermosa
Toca la ardiente mía....
¡Cómo, cómo podría
Pintar mi sensación!
Hierve mi sangre toda
Con un ardor divino;
No cambio mi destino
Por cuanto alumbra el sol!

En todas partes miro
Tu imagen adorada:
Do quiera retratada
Te encuentra mi pasión:
Me sigues á las cortes
Y al árido desierto:
Te veo si estoy despierto,
Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa

Y en la tranquila fuente; En la aurora luciente, Allí estás siempre tú; Y si en la quieta noche Contemplo las estrellas, Miro en sus luces bellas De tus ojos la luz.

Imagen seductora
Del cielo soberano,
¿ Podrá ningún humano
Tus gracias merecer?
¡ Oh! deja el mundo, Amira,
Y elevando tu vuelo
Sube al sereno cielo,
Que tu morada es;

Mas Dios te manda al Mundo Como genio divino,
Que vienes el destino
Del hombre á consolar.
Tus ojos cuál encanto
Tienen, oh dulce Amira!
Que el que una vez te mira
No sabe más qué amar.

1,828.

A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
La que aver difundía
Balsámica ambrosia,
Y tu altiva cabeza levantando.
Eras la reina de la selva umbría?
¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave
Te halagó cariñoso,
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte:
Tal vez quiso llevarte
Algún amante á su ardoroso seno;
Pero al ver tu hermosura,
La compasión sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta; El furioso aquilón te ha deshojado; Ya nada te ha quedado. O rema de las flores! De m pasado brillo y tus colores.

La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
Ay' todos mis piaceres,
Todas mis esperanzas, una a una
Arrancándome ha ido
Un desuno funesto, cual tus hojas
Arranco el huracán enbravecido!

No habrá quien te dirija una mirada?
Estarás condenada
A eterna soledad y amargo iloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra.
Un joven infeliz, desesperado.
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir: ven, pues, ; oh rosa!
Ven à mi amante seno, en él reposa,
Y ojala de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven joh triste rosa!
Si es mi suerte à la tuya semejante,
l' tu última fragancia será mía.
Burlemos su porfia;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,
1,828.

LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma, Decidme, amigos, que jamás la vi? Tras ella corre sin cesar el alma, Y ella ; oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Dei alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero Prodiga aduladora poesía: "Al fin, exclamo, un corazón de acero A la felicidad será mi guía."

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas; oh cielos,
Qué reflexión tan terrible!
Puede un corazón sensible,
Ser feliz viendo Morar?

Catderón. -2

¿Cómo podéis en medio de la guerra Tranqui'os respirar? ¡oli cielo santo! ¿Puede agradaros devastar la tierra, Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro Sólo se escuchan gemidos De infelices sumergidos En dolorosa orfandad,

Yo no miro en ese cuadro Sino un placer horroroso: No el dulcisimo reposo Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-(mente,

El sabio, el rey, el hábil cortesano; Necios! venid, y la vereis patente Sobre la alegne faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos

Buscan poder y riqueza,

Y en medio de la grandeza

Queréis la dicha encontrar

Dejad vuestro error funesto;

Bajad á ese valle umbroso;

Veréis un hombre dichoso

Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado Pasa él alli su vida delioiosa; Su placer es amar y ser amado, Su riqueza, sus hijos y su esposa. En su habitación sencilla No brilla el mármol ni el oro; Mas ¿qué importa? otro tesoro Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa, De sus hijos la terneza: He aquí toda su riqueza, He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera; Te hallaré al fin, felicidad amada: La mano de una tierna compañera Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad quenida, Te encuentra al fin mi corazón ardiente! ¡Ven y consuela mi alma adolorida! ¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

1,827.

LA VUELTA DEL DESTERRADO

Triste, afligido, lloroso, Volvió à su patria un anciano, A quien el odio tirano De sus hogares lanzó:

Parase: tiende la vista Sobre su paterno suelo, Alza los ojos al cielo, Y así el misero exclamó:

"Al fin, joh patria querida! Al fin mi cansada planta Vuelve à pisar tu recinto Después de tantas desgracias: Politicas disensiones, Persecusiones tiranas, El furor de los partidos De tu seno me arrancaran: Yo me acuerdo, si, me acuerdo, No puede olvidarlo el alma l De aquel tristisimo dia En que sali de tus playas: Yo pisé el bajel funesto Que de tí me separaba, Como pisa un triste reo De su cadalso las gradas: Yo he vagado cuatro lustros Por las regiones extrañas, Sin apovo, sin asilo,

Sin consuelo ni esperanza:
El miserable alimento
Con mis lagrimas regaba,
Sin tener un solo amigo
Que mis penas consolara;
Mis hijos, mis tiernos hijos,
Mi esposa desconsolada,
Mis amigos, todos, todos,
Se presentaban á mi alma:
Eterno Dios ¡cuántas veces
Te dirigí mis plegarias
Pidiéndote que la muerte
Mis desgracias terminara!

Vuelvo, en fin; pero ¡qué miro!
Ni aun existe uni cabaña,
Su lugar quedó desierto
Por el furor de las armas.
¡Hijos... esposa .. no existen!
Nadie escucha mis plegarias:
¡Han muerto, descansan todos
En su tumba solitaria!
¡Hijos... esposa... no existen!
Ni padre, ni esposo... nada,
Nada soy sino un mendigo
Un extranjero en mi patria.

Sólo queda en este sitio
El árbol que con sus ramas
Cubrió á mi cara familia,
Que á su sombra reposaba:
¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!
Mi esposa allí se sentaba,
Aquí mis pequeños hijos

En mis rodillas jugaban, Y ahora...; ahora nada tengo Sino lágrimas amargas!

Arbol, tú sólo me quedas;
Mas ni á tí se respetaron,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
¿Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos?
¿Su sangre aquí derramada?
¡Oh Dios! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga
De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patnia."

No pudo más el anciano, Abrazó el árbol querido, Lanzó un lúgubre gemido, Y junto al tronco expiró...

Después, algún aldeano Le dió humilde sepultura, Y dos leños en figura De cruz, allí colocó.

1,836.

LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras Con blando vaivén se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
"La risa de la beldad."

Despreciando los peligros El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad:

¿Quién su corazón enciende Cuando á la lucha se lanza? ¿Quién anima su esperanza?... "La risa de la beldad."

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
¿Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
¿Y quién desarma la diestra?
"La risa de la bel·lad."

¿Quién del prisionero triste Endulza el feroz tormento? ¿Por quién olvida un momento Su perdida libertad?

¿Y quién, en fin, del poeta Hace resonar la lira? ¿Quien sus acentos inspira? "La risa de la beldad."

Una suerte inexorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad,
Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
"La risa de la beldad."

1,837.

A MI AMADA LLORANDO.

No llores, amada mía, Que con tu llanto de fuego Arrebatas el sosiego De mi amante corazón; No naciste para el llanto, Que el placer es tu destino: Sobre tu rostro divino No reine, hermosa, el dolor.

L'ore el triste que te adora, Y que en su dolor no alcanza Ni consuelo ni esperanza, A su ardiente y fino amor. Llore el misero, que lucha Con una pasión insana;

Llore al que esperanza vana

Engañó su corazón.

Pero tú, mujer divina, No naciste para el duelo; Perteneces toda al cielo, Y en el cielo no hay dolor. En tu beca purpurina Tenga la risa su asiento: En tus ojos el contento: La paz en tu corazón.

No: el llanto, no. de tus ojos
Eclipse la luz fulgente;
Levanta al cielo tu frente,
Angel de dicha y amor,
Y pasa alegre tu vida
Circundada de ventura,
En tanto que de amargura
El cáliz apuro yo.

1,840.



LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,
Amira idolatrada:
Tu imagen retratada
Irá en mi corazón:
Ella será el recuerdo
De mi pasada gloria:
Amira, esta memoria
Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto
Publique mi desvelo,
Ella será el consuelo
De mi amargo penar:
¡Oh, cuántas veces, cuántas,
Engañaré la ausencia!
Creeré de tu presencia
El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
De magia lisonjera,
¿Por qué de esta manera
Me hacéis soñar placer?
¡Oh! si acaso durara
Este engañoso fuego....
Pero huye, y queda luego
Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia En lágrimas desecho, Y en tanto de un pecho Otro el amor tendrá...

Mas ¿yo creerte inconstante? Perdona, Amira hermosa; Puro como la rosa Tu corazón será.

Pero llegó el momento, Se acerca la partida.... Adiós, mi bien, mi vida! Mi adoración, adiós!

No temas que le olvide, Jamás, Amira amada; Tu imagen retratada "Irá en mi corazón."

1,826.

A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama Aquella por quien respiro; Si ha exhalado algún suspiro Después que me separé:

Dime si acaso inhumana De mi se olvida engañosa; Dime si la ves llorosa, O si ha burlado mi fe.

Dimelo; la incertidumbre Es más triste que el mal mismo: Saca á mi alma de este abismo En que sumergida está:

Pero... si fuere inconstante..
Nada digas en mi daño;
Más vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

1,826.

LOS RECUERDOS.

Estos... ¡fatal mémoria!
Estos los sitios son donde algún dia
De placeres purísimos colmada,
Gozó felicidad el alma mía.
Aqui está todavía
La señal de la huella idolatrada
De mi bien más querido...;
¡Toiste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo Mirásteis mi ventura, Ved ahora mi amargura, Mi bárbaro dolor. ¿En dónde está mi amada, Dime, bosque sagrado, Acaso se ha ausentado, Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,
Me olvidó la perjura;
Yo la juzgué...; locura!
Yo la juzgaba fiel;
¡Ay! ¿quién pensar pudiera
Que aquel ángel mentía?
"Yo te amo, me decía,
Jamás te olvidaré."

¡ Qué pronto, ¡ desdichado! Faitó á su juramento! Tan pronto como el viento Sus palabras lievo;
¿Y qué me queda, ¡cielos!
En este bosque ahora?
Recuerdo que devora
Mi mustio corazón.

Arbol, en otro tiempo
Bajo tu fresca sombra me sentaba
En el calor del día.
Y amorosas canciones entonaba,
Que inspirarme solía
La que un amor eterno me juraba:
En dónde está este amor? huyó ligero,
Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Arbol, si por acaso
Volviese mi adorada,
De mi rival burlada.
Para llorar su error,
Dile que aun en mi muerte,
Su nombre he repetido;
¡Ay! dile que el olvido
Jamás de mi triunfó.

Arbol, tú puedes verla;
Pero yo, desdichado,
Bajo al sepulcro helado
En mi florida edad;
Y ni el triste consuelo
Le queda al alma mia,
De que á mi tumba fría
Venga nadie á llorar!!!

LA SOLEDAD

Traducción de la Meditación in de M. Lamartin

¡Oh cuántas veces sobre la montaña, Bajo la vieja encina yo me siento Unando se pone el sol, mi vista errante Por la inmensa l'anura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro, Desenvolverse ante mis plantas veo. Ruge aqui el mo en espumosas ondas. Serpenteando se oculta allá á lo lejos:

Más allá se descubre el lago inmóvil, Sus dormitantes aguas extendiendo, Donde se alza la estrella vespertina, Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes, Coronados de bosques verdinegros. El incierto crepúsculo su rayo Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras, El carro vaporoso va subiendo, Del horizonte al borde blanqueando Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces Sonido religioso, y el viajero Se detiene: de rústica campana Se oye sonar el compasado acento.

Que à los rumores últimos del dia, Se une formand) mistleos conciertos.
Pero, ; ay de mil que à tan hermosos cha(dros
Es mi alma indiferente; al recorrerlos

No experimento encantos ni trasportes y como una alma errante me contemplo En esta tierra: el sol ¡ay! de los vivos. No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora Hasta do el sol oculta sus reflejos: Del Sud al Aquilón: por todas partes, Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo No hay dicha para mi en el universo! Qué me importan las chozas, los palacios, Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mi se ha disipado:

Oh bosques, rocas, rios turbulentos,

Soledades queridas, un ser sólo

Os falta, y todo para mi está yermo!

Que combence ó que acabe el soi su (curso, Con ojo indiferente lo contemplo: Culderón.—4 Que las nubes ofusquen su faz pura. O brille de zăfir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Alguna (cosa

Ya de los días por acaso espero? Si en su vuelo pudiera yo seguirle, Vacio nada más, tristes desiertos

Vieran més ojos (ay! en todas partes. De cuanto alumbra el sol nada deseo: Nada le pido al mundo ni à los hombres; Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo más allá, donde fulgura El verdadero Sol, en otros cielos, A la tierra dejando mis despojos. El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara alli en la fuente pura A que aspiro, encontrando al mismo tiem-

La esperanza, el amor, aquel bien dulce. Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas, Y que no tiene nombre en este suelo. Que no pueda, llevado sobre el carro De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta ti, vago objeto de mis votos! Sobre este triste mundo de destierro, Por qué vivo yo aún? entre él, sin duda, Y entre mí, nada de común encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae Por la pradera, se levanta el viento De la noche arrancándola á los valles: Y yo, i triste de mi! yo me contemplo Semejante á esta hoja ya marchita: Arrástrame también, aquilón fiero! 1,840.



INVOCACION.

Traducción del Sr. Alfonso Lamaitine.

Tú que te me apareciste De ese valle en el desierto. Pasatera en estos sítlos. Habitante de los cielos: O tu, que brillar hiciste, De obscura noche en el seno, Ante mis ojos un rayo De un amor puro y sereno: Dignate i mi humana vista Mostrarte por fin sin velo. Dime tu nombre, vu patria, Tu destino: di ¿si es cierto Oue fué la tierra tu cuna. O eres soplo del Eterno? Velverás á ser mañana El fulgor puro del cielo; O en este lugar de luto, De miseria y de destierro, Debes seguir todavía Tu fatigoso sendero? Cualquier que sea tu nombre, Tu patria v destino, joh genio De las mansiones divinas! Oh hija de la tierra! al menos Déjame toda mi vida

Ofrecerte amor é incienso. Si tú debes, cual nosotros, Acabar tu curso presto, Sé mi apoyo, sé mi guía; Permite que en todos tiempos, En todas partes, el polvo Do tus pies estén impresos Bese ardiente el labio mío; Pero si elevas tu vuelo, Si lejos de nuestros ojos, Dentro de muy poco tiempo, De los ángeles hermana, Volver debes á su seno, Ay, después de haberte ama lo Algunos días al menos En este mundo, de mi Acuérdate allá en el cielo!

1,840

EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas
Un valiente veterano,
Vuelve de la guerra ufano
A los brazos de su amor:
Con el polvo de las lides,
Qué hermoso está su semblante!
En su frente radiante
Cuál brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
Sale à encontrarlo su amada,
Ruberosa, alborozada,
Palphando de piacer;
Y él estrechando en sus brazos
A su adorada Maria.
Sente en llanto de alegría
Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa, Toca mi frente ardorosa, , Oh mi amor! Mirala, está escrita en ella Una pagina muy bella De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla, El primero á la muralla Yo subi, Y esta mano que te estrecha, Supo abrir horrible brecha, Pensando, mi bien, en tí.

Cuando à la lid me arrojaba, Oh, con qué fuerza tronaba El cañón! Mas mi patria y mi querida, En la lucha enardecida Llenaban mi corazón.

Y á cada tiro escuehaba
Una voz que me gritaba,
"Vida mia:
Corre, y con ánimo fuerte
Lucha con la horrenda muerte
Por merecer á María."

Y lleno de ardor sagrado, A las filas denodado Me arrojé; Mi pecho hirió hierro insano; Pero el pabellón hispano Sirvió de affombra á mi pie.

Ese estandarte orgulloso
Allá en el "Panuco" undosc
Muestra sea
De nuestro valor, en tanto
Que nuestro estandarte santo
Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenía
Que frecerte; oh nu Maria!
Por tu amor;
Ya soy r co; en sangre tinta
Lleva mi pecho un cinta,
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado, Puedo marchar a tu lado, Y decir: "Es ya mia esta belleza. Porque expuse mi cabeza Por merecerla ó morir."

Esta cinta es un tesoro,
Que en más que la plata y oro
Precio yo:
Y mi noble descendencia
Dirá , Ved la rica herencia
Que mi padre nos dejó!

Asi el in ble veterano
Lleno de gloria decia,
Y orgullosa su María
Gozaba el triundo con él:
Y ni por el regio trono,
Ni la púrpura brillante,
Aquel vonturoso instante,
Trocara su pecho fiel.

1,840

BRINDANDO A LAS MEXICANAS EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1,837.

Con que l'ambién en vuestro cuello her-(moso

Cargaba el yugo de opresión impia, Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo El tirano cubrir de negro velo Esas frentes divinas Én que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
La rodilla doblar ante el tirano,
Que incensaros cual diosas debería.
Y con el labio en que el amor reía,
Besar humildes la sangrienta mano.
Siglos de execración; siglos de oprobio
Que pasaron por fin; ya más sereno
Brilla la libertad el claro día;
Tornóse el lloro en cantos de alegría,
Y late el corazón de gloria lleno.

A LA JUVENTUD ZACATECANA

EN IL DIA DE LA APERTURA DEL SALON MANDADI CONSTRUIR POR EL GOBIERNO DE ZACATECAS PAR-ESCUELA NORMAL DE PRIMERAS LETRAS.

En medio de las hórridas borrascas
Con que la nave del Estado lucha,
¡Quién lo creyera! hoy vemos levantarse
Como una tabla de esperanza y vida,
Este edificio augusto: así el Eterno
l'in medio de abrasados arenales,
Hace que nazca cristalina fuente.

Ardiente lianto sin cesar no vierte
Al ver la patria desolada y triste
De odios civiles y discordias campo?
¿Y qué pa riota no dirige al cielo
Votos fervientes porque torne un dia
La era de paz, de gioria y de ventura,
Que esperar debe el pueblo mexicano?

Ah! sí, yo siento inspiración sagrada. Sublime inspiracion que por mi boca Hov te revela, juventud quenda. El futuro destino que te aguarda. Vendrá un día, vendrá, yo lo preveo.

En que el poder terrible de las armas Arrollado será por el torrente De ilustración; y la pequeña chispa Que hoy descubren apenas nuestros ojos. Será una antorcha inextinguible y pura, A cuya luz caminarán los pueblos. Ay! nosotros tal vez no a'camzarentos Este magico cuadro; mas vosotros. Niños felices, lo veréis sin duda. Oh, quién pudiera descender ahora Al seno obscuro de la tumba helada. Y renacer después á edad tan bella!

Cuando del Septentrión los fuertes hijos De sibertad el grito levantaron, una parte del gótico edificio Cayó al esfuerzo de su noble espada; Pero quedan vestigios todavía:

A visotros no más reserva el cielo La gioria de a rasario ; ob tiernos niños! A levantar el sacrosanto templo De augusta libertado alzad ufanos ten esperanza fai la noble frente; Na vi.; ob iuvintud zacatecana! Seguid la senda que la la gioria guía; De vuestros padres realizad el sueño, Y giande, hermoso, placido virisueño, Haced que luzca el brenhadado día

Y de noble ambición animados De la ciencia buscad el tesoro Más brillante, más puro que el oro. Ya os sonrie la fama inmortal.

En vuestra alma inocente grabado Tened siempre tan plácido día: Al fin grande serás, patria mía, Grande al fin para siempre serás!

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso
Camina un joven guerrero
Cubierto de duro acero,
Lleno de bélico ardor.
Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita.
Y el robusto cuello halaga,
Y la crin, que al viento vaga,
De su compañero fiel.
Al sentirse acarreiado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan:
Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compás de sus pisadas,
Y al ronco son del acero,
Alza la voz el guerrero
Con un acento inmortal;

"Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el suego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:

Y mil veces
Has oido
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.

"Entre hierros, con oprobio Gocen otros de la paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad."

Yo dejé el paterno asilo Delicioso:

Dejé mi existir tranquilo Para ceñerme la espada, Y del seno de mi amada Supe arrancarme animoso:

Ví al dejarla
Su tormento,
¡Qué momento
De dolor!
Ví su llanto
Y pena impía;
Fué á la mía
Superior.

"Entre hierros, con oprobio Gocen otros de la paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad."

El artero cortesano,
La grandeza
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi trotón y humilde silla
No daré por su riqueza:

Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar;
Corcel mío,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.

"Entre hierros, con oprobio Gocen otros de la paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad."

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio,
Y hollar del tirano impio
El pendón abominado:

En su alcázar Relumbrante Arrogante
Pisaras,
Y en su pecho
Con bravura
Tu heradura
Estamparás.

"Entre hierros, con oprobio Gocen otros de la paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad."

Así el guerrero cantaba, Cuando resuena en su oído Un lejano sordo ruido, Como de guerra el fragor: "A la lid," el fuerte grita, En los estribos se afianza, Y em uña la dura lanza, Lieno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente, La luz brilla de la gloria, Un presagio de victoria, Un rayo de libertad:

Del monte en las quiebras hondas Resuena su voz terrible, Como el huracán horrible Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo, Ya del combate impaciente, Mucho más que el rayo ardiente Es su carrera veloz: Entre una nube de polvo Desaparece el guerrero Se ve aún brillar su acero, Se oye á lo lejos su voz:

"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero Una vergonzosa paz; Busco en medio de la guerra La muerte ó la libertad!"

3/8-38

1,838.

EL SUEÑO DEL TIRANO

De firmar proscripciones Y decretar suplicios, el tirano Cansado se retra, Y en espléndido lecho hallar pretende El reposo y la paz ; desventurado! El sueño, el blando sueño, Le niega su balsámica dulzura: Tenaz remordimiento y amargura Sin cesar le rodean: En todas partes estampada mira De sus atroces crimenes la historia: Su implacable memoria Fel en atormentarle, le recuerda Las esposas, los hijos inocentes Que por su saña abandonados gimen En viudez y orfandad; gritos horrendos Cual espada de fuego le penetran: Con pasos agitados Recorre su magnifico aposento, Sin hallar el consuelo: en su alma imput La amistad, el anter, son nombres vand Oue jamás comprendió: los olos terna; Su cetro infausto y su corona mira; Un grito lanza de mortal congoja; Con trabajo respira, Y á su lecho frenético se arroja,

Ya por fin, un sopor espantoso, Sus sentidos embarga un momento; Pero el sueño redobla el tormento Con visiones de sangre y horror; \ un desierto se mira llevado Donde el rayo del sol nunca brilla; L na luz sepulcral, amarilla. Alli esparce su triste fungor.

Tapizado de hues, s el suelo, Va sobre ellos poniendo la planta, l'al fijarla los huesos quebranta. Con un sordo siniestro crugir. A su diestra y siniestra divisa,

Fsqueletos sin fin hadinados. Y les cráneos, del viento agitados, Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre A sus piantas furioso bramando, cabezas hirsutas nadando, Que se asoman v vuelven á hundir: Y se avanzan, se juntan, se apiñan. Y sus cóncavos ojos abriendo, Brilla en ellos relampago horrendo, De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan Sus atroces funestas miradas, En sus frentes de sangre bañadas, Del infierno refleja el horror: Y sus dientes rechinan entonces

Y sus cárdenos labios abriendo. Este grito lanzaron tremendo: "; Maldición! ; maldición!"

Las cavernas de un monte vecino, El acento fatal secundaron: I argo tiempo los ecos sonaron Repitiendo la horrisona voz: Y el crugir de las olas y el viento. Y el estruendo del rayo espantoso, Parecia al tirano medroso Que clamaban también; ¡ Maldición! Cambia luego la escena: entre tinieblas De fuego circundado, Gigantesco fantasma se presenta: Con dedo descarnado Muestra al tirane una espantosa sima: En su profundo seno Reventar ove retumbando el trueno. Y mira un fuego hervir como la boca De encendido volcán, y por las llamas Los demonios sacando la cabeza, Prorumpen en horrendas carcajadas. Y al réprobo saludan. Tiemblan sus miembros: hómidas serpien

Ciñen su corazón, y ni un suspiro Puede exhalar, ni respirar siquiera.... ; Sacude el sueño: vagarosos ojos En torno suyo pavoroso gira. Y sangre, sangre, donde quiera miral Del lecho se lanza
Con grito doliente:
Se inunda su frente
De frio sudor:
Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor:

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando; piedad!

Mas no, que ya dada lestá su sentencia;
En vano clemencia
Demanda su voz;
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios!

A R***. O***. EN SUS DIAS

De virtud y gracias ilena,
Pura, inocente y hermosa,
Eres, adorable Rosa,
La reina de la beldad:
La ceina de la beldad:
La cen á tus plantas flores,
A cuantos miras inflamas,
Y en torno tuyo derramas
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,
Absortos se contemplaron
A tu nacer, y entonaron
Himnos de gloria y amor:
El nombre puro que llevas,
No al acaso te lo dieron;
Sin duda te lo pusieron
Por celeste inspiración.

Como en árido desierto,
Flor balsámica se mece,
Y al triste viajero ofrece
Un placer en su beldad:
Así á tí, Rosa querida,
Para ser te formó el cielo,
De tus padres el consuelo
En la triste adversidad.

¿Qué es contigo comparado El falso brillo del oro? ¿Puede haber mayor tesoro. Que tu risa celestial?

De tus días los autores Cifran en tí sus delicias, Son su existir tus caricias, Tu amor su felicidad.

Vive, vive muchos años! Vive feliz é inocente; Nunca se cubra tu frente Con el velo del dolor:

Vive, y endulza á tus padres El cáliz de la amargura, Objeto de su ternura. Sus delicias y su amor.

He aquí los votos que al cielo Por tí, : oh Rosa! he dirigido; Sin duda los habrá oído, Y venturosa serás,

Pues el Eterno sonríe Con celeste complacencia, Si ruegan por la inocencia Las voces de la amistad.

A LA SRITA. Da. M. DE LAS A. Z. YG

Parece que tus padres presintieron Que serías de gracias un tesoro, Y el nombre hermoso, mágico y sonoro De Maria de los Angeles te dieron:

Si, los ángeles mismos sonrieron A tu nacer, y en el celeste coro, Al son divino de sus arpas de oro Tu dulcísimo nombre repitiron;

Hoy resuena de nuevo al sacro acento Como un hinno solemne de victoria: Yo arrebatar de inspiración me siento,

De tus gracias se llena mi memoria, Y al grito alegre del común contento, Uno mi voz para cantar tu gloria.

A LA SRITA. MARIETTA ALBINI

En la ejecución de la ópera LA NORMA.

Cielos! ¿no es ilusión? ¿ es ese el bosque Sagrado de Irminsul? Si, ved á "Norma," Vedla de magestad y fuego llena, Sobre la piedra druídica elevada: Brilla en su mano la hoz resplandeciente; Sublime inspiración baña su frente, ¿Es un rayo del cielo su mirada! Escuchemos su voz....; divino acento! Una débi; mortal no puede tanto; Es del querub el armonioso acento; Yo acrebatar en éxtasis me siento!

En tu labio ha sonado, "Norma" bella
Ay! el amor tu corazón inflama,
Amor que un tiempo tu ventura hacía;
l'ero ya de "Polion" el a ma fría,
N corresponde a tu sagrada llama
El padre de tus hijos mocentes
To pudo así olvidar? Con qué dulzura,
Con qué magia divina
Expresas, bella Norma, tu te mura!

"¡Ay! vue've, vue've, ingrato, A aquel tu amor primero,

Calderón.-7

Que un universo entero, Tu Norma en ti cifró."
¡Oh, mujer adorable!
¿Quién puede oir tu canto Quién presenciar tu lanto Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;
El inocente labio de "Adalgisa,"
Vrene á romper tu corazón amante;
La terrible verdad al fin escuchas,
No eres amada ya; no eres amada!
De dolor y de furia combatida,
Con cuántos sentimientos, triste luchasi
Qué mirada severa
Diriges al infiel! Quién tu semblante,
Quién retratar tu agitación pudiera!

Tremula luego, en tu fatal delirio,
Sobre tus hijos el puñal levantas,
Mas la naturaleza te detiene:
Tu brazo tiembla al contempla: su encanto
Sueltas el hierro, y abundoso llanto
A miltigar tus aflicciones viene

En medio de tus males, Compadecido el cielo, Quiere darte el consuelo De la santa amistad: Tu rival generosa Tu atroz tormento calma; Su labio vierte en tu alma Dulce serenidad. La esperanza renace
En tu alligido seno,
Y de esperanzas lleno,
Late tu corazón:
En tu apacible labio
Vuelve á morar la risa,
Y estrechas á "Adalgisa,"
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la virgen generesa Quiere volverte la pasada dicha; Fl ingrato "Polión" ya no te escucha: El nombre de firmeza Le da á su ingratitud el inhumano: Que tu justo furor al fin estalle! Caiga, caiga el impio Que ast tu noble pecho despedaza! Ya su destino pende De tu labio no más: ya te adelantas, El bronce sacro hieres, y de muerte La voz resuena: ya llego la hora De la venganza, y el perjuro amante Cree que tu labio nombrará à "Adalgisa:" Ah, no conoce tu alma generosa! Grande, sublime, de nobleza llera, Tú sola te delatas, Y "Polión," aunque tarde, reconoce El inmenso tesoro que ha perdido.

> "¡ Qué corazón, le dices, Qué corazón vendiste! ¡ Qué corazón perdiste,

Oh, Romano cruel!
"¡Tarde, "Pohón" responde,
Tarde te he conocido!
¡Qué tesoro he perdido,
Oh, celestial mujer!"

La sentencia está dada, triste Norma,
Muerte fatal te espera:
El momento terrible ha ya llegado
A lo menos el pecho de tu amado,
Vuelve á estrecharte en medio de la ho
(guera

Mas ; ay, cuanta amargura Llena tu corazón en este instante! Que será de tus hijos mocentes? "¡ Soy madre!" duces à su padre triste, Y va a sus pies su compasión imploras: ¡Con qué elocuencia tu afligido labio, "Son tu sangre!" repite adolorido! Que sublime gemido Lanza tu pecho de tormentos lleno! ¿Cómo pudiera resistir un padre? : Ahl no; ya le promete Que de tus hijos cuidara piadoso, Y va al pisar la losa del sepulcro, Una dulce sonrisa Vaga en tu labio maternal; ; el cielo Recibió esta sonrisa moribunda! Ya, va por fin te cubre el negro velo... Adiós adiós, oh "Norma" idolatrada! Mi alma por el dolor despedazada, No puede ya sufrir!...!Morir me siento Y a tu dolor excede mi tormentol...

¿Y todo fué ilusión? ¿Y puede el arte ¿A tal punto llegar? ¡Celeste Albini, El pueblo mexicano te tributa Justos aplausos, y en tu noble frente Ciñen las artes inmortal corona: ¡Yo te saludo de entusiasmo lleno! ¿Quién al oir tu canto no palpita? ¡Jamás, jamás una ilusión tan grata Llenó mi corazón, Albini bella De tan dulce y feliz melancolía! Recibe, pues, lá gratitud que siento, Y de mi lira en el humilde acento La sincera expresión del alma mía! 1,837.

A HIDALGO

En sepulcral silencio se encontraba El pueblo mexicano sumergido: ¡Fatal silencio! sólo interumpido Por la dura cadena que arrastraba:

Como crimen atroz se castigaba Del triste esclavo el misero gemido, O de los opresores al oido, Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:
"México libre para siempre sea!"
Y al tirano español guerra fulmina:
Once años dura la mortal pelea,
El trono se desploma, y en su ruina,
De libertad el estandarte ondea!

1,837.

HIMNO PATRIOTICO

Para cantarse el 16 de Septiembre de 1,840.

Oid sonar de los heroes las tumbás, Y sus sombras ilustres salir. Y mil ecos gloriosos á un tiempo "¡ Libertad!" "¡ libertad!" repetir.

I

Hubo un tiempo de luto y de muerte.
En que sólo sonaba la voz
Del tirano que de oro cubierto,
Insultaba á la débil nación;
Pero se alza en Dolores un astro
Más fulgente, más bello que el sol:
¡Libertad, es tu ráfaga pura!
¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

H

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes Alzan fuertes el noble pendón. En que brilla con fuego, grabada "Libertad," por la mano de Dios. El tirano al mirar esta enseña, Sobre el trono, cobarde tembló. Y aunque opone sus últimas fuerzas, Triunía al fin del patriota el valor.

III

¡Salve, ó genio, que el árbol plantaste Que regado con sangre creció!. ¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo! ¡Salve, ó día de gloria y honor! Y á Morelos, Allende y Aldama, Y á mil bravos que llenos de ardor, Con su muerte su gloria sellaron, ¡Salve! canta del pueblo la voz.

POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del Sr. D. Francisco Garcia

1

De patriotismo y de virtud modelo, Fuiste siempre "magnânimo Garcia, Fuiste de Zacatecas el consuelo: Pero marcó el Señor tu último día, Y al cielo alzaste tu briliante vuelo.

II

Miró á su patria el inclito García, Miróla en sangre y lágrimas bafiada, Presa inocente de facción impía, Y su alma del dolor despedazada. Te dejó para siempre ; oh patria mía!

Ш

A su padre, á su jefe más querido, Hoy Zacatecas llora desolada: Con él sus esperanzas ha perdido! El pueblo en torno de su tumba helada Lanza su triste, lúgubre gemido. ¡Oh, Zacatecas! cúbrete de duelo, Murió tu padre ya, ¡murió Garcia! A otro mundo mejor alzó su vuelo. ¡Un héroe falta de la patria mia! ¡Un astro más fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este dia, Con lúgubre clamot el bronce suena, ¿Por qué así to entristeces, patria mia? La patria con su faz de llanto llena, Calla y muestra la tumba de García.

Genio que alzaste tu brillante vuelo A otra región de luz y bienandanza; Por qué dejaste nuestro patrio suelo? De su dicha perdiste la esperanza. Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad; negro es su manto, Es triste su mirar, y hondo su duelo: Al que sostuvo su estandarte santo No halla en la tierra, y búscanlo en el ci Sus ojos llenos de salobre llanto.

Si te quitó el destino, patria mía. Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza; Si eres juguete de la suerte impia, A lo menos te quedan por riqueza La tumba y los recuerdos de García.

UNA MEMORIAI

Sali apenas de la infancia, encillo, puro, inocente, on el candor en la frente, a paz en el corazón:

Cuando te vi. Amara hermosa, en apasionado acento de atrevi a mandar al viento di primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;
le aquel amor que derrama
in el corazón su llama,
lual volcán abrasador:
Este amor era el delirio
lue mi existencia llenaba,
ste el númen que inspiraba
il primer canto de amor.

Para mi la vida entonces
Cuánta dulzura tenía!
Cuán grata me parecia
e la tierra la mansión!
Miraban todo mis ojos
on tan bellos coloridos!
odo, todo á mis sentidos
staba diciendo amor.

Cuando tras el cortinaje Magnifico de oro y grana, En la cándida mañana Bril'aba el fúlgido sol,

Yo alegre lo saludaba, Que à alumbrar tu faz venía, Y á ti, Amira, dirigia Mi primer canto de amor.

¿No te acuerdas cuántas veces
De las aves el arrullo.
Del arroynelo el murmulio
Escuchábamos los dos?
El aura blanda mecía
Tu cabellera rizada,
Aquella aura embalsamada
Por tus palabras de amor.

¡Cada gota de rocio, Cada flor y cada fuente, Hablaban cuán dulcemente, A mi tierno corazón! ¡Amor las aves cantaban, Amor las fuentes decían, Y los ecos repetian Por todas partes, amor!

Prisma brillante, pronto te rompiste, Illusiones de amor, habéis pasado, Y al pobre corazón sólo ha quedado Una memoria dolorosa y triste! Todavia tienen para mi las flores, del bosque el magnifico ramaje, as aves y las fuentes, un lenguaje, enguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavia al sol brillante vando aparece en el rosado oriente; las le saludo con la voz doliente, en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor?..; un sueño fugitivo! Tus sollozos, tus lágrimas mentira! Yo te amaba, y... ¿lo creerás, Amira? alsa, aún te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria, orque aunque á ver no vuelva tu sem-(blante, ligas mi nombre y mandes á tu amante Un suspiro no más, una memoria!

BRINDIS EN UN BAILE

A un tiempo, queridos,
Las copas llenemos,
Y alegres brindemos
A amor y amistad:
Del tiempo pasemos
Burlando la saña;
De hirviente champaña
La copa apurad.

"Y todos á un tiempo Gritad, y á una voz: ¡Que vivan las bellas! ¡Que viva el amor!"

¿Qué importa que ahora. El sol no aparezca. Que no nos ofrezca Su fúlgida faz? Oculte sus rayos; Que brillan más que ellos Los ojos tan bellos De tanta beldad.

"Y todos á un tiempo Gritad, v á una voz: ¡Que vivan las bellas! ¡Que viva el amor!" Oh, vino espumoso
Tú el simbolo eres
De nuestros placeres,
De nuestra ilusión.
Gozosos, amigos,
Las copas vaciemos,
Y alegres brindemos
Al gozo, al amor;

"Y todos á un tiempo Gritad, y á una voz: Oue vivan las bellas! Que viva el amor!"

Mirad de estas ninfas
Las cándidas frentes,
Sus bocas rientes
De hermoso carmin:
¿Quién puede, decidme,
Mirarlas sereno,
Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos, Diciendo á una voz: "¡Que vivan las bellas! ¡Que viva el amor!"

PRINDANDO A UNAS SENOR.IAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA

¿A quién no animan vuestros bellos of si ¿Quién no palpita al ver vuestra hermo (sura

Esa sonvisa pura

Que vaga en vuestro labio purpurino,

Y el noble pecho del patriota inflama.

Es del valrente, premio venturoso.

¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso

De independencia la sagrada llama!

¡Maldicior al cobarde

Que para conservar vuestra pureza

Y vuestra libertad, la lid rehusa!

¡Loor eterno al val ente mexicano,

Que ardiendo en llama sacrosanta y pura

La vida exhala al pie de la hermosura,

Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata
La opresión vue: ras cándidas frentes,
Antes, antes, de sangre torrentes
En Anáhuac correr se verán.
Compatriotas, brindad á la gloria,
De las bellas en este gran día.
E inundados en outa alegría

E inundados en pura alegría, En se loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto-

ROMANCE PRIMERO.

EA VIDA.

El que quiera ver la pompa, brillantez y riqueza on que en México se viste a graciosa primavera, faya al paseo de la Viga una tarde serena. a multitud de canoas que cubren el ancha acequia, ne van, vienen, se reunen, separan y atraviesan: as graciosas mexicanas, ue colocadas en ellas coronadas de flores. Istosos trajes ostentan: os acentos melodiosos el arpa o de la vibuela, ue acompañan las canciones due sus amores expresan: iquellos dechos agudos oportunas ocurrencias, quel desorden gracioso. quella brisa ligera ne apenas las aguas riza

Y luego en los flores juega: La vista de hermosas quintas Y de risueñas aldeas, Donde de sabroso pulque Apuran jicaras llenas: Aquel contraste gracioso Oue forma la faz severa De venerables ancianos Que meditan o bostezan, Con el semblante festivo De las jovenes traviesas. Que à sus amantes enviant Miradas de fuego llenas: Aquellas sagradas aguas, Que los trabajos recuerdan (A pesar de tantos años) De los ilustres aztecas: El idioma mexicano One aquellos Indios conservan, Y en que los remeros hablan, Y la romântica mezcla De las memorias antiguas Con las costumbres modernas Forman un todo gracioso, Oue nunca a borrærse Hega Del alma que ha contemplado Estas mágicas escenas.

En una de las canoas Iba una tarde de aquellas Un joven, tres señoritas, V una anciana gorda y fresca. Aunque hien se conocia

Que rayaba en los sesenta: Esta ostentaba un vestido De una antigua y rica tela. Que conservaba, decia, Con la mayor reverencia, Porque lo habia estrenado En las memorables fiestas Del advenimiento al trono De Carlos IV: tal prenda Le servia como un libro De memoria: su cabeza Entre blanca v negra, estaba De una gran falla cubierta, Y por fin, todo su traje Era una confusa mezcla De las usanzas antiguas Con adiciones modernas: Contraste raro formaba Con sus hijas, que pudieran Ser modelo de las Gracias: Mas la respetable vieja Era de bello carácter. Habladora sempiterna, Buena madre de familia. Muy amante de las fiestas. Regocijos y convites, A donde iba, decia ella, Tan solo porque sus hijas De gusto no carecierán: Lo cierto era que entretanto Oue las amables doncellas En el canto ó en el baile

Ostentaban su destreza; Ella entre muelles cojines. Junto à alguna compañera De su tiempo, al grande flujo De su charlar daba suelta.

lba, pues, nuestra matrona En la canoa; junto á ella Iba un joven pensativo, Dando en su semblante muestras De algún proyecto grandioso O alguna afliccion secreta: Veinticinco años tendria Cuando mas, aunque las penas La meditación continua. O literarias tareas. Parecer mayor le hacian: Pero en su frente serena. En su mirar entusiasta Aunque dulce, en sus maneras Todas, y en todo su porte Se leia la franqueza. La anciana le amaba mucho. Sabía la correspondencia Oue con Adela tema. De sus hijas la más bella; Y esperaba que muy pronto De Himeneo la cadena Sus vinculos estrechara: Alfonso (pues éste era El nombre de nuestro joven) Oía las historietas

De la anciana, que tenian
Más de vemte años de fecha.
Con la ligera sonrisa,
Que la distracción expresa:
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencillez y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacían
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reian, Cantaban canciones nuevas, O de aromáticas rosas Coronaban sus cabezas: Ya jugaban con el agua, Y al inclinarse hacia ella, Se desprendian las flores De su hermosa cabellera: Ya al remero dirigian En la mexicana lengua Algunas leves preguntas, Repitiendo su respuesta.

Poco à poco fué dejando A sus hermanas Adela, Porque notó que en su amante Aumentaba la tristeza, Y fué à colocarse al cabo Junto à la madre, que, tierna,

Al melancólico Alfonso Hablaba de esta manera: "¿Qué tiene usted, hijo mio? "¿Qué tiene usted? ¿En qué piensa? *Usted está distraído. *No me responde siquiera: "Sabe usted cuanto lo estimo. "No me oculte tisted sus penas. "Estos jóvenes de ahora, "Con tantas cosas que piensan, "Se vuelven viejos muy pronto: "Mi mando (que Dios tenga "En su gloria) no pensaba "Sino en cuidar de su hacienda; "Pero no lo vi ocuparse "En escribir tantas resmas "De papel, v no es decir "Oue tuviese mala letra; "No, señor, de Palomares "Escribía, las esquelas "Verá usted que me mandaba "Cuando hice viaje à la Puebla. "; Qué limpias! no hay un borrón "Desde la cruz á la fecha; "Pero no hacía discursos. "Ni versos, ni cosas de esas "Que se hacen hoy. Vamos, vamos, "Levante usted la cabeza, "Cante usted alguna cosa, "Acompañado de Adela.

"O solo, como usted guste.

"¡Ah! ¿Tal vez usted se enenentra
"Enfermo?"—La buena anciana
Calló en fin: en tanto inquieta
Adela, los ojos fijos
En Alfonso, medio abierta
La rosada boca, el pecho
Palpitando con violencia,
Esperaba de su amado
Sin respirar, la respuesta.
"No, señora, dijo el joven,
"No estoy malo, la vihuela
"Deme usted, Adela hermosa,
"Y cantaré lo que pueda."

El crepúsculo acababa
En este instante: desiertas
Estaban ya las canoas;
En vez del ruido y la gresca
Que se observaba poco antes,
Ora silencio se observa:
El hombre así de la vida
Por la corriente atraviesa,
Primero alegre, agitada,
Después tranquila y serena,
Cuando la vejez helada
Ya sus pasionez nodera.

Trémula sobre las aguas Brillaba la luna llena. Que ya á salir comenzaba Tras la torre de una aldea: En ella fija los ojos
Alfonso, luego los lleva
A las remotas momañas
Que en el horizonte observa:
Altisimas esperanzas
Su alma generosa llenan,
De Adela estrecha la mano,
Y en voz dulce v halagiieña.
Pero sonora y sublime,
(Que por escueharla dejan
Sus juegos las dos hermanas.
Y el remero su tarea)
Estos versos canta Alfonso,
Que su sentimiento expresan:

"; Gloria! ; gloria! ; Palabra sonora
Que repiten la tierra y el cielo;
Del sufrido soldado consuelo.
De los héroes brillante deidad!
Yo también por tu nombre suspiro;
Que tus alas me cubran espero.
Y en mi mano tal vez el acero
Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
Que hoy oprime con mano inclemente.
En vil polvo sumida la frente,
El escarnio del pueblo será;
Yo también á los libres unido

Yo también à los libres unido Vibraré denodado la espada, V mi frente será coronada De Jaurel y de palma inmontal. Mas si acaso en la lucha perezco, ella joven, mitad de mi vida. Se ti sola y mi patria querida li suspiro postrero será.

Ve á la tumba que guarde mis restos. sobre ellos derrama tu llanto:

li aflicción y mi acerbo quebranto. on tu sombra tal vez calmará."

Calló Alfonso; sus mejillas Ardientes lágrimas riegan, Oue cavendo sobre el rostro De la delicada Adela, Y juntándose á las suyas, A la helada mano ruedan De la anciana, que al instante Pregunta con voz inquieta: Por qué llorais, hijos mios? "POh! las canciones modernas Son muy tristes: las antiguas "Las seguidillas aquellas "Eran mejores; mas todo. "Todo acaba! Vamos ; ea! "Muchachas, vamos á casa, "Y acabóse la tristeza."

Dejaron, pues la canoa, Toman el coche, y se internan De México en la ciudad Por las calles opulentas.

ROMANCE SEGUNDO.

LA PRISION.

Jamas se pasaba un dia Sin que en las alas llevado Del amor, no fuese Alfonso A ver a su bien más caro: Sin embargo, en el siguiente Al pasco de que hablamos, Son va las doce. .. la una, Pero Alfonso no ha llegado. Cuenta Adela los momentos, Le parece que oye pasos, La respiración suspende, Vuelve la cabeza,... en vano, No es el: se apura, se aflige, Mil pensamientos amargos Se suceden en su mente. Tal vez se encuentra postrado Por la enfermedad... Tal vez Ha detenido sus pasos Un asunto de interés:.... Pero no: nunca su amado Ha preferido otros bienes A su amor: acaso, acaso Una mujer más dichosa.... Qué delirio! Ni pensarlo! Adela tan baja idea Desecha con desagrado:

Pero Alfonso no parece, El sol va ya declinando..... O buen Dios! ¿le habra perdido?... Sale al balcón, a lo largo Tuende la vista, cada uno De aquellos que van pasando Le parece que es Alfonso; Su corazón agitado Casi no cabe en su pecho: La llama su madre en vano: "Ya voy," dice, y permanece Por todas partes mirando: Descubre, en fin, á un amigo De su amante, ¿Algún recado Le traerá tal vez?.... No hav duda, Entra en su casa: de un salto La sala y el corredor Pasa Adela, y preguntando Está al amigo de Alfonso. Infelice! de los labios De aquel ove la noticia De que está preso su amado: Pierde su faz los colores. Tiende los hermosos brazos, Y faltándole las fuerzas. Como herida por un rayo, Cavó: la madre al momento, Y las hermanas volando Llegan, la encuentran tendida En el suelo, y al infansto Mensajero, cual si fuese

Hecho de insensible mármol. El les repite de nuevo Que su amigo desgraciado Está en la "cárcel de corte," Por el gravisimo cargo De ser "insurgente".... ¡Cielos ! La anciana exclamo llorando, "¿ Insurgente?"—Si, señora, Dijo el amago, y acaso Yo me horrorizo al pensarlo! Ya se le sigue un proceso.... Su funesto resultado "No más, dijo la señora, "; Me está usted despedazando! "¡Vaya usted, vaya al momento, "Dé usted, por Dios, cuantos pasos "Pueda en favor de su amigo, "De ese amigo desgraciado. "; Necesita usted dinero? "Yo lo daré: ¿es necesario "Ver al virrey, à los jueces? Pues en el instante, vamos. "¡Oh, santo Dios! hijas mias, "Llevemos luego à su cuarto "A esta infeliz. Oh, qué tiempos! "Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece Adela en aquel letargo; Pero, por fin, poco á poco Va volviendo: abre sus labios,

Y con voz trémula y débil, De Alfonso el nombre adorado Repite; los ojos gira-En derredor de su cuarto: No esta pálido su rostro. Antes un vivo encarnado Hermosea sus mejilias: Bate su pulso agitado Por la fiebre más ardiente. Discursos mal concertados. Palabras vagas, locuras, Indican el alto grado De la enfermedad la ciencia, Los desvelos, los cuidados, Todo se ensaya sin fruto; El cerebro trastornado De Adela, ve sólo sombras; Y la infelice, mezclando Las mas contrarias ideas. En tropel desordenado Habla de flores y muertes, De ameres y de cadalsos.

Por mil ochocientos trece
Es la época de que hablamos.
Epoca horrible, sangrienta.
Para el triste mexicano:
Cuando el nombre de Venegas,
Pepetido con espanto,
Helaba los corazones:
Cuando algunos esforzados.
Arrostrando los peligros.

"Independencia" gritaron,
Mas no era llegado el dia
Por el Eterno marcado
Para sacudir el yugo
Del Español sanguinario.

l enegas sofocar quiso Aquel incendio sagrado, Vertiendo sangre a torrentes, Suplicios inultiplicando. No eran necesarias pruebas Para mirarse arrastrado A la prision mas estrecha El misero ciudadano; Bastaban solo sospechas: Así piensan los tiranos Afirmar su inicuo trono, Sin advertir que la mano Oue los golpes multiplica, Suele fat.garse al cals, Y su flaqueza se authenta A proporción del estrago,

En la gran carcel de corte. Se encuentran un joven cargado. De fortisimas cadenas. Y de grillos muy pesados: Pero en su faz no demuestra. Abatimiento ni espanto. Es cierto que algunas veces. Per su semblante esforzado. Pasa una ligera sombra.

De tristeza, y en sus labios.
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo.
La serenidad cobrando.
De inmortabidad y gloria
Brilla en sus ojos un rayo.
Asi al claro sol oculta
Algún ligero nublado,
Pero pasa, y reaparece
Con mas pureza brillando:
Así el arbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracán despreciando.

Seis dias hace que Alfonso Suire su destino amargo, Sin saber cuál es la suerte De los objetos amados De su corazón. Se acerca Al fortisimo enrejado De una ventanilla estrecha, Y sus ojos levantando Fija en el zafir del cielo Cuando el mortal rodearlo Está de gozo y ventura; Cuando ardoroso su labio. Entre ilusiones mecido. Del placer apura el vaso, Le basta sólo la tierra: Mas cuando la helada mano

Del dolor su pecho rompe, Cuando la ilusión pasando Aparecen los tormentos, Cuando no encuentran descanso En el mundo, ansioso busca Otra región, otro estado, Y sus ojos en el cielo Fija mundados en llanto.

Era el momento solemne En que el so; ha terminado Su carrera, la hora misma En que Alfonso, acompañado De Adela, hace siete dias, En la "Viga" iba soñando En felicidad, en gloria. Que en prisiones se han tornado. Asi el viajero divisa Altas torres y palacios. En el lejano horizonte, Que le prometen descanso, Y en mirarlos divertido. No ve la sima en que incauto Se precipita, y perece: Asi ligero surcando El pajarillo los vientos, Tocar la copa de un árbol Cree ya, cuando aguda flecha Le derriba traspasado En el azul de los cieros. Más que las otras brillando, Estaba una estrella hermosa:

Alfonso con entusiasmo Fija sus ojos en ella, Como en el luciente faro El navegante infelice, Que está con la mar luchando: Astro puro, geres acaso Tú la funeraria antorcha Oue alumbra mi fin cercano? Pronto tal vez, en mi numba Tu blanda luz derramando. Indicarás á mi Adela El lugar de mi descansol Tal vez la noche siguiente, Brillaran tas tristes rayos Sobre su pálido rostro, Y en las gotas de su llanto. Cambia de pronto de ideas: De su patria el nombre caro Viene à su memoria el fuego De libertad, que abrasando Està siempre su alma noble, Aquel fuego sacrosanto, One al amor cedió un monrento, Vuelve a brillar, y doblando Su entusiasmo, "si; repite, Alcele prento el cadalso, Verga la nuerte gloriosa Que me prepara el tirano."

Asi lucha el triste preso, Entre sentimientos varios, Hasta que un ligero sueño Extrende sobre él su manto.

Mas ; ay! pronto lo despierta
Un acento destemplado.
Que le intima la sentencia
De muerte... Con firme paso
Marcha a la obscura capilla,
Donde un venerable anciano,
Un religioso, lo espera,
En caridad rebosando,
Para hacer con sus acentos
El trance menos amargo.

Tres dias después... unos tiros
En la plaza de Mixealco.
Y unas campanadas suenan...
A esa misma hora, de blanco
Vestida, y llena de flores,
A su lecho funerario
Llevan una hermosa joven.
Es Adela, y á su lado.
De su amante, el noble Alfonso.
Fl sepulcro colocaron.

Enero de 1,8,3.

BRAS DRAMATICAS



EL TORNEO.

A su muy amada esposa Doña Manuela Letechipia, dedica este drama,

FERNANDO CALDERON.

6/19-1839 Tas

PERSONAJES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, scudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballe: ps armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con dornos de trofeos militares en las pare-

ESCENA I.

TIMOTFO, PEDRO

(Aparecen limpiando los muebles.)

Pero : sabes la que pienso?

Que á pesar de este aparato

Y preparativos regios.

Creo que tiene la tal boda

Más bien trazs de un entierro

Tim. —; Un entierro? ; mentecato?

Un entierro?; mentecato!
Con un baile, y un torneo,
Y un festin, y tantos nobles
Y valientes caballeros,
Que vienen de treinta millas
A la redonda, cubiertos
De brillantes atmaduras.
Plumas y galas, y.... Pedro,
Tú no sabes lo que dices.

Ped. Lo que digo, Timoteo,
Es, que todas esas galas,
Y esas músicas que el viento
Atruenan por todas partes,
Y el convite, y el torneo,
Todo esto de nada sirve
Si la novia....;

Tim.— Vaya, necio, ¿Y qué tienes que decir De Lady Isabel?

Ped.— ¿Qué tengo
Que decir? que es una joven
Angelical, un portento
De virtud y de hermosura;
Pero que, según entiendo,
Ella tiene tantas ganas
De casarse, como tengo
Yo de morirme.

Tim.— Repito
Que eres un tontazo, Pedro
¡Vaya!; pues es nada el novio!
El más rico caballero
De Inglaterra, y el más n-isle

Y valiente; nada menos
Que el barón de Bohún; digo,
El que no hace mucho tiempo
Salvó la vida al monarca,
Cuando lo iba un sarraceno
Allá en Ascalón, un día,
A rajar de medio á medio:
Y por lo mismo Ricardo
Le ha concedido por premio,
Que ponga en su escudo de armas,
Aumentando sus trofeos,
Una cabeza de moro
Con sus bigotazos negros,
Que da gusto.

Yo me rio:

¿Puedes pensar, majadero,

Que los bigotes del moro,

Por muy grandes y muy negros

Que sean, hayan podido

Mover á la novia? Creo

Que ni cabezas de moro,

Ni moros de cuerpo entero,

Harán que la señorita

Quiera al tal Barón.

Silencio:

Eso es otra cosa: mira,
Hace poquisimo tiempo
Que sirves en el castillo:
Tú no sabes los secretos
De la familia, y yo sí;
Mas no saldrá de mi pecho,
Ni siquiera una palabra

Calderón.-12

En asuntos de tal peso: Eso no; soy reservado Como un poste,

Ped .-- Bueno, bueno;

Yo no digo lo contrario;
Pero si eres (an discreto
Y tan honrado, debías,
Por caridad à lo menos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas, por supuesto
Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto:
Pero al fin soy de la casa.

Tim.—Pues sirvate de gobierno.

Que el barón de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio.
Es valiente, cierto, y rico,
Y de titulones lleno:
Pero muy vano y altivo,
Regañón.... pero no puedo
Decurte más.

Ped.— Lo que has dicho
Sirve para que de nuevo
Afirme yo que la boda
No tendrá buen paradero:
Cómo nuestra señorita,
Joven, bella, cuyo genio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañón, altivo?...; vaya!
Quemara yo, Timoteo,
Mis pape'es, s. á esta hora

No palpita ya su pecho Por algún joven hermoso Mas digno de ella.

silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aqui se mira y se calla.

L—Bien està; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal barón, pudiendo
Ser tan feliz con....,

Pero hombre, Es imposible; si Alberto No es más que un pobre muchacho, Un expósito; si al menos Tuviera algún titu'illo; Pero nada; no sabemos Quienes han side sus padres. En una ocasión, volviendo De la caza nuestro amo, Encontró en el duro suelo Al pobre niño; su llanto Le enterneció, y al momento Le trajeron al castillo, Le dieron por nombre Alebrto, Y está aqui, como quien dice, Por caridado si un asiento En su mesa le da el amo. Es parque el es un partento De va'or, y porque supo

Ganar con su propio acero
De Caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco;
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

Ped.— Pues la verdad
¿Quieres que te diga? aprecio
Mucho más á los que ganan
Por si mismo sus empleos,
Que no á esos almibarados
Örgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y sólo son caballeros
Y se llaman hombres grandes
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Barón, sólo porque es noble.

Tim. Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? Yo me acuerdo
Que, hace poco el tal Barón
Era un segundón hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo; su viuda
También murió á poco tiempo,
Y entró en posesión de todo
Ese Walter: no, yo pienso....

Tim.—Pedro, Pedro, en los palacios Se ha de hablar con mucho tiento: Tú eres novicio, y no sabes Estas cosas.

Fed. Pues....

Oue alguno viene. ¿ No escuchas Ruido de pasos?

Ped.— El miedo
Que te zumba en los oídos.
Tim.—No, no; viene alguno.

Fed.— Es cierto.

Tim.—; Si te habrán oido? Ped.— Mira:

Es el señorito Alberto, ; Pobrecillo! ; Cuán mudado; Cuán pálido y macilento Está su rostro! ; qué triste! Me da lástima: ; es tan bueno. Tan afable! no, si acaso Me hallara yo en su pellejo, Te aseguro que hoy hacía Una locura....

Tim.— Silencio, Que ya llega.

ESCENA II.

Dichos, ALBERTO.

Alb.— Amigos míos. (Con un aire muv abatido.) Qué haceis aqui?

Sacudiendo 1'ed.-Este salón, porque dicen-Que dentro de poco tiempo Estará aquí el novio. ; El novio! Aib. -Tim.-Y los otros caballeros, Que han de asistir a la boda. Aib.—; A la boda! Tim.— Y al torneo: Ya está todo prevenido En el gran patio, tendremos Música, baile.... quién sabe Cuántas cosas Alb.— (; Yo fallezco!) (Se deja caer en una silla Tim.—Ya tiene la señorita Muy adornado su asient.: Ya la tienda de campana Del señor Barón Ped. sant i unt Qué necio (Bajo à Timoteo.)

Eres! ¿no ves lo que sufre?
¿No te acuerdas del proverbio:
En la casa del alvorcado
No mentar la soga?

Tim.— Cierto:

Tienes razón.

Ped,— Pues al punto

Vámonos por allá dentro:

Dejemos al señorito

T.m.—Oye: en tiempos de festejo, Nuestro viejo mayordomo Suele alvidar un momento De la bodega la llave Y el que es vivo....

Ped.— Ya te entiendo: Un trago por la mañana Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:

Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo! (mirando á Alberto.)

Ves qué triste está?

Tim.—; Camueso! ¿Pues qué perder una novia Es friolera?

Ped.— Por supuesto. (Se van.)

ESCENA III.

Alb.—; Músicas, baile, alegría!
; En todas partes contento!
; Todos ríen, y el tormento
Despedaza el alma mía!
; Aciago, funesto día!
; Qué me resta? ; desdichado!
La muerte! desesperado,
Mi existencia maldiciendo,
Iré á buscarla, muriendo
De todos abandonado!

¡La muerte, si, si, la muerte! ¡Huérfano infeliz, proscrito! En ti amar es un delito; Habrá más horrible sucrte? Isabel, voy á perderte, Hoy voy á perderte, si, Sólo porque no nací, Conde, duque, ni baron; Porque horrible maldición Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?
Por el debto engendrado
Fui tal vez, y abandonado
A llorar, à padecer:
Tal vez la triste mujer
A quien la vida debi,
Quiso arrojarme de si
Como objeto vergonzoso,
Y entregarme al que piadoso
Se condoliera de mi.

¿Y qué, puede sin temblar,
Sin fallecer de dolor,
Al objeto de su amor
Una madre abandonar?
Tu pecho despedazar
No sentiste, madre mía,
Caando en orfandad impía
Me dejaste? ¡Desdichado!
¡Tal vez murió, y me ha llamado
En su fatal agonía!

Ay, acaso al darme il ser Perdió la infeliz la vida, O de miseria oprimida, Està pronta á fallecer.
¡Oh, si pudiera romper
Este velo misterioso!
¡Permíteme, Dios piadoso,
Que la vea un sólo instante,
Aunque de su seno amante
Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
Este valle de dolor;
Si en otro mundo mejor,
De Dios ante el trono está;
Por su hijo rogará,
Porque se cambie mi suerte,
Porque antes, antes de verte,
Isabel, en otros brazos,
De mi existencia los lazos
Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en ti Mi única dicha encontré; Mis pesares olvidé Desde el punto en que te vi; Pero ya, triste de mi! Ya no es mia tu beldad; La mano de la verdad De la ilusión rompe el velo, Vuelve á condenarme el cielo A miseria y orfandad.

(Yéndose.)

¡Es ya forzoso partir: Adiós, castillo dichoso,

Calderón.—13

Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo menos yo lograra!
Si a sus plantas expirara,
Feliz al morir sería,
Y la humilde tumba mía
Ella con lianto regara!

Pero no; ni este favor Quiere concederme el cielo; Morir debo en otro suelo Consumido de dolor; El objeto de mi amor No me verá moribundo; En abandono profundo, Moriré sin un testigo; No un pariente, ni un amigo Dejaré al salir del mundo!

¡Adiós, objeto adorado, Que amé, que amo todavia, Que siempre en el alma mía Está con fuego grabado! ¡Adiós, dueño idolatrado! ¡Adiós! mas... ¿no es ella? sí, Es Isabel: ya está aquí; Huyamos, ¡ay! es forzoso... No puedo! ¡el cielo piadoso Tenga compasión de mí!

(Se deja caer en una silla en el mays

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isab.—; Alberto!

Alb.— : Isabel!

lsab.—; Yo muero!

Alb.— Con que es cierto, en fin, que vos Hoy mismo....

lsab.—; Calla, por Dios! ¿También tú el feroz acero,

Que mis entrañas devora, Quieres empujar, cruel?

Alb.—; Ay, también mi pecho él

Esté rompiendo, señora!

Isab.—¡Señora! ¿esto más?

Alb.— He aqui.

El nombre que os debo dar.

Isab.—¿Con que es fuerza renunciar Aun á la esperanza?

Alb.— Sí:

Ya no miro en vos aquella Que mis delicias hacía; Hoy es el último día Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será A las aras conducida, Y hoy mismo mi despedida Este asilo escuchará.

No verán mis ojos, no, De mi rival el contento, Ni escucharé el juramento Que la violencia dictó.

Furnaso, desesperado, Sin asilo, sin consuelo, Vagaré en extraño suelo, De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel, Compañero de mi gioria, Llena siempre mi memoria Con la imagen de Isabel,

La muerte voy á buscar.

Isab. -; Y yo aquí la encontraré!

Alb. - Tu nombre repetiré

Al momento de expirar.

¡Oh mi bien el más querido! ¡M. delicia, mi tesoro! La fuerza con que te adoro Nunca cual hoy he sentido!

Tú ves el constante ardor Que devora el alma mia; Mas no sabes todavia El exceso de mi amor!

Isab.-; Alberto!

Alb.— Llega, Isabel.
Llega esa mano adorada
Al pecho en que estas grabada
Por un ererno cincel:
¿No sientes este latir,
Este furioso volcán?

¡Ay, de aqui te arrancarán Cuando deje de existir!

Ese orgulloso Barón Obtendrá tu helada mano; Pero nunca el inhamano Posecra tu corazon;

Ese corazón es mío, Lo juraste ante el Eterno, Y al mundo y al mismo infierno, Por gozarlo desfío.

Recuerda, cara beldad, Aquella noche preciosa. En que tu boca de rosa Colmó mi felicidad:

Cuando trémula, turbada, Ulena de pudor divino, "Te amo," dijiste....; oh des' ic Infeliz!

y Podré sobrevivir A este momento terrible?

A este momento terrible?

[Alberto, no; no es posible
Los dos debemos morir:

Si, mi bien, la tumba mia,
Serà ese lecho nupcial!

Alb.—; Ah! calla, Isabel, ¡qué ma!
Me hace esa palabra impia!
¡Lecho nupcial! no: ¡primero
Mi cadáver han de hollar;
Venga el Barón á buscar

Tu mano con el acero: Veamos si tan fuerte es, Como altivo y orgulioso!
Protito ese rival odioso!
Quedará muerto á tus pies!
Pronto verás al traidor
Entisangre impura bañado.
Su pecho despedazado
Por mi acero vengador,
Y el sol que debe alumbrar
Su victoria, su ventura.
Una escena de amargura
Vendrá sóloi á presenciar!

¡ No brillará sobre flores Su rayo resplandenciente; Sobre sangre solamente, Sangre, venganza y furores!

En vez de cantos de amor. De muerte se oirá el gemido! Será en luto convertido Ese soberbio esplendor!

Tiemble, tiemble ese Bar'm!

Isab.--; Y mi padre?

Alb.→ ¡Oh Dios!

Isab - ; Sabrá Nuestro amor, y en mi caerá Su terrible maldición!

Alb.—¡ Ah! qué nombre has pronunciad Tu padre, el hombre que un día Salvó la existencia mía.

¿Será por mi desgraciado? ¿Y en cambio de su bondad Y su paternal amor, Yo llenaré de dolor Su cansada anciamdad?

¡ No, jamás; sabré sufrir
El sacrificio cruel:
Yo te lo juro, Isabel,
Sabré callar y morir!

Morit Isab.--Alb.—Morir: ¿presumes que pudiera vivor sin ti? jamás: tú, mi esperanza, Tu, mi consuelo, mi ventura fuiste: Tu, tú sola pudiste Adormecerme en dulces ilusiones, Regar de Lores el camino incirto, Que el destino fatal me señalaba; Isabel, va conozco que soñaba; Y que á la realidad por fin despierto. Una mano de hierro me sacude. Y à un abismo sin término me lanza: Vuela desecha en humo mi esperanza: ¡Cómo olvidarme de mi origen pude! Cómo pensar que un huérfano infelice, Sin nombre, sin riqueza, Su destino infeliz unir podia A la hija de un Barón! ; desventurado! Ya la suerte castiga mi osadia! Isab.—Alberto, cesa por piedad. ¿acaso Necesita blasones 1 n hombre como tú? ¿ Cuál es más bello Que la virtud sagrada que atesoras? Tu generosidad, tu noble brio, Mi corazón sencillo arrebataron, Y mis labios, Alberto, te jurarano Unir por siempre tu destino al mío. Alb.—; Inútil juramento! ¡Tú olvidabas

Oue vo era un miserable, sin fertuna. De compasión y de miseria objeto. Olvidaste, Isabel, en tu delirio, Que de un noble la hija es una esciava, Que de su mano disponer no puede, Ni de su corazón! Isab --; Verdad terrible! Espantosa verdad! mas al mirarte En otra cosa, Alberto, pensaria, Oue en amarte sin fin? cuando tus sieres La victoria en el campo coronaba, Míos tus triunfos y tus glorias eran! La voz de la esperanza me decia, Oue ne mano tal vez la recompensa De tu valor y tu virtud serfa: Inutil esperar! sin consultarme Mi padre fija mi infelice suerte, : Oué puedo hacer, si no esp**erar la muerte**? Mil veces he querido Desoubrir nuestro amor ante sus plantas, Mas me hiela el pensar que acaso airado En ti descargue su furor terrible, Y sin anugos sin recurso alguno, De la miseria victima serias! Alberto, Alberto, tempestad horrible Sobre nosotros despiadada truena, Sin poderla evitar!, av 12 Qué se han hecht Aquellos duices, verturosos dias De nuestra infancia? (Oh Dios - (sueño.

Que ya se disipó! Alb - ¡Si, si, no hay duda! A veces se suspenden mis dolores Con el recuerdo de tan bellos días! Te acuerdas, Isabel, de aquella noche En que brillaba espléndida la luna? Asentados los dos en la ventana Que da hacia el bosque y contemplando (mudos

Del firmamento la extensión inmensa, Y a la naturaleza silenciosa, na vaga tristeza me oprimia: Me contemplaba solo, abandonado Desde que vine al mundo, en mis oidos No habian sonado los sagrados nombres De "hijo ó de hermano;" nunca mi cabeza Reposó sobre el seno de una ma lre Nunca, Isabel! : Tan tristes pensamientos Mi corazén marchito consumian, La noche aquella, que olvidar no puedo, Que no quiero olvidar, tú penetraste Mis termentos atroces, tu volviste A mi tus ojos de ternura llenos, Y una mirada, una mirada sola Calmo la fiebre que en mi pecho ardía! Por que lloras, Alberto, me dijiste, No sov tu hermana yo, nu padre el tuvo?" Tambien llorabas! En aquel instante Un Dios me pareciste, un Dios clemente, One à la vida de nuevo me volvia, Mi único anhelo fué desde aquel día, De laurel puro coronar mi frente: Riandio mi mano la pesada lanza, for in valor and indo merecerte, Volé a la gloria, desafié à la muerte.

Y coronó el destino mi esperanza: Al lado de Ricardo, en Palestina, Yo el primero al peligro me arrojaba, . Y en medio de las lides me animaba Tu imagen pura, celestial, divina! Oh, cuántas veces cuántas, esta mano Rompió los musulmanes escuadrones, Y sobre sus vencidos torreones Alcé las cruces del pendón cristiano! A mis hazañas, á mi fuerte acero, Que no brilló sin gloriz vez alguna. Premió Ricardo, y tuve la fortuna De verme al fin armado caballero. Rico de gloria, ardiendo en amor puro. Volé á tu lado, v de tu labio hermoso Una sontisa todos mis afanes Coronó dulcemente: no enviadiaba La regia pompa y esplendor del trono; Tú sola fuiste de mi afán el centro: Adorarte, servirte, ser tu esclavo, Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza De mi alma alguna vez se apoderaba, Tu mirar la tornaba en alegria: Tu voz en mis oidos resonaba Como el acento de una madre tierna, Cual de una hermana el cariñoso halago Como el concierto melodioso y puro, Que ante el trono de Dios el ángel can Isabel, Isabel, ; cuántas delicias, En solo un dia me arrebata el cielo! Acércate:

(Llevándola á una ventan) Contempla esas montañas que el sol apenas à dorar empieza: El no se ocultarà tras esas rocas Entes de que se cumpla tu himeneo. Esab - Calla, calla por Dios! ¿por qué re-(cuerdas

d momento fatal de mi suplicio? \
Mb.—; Mañana se habrá alzado una ba(rrera

Alberto, calla!

Te complaces, cruel, en mis tormentos?

Ub.—Perdóname. Isabel: mi pecho triste

liel rebosando está, y el labio mío

Utraja tu dolor. Adiós, amada;

reciso es va partir.

ab.— ¿Te vas?

2b.— ; Es fuerza!

ab. −¿Y á dónde?

Alb.→ No lo sé: ¡por todas partes d cual sombra mi dolor conmigo! ab. -Detente todavia.

ilb.— ¿A qué? ¿Pretendes ue te mire llegar hasta las aras? famás, jamás! si respeté hasta ahora mi padre adoptivo; si he ocultado sus ojos mi amor, ha sido solo

r'or un esfuerzo doloroso, grande, Que concentr no puedes; pero al verte Tender tu mano a mi rival odioso, l'ronunciar el sagrado juramento, alliensas que puegla reportar mi fur a r ¿Piensas que mi puñal, mil y mil veces l El corazón del pérfido no rompa? (sabc), Isabel! how a lo menos Sola nosotros infelices somos: Pero tu padre no: tal vez un dia E. sabrá mi dolor, sabrá cuan caros Pago sus beneficios, leah.---El se acerca: Cómo ocultar mi barbaro tormento. Nº detener mi llanto?; Cuanto sufro! :Sostenine tú, Dios mío!

ESCENA V.

Diehos EL BARON FITZ-EUSTAOUIO

Fitz.— Hija querida.

El momento fel z es ya llegado
De ver asegurada tu ventura:
El baron de Bohun, tu noble esposo,
Segundo de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Et rno amor: el patio del castillo
Engalanado está para el torneo:
¿ Pero qué miro? ¿ tu semblante bermos
Triste y pálido está, por qué no cubren

Tu hermoso cuerpo las nupciales galas? ¿Temes este momento? Oh, padre mio! Asab.-Al contemplar que voy á separarme Para siempre de vos!.... Fitz.— Ven á mi pecho; Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza; De mi vejez cansada único apoyo: Serena tu semblante, hija querida, Pronto serás dichosa. ¡Oh, padre, padre... Isab.— Fitz.—Oyó mis votos el piadoso cielo: Reflexiona, Isabel, cuánta ventura, Cuánto brillo derrama este himeneo, Sobre nosotros! á los altos timbres De tus abuelos se unirán ahora Los de un noble Barón, de un gran gue-(rrcro Por el mismo Ricardo distinguido, Alberto, ¿no es verdad? A!b.— Sí, padre amado: Decis muy bien, señor. (Infierno, infierno, ¿Por qué no me sepultas?) Este enlace (A Isabelt Te llena de esplendor, hermana mía: Animate, Isabel. Hoy me parece Fitz.— Que son menos mi años: la ventura Anima el corazón de los ancianos; Envidia tengo á tu futuro esposo; Envidia á los valientes caballeros, Que en el torneo lucirán ahora

Sus soberbios caballos y armaduras.
Hubo un tiempo también en que mi bras
Lanzas rompio en honor de la belieza:
Cuando tu buena madre, en dulce nudo
Se unió á mi suerte, en ese patio mismo
En que hoy tu nombre sonará glorioso,
Yo el de tu madre con vaior sostuve:
Elia mira sin duda desde el cielo
Tu ventura, hija mia: pronto en torno
Circulará la copa en honor tuyo
En el festín magnifico; las bóvedas
De este castillo, mudas tanto tiempo,
Hoy van á resonar....

(Suena un clarin ¿Habéis oido? (

Sin duda llegan ya los caballeros:
A encontrarlos volemos, hijo mio:
Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
Cubre de hermosas flores tu cabeza:
Ostenta tu hermosura; que tu esposo
Te encuentre digna de su ilustre mano,
Pura y brillante. Vamos.
Alb. - Sí, ya os signales.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—; El momento tan temido Ha llegado ya, Isabel! Ya se acerca vuestro reposo. Isab.—; A sus ojos moriré!

7

lb.—No; seguid, seguid, señora, El camino que al nacer Os señaló la fortuna: Haced feliz la vejez De vuestro padre, del mío, Sí, mi padre también es; Si no lo fuera....; Infelice! ¡Qué posición tan cruel! Cuando el pecho se me abrasa ¿Debo callar?; Oh, deber! Tengo una espada y un brazo, Tengo de venganza sed, Tengo el infierno en el alma, ¿Y vengarme no podré? ¡Virtud fatal! Fitz-Eustaquio, Bienhechor mío, ¿por qué, Por qué salvaste mi vida? ¿Por qué al punto de nacer No exhalé el postrer suspiro? ; Desgraciado!

Abrirse miro á mis pies!

Yo no sé
Lo que se pasa en mi alma:
Yo me siento fallecer:
Arde mi frente, mis ojos
Todos los objetos ven
Tintos en sangre: ¡un abismo
Abrirse miro á mis pies!
Y nadie tiende la mano
Para salvarme de él;
Tú te vas, tú me abandonas!
b.—¡Infeliz, qué puedo hacer!
¡Armar mi brazo, y en sangre

Teñir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo?
¿Hacer que caiga, Isabel,
La maldición de tu padre
¿Sobre tí? ¡Jamás! seré
¿ Desgraciado, pero digno
de tu amor.

Isab.—; Suerte cruel!
¿Con que no queda esperanza?
Alb.—Ninguna: ¡adiós, Isabel!

Tu padre me espera.

lsab.— ¿Y nunca

Nos volveremos á ver?
All —Es forzoso todavía,
Porque salir no podré
Sin ser visto; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

Dichos, TIMOTEO,

Tim.—Señor, el Barón mi amo, En el atrio del castillo Os espera: ya se acercan Los caballeros.

Alb.— Amigo,

Voy al instante. (Se va Timoteo: se cive dentro una música marcial, que indica la llegada de los caballeros.)

Señora.

Escuchad; ese sonido Anuncia ya la llegada De vuestro esposo.

sab.— ; Dios mio!

¿Y no muero?

Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

Ib. Cada acento

De esa música un cuchillo Es que el alma me traspasa! Tus horrores, negro abismo, No pueden ser más atroces Que este momento.

rab. (levantándose.)

40h, martirio,

Peor que la muerte : Alberto, Un espantoso destino Me conducirá bien pronto Al horrible sacrificio: Mi boda y mis funerales Se unirán. Adiós, amigo De mi infancia, hermano, amante, Unico á quien he querido, Adiós! no olvides el nombre De esta infeliz,

Ese nombre idolatrado Será mi postrer suspiro!





ACTO SEGUNDO.

EL RETO.

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

BEL, sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza. LEONOR, compon éndole una flor.

Dejadme, señora mía.

Que os prenda bien esta rosa:

En verdad estáis hermosa;

Hasta la melancolía
Os sienta bien.

¿Si mostrara mi semblante Lo que sufro en este instante, Lo amargo de mi dolor! Pero no; tú conocer

No puedes la pena mia; Es una larga agoma Que no es fácil comprender. Anoche pensé morir. Oh, qué nochet hora por hora Conte, esperando á la aurora. Sin descansar, sin dormir. Oh, qué penoso es el lecho Para el que padece tanto! Na llorar pude, ; ay! el llanto Me hubiera aliviado el pecho: Al fin, vi llegar el dia Pero la esperanza no. Huyó para siempre, huyó! ¿Y aun respiro, Leonor mia? Leo Serenad vuestro semblante. Considerad que es forzoso Recibir á vuestro esposo, Oue no tardará un instante. Tal ve : el tiempo podrá Aliviar vuestro dolor.

Isab — (Con end Tú nunca amaste, Leonor; Déjame, déjame ya.

Leo. ¿Os ofendí? sabe el cielo

Que os amo, señora mía:

Perdonadme: yo quería

Procuraros el consuelo:

De nuevo os p: lo perdón.

Isab —Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía Lo más secreto de él: Av! el alma de Isabel Sólo Alberto comprendía Aún está aquí; ¿no es verdad? Que no se vaya, por Dios; luntos podremos los dos Arrostrar la tempestad: Mas, ¿qué digo? ; desdichada! El debe, debe huir, Y yo mi suerte sufrir, Y morir desesperada: Venga, venga ese Barón Que debe ser mi tirano, Aqui está mi verta mano, Pero no mi corazón. Yo se lo diré, sabrá Lo que ha de esperar de mi, Y que Alberto siempre aqui (Señalando su corazón.)

Mientras vo viva estará.
- ¿Se lo diréis?

Todo lo sabrá, v después,
Morir me verá á sus pies,
Ahogada por el dolor
Tal vez el cielo piadoso
Su corazón moverá;
Tal vez él prescindirá
De esta bola, generoso,
—Desechad esa dusión;
Esperar, señora, es vano;

De ese hombre el pecho inhumano No abriga la compasión.

Isab.—¿Y tan bárbaro seria,

Que mirandome bañada

En llanto, desesperada

En espantosa agonía,

Jurándole que á morir

Me conduce este himeneo,

Insistiera? No lo creo;

No puede un ser existir

Tan odioso.

Leo.— A Dios pluguiera Que no fuera así, señora; Pero vais á verlo ahora.

Isab.—Déjame, Leonor, siquiera La esperanza. ¿Tú también Te conjuras en mi daño? Mi esperar sera un engaño; Pero este engaño es un bien.

Leo.—Es un bien que poco dura isab. Es un instante de calma,

Que hace revivir e' aima.
Sumergida en a nargura:
Y....; quién sabe acaso el cielo
Con un ravo me ilumina:
Tal vez la bondad divina
Se apiada va de mi duelo:
De la horrible desventura
El último punto, acaso
Es, Leonor, el primer paso
A la paz, a la ventura.

Leo. Y aunque el Barón apiadade De vuestro llanto, ceñora. Quiera desistir ahora De ese empeño desgraciado, Vuestro padre prescindir Querrá también cuando ya Todo prevenido está?

Isab.—Preciso será mentir:
Fingiré una enfermedad.
Que retarde el himeneo,
Y el tiempo después....

Leo.— Yo creo Que la triste real.dad Disipará esa ilusión:

Que prescinda de su empeño El Barón, señora, es sueño,

Me lo dice el corazón.

Fres Leonor muy

Isab.—Eres, Leonor, muy cruel, Despedazándome estás; Si este es un sueño no más, No me despiertes de él.

ESCENA II.

Dichos, PEDRO

Ped.— (an inciando.)

El señor Barón.

Isab.— ; Dios mío!

Llegó, Leonor, el momento Decisivo.

(A Pedro)

Haced que pase. (Se va Pedro.) Retirate tú. (A Leonor.) Leo.— Los cielos

Os acompañen, señora, Y ablanden el duro pecho De ese hombre.

(Se vi

Isab.— ¡Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Auxiliame, Ser supremo:
Mi ruego escucha. Oigo pasos...
Es él... es íl! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHUN,

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún — Ese criado acaba ahora

De decirme que queréis

Hablar conmigo, señora:

A este mortal que os adora,

Aquí rendido tenéis.

Isab.—Sentáos (Se sienta Bohún.— Al fin os veo

A solas ; feliz instante!
; Apenas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Lev será para un amante
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina

A consolar la belleza.

Tal vez informada estáis

De que soy altivo, fiero;

Tal vez de mi amor dudáis,

O al ver mi rostro pensáis

Que es mi corazón de acero.

No, Isabel; desde que vi

Vuestro rostro encantador, Mi voluntad os rendi, Y grabada estáis aqui

(Señalando su pecho)

Por la mano del amor, Cierto es que nunca os hablé De este amor, Isabel mía: Sólo á vuestro padre fué A quien la llama mostré, Que el alma me consumía,

El Barón me aseguró Que vos me amabais señora; Decidme si se engañó; En vuestro labio hallé yo Mi vida ó mi muerte ahora.

Pero antes de pronunciar El fallo, bella Isabel, Dignaos considerar Lo que me puede costar, Si por desgracia es cruel, — Señor...

din.— Seguid; ¡qué dulzura Tiene, Isabel, vuestro acento! Descubridme esa alma pura

Calderón -16

Isab.—Veréis en ella amargura. Bohún.—¿Quién causa vuestro tormentol

Isab.—Mi boda. Rohún —

7 Cómo !

Isab.— Miradme. Señon

(Queriendo echarse á los pies del Parón, que la contiene.)

Bohun.— ¿Qué vais á hacer?

Isab.—; Compadeced mi dolor!
Os respeto; pero amor

Jamás os puedo tener! Bohún.— (Con enojo)

¡Jamás! ¿Pues por qué razón A vuestro padre, señora, No lo dijisteis?

lsab. - ; Perd in!

Tened, señor, compasión

De una mujer que os implera!

Noble sols y caballero,

(Se arroja a sus pies)

Mi suerte está en vuestra mano, No tenéis alma de acero!

Rohun (Levantándose):

Una explicación espero:
Hablad, no soy un tirano.

¡¡Qué sospecha... si otro amor!, »
No, no puede ser verdad

Reprimiré mi furor).
Deponed todo temor, (Con dulzura)
Habladme con claridad.

Si nace vuestro desvío;

De que no me habéis tratado, Decidnielo, el pecho mío Conoceréis, y confío En que de vos seré amado.

Esa palabra, "jamas,"
Es espantosa, es cruel!
Ha sido efecto quizás
De la turbación no más;
No es cierto, amada Isabel?

"; Jamas!" ; ah! por compasión Esa expresión reformad; No hiciera más impresión En mi la reprobación Que oyera en la eternidad.

Lo conozco, qué queréis!

El exceso de amargura....

Ohún,—Basta angélica criatura.

Basta ya; no os disculpéis.

¿Temblais acaso de ser Esclava en mi compañía? ¡Qué error! ¿lo podéis creer? Vuestro amor, bella mujer, Será mi norte, mi guia

; Mi esclava! no; mi señora, Mi reina sereis; mandad, Mandad, joven seductora: Vuestra voz encantadora Es la voz de una deidad.

Altivo he sido ¿per qué Lo he de negar? hasta aquí Este mi carácter fué; En adelante seré Lo que vos hagáis de mi.

Mis títulos, mi grandeza, A vuestros pies están ya, Y servirá nu riqueza De engalanar la belleza, Que el orbe me envidiará.

Mármol y oro cincelado Formarán vuestra mansión, Diamantes vuestro tocado, Y vuestro altar consagrado, Mí sumiso corazón:

Vuestra suerte envidiarán
Las esposas de los reyes:
Mil esclavos temblarán
A vuestra voz, y tendrán
Vuestros caprichos por leyes.

Inciensos y adoraciones Os rodearán noche y día: Pendientes mil corazones Estarán de las acciones De la hermosa reina mía:

¡ Y yo á sus plantas postrado, En su mirar embebido, De sus glorias embriagado Con su ventura pagado, Lo demás daré al o.vido!

La trono, un mundo valdria
De mi existencia un instante!
Feliz cual nadie seria,
Y mi vida pasaria
Como un ensueño brillante! (Pausa

Pero ano me respondéis? ¿Nada os merece mi amor? ¿Ni ver mi nostro queréis? ¡Ah, temblais! ¿No me daréis Una respuesta?

Isab.— Señor...

Bohún.—Seguid.

ab. - El cielo es testigo
De que agradece mi pecho
La bondad que usáis conmigo;
Mas...

Bohún.—Proseguid. Isab.—

Si prosigo,
Va á estallar vuestro despecho;
Pero debo con franqueza
Descubriros la verdad.
Los títulos, la requeza,
Esa gloria esa grandeza,
No harán mi felicidad.

¿Qué importa que marmol y oro Formen mi augusta mansión? Si allí me acompaña el lloro, Me falta el mayor tesoro, Que es la paz del corazón.

El corazon que esta herido, Bajo de un manto real, O de un humilde vestido, Siempre estará dolorido, Siempre sufrirá su mal.

Qué me importa, ; cielo santo Ocupar un alto asiento, Si no es menor mi quebranto? Qué importa verter mi llanto.

De vasallos numerosos,
Decis, seré respetada:
Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada:
En su corazón sencillo
Amor me alzará un altar;
Pero ni este amor, m el brillo
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.

; Oh! nada le importa, nada.
El fausto, noble Barón,
A una triste aprisionada!

Sera su prisión dorada: Pe o es siempre una prisión! Bohún.—Mas no sabré....

Isab.— ; Perdonad l Tal vez os habrá ofendido Mi mucha sinceridad; Pero os dije la verdad, Porque asi lo habéis querido.

Ahora yo quiero alcanzar

De vos un favor.

Bohún.— ¿Cuál es? Isab (De rodillas) Que os dignéis renunciar

Que os dignéis renunciar À este enlace, ó expirar Me veréis à vuestros pres.

Bohún.— (La levanta)
Me 's muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos Otra cosa.

Isab.— ¿Qué mandad. Bohún.—Que me digáis la verdad, Como la diriais á Dios.

I-ab.-Os lo prometo.

Bohún.— ¿Tenéis

Acaso alguna pasión? ¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis? Ísabel, ¿no respondéis?

Lsab .-- : Ah, si amo!

Bohún.— (; Maldición! Soy infeliz: ; pronto en mal

Mi bien convertido vi!
Oh, qué momento fatal!

(Con dulzura)

Mas decidme ¿mi rival?

Isab.-Miradle.

Bohún.— 2

Isab.-

¿Es Alberto?

Sí.

ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO,

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba.. Bohun.—Que estaba sola, ano es verdad. (Alberto?

No os embarace la presencia mía; No sabéis que yo soy amigo vuestro? Sí, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora Hablabamos de vos, el labio bello De vuestra hermana, vuestra "cara hei mana.

De revelarme acaba su secreto.

Pero con qué candor con qué terrura.

Una virtud tan pura, bajo el cielo

No es fácil encontrar: yo os felicito

De haber amado un corazón tan bello.

Alb.—Señora....

Isab.— Sí, mis lágrimas amargal Han conmovido el generoso pecho. Del ilustre Barón: me ha prometido Suspender por ahora este himeneo: No es cierto? el corazón me lo decía: Tan valiente y cumplido caballero. Abrigar no pudiera una alma baja. Indigna de su nombre.

Alb.— ¿Es éste un sueño? Isab — Arrojate à sus plantas, caro amigo. Arrojate à las plantas del más bueno, Del más digno mortal: ;ah! que su vida Haga larga y feliz el Ser supremo. ¿Pero estás en estatua convertido? Lo dudas todavía?

Alb.— Isabel... temol...
Bohún.—; Qué yo no sea capaz de un sa (crificio

De tanta magnitud? Vano recelo: Nada mas justo, vuestra "cara hermana" Os ama, y à mi no; ; por qué un objeto Sacridicar, tan cándido, tan puro? Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto. Su amor en un sujeto menos digno; Pero en vos, joven, vos, en cavo pecho s' abriga una virtud acrisolada! Vivestro padre adoptivo, ese buen viejo, Que la vida os salvó, ; de cuánto gozo se llenará al saber ese respeto Que á sus canas tenéis! ¡Oh, no es positible.

Que quede oculto tan sublime esfuerzo!
Sacrificio inaudito, inconcebible!
Vivir al lado de ella tanto tiempo
Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,
Al Barón lo dire, tendréis el premio
A que sois acreedores, hijos míos:
No lo dudéis.

Isab — (; Qué escucho!)
Alb. — Ya entreveo
La infernal ironia que respiran, . .

Onguidoso Barón, vuestros acentos. ¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pu

Pensar jamás que su insensible pecho Fuera capaz de rasgo tan sublime? I-ab -: Infeliz!

Bohun. — Me injuriais sin merecerlo: Vuestra "querida hermana"...

Alb : Basta, basta!
No más nos insultéis. Un caballero
l'sa un lenguaje franco; sus acciones
Deben llevar de la nobleza el sello;
Pero vos.....

Culderón.-17

Y pensábais, bella 10. 11 Bohun.— Que el Barón de Bohún puede screno Un desdén escuchar, que renunciara t on tal factidad al bien supremo De ser esposo vuestro? Al alma mia, Está quemando un espantoso fuego Que excita mas y más vuestro dessio, Que no puede apagar el mismo carlo Un rival! un rival! no lo esperaba! Un huérfano, un expósito ... ya vco Qué bien cumplis vuestro deber sagra los Un noble anciano de ternura lleno. Salva vuestra existencia miserabic, Cuida de vuestra infancia, os da un asiento En su mesa, os prodega las bondades Que al hijo mas querido un padre tiera 🛚 V vos, para pagar sus beneficies, Cediendo a un loco criminal afecto. Seducis á una hija hermosa, pura, One de su anclanidad era el consuelo. Alb.—; Cállate, miserable! zy tú me acu-

De seductor? ¿lo ois? ¿y sufrir puedo Su presencia? ; malvado! ¿y tú, tú hablas De virtud! ¡La virtud! no conocieron Lo que quiere decir esta palabra Los mónstruos como tú!! ¡Poder del cielo! ¡Yo seductor! ¡yo se hictor! ¡Ima.ne! Bohún.—Ved. Isabel hermosa, qué vix

Es vuestro "caro hermano:" una palabra Le Hena de furor.

Alb.— Te ha descubierto

Para stempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: si, yo la amaba.
Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo.
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazón, donde con fuego
Grábada éstá su celestial imagen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razón en nuestras almas,
Tal vez desde antes, nuestros labios tier
(nos.

Que apenas balbucian las palabras, Pronunciaron de amor el juramento: Nos amaremos, si, por mas que airado Hoy el destino irresistible y fiero Nos separe, por mas que tú procures De Isabel ataliar el llanto acerbo, 🖫 con oro cubrir quieras el vugo, Bajo el que siempre vivirá gimiendo; Mas yo no la seduje, nuestras almas Para adorarse hasta morir nacieron. un torrente de amor irresistible Nos arrastro a los dos al mismo tiempo; Mas tú no sabes, no, cómo la amo, [Con qué veneracion! ; con qué respeto! Como à una cosa pura, sacrosanta, Como à un sagrado espíritu del cielo, Como al ángel que manda en nuestro au-

La bienhechora mano del Eterno Isab.—; Alberto! (Con mucha ternura) Bohun.— ¡Que ternura!; qué palabras! Qué corazón tan cándido, tan bello! Alb.—Tú comprender no puedes este idio

Los tiranos jamas lo comprendieron.

Boliún —; Y valiente además! ; cuanta (virtudes

Es lastima, Isabel, que el nacimiento
De ese joven no sea conocido:
Porque en verdad, amigo, no sabemos
Quién os ha dado el ser; pero á juzgark
Por vuestros elevados sentimientos,
Hijo sereis del nusmo rey Ricardo:
No es verdad, Isabel?

Alb — (Sacando la espala) Sufrir no puedo

Defiéndete malvado!

Isab. (Queriendo contenerlo.)

; Alberto!

Alb — (A Isabel.)

Aparta/

Tus últimas palabras han abierto Una profunda herida en mis entrañas. Que con sangre no más curarla puedo: Defiéndete, repito.

Isab.— ; Alberto mío!

Recuerda dónde estás.

Alb.— (Con horrible despecho.)

Es cierto! ¡es cierto!

Este castillo es para mi sagrado:

(Envainando su espada,
Sagrado! ;maldición! Vuélvete, acero.
Por la primera vez vuelve á la vaina
Sin vengar el ultraje de tu dueñ.
Da gracias á este asilo: hoy era el c.a.

que exhalaras el postrer aliento golpe de mi espada, miserable, stro fuera el migar donde tu acento biera provocado mi venganza; lo saldrás de aqui, y en campo abierto cruzara tu acero con el mio, l'gún resto de honor hay en tu pecho. os, Isabei mia: fue pos ble portarme una vez; pero no puedo ponder va de mí. Barón altivo, sa del poder, arrastra al templo se angel puro; con su amargo llanto; tu condenacion se está escribiendo: wala ante el altar, su labio frío munciará de amarte el juramento; a no su corazón, que en él mi nombre a pesar ha de vivir impreso. ios, Barón, mañana vuestra esposa da tal vez sera ved este acero: esta acostumbrado á la victoria. te abrira las puertas del infierno (Se va)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

Su frenesi! loco esta;
Pero confio que pronto
El tiempo le ha de curar.
¡Como ha de ser! ha perdido

Una novia, y además Un buen dote, el infeliz Oue lo sienta es natural. Valor, amada Isabel, Vuestro hermoso rostro alzad; No mas llanto, ya paso La escena semimental: Miradme, yo estoy tranquilo, Y eso que debiera estar Celeso, qué desvafio? Siempre en la primera edad Hay amorcillos, que luego El tiempo disipará. Nos umanos este dia. Mañana estamos en paz: Veras, Isabel hermosa, Qué contento.....

Por piedad.

Dejadme, ¿no os basta aún
M. corazon traspasar.
Sim que en la misma herida,
Jugande estais el piñal?
Tanta barbarie, señor,
¿Quién padiera imaginar!
Bohun. Cuando vuestro padre sepa

Esta escena!. , la sabrá, No lo dudéis

Isab , Ah! ; por Dios!

(; Alberto infel z!) tomad

Mi vida, os la sacrifico;

Pero que vo nada más

La triste victima sea:

No queráis sacrificar

(Hincándose.)

A un infeliz; yo lo pido A vuestras plantas. Shún.— Alza

ún.— Alzad; Yo callaré. Ya veréis Cómo al fin me habéis de amar: Mis continuas atenciones Con el tiempo ganarán

Ese corazón tan bello. ab.—; Ah, no lo esperéis jamás! La víctima está dispuesta:

Pronto llegaré al altar; Poco después á la tumba; Esto prometo no más.

Id, señor, id, que mi padre

Tal vez os esperará.

ohún.—Me retiraré, Isabel, Puesto que me lo mandáis.

(¡Qué hermosa está! ¡ Me aborrece!

- Bien, y después me amará.)

(Se va.)

ESCENA VI.

ab.—¡Y esta es la vida! ¿y al mirar ei (féretro barde tiembla el misero mortal, rando la tumba es el asilo único onde se encuentra verdadera paz? Y de la vida ¿cuál es aquella época ue no conoce el peso del dolor?

, Tormento siempre, en todas partes lign

l'al es la suerte que al mortal toco Desde la infancia hasta la edad decrépita El mño, el hombre y la mfeliz mujer. Corriendo van tras una sombra magica. Que llaman dicha, y que jamás se ve

El triste anciano, de su edad quejándose

De juventud quisiera disfrutar,

Olvida, imbécil, los tormentos hórridos. En que se agita esta infeliz edad

Es una fiebre, es una fiebre indomita Es un violento, un loco frenesi. Ay! sus placeres pasan cual relámpago, Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas pérfidas, Que nos halagan sin llegar jamás: Siempre ansiedad, vacio, gozo efimero, Que se o nyierte en triste realidad

Y de la vida en el cercano término, Del desengaño á la funesta luz, El corto espacio de la tumba lóbrega. Un paño negro... un misero ataúd!

Tal de la vada es el torrente rápido: Av! de la mia ya se acerca el fin: Y yocho espero como espera el náufrago La amiga plava en que será feliz.

¡Oh, llanto nuo, de mis penas balsamo > tu, ni tu me quieres consolar; Nadie se duele de la triste victima. Que de la vida se despide ya!

; Alberto! , Alberto! De mi tumba mi

a losa, tú con llanto regarás, asta que se unan nuestras almas férvidas n las regiones de la eternidad! Queda sobre una silla, en el mayor abamiento.)

ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

En el pecho no hay piedad:
Tu esperanza, pobre niña,
Se ha desvanecido ya.
Señorita.... no me oye:
Señorita.... qué! si está
En estatua convertida.
¡Quién lo pudiera pensar!
¡Tan amable, tan hermosa!
Y pronto acaso será
Un despojo de la muerte.
¡Horrible fatalidad!
Volved en vos, señorita;
Mirad que van á llegar
Los caballeros.

ab.— ¡Leonor!

o.—Vuestro vestido arreglad,

Cobrad ánimo, señora:

Vuestro padre notará

Esa turbación.

isab.--

Dios miol

Mi padre!

Leo.— Pronto estará
En esta sala: venid:
En el estado en que estais
No quis era yo que os viesen;
Retiremonos: andad,
Que se acercan. (Esta visto!
La vida le costará.
Hoy celebrarán su boda,
Mañana su funeral) (Se vas

ESCENA VIII

FIRZ EUSTAQUIO, DE BOHUN AI BERTO, Caballeres armados,

(Alberto, un poco apartado de los dente arroja frecuentemente miradas de fue sobre de Bohun)

Cab.-, Amor á las bellas, y gloria al e

Fitz—Resuenen, amigos, las bóvedas alt De, viejo castillo, que vuelve á ser hev Mansién venturosa de júbilo puro. Morada brillante de dicha v amor Ya tode esta pronto, la trompa guerrera Va á sonar, amigos, orgamos su voz: Al torneo, (vamos! (honor al valiente! Cab.—, Amor á las bellas, y gloría al v

Bohún.—¿ Y quién no se siente de gozo in-(flamado? ¿ Habrá, caballeros, un frío corazón, En que la hermosura no ejerza su imperio? A caballo, amigos, al campo de honor! La lanza sin hierro, muy bien; mas cui-(dado! Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios, Derribar á muchos; cuidado, repito. Cab.—; Amor á las bellas, y gloria al va-(lor! Bohún.—Tal vez se impacienta el freno (tascando, Mi noble caballo, mi fuerte trotón: Voréis qué gallardo; jamás en la guerra Perder los estribos en él se me vió. Corcel más hermoso, Ricardo no tiene, Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz: No hay otro, lo juro; su cheque es terrible! Cab.—Veremos, veremos: ; que viva el va-(lor! Fitz.—; Recuerdos de gloria! también hu-(bo un día, Que mi fuerte brazo valiente lidió, Y mi vieja sangre aún hierve al oiros. También yo pudiera combatir con vos;

Cab.—; Amor á las bellas, y gloria al va-(lor! Bohún.—Y luego las copas en torno vo-(lando,

La música suene, los heraldos griten....

Pero de mi hija sostenéis el nombre:

El cielo os ayude, valiente Barón!

Colmadas de ardiente, sabroso heor Vaciemos, amagos, brindando contentos Por la companera que el cielo me di De Isabe, il nombre glorioso resuene.

De rosas corone su frente el amor Noble amigo, gracias por tanta ventura Fodos —, Dicha a los esposos! Alb. — (AY à mi maldicion

(Suena un clarin). Fitz.—¿Ois? han l'amado: sin duda se (acen

Otro caballero.

Bohun — Que venga, aqui esto
De Isabel me inflaman los ojos divinos
Yo siento en mis venas desusado ardor!
Voy a armarme al punto: ya estoy i np
(cient

Toda la Inglaterra puede venir hoy.

Lalos (A caballo! eques.

Pohun.— Vamos, que lidiar dese

Hasta que en ocaso se sepuite el sol.

ESCENA IX.

Dichos, PFDRO.

Ped.—De Regar, señ r, acaba Una senora, cubierta De luto, y acompañada De un escudoro desea Hablaros.

¿A solas? itz.— No: 'εd.— Pretende, según se expresa, De su venida la causa Decir. ante la asamblea De los nobles caballeros Que en el castillo se encuentran. Pide justicia. ¿ Justicia? itz.— De este castillo las puertas Al que la pide han estado A todas horas abientas, Mucho más si es una dama La que obtenerla desea. Haced que pase. (Se va Pedro.) Sentáos: Suspender un poco es fuerza (Se sientan todos.) El torneo. ed, entrando.-Entrad, señora. (¿Qué nos vendrá á pedir ésta?) itz, á Arabela.—Sentáos (A Pedro.)

Retirate tú. ed.—(Algo oiré desde la puerta.) (Se va.)

ESCENA X.

Dichos, LADY ARABELA.

(Entra vestida de luto y cubierto el restrecon un velo negro, los caballeros se le vantan para recibirla: el barón. Pro-Eustaquio le ofrece un asiento junto él, ella lo toma, y todos vuelven é sen tarse)

Arab. (Sin descubrirse)

Ilustres Barones, Honrados guerreros, De Inglaterra ornato, De valor modelo!

Bohún, - (Turbado)

(10h, qué voz)

Arab. Oidme;

Oid los acentos De una mobbe dama Que hace mucho tiempo Oprim la gime Por un mónstruo.

Bohun — (¡Cielos!

Es ella; mas ¿cómo Ha roto sas hierros? (Me confundo!)

Fitz.— Al punto Remped el silencio. Señera: sepamos Cuál es el objeto
De vuestra venida:
Si, como lo creo,
A pedir auxilio
Venís, yo os lo ofrezco:
Y en verdad, señora,
Llegáis á buen tiempo
Aquí veis reunidos
Muchos caballeros,
Que á honrar han venido
El grato himeneo
De mi hija.

rab.— Y acaso,
Señor, mis acentos
Turbarán su gozo.

itz.—No, señora.

Ohún.— Creo,
Barón, que no es hora
El mejor momento
De escucharla: todo
Está ya dispuesto:
Esta noble dama
Después del torneo
Nos dirá....

Sabed, caballeros,

Que hay entre vosotros

Un vil, un perverso,

Que sordo á las voces

Del honor, se ha hecho

Indigno del nombre

Que le transmitieron

Sus padres.

Todos.— Nombradle. Arab, (Señalando á Bohúm.)
Mirad ahí el reo (Mirad akí Todos.—; De Bohún? El mismo. Arab.— Fitz.—Barón, ¿será cierto? Bohún.—; Mentira! ; impostura! ¿Quién os da derecho De insultar mi nombre? Barón, yo no puedo Permitir.... to the Malvado, Arab.— Cállate: este velo Que cubre mi rostro. Te da atrevimiento. (Se alza el velo, Pues mirame ahora. Bohún.—(¡Ocúltame, infierno! Arab.—Conocedme todos. Todos.—Es ella. Fitz.— ¡Qué veo! La viuda de Ralfo De Bohún? ¿es sueño? Arab.—No, no; soy la misma, La que ese perverso Sepultó en prisiones, Su muerte fingiendo. (A Bohún.) Sí, de vuestro hermano Es la viuda: ¡cielos! ; Barón, explicaos! Decid, ¿qué misterio

Es éste? Hace años Que vos, bien me acuerdo, Celebrar hicisteis Con pompa su entierro. Bohun.—Y muric, no hay duda: Cual vos me Jorprendo De que esta señora... Arab.—Cállate, perverso: Señorita, oídme. Bohun.—(Queriéndo echarse sobre e'la.) Calla, ó el aliento Te arranco, infelice. (Conteniéndole.) Fitz. No, Barón: ¿qué es esto? Arab.—¿Y no habrá, señores, Algún caballero, Que por mi se bata Con ese soberbio? ¿Cuál de entre vosotros Me ofrece su acero? Un caballero.—Yo. Otro.— Yo, yo, No, nadie, Alb.— Sino yo; y os ruego Aceptéis, señora, Mi brazo. Arab.— Lo acepto. (Con entusiasmo.) A1b.— Gracias! ¿Vuestro nombre? Arab.-Alb.—Alberto, señora,

Nada más; no tengo

litulos brillantes, Ni ilustres abuelos. Ni padres, ni nada, Nada; no poseo Más que un pecho honrado De entusiasmo lleno: Mi honor es ma padre, Madre. .. , no la tengo! Mis títulos todos En mi espada llevo. En la Palestina Combati cual bueno: Alli la fortuna Corenó mi esfuerzo, Y Ricardo mismo (Con orgula Me armó caballero Mi nombre, mi gloria, A nadie la debo. Me colmais de gozo, Señora, admatiendo Mi brazo, ¿qué dicha! Me concede el cielo Ser de sus venganzas Humilde instrumento? Lo seré; no hay duda: Ya hierve mi pecho! Ya siento en mi alma Sacrosanto fuego! Arab.—Barón Fitz-Eustaquio, Reclamo el derecho Que le es concedido

mi débil sexo:

Yo pido un combate; Combate sangriento, En que la justicia Se muestre del cielo! De Dios en el juicio Aparezca el reo: Señalar os toca El lugar y el tiempo.

Fitz.—A vuestra demanda Negarme no puedo: El terreno mismo, Que para el torneo Prevenido estaba,

(A De Bohún)

Servirá al efecto. Vos diréis la hora, Barón.

Bohún.— ; Al momento! Alb.—; Bravo! ; en el instante! Arab.— (Se arrodilla.)

Oye, Sér supremo,
De esta desgraciada
El ferviente ruego.
Tú que el fondo miras
De mi triste pecho,
Tú que la justicia,
Conoces que tengo,
Patente hazla al mundo,
Lanza desde el cielo,
Contra quien te ultraja,
Tu rayo tremendo:
Dale fuerza al brazo

De mi caballero: Pronuncia tu fallo. Señor, no lo temo, Porque tú eres justo:

(Se levanta

Sumisa lo espero.

Joven, al combate,

Marchad sin recelo:

En vuestras miradas

La victoria veo.

Alb.—La tendré, señora, La tendré, lo espero (A Fitz Eustaquío, doblando ana dilla.)

Padre, bondecidme. Fitz.—Quiera el Sér supr<mark>emo</mark>

Darte la victoria.

A.b. Mia será, lo creo.

Beliún. -¿ Y sabes acaso.

Incauto mancebo.

Incauto mancebo,
A lo que te expones
Con ese ardimiento?
A vengarte aspiras
De agravios secretos;
No un fin generoso
Dirige tus hechos,
¡Qué loca esperanza!
Tu victoria es sueño,
Que cual humo al punto
Verásio deshecho.
De mi espada ignoras
El terrible peso,

De mi fuerte lanza El golpe certero. Sin duda serías Un infante tierno, Cuando ya mi nombre Por el mundo entero Volaba, sonando De gloria cubierto: Mil y mil heridas Adornan mi cuerpo, Y siempre en las lides Triunfante me vieron: ¿Y tú, desdichado, Que estás aprendiendo De la guerra el arte, Tú te jactas, necio, De vencerme? ¡á risa Tu loco denuedo Me provoca!

Palabras dejemos,
Y hablen en el campo
Sólo los aceros.
Voy á armarme al punto:
Armate tú presto,
Y verás tu orgullo
En polvo deshecho:
Riqueza, blasones,
No podrán tu pecho
Garantir, malvado.
¡Al campo sangriento!
ohún.—A la muerte corres:

¡Ay de tí, mancebo! ¡Tiembla!

Abl.—; Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero.

Alb.—; Isabel, venganza!

Bohún.—; A la lid!

Alb.— Marchemos!



ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Cabinete gotico: puerta a la derecha que conduce à lo demás del castillo: puerta à la izquierda, que da al dormitorio de Isabel, ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abritse à su tiempo: sillas, etc.

ESCENA I.

I FONOR (Muy alegres,

Que cambie tan repentino!
¿Con que va no hay boda? bucno!
Pues el chasco es muy pesado
Para el tal Baron; ¡me alegro!
¡Ah! un pobre señorita
Estaba casi muriendo
De pesadumbre! ¿A que hora

Sera por fin ese duelo? De esta ventana que cae Para el patio del torneo, Vamos à ver lo que pasa

(Abre la ventana , se aso Por alla, ¡Qué dia tan bello! : Oué bonita hubiera estado La función! Si, por supuesto. Para todos los demás, Pero para el pobre Alberto, Y mi schorita . . vamos, Es mucho mejor que en esto Haya parado ; Qué vista Tan hermosa! a.la a lo lejos Se miran los pabellones De todos los caballeros. Aoui el dosel de mi ama Forrado de terciopelo: Las gradas en derredor Para que nurara el pueblo: Alla estan va los heraldos. Y aun algunos caballeros, Que pasean hablando. Tal vez estaran sintiendo,, N⊕ haberse dado porrazos Jesús, que posados juegos Dienen los tales señores! Oh! tambien está alli Pedro: Este, que todo lo escucha, Debe de saber de cierto La hora del combate! vamos. Lo llamaré ¡Hola!; Pedro! (Llamándolo con palmadas v grita) Pedro!... nada; se hace sordo: Eh! ya me oyó: sube presto, Que quiero hablarte. No hay cosa (Vuelve á la escena).

Que pase aquí, que al momento No la sepa este criado; Tiene el olfato de un perro De caza. Mi señorita Se ha entretenido allá dentro Con lady Arabela: ¡vaya! Pues ha venido del cielo La tal Arabela. ¡Hola! ¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

ed.—Señora Leonor, ¿qué cosa Se ofrece?

eo.— Mi buen amigo, Como tú todo lo sabes...

You no sé nada, señora:

Es verdad que, como sirvo

En la casa y no soy tonto,

Lo que sucede averiguo,

Porque al fin... ya me entendéis:

Pero no siempre consigo

Lo que deseo.

Calderón. - 20

Leo. Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salór

Ped.— Os digo
Que no sé nada, mi amo
Me mando salir: no he visto
Más que entrar á esa señora.
Y que después ha salido
El Barón muy enojado,
Y un poco descolorido,
Repitiendo: "; morara!"
"; Morará!" v el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salio muy contento, y dijo
También "; morará!"

Leo.← ¿Y no más? Vamos, habla.

Ped.— Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dies: que el Barón mi amo
Todo se lo ha concedido.
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo
Leo. Todo eso lo sé; mas quiero

Saber la hora.

Ped. Pues no digo
Que ahora mismo? va está pron:
El gran caballo tordillo
Del señer Alberto, falta
Nada más que el señorito

Se acabe de armar. ¡ Dios sabe Quién movirá!

Leo.— Pues te digo
Oue eres un tonto! El Barón

Será el que quede vencido.

Ped.—¿ Qué sabemos? tiene un puño, Que es capaz de hacer añic s A una encina, y es valiente Como un león.

Leo. Pues yo afirmo Que Alberto triunfa.

Ped. Dios quieta ; Es tan bueno el pobrecito! ; Ah! ¿no sabéis otra cosa Que me han contado?

Leo,— ¿Qué?
Ped— ; on al a ¡Chito!

Por Dios, que nadie nos oiga Ese escudero que vino Con la Baronesa...

Leo. Vamos,

Habla pronto.

Pues me ha dicho
Que el tal Barón es un monstruo,
Un bribón; el asesino
De su hermono, del buen Ralfo,
Que volviendo a su castillo.
Con Alfonso el escudero,
Fué por Walter sorprendido,
En un bosque, porque el mónstruo
Las riquezas y los titules
Envidiaba de su hermano,
Y también porque el micuo

Amaba á Lady Arabela, Y como fué su cariño Despreciado, crecio el odio De Walter, hasta que impio En el pecho de su hermano Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.—; Malvado la Mas por qué causa Ha estado oculto el delito Tanto tiempo?

Ped -El escudero Era el único testigo Del crimen, y amenazado Per Walter, y seducido Tal vez, ha guardado siempre El mas profundo sigilo, Sirviendo al fiero Baron: Hasta que hoy, compadecido De su señora, ha logrado, En el instante propicio De estar el Barón ausente, Ramper los pesados grillos De Lady Arabela, y juntos A reclamar han vonido La protección de los nobles Caballeros que reunidos Se hallan aqui.

Leo Quiera el cielo

Dar al infame el castigo

Que merece

Ped — Amen, Y abora Me voy con vuestro permiso; Con que hasta luego.

(Serva)

Leo.—

Que Dios

Te lleve por buen camino. La señorita se acerca, Aún está descolorido Su semblante; no será Por su futuro marido.

>P++V)

ESCENA III.

LADY ARABELA, ISABEL, LEONOR.

Arab.—Tranquilizate, hija mia: El éxito del combate No es dudoso; el mismo cielo Debe en él interesarse: A veces el crimen triunfa, Triunfa, si; pero aunque tarde, Las iras del cielo hieren La cabeza del oulpable. Ay de aquél que á su grandeza Pone cimientos de sangre! El negro remordimiento Le atormenta en todas partes, Y, cual serpiente, devora Su corazón miserable; Una voz terrible, fuerte, Que dcallar no puede nadie, En su alma precita suena Con acento formidable, Y al fin un rayo del cielo El abismo á sus pies abre:

Ese Barón orguiloso Toca al fin de sus maldades. Isab.—A vuestra vez. ; oh señora! Siento el pecho aligerarse. Que mi corazón oprime: Sois una segunda madre Para mí, v en vuestro seno Deposito mis pesares. La mano de Dios, señora, Os mandó aquí como un ángel, Que en el borde del abismo Viene piadoso à salvarme: Un dia tal vez, una hora De dilación, ya era tarde! "Ay" vuestra bondad me anima A descubriros mis males: Ese jeven generoso. Que en el sangriento combate Va á exponer por vos su vida. Ese, señora, es mi amante.

Arab.—; Y vuestro padre sabia....

Arab.— Y ante los altares, En presencia del Eterno, Ibais à jurar...

Isab.— ;Oh, madre!

Compadecedme! temía Que mi padre descargase Sobre Alberto sus furores.

Arab ¿Y la de Dios; Pobre no ¡Una vida de pesares!

¡Un infierno! ¡ y tan hermosa! ¡Tan buena! Yo á libertarte Vengo, hija mía, no temas; Alberto saldrá triunfante De esta lucha, y luego...

Isab.— Luego Me limitaré á adorarle En secreto.

Arab.— Acaso....; Oh! nunca

-Reveléis, señora, á nadie Mi amor: á vos solamente He podido confiarle, Porque el desgraciado busca Quien escuche sus pesares.

ESCENA IV.

Dichos. TIMOTEO.

Tim.—El Barón mi amo, señora, Os busca; ya prevenido Está todo.

Arab.— Voy al punto. (Se va Timoteo.)

Isab.—; Llegó el momento, Dios mío! Arab.—Mi presencia es necesaria;

Animo, Isabel, propicio Será el cielo: ¿venís vos?

Isab.—¿ Ir yo? ¡ jamás! de este sitio No puedo moverme!

Arab - Entonves
Quedãos. ¡Oh, Dios benigno,
Haz que la justiça triunfe!
(Se va.)
Isab,—; Calma, señor, mi martirio!

ESCENA V.

LEONOR, ISABFI.

Isab ; Leonor, Leonor; se acerca ya a (horal Concibes từ mi situación impia? Siento despedazarse el alma mia; Una ansiedad horrible me devora: Fatal incertidambre! ; quién pudiera Adivinar el fin de ese combate! Mi corazón con qué violencia late! Al pecho el alma abandonar quisiera: l en á mi corazón, dulce esperanza, Tú sola puedes sostener mi vida; Tu vez consuele mi alma dolorida. Que al porvenir con inquietud se lanza. No puedo sosegar Calmáos, señora. Dentro de una hora... Isab -; Una hora todavial Es un siglo, Leonor! ; bárbaro día! ; Ay! una eternidad será esa hora. Ha sonado un clarin? No, nada suena; 60. Todo en silencio está.

Isba.—; Gran Dios, qué lucha!; No puedo más! alguno viene; escucha... Ei es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

Dichas, ALBERTO.

Isab.—; Alberto!

Alb.—; Amada!

Isabel bella!

Enjuga el llanto;

La faz serena;

¿No ves el gozo

Que me enagena?

¡Cuánto ha cambiado

La suerte nuestra!

Isab.—; Ay! que mi alma

Siempre se encuentra

Entre zozobras.

Alb.—; Oh! ; nada temas!

Isab.—Ese combate....

Alb.—Mi pecho llena

De una esperanza

Tan lisonjera!

Hace muy poco

Que la tristeza

Me devoraba,

¡Quién lo creyera!

Un sólo instante,

Calderón.—21

XXIA

Mi suerte adversa Cambia: ¡Dios mío! Mi alma se anega En gozo puro: Ya por mis venas La sangre corre Con mayor fuerza. Isabel mía, ¿Con que mi diestra Puede de un mónstruo Purgar la tierra? ¡Gloria, ventura! ¡Dicha suprema! Rival odioso, De tu sentencia Sonó la hora, Tu fin se acerca! Ven, que èu sangre Calme la hoguera Que arde en mi alma Con llama eterna. Y tú, querida Beldad excelsa, Bálsamo dulce De mi existencia! No temas; alza Tu frente bella. ¿Y era posible Que tú sufrieras, Tú que has nacido Para ser reina De los mortales,

Tú que debieras Ceñir tu frente De una diadema? Isab.—; Alberto mío! Tu voz me llena De una esperanza, Tal vez incierta, Si por desgracia... ¡Qué horrible idea! En el combate Tú perecieras, ¿ Qué fuera entonces De mí en la tierra? Alb.—No, no, bien mío; Por Dios desecha Esos temores, Que te atormentan: El cielo mismo, La Providencia, Tu amor, tus ojos, Me darán fuerza: Cesen tus lágrimas, Que está muy cerca De tu ventura La hora suprema. Toca, ¿ no sientes Llevando la mano de Isabel á su corazón) Con qué violencia, El pecho late Donde tú imperas? ¿Piensas que acaso De temor sea?

No, no, querida;
Es de impaciencia,
Es que la gloria
Todo lo llena.
¿ No ves mis ojos
Cuál centellean?
¿ No sientes, dime,
La voz secreta
De la esperanza?
¿ Ya no te acuerdas
De que á esta espada
Debí en la guerra
Le mil victorias
La recompensa?

(Saca la espada

Mirala, hermosa, ¿No ves en ella Feliz presagio, Victoria cierta? Esta es la misma Que me ciñeras Cuando animoso Marché á la guerra De Palestina, ¿ No lo recuerdas? Tócala, hermosa: In mano bella Le comunique Celeste influencia. Isab.—Sí, sí, no hay duda; Sólo con verla, A la esperanza

Mi alina se entrega: Sienco aliviarse Todas mis penas. ¿Y tu armadura, Dime, es aquella Que antes llevabas? Déjame verla. (Examinando su armadura) Sí, sí, la misma. ¡Oh! quién pudiera Ser el escudo De tu defensa! Alberto mío, Acaso es esta De nuestra vida La hora postrera; Pues bien, amigo, Quiero que sepas De mi amor puro Toda la fuerza.

(Con mucho fuego.)
¡Sabes que te amo;
Pero mi lengua
Nunca ha podido
Darte una idea
Del fuego activo
Que aquí me quema.
Hay sensaciones
Que no se expresan,
Que el alma toda
Nos basta apenas
Para sentirlas

Sin comprenderlas! Nunca los hombres Tienen idea De lo que sienten Las almas nuestras: En las mujeres Amor impera, Cual rey despótico: Nuestra existencia Toda él ocupa, El sólo llena. Esta mañana.... : Bondad inmensa De Dios, perdona Mi culpa horrenda! Vértigo insano De mi cabeza Se apoderaba: Mi propia diestra A dar fin iba De mi existencia: Ya de un veneno.... Alb.—; Isabel, cesa! Cesa! tus voces De horror me llenan! ¿Con que tú misma....? ¿Y quién pudiera Calmar entonces Mi furia horrenda? De sangre ríos Correr hiciera, Y ya cansada

De herir mi diestra, Contra mi mismo La dirigiera: Oh! no lo dudes, Amiga bella, Tu propia tumba Mi tumba fuera! : Ah! por fortuna, Ya más risueña, De la esperanza La luz destella: Verás muy pronto Cuál tus cadenas Caen á mi furia, Rotas, deshechas. Oh, cuánto tarca De la pelea La hora!

Leo.—(Desde la vientana en donde ha esitado desde el principio de la escena.) A la plaza

El Barón llega.

Alb.—¿Llega?; qué dicha!

Isab.— (Sentándose).

Gran Dios! las fuerzas Me faltan...

Alb.— Calma,

Calma tu pena:
Voy á vengarte,
¡Adiós! no temas,
Leonor querida.
Cuida tú de ella.
¡Adiós!

Escucha Isab.— Por vez primera, Quiero pedirte.... Alb.—¿ Qué? dilo, ordena: Yo soy tu esclavo, Dí qué deseas. (Con ternura, levantándose) Isab.— Dame un abrazo. (Abrazándola.) Alb.— : Ah! dicha excelsa! En este instante Morir debiera! Reyes del mundo, Vuestra diadema Por este abrazo Trocar quisiérais! ¡Soy invencible! ¡Tirano, tiembla! Adiós, bien mío Adiós! me espera

(Se va precipitado)

Allí la gloria,

Voy á obtenerla!

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.)

Isab.—; Alberto! ya partió, y acaso nunca Le volverán á ver los ojos míos: Estos ojos de lágrimas cubiertos En vano en esa puerta estarán fijos! Acaso pronto, revolcado en sangre, Aquí conducirán su cuerpo frío... ; Ah! sobre su cadáver adorado, Exhalaré mis últimos suspiros! Leo.—; Por qué pensar de un modo tan (funesto?

El triunfará, señora; y yo confío En su justicia.

(Ruido de voces en el patio del torneo, que se oyen como de lejos.)

Isab.— ¿Escuchas esas voces? La lucha va á empezar, ¡atroz martirio! Ponte en esa ventana; yo no puedo, ¡Yo no tengo valor!

Leo.— (Colocándose en la ventana)

Desde este sitio

Se ve perfectamente lo que pasa: Yo os lo referiré.

Calderón.-22

Jab.— ¡Poder divino!

Dale valor à mi angustiado pecho!

Leo. -Lady Arabela ocupa el lugar mismo
Que para vos estaba destinado.

Y vuestro padre la acompaña... el circo
Mandan los jueces despejar ahora....

Altera lo reconocen.... ya reunidos

A la señora Baronesa se hallan
I os demas caballeros.... ahora altivo
Sebre un caballo, como su alma, negro.

I ntra el Barón... da vuelta al campo...

(fijo

tin su suio esta ya como una torre. isab. (Con inquietui)

¿Y Alberto?

Leo. — No le veo; no ha venido ... Ya, ya .lega. , ya salta la estacada.

(Aplausos dentro.)

Oid esos aplausos que su brio

(Aplaudiendo)

Arranca del concurso, ; bravo! ; bravo! ; Qué hermoso está! [Se arrodilla.]

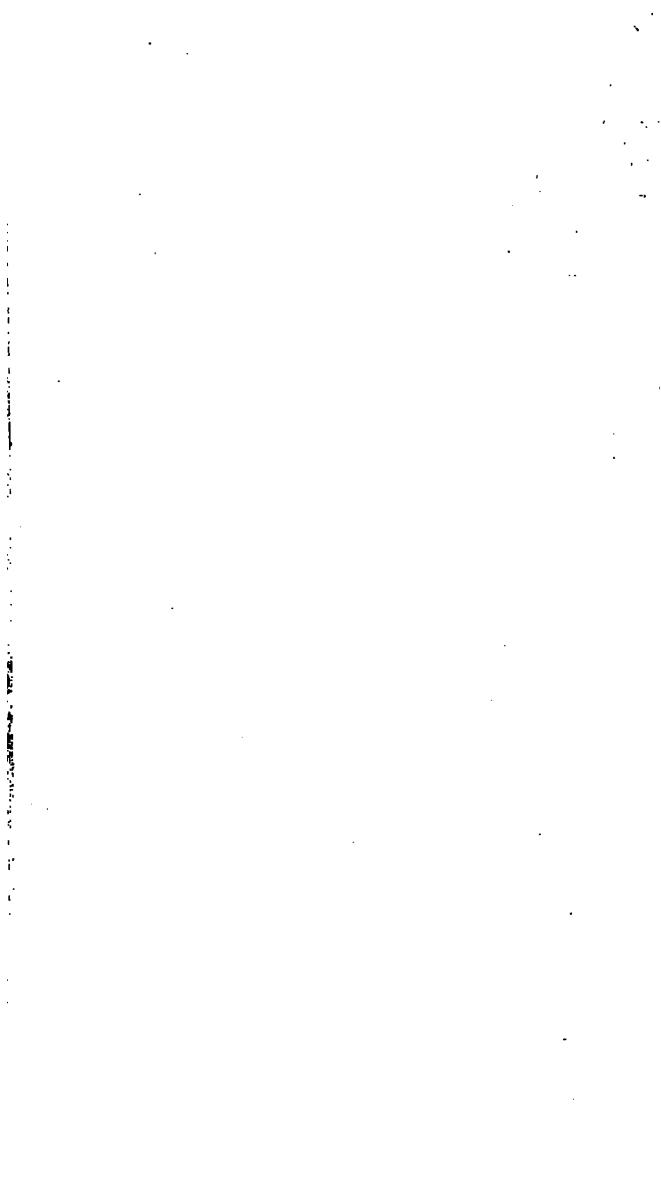
(Se arrodilla.) (Gran Dios! oye propice)

De esta infeliz el fervoroso ruego.
Tu, a cuyo acento tiembla conmevido
El universo, tu, cuya mirada
El corazon penetra de tus hijos.
Truena, Señor, contra el malvado, truenal
Un ravo lanza contra el nombre impo.
Que ultrajó la virtud; anima el brazo
Del jeven caballero que ha emprendido

De la justicia la defensa. ¡Oh, padre! ¡Oh padre justo, omnipotente y pío! Mirame aqui de lágrimas bañada, Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu auxilio No podré resistir á tantas penas: Escucha de esta mísera el gemido: Hasta tu trono refulgente suba De mi dolor el penetrante grito. Leo.—Ya el señorito Alberto da la vuelta: ¡Con qué destreza rige á su tordillo, Cuya rizada crin al viento ondea! Oh, qué hermoso caballo!.... todos fijos Tienen en él los ojos... ya se para: . Para acá está mirando el señorito: Sin duda os busca, vedle un solo instante, Tal vez el alma os manda en un suspiro. 'Asomaos. ¡No puedo! Isab.— Leo.-Un sólo instante, (Se asoma Isabel.) Esto lo animará. Ya, ya os ha visto. Isab.—¿Será la última vez?; Muero al pen-(sarlo! Leo.—Ya las lanzas enristran joh, Dios (mío! Van á dar la señal: por Dios, señora, Por Dios, no la escuchéis. (Queriendo taparle los oídos. Suena un clarín.) ; Ah! isab.-(Vuelve á la ventana). Leo.-¡Ya han partido!

Rayos parecen: ya se encuentran; cie- (los!
Las dos lanzas han dado á un tiempo mis-
En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.
Isab.— (Con la mayor ansiedad)
¡Oh, qué suplicio!
Leo.—Vuelven atrás, y nuevas lanzas to-
(man
(Ruido dentro)
Ya vuelven á partir: ¿habéis oído
El ruido de su choque formidable?
¡Qué furia, eterno Dios!¡Qué es lo
(que miro!
¡Santos del cielo!
Isab.— ¿Qué?
Leo.— El señor Alberto
Isab.—; Qué?
Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caído!
Isab.—; Ah! (Cae desmayada)
Pero no temáis, ya se levanta
Veo que la espada saca enfurecido
El Barón también deja su caballo
Ya combaten á pie; Oh, Dios benigno!
Protégelo, protege su inocencia!
(Ruido de espadas).
¡Qué golpes! ¿No escucháis, señora, el
(ruido
De sus espadas?
· Viéndola.)
Ay! la desdichad.

Al peso cedió ya de su martirio:
Señorita está helada, es un cadáver.
īsab.—; Leonor!
Leo.— Ya vuelve; pero qué extravío
Noto en sus ojos!
isab.— (Levantándose)
¡El ha muerto!; ha muerto!
El no existe, Leonor, y yo respiro?
¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!
¡Ven, odioso Barón, el pecho mío
Rompe, rompe este seno que le adora!
(Con fuerza)
¡Yo te aborezco, mónstruo, te maldigo!
Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo:
Que su feroz acero, ya teñido
En la sangre de Alberto, en mi se cebe!
¡Acaben con mi muerte mis martirios!
(Con gran ternura.)
¡Alberto era mi dios!; lo idolatraba!
¡Vivir no quiero, si con él no vivo!
¡Alberto!; mi querer!; mi bien!; mi glo-
(ria!
: Espérame un momento va te sign!





ACTO CUARTO.

EL HIJO Y LA MADRE

La decoración del primer acto-

ESCENA I.

PEDRO IMOFO Y CRIADOS

(Conducen desmayado y cubierto de san gre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped ¡Cómo pesaba el difunto! Tim.—Cómo pesa todo muerto. Vosotros retiraes.

(Se van los demás criados)

Ped. ¿No lo dije, Timoteo,

Que la boda parecía

Más bien que boda un entierro?

Mira si soy algún tonto.

Tim — Vo estoy como loco. Pedro!

Tim.—, Yo estoy como loco, Pedro!
A veces en solo un dia

Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.
Ped.—Pero viste qué denuedo
De los guerreros, caramba!
Yo estaba helado.

Tim.— ; Qué recio Se daban, hombre! te digo Que no he tenido más miedo En mi vida; ni aun de niño, Cuando me contaban cuentos De hechiceras y gigantes.

Ped.—Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

Dichos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos. ¿Dónde está? Isab.-¿Dónde está el fiero Barón? Que rompa mi corazón; Yo no quiero vivir ya: Destino fatal, impío! ¿Dónde se halla mi adorado? Quiero morir á su lado, Sobre su cadáver frío. (Señalando el cadáver del Barch.) Alli está... mi bien... Ped.— (Conteniéndola.) Señora, ¿Qué hacéis?

Dejadme llegar: Isab.— Quiere con él espirar Esta mujer que le adora. (Sorprendido.) Tim.-¡Que le adora! Sí, sayones, Isab.-Esa vida era la mía: ¿Y quién dividir podría Jamás nuestros corazones? Dejadme llegar, por Dios! Juntos debimos vivir, Pues ahora juntos morir Debemos ambién los dos. Ah! si la piedad ois, Soltadme. ¿Pero qué hacéis? Ped.— Ese cadáver que veis Es del Barón. Isab.— (Sorprendida) ¿Qué decis? ¿Pues Alberto? Ped.-Se halla ahora Recibiendo el parabién De su triunfo. (Admirada.) Isab.— ¿He oído bien? Tim.—Sí; no lo dudéis, señora: En el patio del torneo Le proclaman vencedor. Isab.—; Este es un sueño, Leonor! Leo.—Sí, también soñar yo creo. lsab.—Si es engaño, salir de él Calderón. -23

Un punto será, y morir, ¡Cielos! ¿mi Alberto vivir? Ped.—Vive, señora.

Alb.—

(Dentro.)

, ¡Isabel!

Isab.— (Con transporte.)

El es: ; ch, supremo Sér! El es: ; sostenme, Leonor! ; Antes me ahogaba el dolor; Ahora me agobia el placer!

(Queda desvanecida en los brazos de Leonor.)

ESCENA III.

Dichos, ALBERTO,

Alb.—; Isabel!; Isabel!...; Pero qué veo?
Leonor, ; qué es esto?
Leo.—El gezo la ha postrado.
Alb.—Oye mi voz.; oh, dueño idolatrado!
; Les ojos abre, en que mi dicha leo!
, Isabel!; ah! ya vuelve, ; cuán hermosa!
. Ya palpita su seno blandamente:
. Una sourisa vaga dulcemente
. En sus labios purisimos de rosa.
. Alza esa frente candida y divina,
. Va eres libre. Isabel.
. Isab.—; Y es cierto?
. Alb.—
. ¡ Es cierto!
. Mirame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto, Tanta ventura el cielo me destina? No, no es una ilusión: tu ardiente mano Torna á estrechar la moribunda mía: En el sepulcro, Alberto, te creía! Oh placer grande, inmenso, sobrehuma (no!

Pero dime, por Dios, ¿no estás herido? Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado! ¡Si supieras qué instantes he pasado! : No sé cómo sufrirlos he podido! El cielo sólo, la bondad del cielo, Sostenerme ha padido en este día! Pero ya vuelvo á verte, ¡ qué alegría! :Trocó Dios en placer mi amargo duelo! Gracias, gracias, Señor; jah! la ventura Perturba ini razón, Alberto mío: A hablarme vuelves; dudo, desconfío: Tanta dicha, ilusión se me figura. Alb.—No, Isabel; es verdad. Mas tú caíste Isab.— Del caballo: Leonor vió tu caída, Y al saberla pensé perder la vida; Dime, dime por fin, cómo venciste. Alb.—Menos fuerte mi caballo

Que el del furioso Barón, En la segunda carrera Por desgracia me faltó, Y caímos; pero al punto, Levantándome veloz, Saco mi acero, este acero Que jamás me abandonó:

A mi contrario me lanzo. Que sin prayer mi intención, De su triunfo sonreia, Lleno de orgullo feroz: Su caballo desjarreto En el instante: el Barón Echa pic a tierra, y la espada Saca ciego de furor: El era, Isabel, más fuerte, No más ligero que yo; Y sus go'pes evitando Con destreza, la ocasión Hallé al fiu, que descaba: De cubrirse no cuido Por herirme, y al instante Le traspasé el corazón, No pudo mís, y en el circo Casi sin vida cayó. General aplauso entonces Sonar oigo en derredor: "Victoria, honor al valiente" Todo el concurso gritó, Y los heraldos y jueces Me proclaman vencedor: Pero en medio de esos gritos Yo no escuchaba tu voz. Tu voz para nu más grata Que la de la gloria.

Fortre tanto combatida

De la inquietud más atroz,

Desde mi estancia escuehando

El espantoso rumor
Del combate: á cada instante
Sintiendo en mi corazón
Mil muertes...; qué no he pasado!
Los dos, Alberto, los dos
Los golpes hemos sentido,
(Señalándose ci corazón.)

Tú en el escudo, aquí yo.
Cierto es que tú no escuchabas
Entre las otras mi voz,
Y sin embargo, sonaba
Con más fuerza y más ardor
Que todas; porque la mía
Por tí se elevaba á Dios.

Alb.—Sí, mi bien, y el Ser supremo Tu ruego grato escuchó, Porque como tú, fué puro, Ardiente como tu amor!

sab.—Sí, como mi amor, Alberto; Oh! nunca de mi pasión
He conocido la fuerza,
Hasta el instante de horror,
En que muerto te he creído.

Alb.—¿ Quién más dichoso que yo?
Aunque jamás nos unamos,
Esa sublime expresión
De tu ternura, es mi dicha:
Te lo juro por mi honor:
Por el imperio del mundo
No cambio mi suerte, no!
Pero ya tu padre llega:
Con los demás.

isab.—

No pagaré con mi mano
Alguna vez?; santo Dios!!
¡No hay felicidad cumplida!
Alb.—; Tal es nuestra condición!

ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO, PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.—Caballeros, ya habéis visto

De mi causa la justicia:

Del éxito del combate

Ninguna duda tenía:

De ese perverso en el cielo

La sentencia estaba escrita;

Llegó por fin, y ha pagado

Los crimenes de su vida.

(A Alberto)

Recibe, valiente joven,
La gratitud que me anima:
Tú fuiste el digno instrumento
De la justicia divina:
Tú rompiste mis cadenas:
Por tí cobro en este día
Mis títulos usurpados,
Y mi libertad perdida.

Alb.—Basta, señora, lo que hice El deber me lo imponía: Como honrado caballero, A la virtud oprimida
Mi espada ofreci: del cielo
Es la victoria, no mía:
¡Dichoso yo que instrumento
Fuí de las celestes iras!
rab.—Mas no quedará sin premio,
Joven, tu noble osadía:
Por mi heredero te nombro;
Si, yo no tengo familia:
¡Ay! me arrebató el tirano

Ay! me arrebató el tirano El solo hijo que tenía!

Tú lo serás desde ahora,

Tú formarás la delicia

De mi vejez.

V.b.—

¡Ah! señora,

Tanta bondad!

itz.— Merecida

La tienes: como valiente
Te has portado en este día:
Bien, hijo mío, también yo
Te debo mucho; esa víctima
A la desgracia arrancaste,
También te debe mi hija
Su libertad.; Ah! cuál fuera
Tu suerte, Isabel querida,
Enlazada para siempre
A ese mónstruo de perfidia!
¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo
De honradez yo lo creía;
Baronesa, aquí os condujo
La Providencia divina,
Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.

Arab.—Sus crímenes espantosos
Sabéis ya: su mano inicua
Fué la que del digno Ralfo
Cortó la apreciable vida.
Ese escudero que traje
Conmigo, y que en otros días
Fué cómplice involuntario
De Walter, la historia impía
Me ha referido.

Ped.— Señora,
Vuestro escudero suplica
Que ante esta ilustre asamblea
Hablaros se le permita.

Fitz.— (A Pedro.)

Haced que pase al instante. (Se va)

Ven á mi pecho, hija mía,

Démosle gracias al cielo.

Del precipicio en la orilla

Te ha salvado: sus bondades

Hacia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA

Dichos, ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.

Arab.— Entrad; el noble Fitz-Eustaquio De hablar en su presencia os da permiso. Decid lo que queréis. Alf.— Noble señora, V vosotros también, oh esclarecidos Caballeros! oid. Ya las maldades De Walter conocéis, del que yo he sido Cómplice involuntario, y vos, señora, Perdonáis generosa mi extravío. Pero hay otro secreto, un gran secreto, Que esperaba, señora, descubrirlo Después de ese combate, cuando el cielo Castigara de Walter los delitos. Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se-(pas.

Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-

Del gozo que me anima, y que en mi abo(no

Está escrita en el libro del destino
Una acción buena: sí, señora, Walter,
De su ambición frenética impelido,
A toda costa quiso de su hermano
Las riquezas poseer, y grandes títulos.
Vuestro hijo era el legítimo heredero;
Deshacerse intentó del tierno niño,
Y á mi me encomendó su asesinato,
Porque ya entonces me juzgó el inicuo
Incapaz de faltarle: de este modo
Logré tener en mi poder al hijo
De mi buen amo, y engañando al móns(truo,

Ouc su muerte creyó, del tierno niño Salve los días.

Arab.—; Cómo! qué he escuchado! Y vive?

A lif.— Vive. Es cierto? Dios benigno! Arab.— Cuánta ventura!... ven, que yo te abrace, Alfonso: ven.... Mas dime, dime el sitio Donde se encuentra: dímelo. Escuchadme. Alf.— Al infante tomé, cuyos gemidos El corazón más duro conmovieran, Y conociendo el corazón benigno Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante Me dirigí en silencio á este castillo: (A Fitz-Eustaquio.) No estábais vos en él; pero en la senda Que á él conduce, el depósito querido Dejé, esperando inquieto el resultado, Observándolo todo sin ser visto, l'ues la maleza me ocultaba: entonces Os vi llegar, señor, vi que movido De ternura hacia el niño desgraciado. Al pecho lo estrechábais compasivo, Y aqui le condujisteis. ¡Qué vigo, cielos! Alb.— Fitz. - Oué dices? conque Alberto.... $\Delta lf.$ — Si, ese mismo, Ese valiente, generoso joven One os ha vengado.... ¿ Es é!?.... Arab.— Es vuestro hijo Alf.— (Estrechando á Alberto.) ∴rab. ¡Hijo!.... (Echándose en sus brazos.) Aib.--: Madre!...

Fitz.—
Isab.—

¡Qué dicha! (Con gozo.)

¿No es un sueño?

¿Es noble? ¡qué ventura! ¡será mío!)

(l'or un gran rato queda Alberto abrazado á Lady Arabela, llorando de ternura y de júbilo; separa un poco su rostro, la contempla con una mirada ávida y llena de amor. Lo que sigue lo dice con muchísimo fuego, y ternura.)

Alb.—; Madre!....; madre! repetir Dejadme ese nombre amado, Y en vuestro pecho abrasado Vuestro corazón sentir. Sí, yo lo siento latir Contra el mío...; qué placer ¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér, Ya puedes tomar mi vida! Oh, madre, madre querida! Al fin te consigo ver. ¡Cuánto, cuánto padecí Por no conoceros ¡Dios! Y vos entne tanto, vos. ¡Llorando también por mí! Ah! ya me tenéis aquí: Apenas mi dicha creo! ¡Oh madre! os escucho, os veo, ;En vuestros brazos estoy! Ya soy feliz, ; ya lo soy! ¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,
A mi pecho, al mismo Dios,
Yo preguntaba por vos,
Devorado de tristeza:
¡Ay! en este instante empieza
Mi existencia, mi alegría...
Arab.— (Con transporte vivísimo)
¡Hijo!....
A'b.— ¡Madre!... hermoso día!
Mil veces "hijo" llamadme!
Venid, todos, abrazadme:
Padre... Isabel... Madre mía!

(Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.



A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón Pacheco, dedica el autor este ensayo cómico.

PERSONAJES.

DON TIMOTEO.
Da. SERAPIA.
LEONOR.
MARIA.
CLARA.
DON CARLOS.
DON JUAN.
DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la casa de Don Timoteo.



ACTO PRIMERO.

Sala dicentemente amueblada.

ESCENA L

D TIMPLEO, Dr. SERAPIA de gulto

Mny elegante, qué bello!

Que rico vestida! diable!

Si no taera por tu pelo.
Un poco blanco y las rugas.
De tus mej l'as, apaesto.

Que maguno te daria.

Mas de tre nta y emco.

«Cierto?

Con que no parezes mal?

Tim Como mal si poe menos
lisers hos como aquel dia
Que nos casamos me acuerdo
Como si fuera hos

Da. Ser.— Con todo, Treinta y dos años y medio Hace que pasó.

D. Tim.— Es verdad, ; Qué pronto se pasa el tiempo!

Da. Ser.—; Y qué tiempos!

D. Tim.— Muy felices;
No se parecen á éstos:
¡Ay! hija, por más que digan
Los pisaverdes modernos,
Aquello era muoho, ¡mucho!
¡Te acuerdas con qué salero
Bailabas una "gavota?"

Da. Ser.—Y tú también, picaruelo, Aquel "minuet de la corte."

D. Tim.—Y el "calafat."

Da. Ser.— Y el bolero.

Tim.—No; pero nada, Serapia,
Como el "campestre:" me acuerdo
Que estaba yo como tonto,
Mirando tus movimientos:
Desde la primera parte,
Sentí dentro de mi pecho
Cierta inquietud... cierta cosa...
Lo que llaman los modernos
Simpatía; pero; vaya!
Cuando hizo tu pie derecho
Aquel molinete, entonces
Se me trastornó el cerebro.
¡Ay!; y qué noche me diste!
En toda ella estuve viendo
Tus pies en mi fantasía;

Y era tan grande el empeño De recordarlos, que dije Al punto á mi cocinero, Que me guisara á otro día Unas patitas de puerco.

a. Ser.—; Ah!; ah!; ah! Tim.— Te ries,

Y con razón, lo confieso, Si digo que estaba loco, Loco de remate, y luego Con tus desdenes malditos Me hacías rabiar.

Me amabas mucho, me amabas Como se amaba en mi tiempo Y yo también te quería; ¿Pero, cómo luego luego Lo había de confesar? No, señor.

Tim.— Oh! no, primero Era preciso pasas Unas noches al sereno, No es verdad?

1. Ser.—; Cabal! Ahora > Todo es más pronto.

Tim. — Se han hecho Muchos progresos en todo;
Llega un jovencillo lleno
De perfumes; media hora
De charla, suspiros tiernos.
Semblante triste; en la tarde
Una vuelta en el paseo

Junto al coche de la niña: En la noche algún encuentro En las 'cadenas' e e teatro: Si un comico. dice un verso Que hable de amor, al instante El rendido caballero Dirage ardiente la vista A pa'co como diciendo: "Esa Julieta, cres tu, Y yo say ese Romeo. Con esto queda concluido El asunto, y de concierto Los amantes. A ontro dia Lleva el joven algún verso A la novia i poco importa El que sa suy « o ageno: Cambia el nombre si es preciso, En vez de "Silvfa," pontendo Anastasia proque al calk, Dos silabas mas o menos Poco amportan, la subsoancia Es to esencial,

Da. Ser. Por supuesto!
D Tim Por fortuna en estos dias
Hace todo el mundo versos.

Da Ser - Pero no en fatin

D. Tim ... ¿Latin?
, Poes estás áresca! yo apuesto.
Que no saben dec'inar
"A Musa Musae,"

Da. Ser — Ya; pero . . . D. Tra Pero saben italiano, Frances, inglés Da. Ser.— Mas no griego Como en mis días.

Para mí es un mundo nuevo >
En el que vivimos hoy;
Ya ves, hasta el coliseo
Ha cambiado: ya no agradan
Las comedias de aquel tiempo:
Juana la Rabicortona,
El Mágico de Salerno,
La Fuente de la Judía.
El Príncipe Jardinero
Estos eran comediones
Divertidos.

Da. Ser.— Y muy buenos, Y muy morales.

Tim.—; Caramba Si eran morales! me acuerdo Que una vez salí llorando Como chico de colegio, De ver á San Agustín

Quedar convertido.

(a. Ser.— En ciervo....

). Tim.—Qué ciervo, ni qué....

Da. Ser.— Es verdad,
Tienes razón, ya me acuerdo,
Es en santa Genoveva
Lo del venado. Ya eso
Acabó, y las tonadillas
Oue llamaban "intermedios."
Hoy está en boga un tal Fugo.

Tim.—Hugo dirás.

¿ Yo que entiendo Da. Ser. -De esos nombres que no estan En el calendario nuestro? Hasta en eso entro la moda: A nadae le ponen Diego, Ni Jacinto, nr Macario. Ni Roque, ni Timoteo; Sino Arepo, Arturo, Adolfo; En fin, santos extranjeros Que in estaran bantizados, En todo caso me atengo A los nuestres, que por hn Son va conserdos viejos Y el refran dice: "Más vale Malo conveido, que bueno Por c nocer."

D. Tim. - Calla, calla. Scrapia, ¿qué estas deciendo? ¿Qué disparates ensartas?

Da. Ser.— (Aflojándose el vestido)
¿Pues que, digo mal? El cielo
Sube un intención ¿Dios mío!
¡Y que traje tan molesto
Es el vestido de gala!
Sódo por ser Timoteo.
Dia de tu santo, pude
Apretarme tanto.

D. Tim. Cierto:

¿Y piensas tu, mona ma.

Que vo no te le agradezco?

Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo

De esposas: tengo tal gusto, Que no me cabe en el pecho. Sí, Serapia, hoy es el día En que se van mis deseos A colmar, con la elección Que haga Juanito. Yo creo Que la gusta más Leonor, Que las otras dos.

Da. Šer.— Yo pienso Lo mismo; no, y la muchacha Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto. Pobrecilla!

Da. Ser.— ¿Y Don Antonio Vendrá á comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Da. Ser.—Aqui viene ya.

ESCENA II.

Diches, DON ANTONIO.

D. Ant.—; Oh! vecina, ¿Pues qué tenemos de bueno Que está usted tan adornada?

Da. Ser.—Que diga á usted Timoteo
El motivo: yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre: ya usted sabe
Que para esto del aseo
De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo: no quiero

Que se molesten mis hijas, A quienes ha dado el cielo Inclinaciones más altas.

D. Ant.— (Con ironia.)
Es verdad.

Da. Ser.— Pues hasta luego. (Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.)

ESCENA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

T. Tim.—; Pobre Serapia! está loca Con las muchachas, y cierto Tiene razón: cada una Es en verdad un portento. Mariquita toca, canta, Baila; en fin, es un modelo De perfección: ágil, viva, Siempre de broma y riendo. Clara, por distinto estilo.... ; Ah! Don Antonio, el talento De mi Clara es mucha cosa: Ya ve usted, siempre leyendo Periódicos literarios Y políticos: apuesto Que sabe más ella sola, Que tres ministros.

• D. Ant.— (Riendo.) En eso No hay mucha ponderación. Amigo Don Timoteo. Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?
¡Oh! Leonor es mucho cuento:
¡Qué corazón tan sensible,
Tan encendido, tan tierno!
¡De cualquiera cosa llora!
Antes de ayer, por ejemplo,
Estaba triste, bajando
Los ojos cada momento:
Otras veces los alzaba
l'ijándolos en el cielo;
Y por fin, la pobrecilla
Se puso á llorar: yo lleno
De inquietud...

D. Ant.— (Con ironia.)
Ya, como padre!

D. Tim.—Yo le pregunté el objeto
De sus penas, y me dijo:

"¡Oh padre mio, yo muero
"De dolor! la pobre Clara....
—¡Qué! le dije muy inquieto,
¡Le ha sucedido á tu hermana
Alguna cosa? Volemos
A verla. "No, padre mio,
"Me respondió, nada de eso,
"No hablo de Clara mi hermana,
"Clara de Alva...; Qué tormento
"Pasó la infeliz! ¡Qué lucha
"Sostuvo entre sus afectos
"Y su deber!"

O. Ant.— ¿Con que todo Su dolor y desconsuelo Era por haber leido Una novela? ; muy bueno! ¿Y sabe usted por ventura A qué se reduce el cuento De ese libro?

D. Tim.— No, señor;
Pero dicen que es muy bueno.

- D. Ant.—; Oh, sí muy bueno! Se trata

 De una joven, que algún tiempo
 Resistir supo á un amante;
 Pero como el bribonzuelo
 Era tenaz, ella en uno
 De aquellos fuertes momentos
 De ternura, faitó al cabo
 Al marido.
- D. Tim.—; Diablo!
- D. Ant.— Pero Eso sí, no faltó en nada A la virtud.
- D. Tim.— No lo entiendo:
 Sin faltar á la virtud
 Hacer á un hombre...; San Diego
 Nos preserve!
- D. Ant.— Pero, amigo, Si fué tan sólo un momento De extravío.
- D. Tim.— Con mil diablos, ?
 Pues qué no basta con eso?
- D. Ant.—No, señor, porque fué todo Sin mala intención.
- D. Tinn.— Reniego De su intención.

Ant.— Pues, amigo.
Todo esto ni más ni menos
Dice ia tal novelita.
Sabe usted. Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted: yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.

Tim.— Bueno, bueno; Siempre está usted con lo mismo. Ant.—Sí, señor, siempre: el afecto Que profeso á usted me hace

Hablarle así.

Tim.— Según eso, luca ¿Usted quiere que schoque De mis hijas los talentos? ¿Que laven, cosan ó planchen. Estén siempre en el brasero, Disponiendo la comida, Y, en fin, que tengan empleo De criadas?

Ant.— No, señor;
Pero que sepan al menos
Aquellas obligaciones
Que son propias de su sexo.
La música, la pintura,
El baile, todo es muy bueno,
Y sirve á una señorita
De atractivo y de recreo:
Pero, amigo, todo es malo
Cuando se lleva al exceso.
Tim.—Muy bien: agradezco mucho

Calderón. - 26

Tan saludables consejos;
Mas yo tengo mis razones:
Conque así, no disputemos:
Supongo que esto no turba
Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:
Mi cariño es siempre el mismo;
Yo digo á usted lo que pienso;
Pero sólo á usted le toca
llacer lo que quiera en esto.

D. Tim.—Bien está: pues á oltra cosa: Usted, según lo que veo,
No sabe por qué motivo
Estamos hoy previniendo Cura fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.—Pues, Don Antonio, yo debo Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.—¿ Cómo por qué? usted ha puesto En olvido que hoy es día De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:
No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien, Ya lo sabe usted, y cuento Que nos acompañará A comer hoy.

D. Ant.— Lo agradezco.

D. Tim.—Bueno; pues no esto sólo: Tome usted ahora un asiento, Y oiga el principal motivo De mi gozo. En otro tiempo, (Se sientan)

Cerca de seis meses antes
De casarme, me vi lleno
De miseria, jeven, libre,
Sin algún conocimiento
Del mundo, sin un amigo
Que me mostrara el sendero
De la dicha, y entregado

Examples excesos, gote cuantos recursos Me habian lejado, muriendo, Mis padres; contraje deudas, Y, por fin, llegué al extremo De no tener un asilo," Ni aun el preciso sustento. Los amigos, que algún día Eran siempre compañeros De mis vicios y locuras, Que mientras tuve dinero Solicitos me seguian, Mis errores aplaudiendo, Viéndomé pobre, abatido, Y sin recursos, se fueron Retirando, y quedé solo, De rabia y vergiienza lleno. En medio de mi desgracia, Me quiso mandar el cielo Un hombre, ó más bien un ángel, Porque tal era Don Pedro De Miranda, rico, noble, Con un corazón dispuesto

A hacer bien à todo el mundo

Liste amigo de colegio,

Due mil mil ocasiones

Me reprendió mis excesos,

Viendome luego abatido.

Me auxi i i, me dio los medios

l'ara salir del apuro;

Y no tan solo le debo

La riqueza que hoy disfruto,

Sinc la vida... no puedo

Recordar sus beneficios

Sin llorar.

1). Ant — Bueno; muy bueno!
Fsas Ligrimas, que pocos
Derraman, Don Timoteo,
Henran a usted. En verdad.

(Aparte.)

Es lástima que los cielos Como le han dado virtudes No le den entendamiento.

D. Tim. En aquellos mismos dias,
Tuve una fiebre, y Don Pedro,
Sien pre al lado de ma cama,
Siempre de ternura lleno,
Me sacó, como quien dice,
De sepulero

D Ant.- Bien, ; y luego?

D Tim Tuvo que marchar à Europa Por asuntos de comercio Nos Respedinos llorando Mas no pasaba un o vreo Sin recibir carta suya

Y escribirle yo. Don Pedro Era viudo y tenía un hijo box min a Repolation Que llevó á Europa. A su seno Llamó, en fin, Dios á mi amigo, Y durante mucho tiemp? No supe del hijo suyo La suerte: hará mes y medio Que él mismo vino á mi casa > A visitarme, diciendo Que al morir su anciano padre, Le encargó que en el momento Que pusiera el pie en su patria Viniera á verme: no tengo Que decir á usted el gozo Que tuve al punto de verlo, Y le he alofado en mi casa Juanito, á quien tanto aprecio Tiene usted, ese es el hijo De mi amigo.

Ant.— Y un modele
De honradez: no se parece
A su tonto compañero,
Al Don Carlitos. ¡Caramba!
Jamás he visto un muñeco
Más fastidioso!

Tim.— Yo al punto
Concebí el mejor proyecto
Que me ha ocurrido en mi vida,
Para pagar lo que debo
Al padre de Juan, y dije
A nuestro joven: yo tengo
Tres hijas, elige una

Para esposa, y heredero De una parte de mis bienes Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento; Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo

Que era preciso primero Concer bien á mis hijas; Mas no me bastó con eso, Y señalamos un plazo Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno: Y cuándo se cumple?

D. Tim.— Hoy mismo, Que es mi santo.

D. Ant.— Pues veremos Lo que resulta.

7). Tim.— (Levantándose.) Ya tarda

En llegar.

D'Ant.— ¿Y el embustero

De Don Carlitos vendrá

Con Don Juan?

D. Tim.— Así lo creo.

D. Ant.—Pues no cuente usted conmigo Para comer hoy: no puedo Sufrir á ese charlatán. Sin cesar está mintiendo: A título de que ha visto A París, todo lo nuestro Le disgusta, todo es malo Para él, si no es extranjero.

Criticar siempre de todo En su país, es un efecto De una educación muy baja: Si no encuentra nada bueno En su patria, debería Por gratitud, por afecto, Callarse, disimular, Y compadeceria: cierto Que tenemos cosas malas, A mi pesar lo confieso: Pero ¿qué nación, amigo, Hay que no tenga defectos? No; yo soy muy mexicano. . Tim.—Pero, D. Antonio, al menos Haga usted el sacrificio Siquiera por hoy: sí, cuento Con usted: por un amigo Se pasa un mal rato. Ant.— Por usted; pero repito Que soy muy duro de genjo; Y aunque quiera reprimirmé, No sé si podré.

Car.—

(Ruido de coche.) (Dentro.) Cocheros

Más tentos que los de aquí / No se encuentran.

Ant.— Ya tenemos
Al charlatán ca campaña:
Yo me voy por allá dentro
Al corredor, y me iría,

Por no verlo, al mismo infierno. Llevaré algún diario.

D. Tim.— Ya! Como usted guste.

D. Ant.— Hasta luego.
(Vase, tomando de sobre la mesa un papel)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

D. Juan.— (A D. Timoteo.)

Muy buenes días, amigo.

D. Carles.—(Al mismo, apretándole la mano).

Adiós, caro, ¿cómo va? Ya nos tiene usted acá.

D. Tim.—Me alegro mucho.

D. Carlos.—

Voy á ser de la ventura

De mi Juan, ; dulce amistad!

(A. Don Juan).

Pero vamos, la verdad,
¿Quién ha de ser la futura?
¡Vive Dios, que Leonorcilla
Es la que más te ha petado!
Oh! ¿te pones colorado?
Pues la cosa es muy sencilla,
Sí; me gusta la elección;
Parece una Parisiense:
No es menester que lo piense,
Tengo gran penetración:

Es ella ¿es verdad? es ella; Si lo dije el primer día: Aquella melancolía, Aquel aire ; cómo es bella! En fin, es una mujer "Comme il faut;" tan sólo en Francia Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia? Sé lo bueno conocer: Sólo en la fisonomía Adivino si una hermosa Es afable ó desdeñosa, Si es un ángel o una harpía. Miren ustedes: yo vi Allá en la plaza de Greve, Una hermosura, y muy breve Su carácter descubrí: Bajo un hermoso semblante Ocultaba un corazón "Tres méchant," era un dragón.

D. Tim.—No pase usted adelante, Sin que se sirva decirme Qué es eso de "tres mechant."

O. Carlos.—Vaya, si lo he dicho, Juan, Yo no puedo discurrir
Por un momento siquiera
Sin hablar francés; qué diablo!
Es tan bello! yo lo hablo
Sin advertir, con cualquiera.
El idioma castellano
Es tan-helado, tan frío:

(A D. Juan.) Diera un brazo, amigo mío,

Calderón. -27

Por ser francés o britano.

D. Tim.—Pero el "tres mechant," por hu, ¿Qué significa?

D. Carlos.— Un "fripon."

D Tim.-Menos lo entiendo.

D. Carlos. — Un bribón. Un hombre bajo y ruin.

D. Tim. Lo voy comprendiendo ya.

D. Carlos.—Mas ¿dónde están las hermo

¿En su "toilette?"

D. Tim.— En sus cosas Que tienen ellas allá.

D Carlos.—; Sus cosas! Don Timoteo, Ese es lenguaje muy llano.

D. Tim Hablo mal el castellano. Pero se entiende.

D. Carlos. - Lo creo

(1 Don Juan, que se ha sentado hace al gún rato á leer los impresos)
¿Y cuál es ese papel?

D. Juan. Es el Diarai de gobierno

D. Carlos ; Vaya el tal Diario al infierno Si fuera el "Universel"

(A D. Timoteo)

Ese es bueno, ya se ve... ¿Y me quiere usted decir Quién lo da? Voy á escribir Un poco de "varietés,"

D. Tim — Quién lo da? el repartidor.
Y no lo da, que le vende

D. Carlos. Amigo, usted no me entiende:

Que ¿quién es el redactor?	
D. Tim.—; Ah! no lo sé.	
D. Carlos.— (Hojeando los papales.)	
¿Y está aquí? D. Tim.—; Para qué pagar su abono	
D. Tim.—; Para qué pagar su abond " '''	•
Si no lo entiendo?	
D. Carlos.— Por tono.	
¿Va usted á la pera?	
D. Tim.— Sí.	
D. Carlos.—Entonces hace usted mal,	
Si el italiano no entiende.	
D. Tim.—Fácilmente se comprende.	
D. Carlos.—Bravo! y que es un versal!	
De la música el idioma:	
¡Cuánto me agrada Rossini!	`
Pero es más tierno Bellini,	
Más "tocante:" yo ví en Roma,	
No, no en Roma, fué en Milán,	
Vi "Pirata," vi "Extranjera:"	
70h, qué hermosas! Creo que era	
Por la fiesta de San Juan.	
¡Cabalmente! Pero nada	
Como "Norma"; qué belleza!	
Habla alli naturaleza.	1
D. Juan.— (Aparte.)	I
¡El tal Carlos ya me enfada!	•
Qué loco tan hablador!	
D. Tim.— (Aparte.)	
¡Qué joven tan estupendo!	14
Según lo poco que entiendo,	II
Es alhaja de valor!	•
Si pudiera colocar	
A Mariquita con él	

1) Carlos,—
H.mbre, deja tu papel,
Y acercate a conversur
Me naravillo que en dei
Para ti de tal contento
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía.
Vamos, hombre, ven 1qui.

D. Juan —Si no dejas meter baza.

Yo soy completo frances, Alegre, vivo, ligero:

Vaya! Si no hablo, me muero

D. Juan Habla cuanto quieras, pues

D. Carlos — Y esta noche qué comedia

En el teatro darán : A que nos encajarán Una clásica tragedia! [Vava! no se puede estar En el teatro, ; que feo! No parece colisco. Sino vieto palomar. 🔻 No se encuentra una nación Mas que México atralada. Da vergiienza, aqui no hav nada: Ni gusto, m ilustracion, Ni cruato, ni policia, Ni finara, ni alegna, Ni hermosura, m elegancia; Repito que solo en Francia Se vive con alegna. En las "s irees" ; qué finura!

¡Qué dulce afabilidad!
¡Cuánta sensibilidad!
¡Cuánta graciosa locura!
El amable aturdimiento,
El entusiasmo, el bullicio,
Vaya! si yo pierdo el juicio
(Mirando adentro.)

Al verme aquí ¡qué tormento!
¿Mas no es aquella Leonor?
No hay duda que es ella, sí;
Juanito, ya viene allí
El objeto de tu amor.
¿No sientes un dulce afán?
¡Qué elegante! ¡Qué bonita!
¿Tu corazón no palpita?
Eres un clásico, Juan.
Eres hijo del país,
No, no lo puedes negar.

D. Juan.— (Parándose.)
Ni tampoco remediar.

D. Carlos.—Para amar sólo en París;

Allí sí se estudia el modo

Hasta de poner el pie,

Los ojos, la boca, ; qué!

Por principios se hace todo.

Ven, y mírala, entregada

Toda entera á la lectura:

¡ Cuánto es bella una hermosura

Distraída, abandonada!

D. Tim.—Siempre usted la verá así, No conoce otro placer.

D. Carlos.—Divina, "charmante" mujer. ¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á madie, y se sienta : en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.—; Ha muerto, ha muerto el misero Joven desventurado, Modelo acrisolado De ternura y amor! ¡Ay! ese pecho cándido Despojo de la muerte, Mereció mejor suerte, ; ()h, vida de dolor! ¡ () uién no derrama lágrimas Al leer tu triste historia? Y aquién á tal memoria No se siente morir? Recibe, triste víctima, Recibe el llanto mío: Yo tu destino impio Siempre sabré seguir. (Deja el libro: queda como meditabunda

en el sofá.)

D. Carlos.—; Qué pecho tan simpático.

D. Tim.—Si, es muy sensible, mucho. Hija....

¡Qué voz escucho! I eo.—

Oh padre! Donde estoy?
Mirad... Su rostro pálido:
Oid.... ese sonido....

¡Ha muerto! ¡Está perdido!

D. Tim.—Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo; mísera!
Su corazón palpita.
¡Paloma!

D. Carlos.— ¡Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.) Hábla!e tú.

D. Juan.—; Leonor!

D. Carlos.—; Leonor! ; Qué hombre tan (frigido!

Qué pecho tan helado! Dile á sus pies postrado:

(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)

"; Mi bien! ; Mi dulce amor!"
Leo.—Levantándose y empujando á Don Carlos.)

Dejadme, dejadme,
¿Y es ésta la vida,
Tormentos, horrores,
Continuo penar?
¿Y el hombre se afana
Por ella? ¡Insensato!
Más vale á la tumba
Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mía, (Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)

La voz de tu padre.

(Sosegándose.) Leo.-¡Oh, padre! ¿Y es cierto? ¿Fué todo ilusión? D. Carlos.—Ya vuelve en su acuerdo: ¡Miradla qué hermosa! (A D. Juan.) Acércate, calma Su fiel corazón. ¿No sientes tu pecho Saltar de ternura? No. D. Juan.— D. Carlos.—; No? Eres un mármol, Palabra de honor. Leo.—; Oh, padre! perdona: · La historia de Werter Mi pecho ha llenado De horrible dolor, ¡Tan joven! ¡tan tierno! ¡Tan bello!; tan fino! ¡Qué suerte tan fiera! D. Tim—Olvida eso ya. D. Carlos.—Amable belleza, Aquí está Juanito; Miradle qué triste, Qué pálido está! (Tendiéndole la mano.) Leo.— Amigo. D. Juan.— ¿Ha pasado El rato funesto? Leo.—; Oh! sí, ya ha pasado. D. Tim.—Ya vuelve á reir. D. Juan.—¿Y por qué leer libros

Que dan á usted pena?

Leo.—Amigo, sin ellos No puedo vivir.

El siglo en que estamos

Carece de encantos:

Pasiones comunes

Miramos no más:

¡Mil veces felices

Los seres dichosos,

Que vieron el mundo

Mil años atrás!

Entonces, entonces

Un buen caballero,

Ciiraba su dicha

Tan sólo en amar:

La voz de una amada

Mandaba en su vida,

Sabiendo por ella

La muerte arrostrar.

Diez años ó veinte

Pasaban sin verse,

Y no se entibiaba

Por eso su amor.

D. Carlos.—; Terrible constancia!

Leo.—; No se halla en el día!

D. Carlos.—; Dos meses? que pase....

Leo.—¿Dos meses?; qué horror!

No, yo no quiero

La vida presente;

¡Helada existencia!

Funesto vivir!

Yo encuentro en mis libros

Un mundo más bello.

Oh, Werter! yo debo Contigo morir!

D. Tim.—¿ Morir? ¡San Francisco! ¡Qué dices, muchacha! ¿Y á un padre que te ama Quisieras dejar?

Leo.—; Oh, padre! bajemos
Los dos á la tumba!

D. Carlos.—; Bien dicho!

D. Tim.— ¡Mal dicho!

No quiero bajar.

Es cierto que á veces

Amarga la vida;

Mas siempre la muerte,

Es mucho peor.

Leo.—; Ah! no, no, la tumba, La tumba es el puerto, El puerto seguro Do acaba el dolor.

D. Tim.—¡Muy bien! será puerto, Será lo que quieras; Mas yo estoy contento Del mundo en la mar.

D. Carlos.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un "pistolet."
Lo carga, y al punto
Del picaro mundo
Se va "sans facon."
¡Oh! no hay como Francia,

Muchacha, mis flores. D. Carlos.— "Cual voce io sento De goia é di espeme Mio sen palpitar."

D. Tim.— Muy bien, Don Carlitos.

D. Juan.—De risa me muero.

Leo.—Dichosos ustedes Que pueden reir.

1). Carlos.-

María.—

(A Leonor) D. Tim.-

Aliéntate, vamos.

Leo.—No puedo, no puedo: Mis nervios padecen, Me siento morir.

D. Tim.—Pues ve con Juanito: El aire del campo

Te hará bien: Juanito,
 Llevadla al jardín.

D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor) Iremos.

D. Tim.— Despacio.

D. Juan.— (Aparte). ; El cielo me ampare!

Leo.—Adiós, padre amado.

D. Tim.—Adiós, serafín.

Leo.—Adiós, Don Carlitos.

D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir andando; aparte.)

Adio, cara. Aprieta, Al uso de Francia, Con mucho calor.

D. Juan.— (Aparte á Carlos.)
Si llora por Werter.

D. Carlos.—Si Werter ha muerto.

Aprieta, te digo.

D. Tim.—; Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

D. Tim.—; Ha visto usted en su vida, Una joven más sensible? Vava, vava, no es posible; Es muy tierna mi Leonor. D. Carlos.—; Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza:
; No respira, qué pureza!
!No son sus ojos, qué amor!
¿ Usted no ha estado en París?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portento...
Oh, la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoista;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
Todo es amor en París!
Cómo se infalma el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.

D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río, ¿Amores yo, y á mi edad?

D. Carlos.—Pues es la pura verdad.

D. Tim.—¿Cierto?

i). Carlos.— Palabra de honor.

D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas.....

D. Carlos.—; Bueno! valiente friolera! Esas las quita cualquiera... Aun aquí que es buen decir.

D. Tim.—¿Y mis arrugas?

D. Carlos.— También. Las quitan allí al momento.

D. Tim.—Será por encantamiento.

D. Carlos.—No, señor.

D. Tim.— Quiero reir...

¿Con que es decir que en París Entra un achacoso anciano Y sale un mozo lozano

Lleno de gracia?

D. Carlos.— Cabal.

D. Tim.—Pues, amigo, digo á usted, Que ha llegado á mucho el arte.

D. Carlos.—No hay en el cuerpo una parte Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?....
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.

D. Tim.—; Y las rugas?

i). Carlos.— Un licor Hace rejuvenecer.

D. Tim.—; Hay qué gozo!; qué placer!
. Pues, señor, me voy allá.

D. Carlos.—; Bravo! un hombre como us-

Que tiere tanto dinero, L., Es un tonto, un majadero, Si no hace un viaje.

D. Tim.— Es verdad; Pero á la mar tengo miedo.

D. Carlos.—; Tontera! ¿Ve usted aqui Cómo ando yo? pues allí Hay mayor seguridad.

(Ojalá caiga este tonto, A ver si me voy con él Y hago un brillante papel). 1). Tim.—Me voy animando á ir.

1). Carlos.—Bien hecho, amigo, bien hecho;

Pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida, Vov à charlar y mentir.) Verà usted, Don Timoteo, Qué calles tan espaciosas, Todos los pisos de losas

D. Tim.—; Cuánto primor!

D. Carlos.—Hay algunas que tendrán Cuatro leguas.

D. Tim.—; Qué! ¿las losas?

D. Carlos.—No, las calles.; Y qué hermo-

En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial:
Teatros hay en que sin duda

Podrán caber dos millones.

D. Tim.—; Santo Dios! y qué pulmones De los cómicos!

D. Carlos.— No tal, Que cualquiera voz se escucha Por todos perfectamente.

D. Tim.—¿Y cómo?

D. Carlos.— Muy fácilmente, Por medio de un tornavoz. D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos Será preciso un anteojo?

D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo Ve sin él.

D. Tim.—; Válgame Dios!

D. Carlos.—Hay ciertos espejos...

Puestos de cierta manera,

Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicación:

Todo es por máquina, todo.

D. Tim.—; Qué malditos extranjeros! Si creyera en hechiceros, Dijera que ellos lo son.

D. Carlos.— (Aparte.)

A fe mía no encontraba

Cómo salir del apuro.

(Alto.)

Amigo, yo os aseguro Que hay muchísimo que ver: Allí dinero es el todo: Lleve usted el suyo allá, Y le digo que tendrá Una vida de placer.

D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito Nada de esto me contaba.

D. Carlos.— (Aparte.)
; Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!

D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto, Me vov á Francia, me voy.

D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

D. Tim.—Si usted también ha de ir. -D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted Un "cicerone." Un guía. D. Tim. ¿Qué? D. Carlos.-D. Tim.—; Ay, qué gusto!; qué alegría!

1 Rabiando estoy por marchar. (Aparte.) D. Carlos.— Ya cayó en la ratonera. D. Tim.—; Oh! muy presto nos iremos. D. Carlos.—¿Y cuándo? Ya, ya veremos, D. Tim.— Yo podré necesitar Para arreglar mis asuntos... Oh! muy poco, muy poquito.... Veinte años. (Aparte.) D. Carlos.-¡Viejo maldito ¡Si los pensará vivir! D. Tim.—Si; para este tiempo creo Que estaré desocupado. D. Carlos.-(Aparte.) Pues, señor, bien he quedado Después de tanto mentir. (Se oye cantar dentro á Mariquita.) D. Tim.—Ya viene alli Mariquita: > ¿Oye usted? siempre cantando, Nunca la he visto llorando; Tiene un bello corazón. Dejo á usted quien le acompañe,

Yo me voy con D. Antonio.

Calderón.-29

(Se va.)

D. Carles.—"Bien, tres bien."; Anda a! (demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno;
He aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON GARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos, y va derecha á un tocador que habrá al frente, á componerse el peinado.)

María.—Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
Oh! yo tengo cierta sal...
Una cara angelical:
Y quién me resiste, quién?
"Sí, Mariquita es muy bella."
Dirán muchos elegantes
"Parece luciente estrella,
Que! si no hay otra camo ella."
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus norpbres á la memoria....
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda como avergonzada.)

Ay, Dios!

D. Carlos.—

Una plaza que obtener

En esa tan larga historia?

María.—; Ah!; que estaba usted aquí?

D. Carlos.—Contemplando esa hermosura

María.—; Y me ha escuchado usted?

D. Carlos.— Sí Mas no tema usted de mí,

Encantadora criatura.

María.—; Oh! yc hablaba necedades:

Cosas que en verdad no siento.

D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.> María.—No, D. Carlos, vaciedades,

De que después me arrepiento.

D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,
Por mi propio corazón,
Que no puedo adivinar
Cómo es posible encontrar
Tal gracia en esta nación.
Casi, casi voy amando
A este mísero país:

A este mísero país: Estoy á usted contemplando. Y en ese rostro mirando

∠ Un destello de París. Dejadme, ninfa del Sena, Contemplar tanta beldad, Esa frente tan serena. Que brilla cual luna llena De apacible claridad. "Radiante," encantadora, De gracia v beldad modelo, ¿Quién te mira y no te adora? L'Eres Venus, c eres Flora; O más bien ángel del cielo? María.—Soy sólo una mexicana. D. Carlos.—; Imposible! ; No es verdad! Eres francesa, italiana, O siguiera de la Habana; Pero no de esta ciudad. Maria.—Pues... D. Carlos.— No me hables castellano. Destruyendo la ilusión; Ese rostro soberano No puede ser mexicano, Lo dice mi corazón. María.— (Enfadada.) Buen modo de enamorar, ¡Despreciar mi patria así! D. Carlos.— (Sumiso.) Dignese usted perdonar; Es tan difícil hallar Una cosa buena aquí! María.—Pues abierto está el camino, ¡Qué pesado v qué tenaz! Llene usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;
Déjenos usted en paz;
Si usted no está bien hallado
En el suelo en que nació,
Vaya usted al otro lado,
Que un galán almibarado,
No es mucha pérdida, no.
¿Conque quiere usted decir
Que aquí no hay una hermosura?
¿Y esto se puede sufrir?

D. Carlos.-Mas dignese usted oir...

María.—; Pues alabo la finura!

Y allá aprendió usted á ser Tan galán? (Ríe) risa me da.

D. Carlos.—
¡Oh!¡qué maldita mujer!
Todo se ha echado á perder;
Mas todo se compondrá.
Vamos, vamos, señorita, (Alto.)
He cometido un error;
Mas una joven bonita
Perdona; sí, Mariquita,
Calme usted ese furor.
¿Con quién comprar es dado
Esa gracia, esa belleza,
Ese pie tan delicado.
Ese talle torneado,
Esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreirse, arrimándose al espejo.)

María.—; Oh! pues hoy estoy muy mal, Lo juro á fe de María.

(Animado) D. Carlos.— Està usted... angelical, Adorable amiga mia (En el espejo.) María.— Mas ¿no ve usted? esta flor Está muy mal, ¡qué desgrac.a! D. Carlos.-Mariquita, es un error : Si la prendiera el amor. No tuviera tanta gracia. Y ese rizo tan hermoso!.... María. El rizo está pasadero... D. Carlos ; Oh muy bello, muy gració Todo, todo es delicioso. Maria —El maldito zapatero Nunca me sabe calzar: (Mostrando los pies) Aqui caben mis dos pies: S. casi no puedo andar, Oh! v usted se va a admirar. El zapatero es francés! D Carlos , Vava hermosa Mariquita. No recuerde usted mi error. Que el corazón me palpita; Esa boca tan bonita Hable sólo del amor María Pero si no sev francesa. D Carlos. Pero es usted mexicana. Maria.—Es decir, tonta D Carlos Travies: Si va digo que me pesa!

Es usted muy inhumana.

María.— (Al espejo.) Oh, qué traje tan mal hecho! Me hace désalfadó el talle.

D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho, Palpitará más de un pecho Al ver su elegancia.

María.— : Calle! ¿Con que más allá del mar, Según lo que estoy oyendo, Aprendió usted á adular?

D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar Prodigio tan estupendo; ¿Cree usted que es adulación? Consulte usted á su espejo, Verá que tengo razón: Sólo por moderación Otras alabanzas dejo. Vaya, brillante hermosura, Pues hemos hecho la paz, Colme usted ya mi ventura, Oiga de esa boca pura Un "sí."

¡Y es usted tenaz! María.—

D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea, Cuando su rostro he mirado? ¡Ojalá fuera usted fea!

María.—; Gracias! ¿habrá quien lo crea?

D. Carlos.—Yo estuviera sosegado, Pero su rostro divino,

Esos ojos brilladores, (Tomándole una mano.)

¡Ay! este cutis tan fino

402
Han fijado mi destino, Y muriendo estoy de amores.
(Postrándose.)
Míreme usted á sus pies,
Alivie usted mi dolor.
María. (Riendo.
¡Bravo! ; gracioso francés!
¿A una mexicana?
D. Carlos.— Es
El ídolo de mi amor;
Deme usted por Dios el "sí,"
O de pena moriré:
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.
María.—Amigo lo pensaré.
D. Carlos.—; Oh, qué respuesta tan fría
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazón doliente.
María.—Pero si no puede ser,
-
Si está la plaza ocupada.
D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:
: Me verá usted padecer
Sin piedad? joven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.
María.—No.
D. Carlos.— Pues el octavo.
María.— No.

D. Carlos.—; Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

María.— (Queriéndose levantar) ¿No me quiere usted dejar? Clara.— (Dentro.)

Blasa.

D. Carlos.— Perdí la ocasión;
Pero mientras vuelvo á hallar,
Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazón.

(Quita á María un anillo de brillantes del dedo.)

ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:
¿Sabe usted algo de nuevo?
¿Qué noticas corren hoy?
¿Se ha ocupado el ministerio? >
¿Esa "pauta de comisos"
Se aprobó ya?

D. Carlos.— Nunca leo 7
Periódicos mexicanos.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria: venturosos
Fueran entonces los pueblos!
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancia en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustración.

Calderón -- 80

D. Carlos.— Por supuesto.
Clara.—Pensaba yo redactar
Un periódico.

Descripciones : Muy bueno!

Y el artículo de modas

Descripciones : Prometo

Desempeñarlo prometo. Clara.—¿ Qué modas, amigo mío? Si justamente pretendo Criticar eso: si rabio De ver nuestros diarios llenos De vaciedades: ocupan Una columnita, ó menos, En el asunto importante, Y lo demás en dicterios, En insultos insufribles, En avisos, y algún verso Tan helado como inútil. No, señor, no es ese el medio De ilustrar á los mortales: Si copian, copien al menos A Juan, Jacobo, á Segur, A Vattel, á algunos de estos Cuyas magnificas plumas Han escrito tanto bueno. Esto sirviera de mucho, O proponer al congreso Alguna ley importante, O hablar algo sobre fueros, O los códigos antiguos Arreglar, como el "Digesto." D. Carlos.—Me indigesta esa palabra. Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,

Es un cuerpo muy antiguo. D. Carlos.—Que lo l'even al Museo. Clara.—"Sed fugit interea, fugit" "Irreparabile tempo." D. Carlos.—; Bravo! ; bravo! Doña Clara (Conteniendo la risa) ¿ Parla usted latín? Clara.-Lo leo Regularmente, y me agradan Los clásicos. ¡Qué momentos Paso leyendo á Virgilio, A Cicerón, al modelo De la elocuencia romana! Vea usted qué trozo tan bello: "Quosque tandem abutere, Catilina,".... D. Carlos.— (Aparte, riendo.) ¡Yo reviento! Clara.—Patientia nostra?" D. Carlos.— (Con ironía.) ¡Qué hermoso! Clara.—Diga usted ¿en los modernos Habrá una cosa tan grande?... Mas nada como aquel verso De Ovidio: "Cum subscit illius"... Vaya, vaya, me enageno. D. Carlos.—Usted, hermosa Clarita, Puede ocupar un asiento En la cámara. Clara.— Mil gracias;

Algo hiciera de provecho:

No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto Yo no se por que injusticia /Se ha quitade a nuestro sexo Un der no tan sagrado Como legislar Yo eroo Que lo hiciéramos mejor Que lo hiciéramos mejor Que nuchos hombres; y luego No encuentro razón alguna Para no tener empleos En otros ramos.

D. Car'os — ; Bien dicho ! C'ara Como si sólo el talento Fuera exclusivo en el hombre.

D Carlos.—Lo que es falso, perque vemo En usted, que bien podía \Ocupar un ministerio

Cara — Yo no lo digo por mi.... Soy aficionada, cierto, Pero nada más.

C. Car'os Caramba! Si estoy "enchanté!"

María.— María, que se ha estado viend al espejo, entra en conversacion.) Yo pienso

En mis f'ores, en mis trajes. Y estoy contenta con eso. Yo no he de estar más bonita L'orque mande Juan ó Pedro. Lodo es la mismo.

C'ara — ¿Lo mismo? ¡Jesús! ;que poco talento! No digas eso, Maria; ¿Qué no sientes en tu pecho El amor patrio? "Amor patriae" Como dijo.... no me acuerdo Quién lo dijo.

D. Carlos.— Pero alguno Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim—(Con un periódico en la mano.)

W. Albricias, hijas, albricias!

En esta noche tenemos

Comedia nueva.

D. Carlos.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.— ¿O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Carlos.—¿Es un Vodevil?

D. Tim.— Tampoco:
No, señor, no es nada de eso:
Es obra de un mexicano.

D. Carlos.—Puff...; Qué peste!

D. Ant.— (A D. Carlos.)
¿Qué tenemos,

Que hace usted tan mala cara?

D. Carlos.—; Por un mexicano? cierto Que será un mamarrachón.

D. Ant.—; Por qué ha de ser, caballero? ; Un mexicano no es hombre Capaz de escribir en verso Como cualquiera?

D. Carlos. ; Oh! les falta Todavía mucho tiempo Para saber discurrir.

D. Ant.—Gracias, por el cumplimiento.

¿Y usted qué es?

- D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia Soy mexicano, y lo siento, Vergiienza me da decirlo, Porque todo en este suelo Está atrasado.
- D. Ant.— Sin duda:
 Y la mejor prueba de eso
 Es que sufrimos, Don Carlos,
 Muchos tontos, que debemos
 Arrojar por los balcones.

D. Carlos.—Hay muchos.

D. Ant.— Si; por ejemplo Usted.

D. Carlos.—; Cómol poco á poco: Explíquese usted.

D. Ant.— Pues creo Que hablo bien claro.

- D. Carlos ; Caramba! ¿Sabe usted que no me dejo Insultar? Yo "ciño espada Y aliento coraje."
- D. Ant.—; Bueno!

D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.

D Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso? Dejen ustedes por hoy Las cuestiones.

D. Ant.— Si no puedo Reprimirme; no es posible. Que hable mal un extranjero De algún país, es muy malo, Pero, señor, á lo menos Si á la política falta, No falta al deber más bello De un hombre, que es procurar La fama, el nombre, el concepto De su patria: yo me voy.

D. Tim.—No, señor.

Clara.— María.—

D. Tim.—

No. Dejemos

Estas cosas, Don Antonio.

Clara.—Si, yo también se lo ruego A usted, y después acaso Tratarán ustedes eso Con calma.

D. Carlos.— Sí, sí, con calma, "Parole d'honeur," lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, NON JUAN, LEONOR.

D. Juan.— (Aparte.) ¡Vaya! que por fin respiro.

D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya? Leonorcita, ¿cómo va?

Leo.—Me siento mucho mejor. .

D. Tim.—Si digo que hace bien El aire libre.

D. Carlos.— Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor,
El semblante está más bello,
Más vivo, más despejado.

D. Ant.— (A Leorior.); Oh! con que usted se ha enfermado, ¿Y de qué?

Leo.— Del corazón.

María.—Nunca padezco ese mal: Cuando más de la cabeza.

D. Carlos.—Es verdad: no, de tristeza No morirá usted.

María.— • Burlón.

D. Ant.—(A Clara que se ha ido á sentar á leer.)

¿Y usted, qué lee, Doña Clara?

Clara.—Una sesión importante.

D. Ant.—Muy bien, muy bien: adelante, Yo no quiero interrumpir.

(Pues todos en esta casa Debieran ponerse en cura. Cada uno con su locura, Me da gana de reir.)

Leo.— (A D. Juan.) Amigo, ¿ está usted cansado?

D. Juan.—Un pequito, amiga mía.

Leo.—; Tiene usted melancolía? Es usted de poco hablar.

D. Juan.—Sí. Leonor, yo soy así,

Casi siempre estoy callado;
Si hablo mucho, creo que enfado.
Leo.—; Oh! no.

D. Juan.— Más vale callar.

D. Tim.—(Aparte á Don Antonio.)
¿Y qué, no le da á usted gusto
Contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien; en ello
Tengo gran, satisfacción;
Es mi véjez venturosa:
Tres hijas, á cual más bella:
¡Si cada una es una estrella!

D. Ant.— (Con ironía.) Tiene usted mucha razón.

D. Tim.— (A Leonor.) ¿En qué piensas, hija mía?

Leo.— (Después de un rato.)
¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada:
Tengo la vista clavada
Sin mirar.

D. Tim.— (A Don Antonio.)

Esto ha de ser,

Según la experiencia mía,

Que los dos están celosos.

Pronto serán venturosos.

(A ellos.)

Vamos, hijos....

ESCENA XI

Dichos, Da. SERAPIA.

Da. Ser.— A comer;	
Ya la sopa está en la mesa.	•
D. Carlos.—; Pues que viva la ale	gría
Da. Ser.— (A D. Ant	
Pasará usted un mal día.	•
D. Ant.—Pero con satisfacción.	
Da. Ser.—; Eso siempre! Me par-	ece
Que estory en mis tiempos ah	
D. Carlos.—; Viva la buena señora	_
D. Tim.—Vamos, como procesión,	
Usted, señor Don Antonio,	1
Dé á mi Clarita la mano:	
(A Lec	mor.)
Tú á Don Juan;—si yo me	•
Por darte el mejor lugar.	
Usted, señor Don Carlitos,	•
A mi preciosa María:	
(A Doña Serapi	ia.)
Y yo á tí, paloma niía,	,
Hoy te debo cortejar.	
(Todos se van dando á sus compa	iñeras el
brazo, como lo indica el diál	ogo.)
brazo, como lo indica el diál Da. Ser.— (A D. Tin	ioteo.)
¿Te acuerdas de los piecitos:	•
· ·	endo.)
Bien me acuerdo: estás herme	osa;

Si pareces una rosa
Da. Ser.—Y tú un lirio, picarón.
D. Carlos.—"Andiamo, andiamo."
D. Tim.—
D. Carlos.—

No me gusta el Don Antonio,
Tiene cara de demonio!

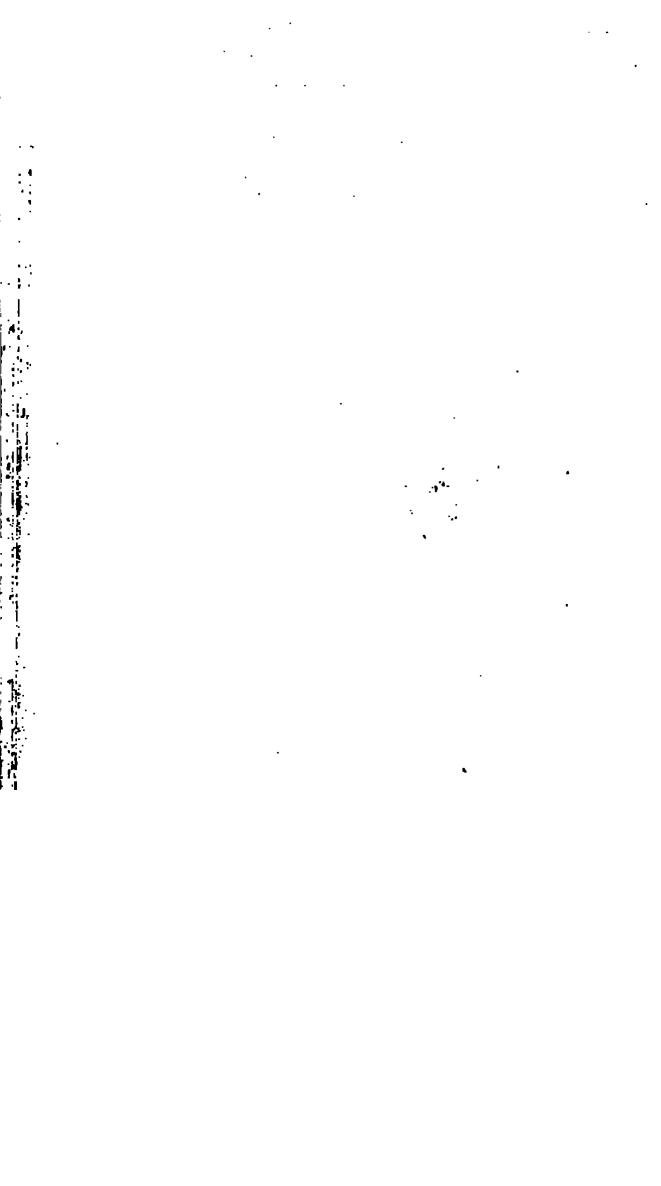
Todos.—

(Haciendo carabana.)

Vamos.

D. Carlos.— Vamos, "sans facon!"







ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca vi
Un convite más gracioso:
Cierto que ha estado chistoso:
Oh, qué hien me diverti!
Cada loco con su tema:
Con sus chuscadas Maria:
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
Mas la heroina de amor?
Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento:
—, Toma usted de esto, Leonor?
—No, Carlitos, me hace mal
—¿ Pues de esto otro?—Nada, nada;

Está mi alma circundada De una tristeza mortal. Haciéndose desdeñosa, Y tal vez en la cocina Se ha soplado una gallina. Pero nadie más graciosa Que la vieja. ¡Qué tontera! / ¡Qué barbarie! Qué idiotismo! Si no la oyera yo mismo, Juro que no lo creyera. Y Juanito? Hecho un patan; Por nada pierde su calma: ¡Ay qué Juan, si tiene una alma, Una alma, como de Juan! En fin, he pasado un día, Si no bello, como en Francia, Comiendo con abundancia, Y charlando con María. Bella Mariquita, yo Para adorarte nací; Y me quedaré sin tí, (Viendo el anillo.)

Mas sin la sortija, no.
¡Oh prenda del amor mío!
En prueba de mi respeto,
Guardarte bien te prometo...

Mañana en el Monte-Pío.
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

DON GARLOS, DON JUAN, que ha entrado algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.

- D. Juan.—Pues estará agradecida Si te escucha, tu querida: ¡Bravo Carlitos! ¡Muy bien! Aprecias mucho el valor De las prendas que te dan.
- D. Carlos.—Yo sé aprovecharme, Juan.,

 De los dones del amor;

 Y te aseguro á fe mía,

 Que si así no hubiera sido,

 Con tantas que he recibido,

 Pareciera mercería.
- D. Juan.—¿Y no se puede saber El objeto de tu amor?
- D. Carlos.—; Es una perla, una flor!
 ¡La más hermosa mujer!
 Cierto que es un poco dura,
 Algo altiva y desdeñosa;
 Pero, vaya, es una rosa.
 La reina de la hermosura.
- D. Juan.—; Pero es mexicana?
- D. Carlos.— Si: ¿Pules qué pensabas que fuera?
- D. Juan.—Juzgué que alguna extranjera, Pues nada te gusta aquí.
- D. Carlos.-Nada me gusta, es verdal,

A excepción de las hermosas. Los diamantes y otras cosas.

D. Juan.—Tú tienes mucha bondad. ¿Pero el nombre de tu bella Cual es, per fin?

D. Carlos.— Mariquita:
Ay! mi corazón palpita
Al nombrada.

D. Juan. Con que es ella?
Y estás muy adelantado?

D. Carlos. No: no mucho ciertamente Porque apenas soy suplente. Pues la lista se ha llenado. Siete propietarios son.

D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?
 D. Carlos —No es facil adivinar.

D. Juan. Ay, qué grande corazón!

D Carlos.—Un corazón de oficina. Donde hay muchos pretendientes. Y cesantes, y suplentes; Vaya una cosa divina! Pero tú, por fin, Juanito, ¿Elegirás á Leonor? Tiene un nostro encantador: Tiene un cuerpo muy bonito. Vamos, dimelo, maldito, No he visto hombre más taimado! Bres, Juan, muy reservado; Mas no lo seas conmigo, Sov tu verdadero amigo, Y estoy por ti interesado. Vamos, di con claridad. A cual de las tres prefieres?

- D. Juan.—A ninguna.
- D. Carlos.—; Cómo! ¿Quieres
 Ocultarme la verdad?
- D. Juan.—Hablo con sinceridad.
- D. Carlos.—¿ De veras? pues son hermosas Y ricas.
- D. Juan.— Estas dos cosas, Carlos, no son suficientes.
- D. Carlos.—; Qué malditos pretendientes! ¿Qué buscan en sus esposas? Clara es buena.
- D. Juan.— Tiene gracia,
 Y un corazón excelente;
 Pero si está eternamente
 Hablando de diplomacia!
- D. Carlos.—; Con que aquesta es su des-(gracia?
- D. Juan.—Sí, Carlos, en mi opinión;
 Habla-de legislación,
 De hacienda, de policía.
 Ocuparse todo el día,
 De Ovido y de Cicerón,
 Solamente por pasar
 Por erudita; y en fin,
 Disparates en latín
 A todas horas hablar:
 No se puede tolerar,
- Amigo, en una mujer.

 D. Carlos.—; Con que no puede tener
 Una joven instrucción?
- D. Juan.—Sí; pero no esa hinchazón Que lo echa todo á perder.

D. Carlos. ; Muy bien! mas de Marique La hermosura....

Es una flor, D. Juan. -One el vientecillo menor La destruye o la marchita; No basta, no, ser bonita, Ser graciosa y elegante, Para tener un amante Y fijar su corazon; Es preciso discreción, Y no ser tan inconstante. La que sólo piensa hacer Diariamente una conquista, Para tener en su lista Un nombre más que poner; La que no sabe querer, Y pretende ser querida, Pront será conocida. Y obtendrà en lugar de amor, Desprécie, siendo el dolor Patrimonio de su vida: lunque sea tan hermosa Como el estrellado ciclo. Un acabado modelo De las gracias, una diosa, Yo no quiero para esposa Una mujer inconstante. La que no tiene un amante, omo state y un suplente. . Quien auda que de repente Deje al marido cesante? D. Carlos -; Bravo mas si no te agrad Por su inconstancia María, La dulce melancolía De Leongr...

Siempre se encuentra ocupada En l'orar.

Es un ente de dolor Que se alimenta con l'anto.

Fuera sin duda mejor.

¿De qué me sirve tener

Una tan llorona esposa,

Que no piensa en otra cosa

Que en suspirar y en leer?

No, Carlos, yo quiero ver

En mi amable compañera,

La sonrisa placentera,

La dulce sinceridad

Y una sensibilidad

Moderada y verdadera.

Difícil de contentar

Eres, Juan: mas no es aquella

Leonor? sí, mira qué bella;

(Tomando su sombrero)

Solos os voy á dejar.

No, no; tengo que acabar
Cierto negocio, y así
Con ella te dejo aquí.

). Carlos.—Eres, Juan, hombre muy frío.

). Juan.-Tú eres fuego, amigo mío

Enamórala por mí. Hasta luego.

(Se va.)

ESCENA III

DON GARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera Al verlo así, pensar que de la Europa / Acaba de llegar? nada aprovecha A ciertas gentes el viajar: en vano Gastan en ver el mundo sus pesetas; Van como en un baul, vuelven lo mismo; Siempre lo mismo, cuando no más bestias; Pero... llega Leonor: jamás he visto Más llorona hermosura: no, con esta Es preciso tomar otro semblante Oue con la Mariquita: ¡vamos, ea! Dejemos un momento la alegría; Ya soy otro hombre: la mirada inquieta, Semblante melancólico, lenguaje Lieno unas veces de calor y fuerza; Otras dulce, extraviado, misterioso; Un romántico, en fin, á la moderna, Un héroe de Dumas, o Victor Hugo, Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega Póngome en actitud de quien medita. (Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

D. Carlos.—; Pues no repara en mí!; cómo (se entrega

A la ternura!! Si del mismo modo Que se ocupa en romances y novelas, Se ocupara en leer libros devotos, Fuera santa Leonor, hecha y derecha! Llamaré su atención con un suspiro.

(Suspira.)

Otro más suerte. (Vuelve á suspirar).

Nada, ni por esas. (Alto).

: Infelice de mí!

Leo.— (Dejando de leer.)
¡Qué voz! Carlitos,

¿Estaba usted aquí?

D. Carlos.— Sí, Leonor bella; Pero no he visto á usted.

Leo.— Ni yo tampoco.
Ocupada en mirar las cartas tiernas
De la sensible Julia, me encontraba
Muy lejos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux, expresa su pasión terrible.
¿ Mas qué milagro es éste? ¿ La tristeza

Aflije û usted, Carlitos? D. Carlos Si, señora; Si, Leonor adorable; mi alma llena De amargura.... ¿Amargura? es muy extrano En usted ese humor D. Carlos Los hombres piensan Que otro es feliz cuando en su labio asomi La risa: ¡cuil se engañan! si pudieran Descubrir los horrores, los martirios. Los atroces tormentos que se encuentran Bajo un rostro festivo! ¡Desgraciado! Leo.— Con que padece usted? D. Carlos.— Horribles penas, Que procuro ocultar bajo el semblante De la felicidad. ¿ Podré saberlas? L€0.---D. Carlos - No, no; jamás! conmigo á mi (sepulcent Bajarà mi secreto: ; alli me espera La dulce paz, asilo silencioso! Unico asilo que mi pecho anhela! a 1, 2, 4, & Cuando por fin, bajo tu helada losa Lograre reposar! : Tristes ideas! Leo.— Comuniqueme usted sus infortunios: No ha conocido usted cuánto consuela Confiar nuestros males á un amigo? D. Carlos.—; Mujer encantadora 1 e1 alma De usted va á conmoverse y. . ¿mas que (digo)

Me arrojará tal vez de su presencia, Cuando el velo se rompa que me cubre. Me odiará usted.

Leo.— ¿Por qué? aun cuando fuera E! secreto de usted un negro crimen, No le odiaré.

D. Carlos.— Pues bien, amiga bella, Fscuche usted mi desgraciada historia; Penetre usted los males que me cercan.

En el asilo paterno Pasaba alegre la vida. ¡No respiraba ¡qué gozo! No probaba ¡qué delicia! Ilusiones pasajeras Que duran tan pocos días.

Leo.—Es verdad, vea usted en Julia...

D. Carlos.—¿ Julia, ó "La Nueva Eloisa?"

Leo.—Sí, señor; ¡ la desdichada

Unicemento veío

Unicamente veía En lo futuro placeres! Mas prosiga usted.

D. Carlos.—
¡ Por qué no serán eternos
De nuestra infancia tranquila
Los instantes? Pero viene
La juventud, Leonor mía,
Y con ella los tormentos
Del amor; á nuestra vista
Se presenta este tirano
Como un niño, cuya risa
Nos engaña fácilmente;
Pero después su perfidia

C nocemos, es ya tarde, Nuestra calma está perdida! Leo : Perdida, si, sin remedio! D. Carlos.—Nunca olvidare aquel dia.

Ln que vi por vez primera Una hermosura divzna, Un angel en el semblante. Pero que ocultaba impia Un corazón inhumano. Fué... si, fué en las Tullerías. Perdi mi alma al miarla, Y mi penotrante vista Descubrió al fin su morada: Me eche á sus pies, y creia Ser ya dichoso: ; inhumana! Correspondió á mis caricias Con palabras engañosas: Si, mi Carlitos, decía, : Cómo no amar á un Adonis l (l'ues todas, Leonor querida, Me llamaban ası en Francia.) Oh mujer, mujer inicua! Mientras á mí me engañaba, Supe que correspondía A otro, y para más vergilenza, Para mayor ignommia, Era mi rival un viejo Setention, que no tenia Esta pierna, ni este talle, Ni este corazón, querida: Este corazón amante Lleno de honor: la barriga

De nu rival era inmensa,
Eran sus piernas torcidas,
Apagado el ojo izquierdo:
Nariz muy larga y raida:
Usaba siempre peluca,
Pues ni un cabello tenia.
Y lo que es mas, ¡oh tormento!
¡Oh colmo de la ignominia!
Era un clásico.

L'na fuerza desmedida:

L'na fuerza desmedida:

L'na fuerza desmedida:

El exceso de coraje

Me perdió al fin, y una herida

En el brazo, de la espada

Recibi.

Carlos.—Desesperado, resuelvo
Abandonar á la harpía
Que fué causa de mis males,
Y pasar siempre mi vida
Engañando á las mujeres.
Enamoré á una modista.
Luego á una vieja marquesa,
Después a una badarin...
—, Qué inconstancia!

D. Carlos.— Si, Leonor,
Imaginé que podía
Vivir sin amar, ¡en vano!
Que los cielos me destinan
Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
Mi corazón conocia!
Una beldad, una copia
Del cielo... ved cuál palpita
Mi corazón: no, do puedo
Vivir en esta agonia;
Yo me abraso.

Leo.— ¡Desdichado!
D. Carlos.—Pronto acabará mi vida:
Pronto á la tumba bajando,
Terminarán mis desdichas.

Leo.—¿Pero quién es el objeto

De vuestro amor? ¿Quién agita

De ese modo vuestro pecho?

Decidselo á vuestra amiga.

D. Carlos.- Amiga, amiga! oh torm

¡Palabra fatal! ¡impia!!
¡Amiga? no. Para siempre
Adiós, Leonor! Compasiva
Derrame usted una gota
De llanto en mi tumba fria.

Leo.—¿ Pero no sabré?

D. Carlos.— Señora,
Señora, no más exija
Ustod que yo le descubra
Lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia

Por qué apurar? vo debia Haber huido por siempre De usted, fatal enemiga De mi reposo; este objeto Que idolatra el alma mía, Este fuego en que me abraso, Esta llama que me anima, Es usted, si, Leonor bella. Desde aquel funesto día En que vi esos ojos bellos, Esa boca purpurina, A que presta mas encanto Melancólica sonrisa. Huyó mi razón: en vano Ooultarlo á usted queria; Era imposible! al instante Que fijé en usted mi vista, Olvidé mis aventuras, Mi desafio, mi herida, La crueldad de aquella ingrata, La tienda de mi modista, Los dones de mi marquesa, Los pies de mi bailarina: Todo, todo lo he olvidado, Oucriendo bajo la risa Ocultar lo que padezco; Pero en vano... siempre fija Aqui esa imagen preciosa.... Leo.—: Carlos!

P. Carlos.— En mi fantasía Está usted en todas partes: En las calles, en la Viga, La Alameda, Bucareli, En el portal; hasta en misa, Me parece que estoy viendo Esa mirada divina, "Toupours l toujours!"

Leo.— Pero, Carlos...

Usted sin duda delira:

/ Yo pensé que usted amaba

A mi hermana.

D. Carlos.— ¿A Mariquita?

No, Leonor! es muy ligera,
Es un "papillon" Maria,
Esto es, una mariposa;
Mi corazón necesita
Sensaciones más projundas.

Leo. Pero como usted decia

Hace poco, que dos meses

Era constancia inaudita: "Como del

Des meses?; ay! una vida
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar à usted: amiga,
Denie usted, deme su mano;
No siente usted cômo brinca
Este corazón?

Leo.— . Es cierto.

D. Carlos.— (Arrodillándo)
Una palabra la vida
Me dará, mi blen amada:
"Ma bien aimée, dona mia"...
En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran?

Serás mi Julia, mi Clara, Mi Pamela, mi Malvina, Mi Andromaca, mi Zoraida, Mi Adelaide, mi Etelvina; Y vo seré tu Abelardo, Tu Polión, tu Oscar, seria Hasta trovador sin duda, Si me amaras, atanta dicha No gozaré?

Leo. No, no, Carlos:

Amo à Juanito.

D. Carlos.— (Levantand se despechado) ; Ah! maldita

Maldita mi vada sea!

I co.—Cálmese usted.

D. Carlos.— Decidida
Está, mi suerter un momento
De valor se necesita
Nada más... Adiós, señora,
(Yéndose)

Adiós; viva usted tranquela.

Leo.— (Deteniéndole.)

Olga usted (se va à matar

Como Werter), de rodillas.

Suplico a usted que no afente -

Contra sus precioses días

1). Carlos. — Le antate, angel del felo!

¿Tú postrada; lú abatida!

A mis plantas? no; tú mandas.

Haré cuanto tu me pidas;

Hasta el sacrificio inmenso

De vivir; pero à otres climas

Marcharé, Leonor, y sólo Por consolarme querria Llevar conmigo una prenda, "Un souvenir."

Leo.— ; Alma fina!
¡Cuánto engaña la apariencia!
¡Qué mal yo le conocía!
Si, Carlitos, es muy justo:
Tal vez esta despedida
Será eterna: daré á usted
Alguna flor, una cintá,
Algún rizo de mi pelo.

D. Carlos.— (Quitándole un anilo)
Es mejor esta sortija,
Que llevándola en mi dedo
La tendré siempre á la vista,
Si, Leonor, hasta la tumba!
Me acompañará. (Mirando el anillo)
(¡Qué rica!)

Partiré, si, estoy resuelto,

Dentro de muy pocos dias....

(Ruido dentro.)

Pero qué voces? se acercan Los demás de la familia: Es fuerza tranquilizarme; Vuelvo pronto. Adiós, amiga. (No es un comercio tan majo, Dar suspiros por sortijas).

ESCENA V

L.EONOR

Pobre muchacho, me da Su tormento compasión: Mi sensible corazón Se iba conmoviendo ya; Pero es fuerza ser constante: ¿Qué se dijera de mí Si cambiar pudiese asi De objetos en un instante? Se contenta el pobrecillo, Ya que no tiene mi amor, Oon engañar su dolor, Llevando sólo un anillo: Haga el cielo venturoso 11 Su corazón, entre tanto: Por él yertéré algún llanto; Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

También debe la mujer
La politica entender,
Y las cuestiones del día:

Por qué tan solo el varón
A esto se ha de dedicar?
Yo puedo muy bien entrar
En cualquiera discusión;
Gracias á Dios, he podedo
Los publicistas mejores
Entender, y no hay autores
Graves que no hava leido.
Horacro, el gran Cicerón,
Ovidio, Petrarca, Tasso.
Cervantes, y Garcilaso,
Mariana, Solis, Buifon,
Comedias de Moratín.
Burlamaqui, Pedraheri,
De Pradi, Humboldt, Filangien.

Maria.—Por Laos que ya pongas fin A esa lista interminable: Es preciso acaso leer Tantos libros, para ser Una joven apreciable? Tú con todos tus autores . Y No tendrás un solo amante: Yo le conquisto al instante Con mis rizos y mis flores: Por las estampas no más, El "No me olvides" compré: De mirarlas me cansé: No le he vuelto à ver jamás. Cantar, bailar y reir. Debe sólo la mujer: Esto se llama placer. Y lo demás es morir. Clara,-; Qué sistema tan fatal !

Pero ha de llegar un día, En que conozcas, María, Que has hecho en esto muy mas Pensarás con madurez En temendo cierta edad.

Maria. Goce de mi mocedad

Mientras llega la vejez:
Entonces podré pensar
En lo que tu me aconsejas,
O como otras muchas viejas.
Me ocuparé en mormurar.
Pero por hoy todavía
Sólo pietiso en el paseo,
Los barles, el coliseo

Leo.—; Cuán feliz eres, María! Nunca te he visto llorar, No conoces el dolor.

Maria. ; Por qué afligirme, Leonor? Leo --; Quién te pudiera imitar! Clara. -; Y tú que ganas con leer

Cosas que te afligen tanto? Leo.—Hallo en el dolor encanto,

Ilallo en el llanto placer. Clara.—A cual más incorregible; Predicar en vano fuera;

Una en extremo ligera, Otra en extremo sensible.

(Toma un libro)

Mi lectura seguiré

Oh, qué tesoro es la historia!

(Toma un libro)

Julia, vuelve à mi memoria

Calderón, -- 84

Maria.—(Toma un cuaderno que habra sobrá la mesa.)

Yo, las estampas veré
En este diario de modas:
¡Qué honito está este traje!...
Estos adornos de encaje
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII

Dichas, DON TIMOTEO, Da. SERAPIA, DON ANTONIO.

(Observándolas desde la puerta.)

D. Tim. - Todas
Leen; ; oh qué satisfacción!
Mirelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educación.

Da. Ser.—; Qué tal, si son de importancial Tiene razón de decir Carlitos, que pueden ir Al mismo París de Francia.

D. Tim.—; Muy bien, hijitas, muy bien' Excelente ocupación!

(A Don Antonio, aparte.)

D. Ant.— Tiene usted razón.
D. Tim. -Dios me las conserve.

Da. Ser.— ; Amén!

D. Ant.- ¿Pero dónde está Don Juan?

D. Tim.—¿Y Carlitos? Da. Ser.— ¿Qué, se fueron? Maria.—Hace poco que salieron: Pero pronto volverán. D. Tim.—; Es dichosa mi vejez! (A D. Antonio, aparte) ¿Quiere usted ver la instrucción De Clara? una discusión. . . . D. Ant.—Juguemos al ajedrez. D Tim.—Como usted guete. Da. Ser. — Alsaha Haber si sacudo el sueño Viendo jugar. D. Ant.— (A D. Timoteo.) El empeño No era malo.-Usted aqui. (Se sientan á jugar.) Maria.—; Oh, qué traje tan magnifico! Tiene un estilo romántico: Es precioso, elegantisimo, ¡Si tuviera vo uno igual! Cara.—; A quién no le causa lástima, Grecia, tu estado tristisimo! ¡Ya no eres hoy más que un páramo! Maria.—; Jesús, qué bonito schal! Clara.—; Dónde está tu furor bélico? ¿Dónde tus héroes fortisimos? Huyeron cual humo rápido, Al soplo del aquilón. Maria.— Esto si que está muy clásico; Estos moños son feisimos.

Pa. Ser. -Timoteo, ; cómo, cándido! laque al rev ; come el peón.

D. Tim. -Es verdad; soy un automata Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestriso

D. Ant.-No tal.

Cara.— Oh, pueblo magnamma Tu grandeza acabó ya, Tus hijos, cual siervos tunidos, Incl.nan la frente langue Bajo de un vugo despétic ¿Y Lecnidas donde esta.

En el sepulero.

Leo.-Mis lágrimas Corren!; oh joven bellisima! Pasaron como relampago Los placeres de tu amor. Contra el destino tiranico. Lucha en vano el hombre misero. La tumba es el puerto unico Donde se acaba el dolor: Bajo su losa benéfica Se goza un sueño pacifico: La muerte es el solo bálsamo Contra tanto padecer. Ven, muerte, tu aspecto pálido Llena mi pecho de júbilo: Adaos, contentos efimeros, Adiós, sueños de placer.

Clara Europa, Europa, levántate, Socerre a Grecia, apresúrate: En todo el mundo respétese La libertad y la ley. La negra sangre derrámese,

De guerra el estre udo horrisono Se aloe, y por do quiera escúchese El grito de....

D lim. Jaque al rey.

Clara —Si, si, que resuene el cámtico. De libertad.

Maria.— ¡ Qué diabólico Está este sombrero!

Leo.— Víctimas
Produce sólo el amor.
Eres un sueño fantastico,
Felicidad.

Clara — ; Tropos góticos De Europa, tocáis al término! María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON, CARLOS

D. Carlos.—Repito que no hay en México Ilustración; son muy bárbaros; Todo aqui es malo, malisimo, "Epouvantable;"; qué horror!

Maria.—Carlitos....
D. Carlos.— | Estoy frenético!

; Estoy rabiando d Rera!

Una mancha? (Santa Barbara)

Una mancha!

Leo.— ¿En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ; oh calles pési(mas!

En mi pantalòn finisimo
Cortado en París...; Qué pérdidal
Qué pérdida, ; santo Dios!

[Oh, mexicanos estòlidos!

Maria.—Pues es usted muy político:
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.

D. Carlos.—No se enhade usted, Maria; Voy à contar el suceso, Y verá usted si hay justicia Para quejarme.

Maria.— Acabemos.

D. Tim. -Jaque mate, amigo mio;
He ganado á usted el juego.

D. Ant.—Es verdad.

D. Tim. ; Hola! Serapia, Te has dormido al mejor mempo.

Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto Que te enrocaste.

D. Tim.— ; Muy buenol.
Pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.

Da. Ser.—¡Ah! ¿la. ganaste? me alegri ¿Aquí está usted. Don Carlitos? Dió usted la vuelta muy presto.

D. Carlos,—Si, señora, á pesar mio. María.—¿En qué quedamos del cuento? D Carlos.—No es cuento.

María.— Pues será historia D. Tim.— Historia? ¿de qué?

Da. Ser.— Mi asiento

Voy acercando; me gusta
Oir historias; me acuerdo
Que lei hace veinte años
Los "Doce Pares."; Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?

D. Tim.— Dejemos
Que nos refiera Carlitos
Esa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.

Leo.— Padre mío,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito De distracción.

Clara.— Ya no puedo Seguir leyendo esta historia Sin Horar: ¡míseros Griegos!

D. Tim.—; Pues vaya! fuera los libros, Y á Carlitos escuchemos,

Maria.— ¡Qué cachaza! Digalo usted, y acabemos, Que tengo mi genio vivo.

D. Carlos —Como yo, ni mas ni menos ; Semos un "couple" dichoso!

D. Tim.—; Un couple?

D. Carlos — Un par.

Maria.— Yo me quemo.
D. Carlos.—Pues, señor, sali de casa...

Maria.—Bien, eso va lo sabemos.

D. Carlos — Ya estoy: pero es necesario Un "petit" exordio:

María.— Bueno Siga usted, por Dios.

D. Carlos. — Salia
Ocupado en pensamientos
Muy importantes aqué cosa
Piensan que en aquel momento
Me ocupaba?

Leo. — Algún romance.

(Tara. -O la historia de los griegos.
Da Ser. — (+ la de los Doce Pares.

Pensaba en que la otra noche
Estuve en un baile, de estos
Que aqui llaman del gran tono,
Pues, de gran tono... por cierto
Que fueran en Francia nada...,
En Francia, que es un portento
En este ramo, no hay duda,
La Francia que es nada menos
La nación mas bailadora

Que existe en el universo; Pues si la Italia ha logrado Tener el lugar primero En talentos de garganta....

D Ant.—¡Ya escampa!

D Carlos.— El francés ligero, >
Es en el baile un prodigio.
¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
¡Qué elegancia en las posturas!
¡Qué gusto en los movimientos!

Maria.—Pero en fin, ¿en qué quedamos

De la historia?

D. Carlos.— No me acuerdo:
Como tengo tantas cosas
En mi cabeza, no puedo
Retenerlas todas: creo
Que hablaba á ustedes del baile
De la otra noche, ano es cierto?

Da. Ser.-Si, señor.

D. Carlos.— Pues como digo,
Ocupaba yo mi asiento
Junto á cierta marquesita
Que tendrá cuando menos,
Su medio siglo.

Da. Ser,— No es mucho. Clara.—Si tenía algún talento,

Si alguna instrucción, ¿qué importa Esa edad?

D. Carlos.— Pues yo prefiero
La juventud y las gracias
Perdone usted si la ofendo
Por no ser del mismo aviso

Calderón.-38

Maria.—Vaya, Carlitos, ya veo Que en tres dias no llegamos Al desenlace, "

D. Carlos.— 201 -Lleguemos. S'il vous plait".... Como lecia, Estaba yo muy contento Marando a mi marquesita, One sus descarnados huesos Ocultaba entre brillantes. Cuando de repente advierto Una agitación muy grande Y unos gritos descompuestos Que clamaban: La Mazuri. La Mazurca; v en efecto, Se bailo 'a tal Mazurca: Pero que Mazurca, ; cielos ! : Horrendo mazurquicidio! Ya no pude más, y lleno De rabia, dije, Señores, No es el barle verdadero De la Mazurca, el que ahora Ejecutáis. Ya sabemos, Me dijo un elegantillo, Oue has diferencias; mas presto La Igitima Mazurca Nos vendrá; pues al efecto Un comisionado ha ido A la Habana. Bueno, bueno! Le respondi, y al instante Me salı de al'i, riendo. Maria —, Pero quiere usted decirme Oné tiene que ver con eso

El lance de hoy?

D. Carlos.— Mariquita.

Espere usted un momento.

Que no soy "foudre."

D. Tim.— ¿Oué cosa?

D. Carlos.-Que no soy rayo.

D. Tim.— Comprendo,

Siga usted.

D. Carlos — Guando salia

Hoy de aqui, mi pensamiento

Estaba todo ocupado

De tan importante objeto.

Estaba todo ocuparlo De tan importante objeto. lba recordando el aire De la música, y en esto Scuti un empujón la rrib'e Por detrás : el rostro vuelvo, Y vi á un aguador maidito Que me dice muy grosero: Oultese, Don Alfeñiaue. No esporbe con sus meneos El camino à les que pasan. / Entonces de vabia llene! Quise castigarle, en vano; Porque de colera ciego, No vi la losa de un caño One estaba Boja, v cediendo Al peso, se hundió, llenaado De lodo ni pie derecho Y no fué poca fortuna. El no caer: (contratientpo Fatal, que así me ha privado Del pantalón más bien hecho Que se hava visto en Europa! Maria.—¿Y éste era todo el suceso?

D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?

No es su valor el que siento:

Mas no sabe usted, hermosa,

Cuántos gloriosos recuerdos

Este pantalón tenía

Para mí; pues á él le debo

Muchas conquistas.

D. Ant.— No he visto Hombre más fatuo.

D. Carlos.—. ¿Y no tengo Razones para quejamme De este país?

Da. Ser.— Por supuesto.

D. Carlos.—No hay policia, no hay nada;
El más desdichado pueblo
De Francia es mucho mejor
Que esta ciudad: si á lo menos
Fueran las gentes tratables!

Maria. Gracias por el cumplimiento.

D. (Carlos.—Mariquita, yo exceptue.
Esta casa, donde encuentro
Ilustración y finura,
Sensibilidad, talento;
Pero yo hablo en general:
Aquí hay en el bello sexo
Algunas caras hermosas;
Pero sin gracia. No puedo
Dejar de contar á ustedes
Un lance que ha poco tiempo
Me pasó con una joven.

Da. Ser.—¡ Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenías Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

Dichos DON JUAN

D. Carlos.—Vamos, aqui está Juanito:
Lílega "á propos:" un asiento
Toma, y escúchame atento;
Es un lance muy bonito.

D. Juan.-Siempre estás hablando.

Leo.-Venga usted, Juanito, aqui.

1). Juan.-Mil gracias.

D. Carlos. - Como decia:
Por la gran plaza marchaba
La otra noche, y me entregaba
A duice melancolía;
Brillaba hermosa la luna
Como una bola "argentée."

1). Tim.-¿Qué es lo que usted dice?

No entiendo palabra alguna De la tal lengua francesa; ¡Qué jerigonza del diablo!

D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo Con más gusto que la inglesa; Es más "coulante," más hermosa

D. Tim .- ¿Más qué?

D. Carlos.— Más facil, más bella Instrucce á usted algo de ella.

i). Tim.—Mil gracias.

Maria.— Por fin, ¿qué cost Nos iba usted á decir?

D. Carlos — Es verdad, se me olvidaba: Por la gran plaza pasaba..

Maria.—Ya eso está.

Vov á "finir:" i). Carlos.— De Catedral la banqueta De gente se fué llenando: Yo, con mi lente, pasando Una revista completa: Todos fijaban la vista En mi "frac" de última moda: Vi la concurrencia toda. "Et" hice mas de una conquista: Cuál al pasar vo, decia: "¿Oué joven tan arrogante" "Es un trancés el gante," La vecina respondia: "Mira, nura la cadena En que lleva el lente, hermana Dij otra...

Maria — De aquí á mañaux Acabará usted?

D. Carlos — Sirena,
No se enfade usted: preciso .

Fs contir los pormenores;
Pues, como digo, señores...

D. Juan -- Flombre, sé por Dios, conciso, Que va es n'ucha pesadez Ese e numuo charlar. Carlos.---Al punto voy á acabar. Art.—Sakirá con una sandez. Carlos En el paseo se hallaba Con su familia una hermosa, Tan fresca como una rosa: Yo enamorarla pensaba. Estaba de gracia llena, De blanco line vestida, En mecerse entratenada Soore una dura cadena; Ha poco la conocia, Y á saludarla llegué; A. su lado me fiié: Dispuse mi bateria, Y en un discurso elegante, Y como mi pecho ardiente. Le hice mi pasión patente, Declarándome su amante: Por más de un cuarte de hora Escucharme parecia; Flios vus ojos tenía En la luna brilladora Yo su respuesta esperaba, O una lágrima siquiera, -Oue venturoso me hiciera, Y rendi lo la miraba. Pers su meditación Por nada se interrumpia, Y le dije. Amada mia Cunl es tu resoluci n? Seré por fin venturoso? Debo bendecir al hado?

A no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna:
Vuelve à mi tus ojos bellos,
Que encuentre Carlos en ellos
Su placer y su fortuna;
Paga ma constante afán.
Ella entonces me miró:
¿Tres eclipses, preguntó,
Pone en este año Galván?
¡Oh, alma frigida, exclamé
Entre mi, cómo es posible!
¡Tan bella y tan insensible,
Tan tontal yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaria usted en francés Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no; Le hablé en castellano.

D. Tim.— Pues!

Pero será castellane

Mezclado de esos "ruéchants,"

Y esos "foudres" y "coulants,"

Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma
Que hablamos todos aquí:
Yo de pronto presumí
Que le gustaba la broma,
O que el romántico hablar
Al clásico prefería,
Y le dije: Amada mia,
No me es posible explicar
Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante: Mi corazón palpitante Salir del pecho quisiera. Muy temprano esta mañana Por aliviar mi tormento, Para mirarte un momento Fui al frente de tu ventana; Mas se engañó mi desco: La puerta estaba cerrada, Tú aún estabas entregada En los brazos de Morfeo. Poco á poco, interrumpió, Poco a poco, caballero, Ya usted pasa de grosero, : Y he de sufrir esto yo? The Jormin con Don Morfeo? ¿Yo en sus brazos entregada? No, señor, soy muy honrada, Y no dar motivo creo Para que traten asi De ajar mi reputación, No conosco al picarón Oue usted one ha mentado aqui; Si, señor, yo soy doncella, Y muy bien lo saben todos, Deje usted, pues, esos modos De habiar, Basta, basta, bella, Le dije, y sin esperar Me retiré muy de prisa, Pudiendo apenas la risa En las calles sujetar. Ser.—¡ Qué Carlitos tan gracioso!

2

Se conoce luego, luego,
Que ha estado en toda la Euró; a.
Y en l'aris; gves, Timoteo.
Lo que aprovechan los viajes,
Y no que na hablar sal mos.
Ni e ntar cuertos graciosos
Les criollos, que jamas vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro mño.....

D Ant. Es daheil
Da Ser.—Ya; pero nablo supomondo:
Ann ne mire usted, al cura
Del Sagrario ha poor tirmpo,
Le or hiblar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, o Lara; mas el cuento
Fue que parió uno, muy grande,

Clara Fué, Sara, mamá.

Da S...— Yo tengo Mala memoria, pues, ahora.

Que cuando chica, en un credo Como quien dice, aprendía Cualquier cosa per ejemplo:
Nada mas que en quince días Aprendo los Mandamientos;
En deciocho los Articulos, Y á los dos años y medio.
Ya sabia el Catecismo De Ripalda todo entero.
Sin contán con que bordaba,

Cosia en blanco; un puchero Componia, como dicen, Que se cimpaban los dedos.

Tim -Y bailabas, hija mia, El "Mambrun," que era un contento

Da. Ser.— Y cantaba seguidikas, Muy bonitas.

D. Tim. - Baen me acuerdo.

Da. Ser. -Cuando tu me echabas ojos, Picarón.

1) Tim — Si, si, ¡ qué tiempos! Maria — Pero, ¿ mama, ¿ en qué ha quedado Lo del niño?

Da. Ser — Ah! si, pues bueno:
Como decia, si acaso
Taviera otro hije, a un colegio
De Europa, o si u de España.
Lo mandaba en el momento
Que estuviera mancebito.
Aunque también y recelo
Por otra par e, que alla
Lo hicteran hereje.

D Ant -- ; Bueno l ¿Conqué todos los de Europa Son herejes?

Da, Ser.— Yo no veo Que oigan misa, sobre todo Los angulos

D. Carlos. (, Que talento Tiene la buena schora!)

Ciara.—Los ang'os, mama e, me quemo De pir hablar à mi madre Entre genies, me avergiienzo ¡Válgame Dios! ¿de qué modo Cortara yo en el momento La conversacion?) Señores, Vamos un rato á paseo Al jardín.

D. Carlos. - Bravo. Clarita!

Después de "la table" es bueno
Pasear.

Después de qué cosa?

!) Carlos.--De la mesa.

Leo.— Si, yo encuentro

La Juke melancolia

En las flores y en el viento

Emba'samado que corre

En el campo.

María.— Bueno, bueno: Vamos al jardín, y sirve De hacer un ramito nuevo Para mi peinado.

D. Carlos.— Hermosa,
Yo soy quien me encargo de eso:
Le haré à usted el más hermoso.
"Bouquet."

D. T.r. - Bu ... ¿qué?

D. Carlos.— Ramillete (vieje Más preguntón y más tonto! Siempre me sale al encuentro.) "Andramo, andiamo,"

D Tom. - Si. vayan;
Yo con Juanito me quedo
A tratar de cierto asunto.

Y usted, Don Antonio, espero

Que se quede con nosotros,
Pues estimo sus consejos.
Ant.—Como usted guste.
Carlos.——Pues, vamos.
Ser.—Vamos, vamos á paseo,
Que empiezo á sentir el cólico
Y el ejercicio es muy bueno.

(Vanse.)

ESCENA X

ON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

Tim.—Por fin, Juanito, ha llegado El venturoso momento De darte el nombre de hijo, Que con tanto ardor deseo. Habla sin rubor, declara Sin disfraz tu pensamiento: ¿Cuál de mis hijas te agrada? Dimelo, Juanito, suego. Don Antonio es un amigo De confianza, y los secretos De mi casa le confio Sin reserva olguna. ¡ Cielos! luan.— Llegó el momento temido! Ant.—Si, Don Juan, vo aprecio A usted, y estoy pronto A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,
Siquiera con mis consejos.
Se halla usted, amigo mio,
'En un crítico momento:
Piense usted bien lo que diga;
Piense usted que son eternos
Esos lazos; que es preciso
Hablar con franqueza.

D. Tim.— Cierto:
Habla sin rubor, querido.
¿Cual de mis hijas tu afecto
Ha ganado? dilo pronto:
Por el cólmo á mi contento.

D. Juan.—10h padrel si acaso el nom De pa ire, dar á usted puedo. Cuando reluso el beneficio Que me propone: mas debo Ser franco, y sufrir ahora Su cólera y menosprecio. O r signarme à pasar Una vida de tormentos. O á lo menos de fastidio, Con una esposa de un genio Distinto del gemo mio. Perdone usted si le ofendo: Sabe el cielo cuánto estimo Ese cariño; cuan lleno. Mi pecho de sus bondades, Prueba el agradecimiento. Toda mi vida ne hasta. Para pagar lo que debo Al que me ama como padre:

Es preciso, Amigo Don Timoteo, Que escuohe usted de mi boca La verdad, aunque su acento Le parezca duro; acaso Todavia será tiempo De corregir timos ntales, Que si tomaran más cuerpo, Incorregibles serian. Lo he dicho á usted, y de nuevo Lo repito Usted adopta Un gran error, supomendo En sus bijas cuai v.rtudes. Lo que solo son defectos. La falsa enetrucción de C'ara; De Mariquita es geni Ligera que no se fija En cosa alguna: el treso

De la sensibilidad De Leonor, Don Timoteo, Son faltas, y faltas graves, A que usted debiera cuerdo Haber atajado el curso; Un hombre de juicio recto Elegira por esposa Una mujer que cumpliendo Su deber, cuide su casa; Due cultive su talento Con gusto; que si dedica A la lectura algún tiempo, No quiera pasar por sabia; Que no esté siempre gimiendo Por personajes ficticios; Que no ocupe su cerebro Solamente con las flores. Los bailes y el coliseo: Ser sin ficciones sensible: Ser instruída, sin empeño De parecer literata. La compostura, el aseo, Usar sin afectación, Y wvir siempre cumpliendo Las dulces obligaciones De su estado y de su sexo: He aqui una joven amable! He aqui, amigo, en mi concepto. Las virtudes de una esposa. Ustred sin duda está lleno De bondad; su noble alma Merece ser el objeto

De una constante ternura: Pero escuelle usted le ruego. Los consejos de un amigo; Corriga usted sos defectos De sus hijas, aun es dable-Tienen un corazón recto. Y escucharán de um buen padre Los saludables preceptos: Tal vez pronto corregidas. Serán de todas modelo, Y harán á usted venturoso. Tanto cual merece serlo. Vaya, enjugue usted el llanto. Que todo tendrá remedio: Cuenta usted con un amigo. luan.—Y con un hijo; yo espero Merecer tan dulce nombre Por mi cariñoso esmero: oven suv.; aun es posible Que de otro viaje volviendo Que voy a emprender ahora, Pague á usted lo que le debo, Halle en Leonor una esposa Tal como yo la deseo: Si acaso usted, padre mio, Me juzgare digno de ello. pt.-Si, Don Juan, Leonor es joven De buen corazón, yo espero Que si nuestro huen amigo No desprecia mis consejos, sera muy pronto una esposa Inimitable, does

D. Tim.— Consienzo

A creer que usted, Don Antonio.

Tiene razón.

D. Ant.— Bueno, bueno!

Ya lo esperaba.

D. Tim.— Juanito,
A pesar del sentimiento
Que tu conducta me causa,
Tienes razón, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamás olvidarme puedo
De lo que debo á u padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.

D. Juan.—Sí, señor, yo lo deseo.

D. Tim.—Vengan los dos á mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La lección, yo la agradezeo.

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA, LEONOR, MARIA, CLARA.

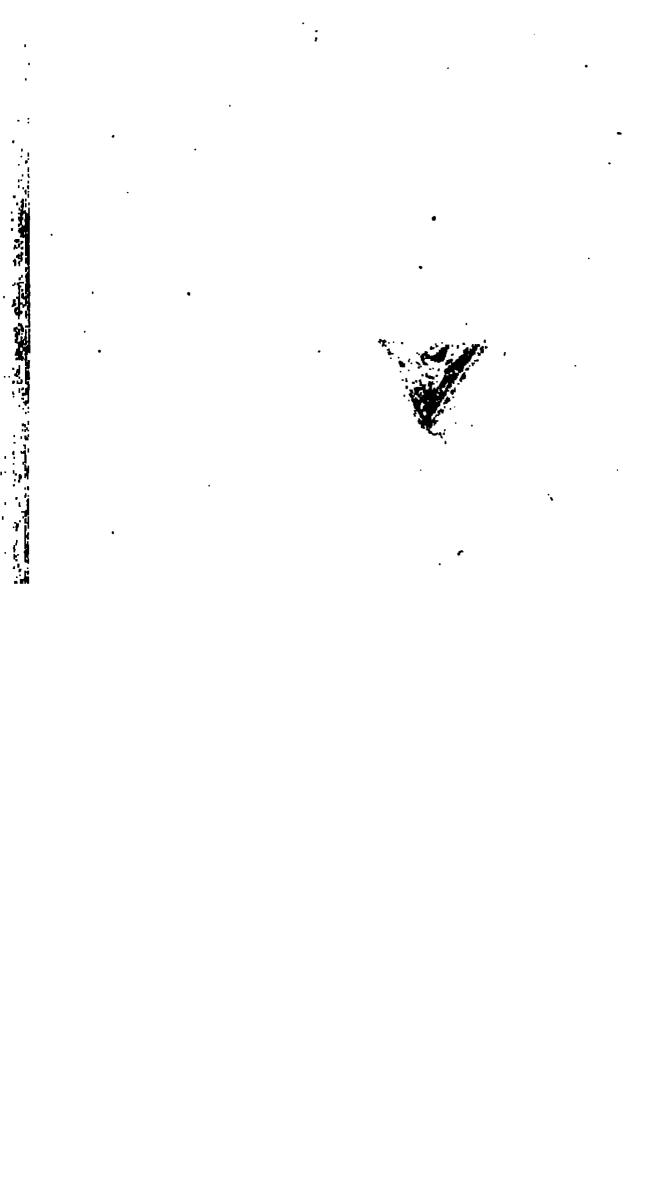
D. Carlos.—; Bravo!; bravo! esto va blen Ya tendremos desposorio! ¿Cuándo es por fin el casorio! ¿Quién es la dichosa, quién? ¿Conque habrá "danse." festin; Vaya, qué gusto tendré, La Mazurca bailaré.
¿Cuál es la "fiancée," por fin?
Ya estám danzando mis pies.
Da. Ser.—¿A quién eligió?

D. Juan Señora...

Todos.—¿A quién, à quién?

D. Ant.— Por ahora, A ninguna de las tres.





ANA BOLENA.

A su querida hermana Doña Guadalupe Calderón, de dica este drama

EL AUTOR

PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra. ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra. CROMWELL, ministro del rey. ENRIQUE DE PERCY, duque de

Northumberland.

LORD ROCHFORD, hermano de la reina.

JUANA SEYMOUR É ISABEL PRESTON, damas de la reina.

JORGE SMETON, paje de la reina. WILLIAM KINSTON, condestable de la Torne.

DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.

DOS CORTESANOS que hablan. EL VERDUGO. DAMAS DE LA REINA. CORTESANO I. SOLDADO I.

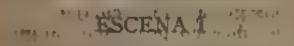
Londres, 1,536.



ACTO PRIMERO

EL BAILE.

iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el balle; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á de recha é izquierda del foro; sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.



SMFTON Y CORTES VNOS.

Jugar; ¿pero estáis dornudo?

Cort, seg.—Es que se hálla aqui su curs Pero su alma, eh? (Risa maliciosa de inteligencia, entre la cortesanos que estan con Sméton.) Sméton.—(Turbado.)

> Pues, amigos, Os engañais, nunca ha estado Mi corazón más tranquilo: No pienso mas que en el juego.

Cort. prim.—¿ Pero en cuál juego infiniti Hay: unos de cartas, otros De manos, otros... querido. Ya me entendéis, mas cuidado. Porque hay algunos prohibidos

Smeton - No os entiendo.

Cort. prim.— Vaya, Smétot
Ese semblante encendido
Os hace traición: tres veces
La partida habéis perdido,
Porque casi no mitais
Los naipes, y de continuo
Volviendo estais la cabeza
Hacia aquella puerta; os digo
Que sois poco diestro

Cort seg — Bueno;
Si a los naipes ha perdido.
Conseguira otras ventajas.
Pues dice un proverbio antiguo.
Que es en amores dichoso
El que en el juego ...

Los Cortesanos (Riendo.)

Bien dicho

Smeton.—Señores, basta de burlas.
Y si queréis divertiros
A costa mia, os prevengo
Que no podreis conseguirlo.
Con que juguemos.

odos, Juguemos.

(Siguen jugand).)

Cort. terc.— (En la mesa de la izquierda.)

Pues, señores, como os digo,

Pero guardad el secreto;

Mirad que corro peligro

Si no sois discretos,

Cort. cuarto.— Vamos,
Hablad sin temor, amego,
Y contad con la reserva.

Ort. terc.—Pues escuchad. He sabido
Que nuestro buen soberano
Se va cansando un poquito
De su adorada consorte,
Y anda asestando sus twos
A Lady Seymour., Caramba!
Tiene unos ojos divinos
La tal Juana: lo gracioso
De la historia, es que el ministro,
El astuto Cromwell, tiene
Más empeño que el rey mismo.

Cort. guarto.—La quiere hacer una reina. A su modo.

Cort. terc.— No. quendo,
Quiere vengar el ultraje
Que Ana Bolena le hizo
En público una ocasión.

Cort. cuarto.-¿Cómo?

Cort. terc.— No sé que le diperior desde entonces, me han dicho Oue ha jurado la venganza.

Cort. cuarto.—El es un zorro maldito Que dará al diablo lecciones.

Cort. terc.—Y como (entre nosoros sea (dich.)

Nuestra reina Ana Bolena
Ha dado más de un motivo
Para atacarla, y se habla
De secretos favoritos,
De Sméton, Norris y Bréreton,
Y hasta de su hermano mismo;
Quién sábe si al fin.

Cort. cuarto.— Y luego
Debe pagar lo que hizo:
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Hapitill, ¡ Pobre Catarina
De Aragón! Pero el castigo

Cort. terc.—; Oh! ; pobre Jua! ella ha ^

Sus faltas.

Cort. cuarto.— Si, por su causa

Han muerto va en un suplicio
Temás Morris y otros muchos.

Cort. tere Tal vez ella no ha tenido
Pante en esto; sus parientes...

Cort. cuarto.—Pero ella debió impedirio.

Sméton.—(En la otra mesa.) Es mia la basa. Cort. seg.—(Jugando.)

No,

Que yo tengo al rey conmigo. Sméton.—¡ Maldito rey! pues parece Que con él estoy reñido.

Cort. prim.—Con la reina... de los naipe:
No fuera Sméton lo mismo.
Pues de las hembras parece
Que sois muy favorecido.

Sméton.—Basta de burlas El juego Me va causando fastidio:

(Se levantan.)

Dejémosto.

Todos.— Si, sì; al baile. Cort. prim Mas no os enfadéis conmigo;

Ya sabeis que siempre os hablo
Como camarada antiguo
De colegio, y en verdad
Corren ciertos rumoreillos
Sobre vos y cierta dama

De un rango muy distinguido. Sméton.—¿ Pero quién es esa dama? Cort prim.—¿ Y si os enfadais? Sméton.— Decidlo.

Por Dios, y decidio pronto. Cort. prim.—¿ El nombre de ella?

Sméton.— Repito Que si acabad, ó dejadme.

Cort. prim.—Bien, os lo dire al oído.
(A les cortesanos.)

No os lisonjéis, señores,
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir: es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz aita, ni exponerlo
A vuestros sanguentos tiros:
Adivenad si queréis,
Y en malicias divertios.

Sméton.—Acabad.

Os lo diré muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

Sméton.—(Furioso.)

La palabra que habéis dicho Pade sangre, caballero.

Cort. prim.—(Riendo.)

No tal, amigo mío,
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea. vamos.
Vamos al baile, queridos.

'Se van todos los cortesanos; Sméton pre seguirlos, y luego se contiene)

ESCENA II

SMETOS

Esperad.... ¿Qué voy à hacer? ¿Oh! , maldita sea mi estrella! Ni aun puedo morir por ella; Callar debo y padecer. Y es cierto que la amo, sí: Yo la idolatro, la adoro; Su sontisa es un tesoro, Es el cielo para mí.

El cetro y pompa real, Oh, cuánto son inferiores De sus ojos brilladores A la luz angelical!

Sobre su célica frente Brilla un genio soberano: Marcóla Dios con su mano Para hacerla omnipotente;

Y dijo à la humanidad:
"¡Ved en el mirar divino
De esa mujer, el destino
Del justo en la eternidad!"

Y yo, misero de mi, Que siempre estoy á su lado Para amaria, ¡ desgraciado! Sin esperanza nací:

A ver sin cesar en ella Un objeto sacrosanto, Y à regar con triste llanto De su hermoso pie la huella;

Mas su rostro encantador Por mi mano retratado, Siempre en mi pecho guardado, Es mi delicia, mi amor.

ho, y pendiente de una cadena de oro.)

Ven con sacro talismán

Ven, oh sacro talismán, Ven y consuela mi alma, Tu poder mágico calmã Mi desventurado afán! Deja que el labio abrasado De un esclavo que te adora, En su frente seductora...

(Desde antes de los tres últimos ver Cromwell se ha acercado con mu precaución detrás de Smeton, y ha v el retrato de la reina; después se re con cuidado y le habla à Smeton.)

ESCENA HI.

SMETON, GROMWELL

Cromwell.—Cuidado, Smeton, midada, Smeton.—(Sorprendido.)

; Cielos! el ministro..... Y Li n

¿Por que ces sorprendeis así?
¿Contemplábais el objeto
De vuestro amor? bien, vivi.l.
Y amad: tal es el empleo
De la juventud feliz.
Ese es sin duda el retrato
Del hermoso serafín
Que preside vuestra suerte:
Que le mire permitid.

Smeton.—Conde de Essex, dispensadi (Ocultando el retrato.)

Este es mi secrèto.

Cromwelk— ¿Si?

Pues guardadlo: sois discreto. (Es tarde, que ya lo vi). Pero la reina os buscaba; Parece que os quiere oir Cantar: sabéis lo que gusta De vuestra voz: pronto id, Que no es justo retardarle Este placer.

eton.—(Tomando su sombrero.)

Permitid...

mwell.—Id con Dios, hermoso joven; Sed en amores feliz.

(Váse Sméton.)

ESCENA IV.

GROMWELL

Mancebo incauto, ya estás
En el borde y no lo ves;
Con un sólo paso más,
Horrible abismo verás
Abierto bajo tus pies.

¿Tú amas á la reina? sí;
¿Y ella te ama? tal vez no;
No importa; un retrato ví
Que es una arma para mí
Una arma que busco yo,
Reina orgullosa, insultado
En público fuí por vos,
Por mi origen ignorado;
Pues bien, quedaré vengado,

Y muy pronto i vive Dios

El plebeyo se alzará.

Este gusanillo vil,

De una reina triunfará:

Serpiente se tornará

Este misero reptil.

Enrique llega: ; valor!

El apasionado está

De Lady Seymour. ; Oh, amor!

Tú seras mi vengador:

Ana Bolena caerá.

ESCENA V

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Cromwell, yo te buscaba: ¿has visto (á Juana)

A esa Juana Seymour, à esa henciosur En cuya frente pura Brilla el pudor con todos sus encantos. Jamas, jamás tan bella, Conde, me pareció como este día:

Atónita mi vista la seguia;
No he podido apartar mis ojos de ella:
Un impulso secreto, sobrehumano,
Un mágico poder irresistible
Arrastra á tu potente soberano,
Y Enrique VIII que á la mar domina,
A cuyo cetro el mundo viene estrecho.
Cediendo al fuego que le abrasa el pecho.
A una débil mujer la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana. Cromwell.-2 Y Ana Bolena? ¿Calla! ¡Ana Bolena! La tempestad sobre su frente truena: Ella es culpable, Cromwell: esa Ana En quien mi honor depositaba un dia, Es infiel. Es infiel? Cromwell. Se ha roto el velo Enr.— Que mis ojos cubria, y aclarando Se van ya mis sospechas: ya la corte Su liviandad murmura. ¿Y el objeto Cromwell.— De su culpable amor, ¿quién es? Son muchos Los que se nombran: Bréretron, Sméton, Su mismo hermano, joh, condel ¿lo cree-(riais? Yo lo descubriré, y entonces ; tiemble, Tiemble el objeto de las iras mias! Cromwell,-; Rochford, su mismo herma-(no! ¿v es creible? Enr.—; No has observado tú, no has descu Alguna cosa que aclarar consiga Del todo la verdad? Crom.— Mi soberano. Os debo lo que soy: el labio mio Nunca os hará traición, Ana Bolena.... Yo la umo y compadezco su destino; Pero ahora mismo... Acaba pronto, y deja

Calderón.- 30

De piedad esa máscara engañosa; Yo te conozco, Cromweell. Habla al punto, Y háblame con franqueza. Cromwell.— En este instante De la música huyendo y del bullicio, En esta sala Sméton se encontraba A un retrato de lágrimas cubriendo. Era el de vuestra esposa... Cromwell.--🖸 mismø Pude verlo nray bien sin ser notado: Si V. M. pretende altora Comprobar la verdad de mis palabras. Haga llamar à Sméton: de su euclio Una cadena pende de oro puto: En su extremo hallaréis ese retrato. Yo me indigno, señor, al acordarme; Lo vi, y callé, que sólo à vos os toca. Tamaña injuria castigar: llamadlo, Llamad à ese traidor: vuestra justicia En su complice y él, sin piedad caiga Env.—Basta, Cromwell, no pido tus conse-

Sé lo que debo hacer.

Cromwell.— "Oh; cuán distina

Es de la reina, la inocente Juana le

Su puro corazón en sus miradas

Se está levendo.

Enr — Si, su dulce nombre

Me hace olvidar á todo el universo.

Caiga la que mi honor ha mancillado,

Y Juana suba de Inglaterra al solio.
Escucha, conde, ya hace muchos días
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, antes que al trono
Fuese l'amada: si esto fuese cierto
Mo matrimonio es nulo.
Cromwell.—

Y emonces
Puedo unirme con otra. El conde se halla
Fu sus estados, lejos de la corte.
Haz que le llamen, Cromwell.

Tomwell.—Voy al punto.

ESCENA VI.

Hickory UN PAJE.

Paje.—De Northumberland el con le, De llegar, señor, acaba, Y habiaros desea.

Enr.—
¿ Qué castralidad tan rara
Le conduce en tal momento?
Que pase al punto (Vase el page.)
¿ Qué causa

Le puede traer? Ha tiempo Que de la curte se aparta. Cromwell.—V. M. al punto Lo sabrá: ya se adelanta. 11/

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE PERCY.

Fnr.—Noble conde, llegad: ¿á quê debe-

El placer de miraros este día? Peroy.—Señor, ved la tristeza en mi sem-(blante)

Mirad en él la fúnebre noticia

De que soy mensajero: la princesa

Vuestra primera esposa, Catarina,

La augusta desterrada, ha muerto.

Enr.—: Ha muerto!

Percy.—

Terminó su carrera de

(desdichas)

To he presenciado su postrer instante

Y yo os traígo, señor, su despetida.

Siempre noble y magnánima, ni un punto
Desmintió su virtud: era la misma
En su lecho de nuerte, que en el trono
Fn que Inglaterra la admiró algún día.

Fnr.—; Buena mujer! Por su piedad menere.

El Eterno en su seno la reciba.

Percy.—No hay duda; ya su espíritu celeste

Fn las regiones de la luz habita:

Mucha fué su virtud: amargo llanto

Inundó largo tiempo su mejillas:

Privada de su rango, desterrada

Del trono augusto de que fué tan digna; Privada, en fin, de todo lo que amaba, Y á vivir entre angustias reducida, Jamás su labio articuló una queja, Y al cielo, generosa, le pedía Que sobre su huja y sobre vos vertiese Con franca mano inacabables dichas: Tal vuestra esposa fue: ya al acercarse El término temprano de su vida, Se dignó suplicanme que viniese Para recomendaros á su hija. He cumplido, señor, sus voluntades: Extended vuestra mano compasiva A esa niña inocente, protegedla; Recordad que sois padre de María, Aqui queda mi encargo terminado: Permitidme volver. Será cumplida La voluntad de Catarina, conde; Mas retardad aún vuestra partida. Cuestiones de importancia quiero haceros: Vedme en palacio el venidero día. Peroy.—Vendré á veros, señor. El cielo os guarde. Enr. Percy.—El proteger se digne vuestra vida. (Vase.)

ESCENA VIII

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos:
De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, conde, mañana
Será un día muy funesto
Para muchos: mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ; desgraciados
Los que aparecieren reos!
Cromwell.—La reina llega.
Enr.— Ala reina llega.
Enr.— Ala reina llega.

ESCENA IX

Dichos, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR, ISABEL, DAMAS, GORTESANOS, SMETO

Ana.—Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?
Enr.—(Con sequedad.)
Sí, no tengo
Motivos para alegrarme.
¿Sabéis, señora, que ha muerto

Vuestra reina?.

Ana.— ¿Quién?

Enr.— La heroica Catarina, la que un tiempo De Inglaterra sobre el trono Fué de virtudes modelo.

Ana.—Si la princesa de Gales
No existe ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.

Ent,— Si,
Sin dificultad lo crep,
¡ Porque sois tan compasiva!
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello
¡ No me entendéis hoy? Mañana
Que me comprendáis espero.
Ana.—; Mañana? señor, mañana

Ana.—; Mañana? señor, mañana Está dispuesto un torneo En Greenwich.

Enr.—; Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.

Ana.— No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Norris, Bréreton, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentiréis.

Cromwell.— (Aparte.)
¿ Qué importan

Unas horas más ó menos?

De Greenwich hasta la Torre

De Londres, no está muy lejos.

Enr.—Dices bien. Sea, señora,

Como vos queráis. Tendremos

Mas tiempo de hacerlo todo

Con calma. Guárdeos el cielo.

(Vász.)

ESCENA X

Dichos, menos ENRIQUE VIII.

Ana.—Despejad: Cromwell, oid.

(Vanse todos, menos Cromwell)

¿Por qué causa el rey se muestra

Tan severo? ¿lo sabéis?

Cromwell.—¿Qué queréis que os diga, oh

(reinz?

Es tan sombrio el carácter
De Enrique VIII!... Una nueva
Pasión tal vez...; qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina;
Y hoy en su trono se sienta:
Vos tenéis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella:
No puedo explicarme más;
Entended, si sois discreta:
Guárdeos Dios. (Vise.)

ESCENA XI

ANA BOLENA.

Cielos i qué oi! Era cierto mi temor: ¿El rey tiene un nuevo amor? Desventurada de mil O ese ministro feroz, Ese Cromwell infernal, Lo supone por mi mal? Es una venganza atroz: No puede ser, no será; El rey me ama todavia, Calma el temor, alma mia, Mi hermosura triunfará. ¿Pero esa Juana, esa Juana Es por acasa can bella, Que el rey me deje por ella? Puede ser, ; duda anhumana! Despreció Enrique por mi A su esposa Catarina: Quizá el cielo me destina Una suerte igual, ; ay l si. De esta princesa la muerte Es una lección terrible. Fui á su dolor insensible... Yo tendré la misma suerte: Ana olvidada sera: Pero no; ¡qué desvario! Culdern- 4(0 Levántate, orgulio mío; Mi hermosura triunfará: Y pronto al monarça; inglés, Por mi beldad arrastrado, Le veré al fin humillado "Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL U IÑO.

oberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los ples del sillón un gran cojín de terentrelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

och.—Horrible tempestad nos amenaza, fermana mía ese fatal ministro, se Cromwell cruel, se ha conjurado ontra nosotros.

na.— Si, su orgullo herido mi desprecio, la venganza anhela:

Il mercla de bajeza y de perfidia Es ese hombre feroz; nada perdona l'ara perderme: el rey docil escuha Sus horribles consejos; ¡ pero tiembæ! Enrique me ama aún. Roch.— ¡Qh, hermana s Tai vez te engañas; esa dama tuya. rsa <u>Juana Seymour,</u> dicen que à Ent Ha sabido agradara Cromwell fomenti Esta nueva pasión, y pronto acaso, Ana Boleno bajará del trono. Como bajó la reina Catarina. Se te acusa de un crimen horroroso: De adúltera! Ana.—; Gran Dios! Rochford, ¿quién : Fsa palabra pronunciar? Roch.— Enrique. El mismo rey se dice que te acusa. Tus ligerezas se ban interpretado Como muestras de amor: en el tornes Aver mismo en Greenwich, cuando de Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho Que era señal de tu pasión à Norris. El rey se retiró con el ministro Lleno de indignación: yo tiemblo, Así A mi mismo me acusan, ¿lo creerias? De un criminal ambr à tu persona. Ana.—; Conque también de incesto sa

Tú deliras, Rochford; el mismo infiendo pudiera inventar tan vil calumnia Me haces temblar! rescucha! en esta februaria.

Será un aviso del airado cielo? le estremezco, Rochford: pvietón horrible e mi imaginación se apoderaba l Sueño espantoso que olvidar procuro, no puedo olvidar l Ovelo, y tiembla. Yo soñaba que el trono ocupando mis pies la Inglaterra veia: odo en torno á mis ojos reia, odo en torno era dicha y amor: etro de oro en mi mano brillaba. a corona adornaba ma frente, h gran pueblo á mi voz obediente. scuchaba temblando mi voz. Mil guerreros, mil héroes ilustres. Lis caprichos humildes servian, in mi risa su gloria veian, venian mi mano á besar: n mil partes mi nombre grabado, entellaba entre piedras preciosas, senti de jazmines y rosas tulce aroma en el viento bajar. Mas, ¡oh, Dios! esta atmósfera pura, le zafiro este cielo esplendente, oja nube cubrió de repente. ne torrentes de sangre vertió: in relampago lívido alumbra le la fierra el funesto desmayo, retruena mil veces el rayo on horrible funesto fragon, La diadema que adorna mi frente mi cráneo se ciñe, se hunde, mi cetro en mi mano se funde,

Y me abrasa el ardiente metal:
Y mi manto de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte:
En horrible dogal se convierte,
De me cuello el soberbio collar,
Se hunde el trono con hórrido estru

Veo á mis pies una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me umestra el sudario fatal.
¡(atarina! Era suya esta mano.
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha mue
En sudor inundada despierto,
Sin podes á la calma tornar.
Roch.—; Desventurada! tal vez

Se realizará este sueño:
La tempestad se aproxima,
Oigo resonar el trueno.
Tres dias hace que sólo
Miro presagios funestos.
De Cromwell el regocijo,
Del rey el rostro severo,
El amor que tiene á Juana,
Todo, en fin, está theiendo
Que se aproxima la hora
De la muerte ó del destierro.

Ana.—No, tal vez, hermano mio,
No es tan grande questro riesgo;
¡Enrique me amaba-tanto!
¡Y podrá en tan breve tiempo
Aborrecerme?; imposible!
No, Rochford, yo to lo creo.

Hace tres dias me hablaba Con el cariño primero: Antes de ayer en el baile Y en el critico momento De que la muerte escuchaba. De Catarina, el torneo De ayer le anuncié; queria Que se suspendiese, y luego Que le rogué, à mis instancias Condescendió; sí, vo pienso Que consevo todavía Sobre su alma el mismo imperio. Dicen que á Lady Seymour Ama Enrique; no lo creo: Es obra de Crontwell todo, De ese odioso consejero. Cuando el rey mire mi llanto: Cuando con mágico acento Le pecuerde aquellos dias. Aquellos dulces momentos De ventura, que em su alma Tantas delicias vertieron: Cuando me mire à sus plantas Invocando al Sér supremo Por testigo irrecusable De mi conducta, y el velo De la impostura se rompa; Cuando mire, en fin, mi afecto Siempre puro, inalterable, En mis lágrimas de fuego. Onien duda que entre sus brazos Vaya à recibir el premio

De mi inocencia? ¡Oh, hermanoli Ligera soy, lo confieso!
Educada en Francia, acaso
La circunspección no tengo
De una anglesa; ¿mas qué importal
¿Es menos puro por eso
Mi corazón? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

Roch.—¿Y tu inocencia qué importa, Si ya del rey el afecto No es el mismo?

Ana.— Hermano mio,
No conoces el imperio
Del llanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.
Roch.—: Sabes que à Lady Seymour

Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretexto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour.

Roch.— Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazón: ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos!

(Vást.)

ESCENA II

ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,

(que entra al mismo tiempo que sale Rochford. Ana se sienta en el sillón con mucha seriedad.)

Ana.—Acercaos: no tembléis; Respondedme con verdad. mana.—Siempre la sinceridad, Señora, en mi alma veréis. Cierto es que tiemblo al mirar Vuestro semblante severo, Y saber, señora, espero, En qué os pude agraviar. Tiemblo, si, porque tal vez Sin saberlo os ofendi, Sin saberlo, toh reina! si., A Dios pongo por mi juez. na.—(¿Tan joven v artificiosa Hasta tal punto sería? No puede ser.) Hija mia, Tu eres buena, candorosa: En tu noble corazón Sólo habita la pureza: Respondeme con franqueza. Calma, Juana, mì aflicción. El rey te ha llamado?

Si,

Ricas joyas me ha mandado, Y el conde de Essex....

Ana.— (; Malvado) Juana.—Casi me ha arrastrado alli.

Dijo que era mi deber Dar gracias al soberano; Dudé yo: tomó él mi mano, Fué preciso obedecer.

Ana.—(Infame.)

Juana.— Ya en la presencia
Del rey, tímida, turbada,
Parecia condenada
Que esculhaba su sentencia.
Yo no sé lo que sentí
Cuando el monarca me habló;
Pero el conde respondió
Con mucha bondad por mí:
¡Es el conde tan afable!

Ana.—(Se levanta furiosa, y se pasea

el gabinete).

¡ Mucho, si l ¿mónstruo infernal.
Te abortó para mi mal
El averno? ¡ Miserable!
¿ Posible es tanta bajeza?
¡ Pero al rey le pasará
Este capricho y caerá
Ante mis pies tu cabeza!
Tú volverás á la nada,
Cromwell infame y traidor:
¡ Tú temblarás al furor
De una mujer ultrajada!
¡ Veré á Enrique, le veré;
Mis quejas escuchará,

Su gracia me volverá,
Y al fin vengada seré!
¡Vengarme! vengarme yo.
El tiene la culpa, él:
Me obligan á ser cruel;
¡Pero no he de serlo, no!
Venga ese ministro, sí,
Venga á implorar su perdón;
Conocerá el corazón
Que siento latir aquí.

(Se sienta)

ana.—Tal vez sin saberlo yo, Señora, os habré ofendido: Si es así, perdón os pido. a.—Tú no me ofendiste, no: También tú victima eres Como yo, de un vil engaño: Se conjuran en el daño De dos miseras mujeres. Juana, acaso no sabrás Lo que es ese brillo falso Del trono: de él al cadalso Hay un paso, nada más. Hoy te quieren elevar Sacrificándome á mí: Ay! también después à ti Te sabrán sacrificar. ma.—Señora, yo al esplendor Del trono nunca aspiré. 🖦.—Lo sé, Juana, si, lo sé; Abusan de tu candor: Mas la tempestad sombria Yo sabré a! fin conjurar:

Lo espero: vuelva à reinar
En mi pecho la alegria.
Haz que entre mi corte aqui,
Y de Sméton los acentos
Disipen los sentimientos
De tristeza que hay en mi.
(Váse Juana.)

ESCENA III

ANA BOLENA.

Oh, sueño, sueño cruel!
Déjame por compasión;
No inundes mi corazón
Cón tus recuerdos de hiel.
Siempre en mi memoria fiel
Está la visión fatal:
Siento en mi cuello el dogal,
Siento quemarse mi diestra.
Veo la mano que me muestra
El sudario funeral.

Pero no, no, sueño fué,
Sueño que pasó veloz:
Pronto este recuerdo atroz
De mi pecho borraré;
La calma recobraré;
La dulce paz, el contento;
De la poesía al acento.
Huirá la melancolía:
Vuelva á reinar la alegría;
Demos las penas al viento.

ESCENA IV

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL, Después SMETON, JUANA SEYMOUR, DAMAS Y GORTESANOS.

Enrique y Cromwell aparecen en la puerta, á la espalda de Ana, y pasan rádamente á ocultarse en la puerta del costado izquierdo.)

Entrad, señor, y veréis Comprobada la verdad.

Ana Bolena, temblad!

m.—Pronto la conoceréis.

.—Venid, señores, hoy siento
Una tristeza mortal:
Sméton, tu dulce acento
Disipe este sentimiento
Con su influjo celestial.
Mi joven poeta, dí:
¿Sabes alguna canción
Nueva?

éton.— Si, señora, si;
Una hermosa letra oi,
Que habla con el corazón:
Está llena de ternura
Es la voz de la verdad,

De una alma timida y pura, Que habla llena de amargura A su adorada beldad. Es de un pobre trovador Lleno de melancolia, Porque à su constante amor, El rango harto superior De su dama se oponía.

Ana.—; Ella no lo amaba?

Sméton.— No.

Ana.—¿Sabía ella que era amada? Sméton.—El su cólera temió;

Gimiendo siempre, calló Su pasión desesperada.

Ana.-El se debió declarar.

Sméton.—Si era un pobre trovador,

Y ella ocupaba un lugar Tan alto, ¿podía esperar?...

Ana.—Todo lo iguala el amor:
¿No es verdad, hermosa Juana,
Que amor no conoce ley?
Todo, su poder lo allana,
Y hasta la distancia es vana
Que hay desde el vasallo al rey.
Mas recitad la canción,
Que muy hermosa será
Si la dictó el corazón.

Sméton — Señora, esa es mi opinión V. M. la oírá. (Se sienta, y recita la (guien

> Es hermosa la diadema Que brilla en tu frente pura;

Pero es más de tu hermosura El bellísimo esplendor:

Yo quisiera, amada mia, Más y más engalanarte; Pero nada puede darte Un humilde trovador.

Toma el arpa con que canto Las hazañas de los reyes, Y de amor las dulces leyes, Y tu imperio seductor:

Yo no tengo más riqueza, Yo no tengo plata ni oro; He aquí el único tesoro De un humilde trovador.

Un poder irresistible Reina, hermosa, en tu mirada Y en tu boca nacarada La sonrisa del amor.

Brilla en tu cándida frente, Del cielo puro la calma: Tú eres la vida, tú el alma De este humilde trovador

Yo te amo sin esperanza, Tù eres una gran señora, Yo soy un triste que llora Su desventurado amor.

Y à pesar de la distancia A que nos puso la suerte, Te ha de amar hasta la muerte "Este humilde trovador."

(Se levanta.)

-Hermosa letra, y sin du la

La habéis recitado bien. Smeton.—Por vuestra bondad, señora Ar a.—Algun premio mereceis: (Le da un anillo, que él recibe de rodilla Esta sortija tomad, Smeton.

Sméton.— Tanta merced! ¿Una sortija, señora,

De vuestra mano? ¡oh placer! Enc.— (Sale y Cromwell.) También yo quiero, buen paje, Danos algún premio.

Todos.— ; El rev! (Se pone Ana en pie.)

Ana.—; Señor!...

Enr.— Me alegro, señon Oue tan divertida estéis: Mas permetidine premiar Al paje. Conde de Essex, Traed lo que os dije. Sméton, (Vase Cromwell.)

> Otra habilidad teneis De que no me habéis hablado: Sois un buen pintor también. ¿ No lo sabéis vos, señora?

Ana.-No, Enrique. Enc.

(A Sméton.) Dejadme ver

Ese retrato que al cuello En la cadena tenéis.

Sméton.—

(Turbado.)

Yo... señor...

Enr.—Sois muy modesto,

Dádmele: miradlo, es

(Se lo arrebata y enseña á la reina.)

El vuestro, señora.

Ana.— ¿El mio?

Enr.— (Con risa maligna.)

¿Conque vos no lo sabéis? Ana.—(Arroja á Sméton una mirada sev: ra y este se echa á sus pies.) No señor.

Sméton.— ; Ah! perdonadme!
Vedme, reina, á vuestros pies.
Sia saberlo vos, señora,
Sin saberlo vos, osé
Retratar vuestras facciones.

(Aparece Cromwell con soldados.)

Enc.—; Ya estás aqui, Cromwell? Bien;

Prended á la reina, á Sméton,

A todos cuantos estén

Comprendidos en la lista

Que arreglábamos ayer.

Ana.—; Qué es esto, señor? oidme. Enr.—La cámara oirá después Vuestros descargos.

Ana.— (¡ Gran Dios!
Aviso mi sueño fué.)

Enr.—Tú de todos me respondes, ¿ Lo entiendes, conde de Essex? Quita à Sméton ese anillo, Toma el retrato: veréis Si impunemente se ultraja A Enrique VIII. Sabed Que ha mucho tiempo examino
Vuestra conducta, mujer,
Norris, Bréretron, Rochford,
Os aman, todo lo sé.
Caerá en todos los culpables
La cuchilla de la ley.
A la Torre conducidlos.
Juana hermosa, no tembléis,
Que como la reina dice,
"Amor no conoce ley:"
De la vasalla al monarca,
Nada la distancia es. (Váse.)

ESCENA V.

Dichos, menos ENRIQUF.

Crom.—Reina, conmigo venid.
Ana.—Ya se cumpheron, traidor,
Tus esperanzas, ya triunfas,
Plebeyo infame y feroz.
¡Sáciate en tu triunfo, impío!
¡Tú que no tienes valor
De medir jamás la espada
Con aquellos que ultrajó
Tu lengua mordaz: por cierto
Te ha llenado de esplendor
Esta hazaña, miserable!
Crom.—No he tenido parte yo,
Y siento....

Ana.— ¡Cállate, infame

Que la cólera de Dios Te castigue. ¿Vamos? Crom.— Ana.— Vamos. Que no hay suplicio mayor Para mí, que tu presencia: Yo soy la culpable, yo, Que permiti te elevaran Sobre tu vil condición. Crom.—Gracias, señora. Ana.-Dios mío! ¡Qué sangre fria! ¡oh furor! Tú eres el genio del mal. Crom.—Pues así lo queréis vos, Lo seré por complacenos. Ana.—; Te burlas de mi dolor! (Señala á los soldados.) Crom.— Estos señores aguardan, J Vamos? Ana.—(Tirándole con un guante en

(cara.)

: Confundate Dios!!!





ACTO TERCERO,

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

ESCENA I

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy extraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los Siete Sacramentos
Que escribió él mismo; oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyest De católico, tornóse En protestante: mañana, Si lo exigen sus amores, Defendera el Alcorán. Bien, así te quiere Cronweil.

Fnr.--(Viéndolo.)

¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aqui? ¿Están cumplidas mis órnenes? Crom.—Si, señor, ya se hallan presos Los cuatro gentiles-hombres

De la reina.

Enr.— Bien: ¿quien falta? Crom.—Falta solamente el conde

> De Rochford no está en palacio: Pero irá pronto á la Torre, Porque los guardías le bueran

Enr.—¿ Qué dice el pueblo de Londres.

De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

Enr.-- (Mirándolo fijamente.) ¿ Me adulas?

Crom.— (Bajando los ojes.)
No, señor.

For.— ; Cuidado, conde! ¿Y Lady Seymour, qué hace? Crom.—Lady Seymour es tan joven, Tan tímida, que sin duda La habrá aterrado este golpe

De justicia. ¿Lo creeriais, Señor? Ha llorado. Enr.— Cnomwell,

Haz que venga á mi presencia: Preciso es que sus temores Con la dulzura se calmen.

Crom.—La inocente no conoce Su bien: el trono la asusta

Enr.-Pronto probará sus goces.

Haz que citen á los pares

Que la cámara componen,

Para decidir la suerte

Hallarás en esta lista.

(Le da un papel)

Crom.—Se hará como lo dispone V. M. (Leyendo.) "El duque De Nonfolk preside." Este hombre, Aunque es tio de la reina, Está irritado, y supone Oue el crimen es cierto. Bien! "Suffolk, Worcester, el conde De Derby, Tomás Andley," Este es mi criatura, "Morley, Chinton, Cobhan, Windsor, Sands, Mordaut, Dacres el lord Pouiviz.' Bien, muy bien! La mayoría Es excelente, ¡Oh! ¿el nombre De Northumberland también? (Tanto mejor: este conde Es amante despreciado; Se vengará de ella.)

Enr.— Cromwell, ¿Qué te parecen los jueces? Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.

Enr.—Que se circulen las órdenes

En el instante; y no olvides

Que vengan aqui Juana, conde. (Váse)

ESCENA II

CROMWELL,

Vuela, navecilla mía Con viento en popa. ¡Qué júbilo! Ha llegado en fin el día Que tanto tiempo anhelé!

Mira ya, reina orgullosa, Cómo este plebeyo misero, Que tú hollaste desdeñosa, Hoy derriba tu poder.

Bajo mi triunfante planta Te mirará el mundo atónito: Así el genio se levanta Ayudado del rencor.

Vamos, nueva soberana, Ocupad el trono espléndido; Mas, cuidado, hermosa Juana! Cuidado, que aqui estoy yo!

Cuánto he trabajado, cuánto! Lady Seymour es tan timida! Fué preciso al ver su llanto, Esforzarme á no reír.

Es tan niña todavia, Tan inocente, tan cándida? Mas con la experiencia mia Será una gran reina, si.

ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD.

ch.—A buscaros he venido
Hasta palacio, milord.

m.—También yo os busco, señor;
Encontraros dicha ha sido,
Y de no haberos hallado
Ciertas gentes que mandé,
Me admiro: acaso....

No sé: Ya nos hemos encontrado: Mi nombre v el de mi hermana Habéis manchado, traidor; Yo sov un hombre de honor, Y ella vuestra soberana. Al rev quejanme no quiero, Porque caballero soy, Y a vengar mi nombre voy Sólo como caballero. En vuestra casa os busqué, De ella hace poco sali: Pensé que estábais aqui, Y por fin os encontre; Y supuesto que inflamáis A quien vale más que vos, Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,
O si para vuestra mengua,
Para vuestra confusión.
Tenéis corto el corazón
Y larga sólo la lengua.
Porque un hombre para hablar
Debe primero saber
Si puede al fin sostener
Lo que quiere aventurar;
Ni vuestra clase elevada,
Nada os podrá garantir.
Porque también sabe herir
En los ministros mi espada.
Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablaremos más despacio:
Ved que ahora estáis en palacio,
De aqui vais à la prisión;
Pero si acaso, después
Que os absuelvan, deseais....

Roch.—; A una prisión l ¿os burláis? Crom.—No, señor, la verdad es;

Pero cuando más un día Estaréis con vuestra hermana, Roch — Esta presa también Ana? Crom. No hace una hora todavia:

Viendo estoy que no sabéis
Lo que en palacio ha pasado:
Toda la escena ha cambiado,
Señor conde, ya lo veis.
Privada de libertad.
A mi pesar, vuestra hermana,
Y una nueva soberana,
Según se dice....

Callad !

lam.—Guardias. Sin duda el infierno, Hombre inicuo, te abortó, O á la tierra te mandó En su cólera el Eterno. (Aparecen en la puerta los guardias.) m.—Os perdono: con razón Habiais, señor conde, asi. ch.—; Huye, apártate de mí, Ministro de maldición! om.—Como minestro, la ley Debo a mi pesar cumplir; Yo la quisiera eludir: Pero así lo manda el rev. Una ocasión vuestro labio En público me ultrajó: Mas no la recuerdo, no, Yo sé olvidar un agravio. Y que, en fin, en realidad Oué venia à ser todo ello? Nada: que yo era plebeyo, Y bien, esa es la verdad. Pero ved, señor, la suerte Qué injusta fué con los dos: Yo estoy junto al trono, v vos

Pero si mi valimiento... h.-; Y lo puedo tolerar! (Quiere sa ar la espada: Cromwell hace una seña los guardias, que lo sujetan.) Vames, flevalme a espirar

Tal vez cercano à la muerte.

En un potro de tormento,
¡Si. del abismo el horror
Prefiro al verte, malvado!
Crom.—Seréis, señor, bien tratado.
Porque sois "hombre de honor."
Roch.—Sólo asi puedes tener
Tanta audacia; si estuviera
Libre yo, temblar te viera
Como cobarde mujer.
Haz que me maten, traidor:
Pues si me librara un día.
Tu sangre no bastaria
Para saciar mi furor.

Aunque muera yo, malvado, Que el cielo por fin cansado... Crom.—Llevadle.

Ni quedar impune creas.

Roch.—

Maldito seas! (Vásc)

ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día; Yo el vuestro sufri con calma; Fortuna es tener una aima... Una alma... como la mía. Es preciso activo ser; Hay mit cosas que arregiar: Una reina que quitar, Otra reina que poner. Pueblo, pueblo, qué lecciones! El rey juega con las leyes, Los ministros con los reyes... Y lo sufren las naciones? (Vase.)

ESCENA V

ISABEL, PRESTON Y UN PAJE.

b.—Decid à S. M. Que de parte de la reina Vengo à verle.

ie.— ¿Vuestro nombre? ib.—Isabel Préston. ¡Oh! quiera, (Váse el paje.)

Quiera el cielo bondadoso
Que la triste Ana Bolena
Recobre el favor de Enrique!
¡Quien de tan duro se precia,
Que al ver á esta hermosa joven
Tan inocente y tan bella
En aquella obscura torre,
Llanto de piedad no vierta?
Tal vez esta triste carta,
Esta carta cuyas letras
Están regadas con llanto,
La gracia del rey le vuelva.
Gran Dios, extiende tu mano;
Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI

EN CIQUE VIII, SABEL PRESION.

Enr.—Lady Préston, bien venida. Isab.—Ojalá que en hora buena Llegase, señor.

De esta carta.

Enr.— Decid, ¿Qué os conduce á mi presencia? Isab.—Permitid que de rodillas Os haga, señor, entrega

Enr.— Levantad.
Isab.—No, gran rey: también mi lengu
Por la verdad, animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta más fuerza.
Enr.—Levantad, os lo suplico.

Isab. –V. M. lo ordena. Enr.—¿Qué carta es ésta? Isab.— ¿Es posible

Que desconozcáis la letra, La letra que en otros dias Hizo palpitar con fuerza Vuestro corazón amante? Abrid la carta, y en ella Veréis el idioma santo Con que la verdad se expresa. Es de vuestra fiel esposa, De la triste Ana Bolena. c,-; Fiel!

(Hincándose.)

Si, señor, yo lo juro
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi existencia,
Por cuanto hay de más sagrado
En el cielo y en la tierra.

T.—Levantaos.

b.--(Levantándose.)

Yo he vivido Ha mucho tiempo con ella: Sus costumbres, sus palabras, Sus acciones más secretas He presenciado, y repito Que es imposible hallar pruebas Del crimen que se le imputa: Que la atroz maledicencia, Y .a envidia y la venganza Por todas partes la cercan. Y, sin embargo, á excepción De una que otra ligereza Excusable, que ni crimen Ni aun falta llamarse pueda, No hal'arán en su conducta Sino verdad y pureza. Por desguacia en todas partes Se alza el odio contra ella, Porque en su nombre, señor, Se han cometido violencias. Cuando el huracán combate A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza
Para tomar su defensa;
Cuando entre prisiones gime
Sin un amigo siquiera,
¿No le tenderéis la mano?
¿En su favor no resuena
Alguna voz en el fondo,
Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Préston, basta; Nada ya que hacer me resta: La cámara va á reunirse; Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.— Basta, digo,
Y á la triste Ana Bolena,
Esto mismo que os he dicho
Repetidle por respuesta.
Guárdeos Dios.

lsab — ; Desventurada!
Ningún recurso le resta:
Sólo Dios le hará justicia.
; Temblad, reyes de la tierra! (Vase

ESCENA VII

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento Turba mi serenidad? ¿Es el amor? ¿ la piedad? ¡Acaso el remordimiento! ¿Puedes juzgar, con razón
Que Ana Bolena es perjura,
Enrique? ¿Quién lo asegura?
Registra tu corazón.
No; tu capricho es la ley,
Hablan sólo tus pasiones,
¡Y hay un Dios que las acciones
Juzgará por fin del rey!
Quisiera salvarte, Ana;
Pero es á mí superior
Este frenético amor...

ESCENA VIII

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR, CROMWELL.

Crom.-Aqui está la hermosa Juana.

Enr.— Llegad, bella Juana, Dejad el temor:

Temeis mi presencia?...

Juana. ; Oh! temerla, no;

Enr.— ¿ Tiemblas, Juana i Qué amable candor; Más hermosa eres Que el brillante sol : Siéntate y escucha Tranquila mi voz.

Juana.—; En vuestra presencia? Enr. — Si, lo mando yo. Crom.—El rey os lo manda, Y es vuestro señor. Juana.—Obedezco.

Enr.— ¡Oh, Juana! De mi corazón Los ocultos senos A mostrarte voy. Joven, yo te amo; Pero esta pasión No es de afecto débil Centella veloz; Es un incurable Frenético ardor: Te amo, como aman Las flores al sol, A la madre el hijo.... ¿Mas qué digo? No, Para lo que siento No hay comparación. Te amo, como ama El ángel á Dios! ¿Ves de esa corona El regio fulgor? ¿Ves ese respeto Que upa gran nación 'Me pributa?; Oh, Juana Por el esplendor De tus ojos bellos Lor trocara yo! Si, por un cayado De humilde pastor Dejara mi cetro,

Si tu corazón
En cambio me daba
Dulcisimo amor!
Respóndeme, Juana,
Responde á mi voz.
uana.—Señor, no merezco....

nrana.—

No digas señor,
Que tú eres mi neina,
Yo tu esclavo soy.
Ha llegado el día
Que el cielo marcó
Para que ocuparas
Un puesto mejor.
De simple vasalla
No es tu condición:
Sube al trono augusto
Que te brindo yo.

sana.--(Levantándose.)

¡Un trono!¡Qué escucho!
¡Un trono!¡Gran Dios!
Siento arder mi frente.
Jamás la ambición,
Jamás, pobre Juana,
En tu pecho entró:
Y ahora... de improviso...
Tal declaración...
Me parece sueño;
No sé dónde estoy.
(A la simplecilla
Le falta valor;

com.— (A la simplecilla Le falta valor; Preciso es que acuda En su auxilio yo.)

Señor, la sorpresa Embarga su voz: Mas tantas bondades Pagará su amor. Oh! mirala, Cromwell: F.nr.— Con su agitación, Sus vagas miradas, Su hermoso color, Parece á mis ojos Celeste visión. Fantástica forma Que un mago invocó: Oh, sueño brillante De dicha y amor! ¿Juana, di, me amas?

Juana. — Pero... si...; Gran Dios!
¡No sé lo que digo!
Crom.—; Lo escucháis, señor?

Os ama.

Enr.— Bien, basta: En otra ocasión Hablarán sus labios Sin tanto rubor.

ESCENA IX

Dichos, UN PAJE.

Paje.—(Anunciando.)
El conde de Northumberland.
Enr. Que pase. (Váse el paje.)
Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto Recibe de mi mano esta sortija. (Se la pone.)

luana.-Gracias, señor.

Enr.— ; Oh Cromwell! mås que

Siento arder en amor el alma mia.

ESCENA X

ENRIQUE VIIL ENRIQUE PFRCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Fnr.—Llegad, mi querido conde: Tengo gran placer de veros, Sabéis que os aprecio.

Percy.-- Yo

Tanta bondad agradezeo; Mas hoy, señor, á quejarme, Y sólo á quejarme vengo.

Enr.- ¿ De quién, conde?

Percy.— De vos mismo. Enr.—¿ De mi mismo? no os entiendo. Percy.—Bien sabéis, señor, que antes

> De subir al trono excelso Vuestra infelice consorte (Que gime hoy en un encierro) Fué mi esposa prometida.

Enr.—Bien lo sé, conde, y sobre esto Quiero, como os dije ya, Ciertas preguntas haceros.

Proseguid

Percy.-Yo amé à esa joven: La amé con tan grande afecto, Que es difícil describirlo. Mas deficil comprenderio; Pues decir que la adoraba, Que ella fué el primer objeto Que encendió en el alma mía De amor el sagrado fuego, Que mi luz eran sus ojos, Su sonrisa mi recreo, Mi cielo su frente pura, Y mi música su acento. Son débiles expresiones De lo que sintió mi pecho: Que hay cosas que no se explicar En el humano dialecto. Sólo en Ana estaba fijo Sin cesar mi ponsamiento, Como en la estrella del Norte Los ojos del marinero: De dia era mi esperanza, Mi ocupación, mi embeleso, Y de noche embellecia Mis dulcísimos ensueños.

Enr.—; Mucho la amabais! Percy.—; Oh! canto,

Que no basto á encarecerlo. Mi alma entonces se gozaba En un porvenir risueño. Que se disipó cual humo A los impulsos del viento: Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempô; Todo, pues en lesa joven Se cifraba mi universo. Se ofuscó la desdichada Con el esplendor del retro. Y por ocupar el solio, Olvidó mi amor sincero: Este amor era tan purò, Tan fino, tan verdadero, Que si perderle sentia, Me consolaba á lo menos La idea de que era un trotto De sus virtudes el premio. Su dicha, señor, su dicha Era mi mayor anhelo, Aunque yo sufriera en cambio Una vida de tormentos. Subió Ana Bolena al trono Entre públicos festejos: Yo, triste y desesperado, Parti para mi destierro. Qué me importaba la corte, Músicas, bašleš y juegos, Si el alma del alma mia Me arrebataron los cielos? Así he vivido, señor, Rogando siempre al Eterno Oue sobre Ana derramase La dulce paz y el contento. Y pensáis que el que la ha amado Oh gran rey! con tal extremo, Pueda tornarse en verdugo? (Saca un papel.)

Al ver este nombramiento
Que de recibir acabo
Para ser juez.... ¡ vive el cielo,
Señor, que toda mi sangre
Senti en mis venas ardiendo!
¿ Pensáis...? Pero no sois vo;
Es el ministro perverso
Que ha dirigido esta trama;
El solo quien ha supuesto
Que Enrique Percy podría
Abrigar un sentimiento
Innoble, y que se prestase
A sus infames deseos.

Enr.— Conde!

Percy.— Si, señor; suponen Que aquel pasado desprecio De mi amor, á la venganza Conduzca mi airado pecho Por Dios que no me conoce Quien tal infamia ha supuesto, Registrense los anales De mi familia, y en ellos Se veran, señor, virtudes, Heroicidad, altos hechos, Y en muchas generaciones No se encontrará un ejemplo De bajeza, ni una mancha Oue empañe su brillo terso. De Northumberland los condes. Nobles siempre v grandes ineron; Y vo que heredé su nombre, También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada Pronta para defenderos: Si es necesaria mi sangre, También, señor, os la ofrezco; Pero mostradme enemigos Dignos de mi noble estuerzo, Empresas grandes mandadme, Que esta mano y este acero Ni subscriben una infamia, Ni hieren al indefenso. Nombrad para juez à otro; Pares hay en vuestro reino, Que con pureza y justicia Desempeñen este empleo, Sin tener para nehusarlo Los motivos que yo tengo. Pero querer que el amante Se convierta en juez severo, Y que en su alma resuciten Antiguos resentimientos, Es pretender que mi nombre Se cubra de oprobio eterno. Dispensadme.

Porque sois, conde, muy recto
Y el triunfo de la justicia
Es lo único que deseo.
Pero dejando esto á lado,
Decid, conde, ¿ en aquel tiempo
Que amasteis á esa infelice,
Hubo acaso de por medio
Esponsales?

Percy.

No, señor;

Fué un solo sencillo afecto;

Ni otro lazo nos unía,

Que um amor puro y sincero.

Enr.—Aceptad, pues, os repito,

Aceptad el nombramiento,

Sed superior á las voces

Del amor; así lo espero...

Este es un servicio, conde,

Que le haréis á todo el rein).

(Váse.)

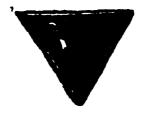
ESCENA XI

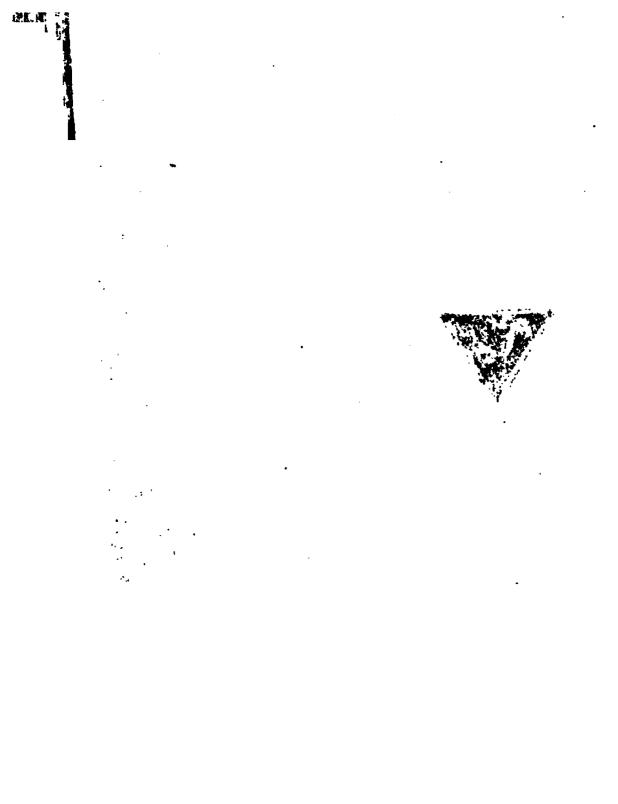
PFRCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fria!
¡Y pudo el rey un momento
Imaginar que su intento
Apoyase la voz mía?
El nombramiento de juez
Acepto, ¡oh desventurada!
La verdad será escuchada,
Y te salvaré tal vez.
Si: será tu defensor
El mismo á quien despreciaste:
Hoy que del trono bajaste,
Hoy te sostendrá mi amor.
¡Ah! si te puedo salvar.
Si hago respetar la ley,
Aprenda de mi ese rey

Como se debe portar.

No me importa su furor;
Adule otro con bajeza;
Yo perderé mi cabeza,
Pero salvaré mi honor.







ACTO CUARTO.

LA SENTENCIA.

ran sala en la Torre, llamada "Sala del rey." En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I

CROMWELL.

Cromwell, unas horas más, Y tu obra será completa: Ya de los gentileshombres Se pronunció la sentencia. ¡Muerte!; Gran Dios! Esta sangre

iai vez sobre mi cabeza Caerá! Tiemblo, à pesar mio. A mi pesar se apodera Cierta inquietud de mi alma.... Pero no; vanas quimeras, La fortuna se declara Por mi: cada instante aumenta Mi valimiento en la corte. Pronto esa orgullosa reina. Aqui mismo en esta sala Escuchará su sentencia. La cámara va a reunirse; Esa soberana nueva Me debera su fortuna: Cuando en el trono se vea, No puede olvidarse...; ah! si, Si, no será la primera Que los servicios pasados Desconozca en la opulencia. La suerte de un favorito Suele ser tan pasajera! Voiseo también gozaba Una privanza completa: También como á mi del polvo El rey lo elevó á otra esfera, Y cavó al fin. Ese Enrique Tan inconstante se muestra En mujeres v en ministros, Que vivir temiendo es fuerza. Animo, Cromwell! De otros Te servirtà la experiencia, Y de la fortuna instable Tal vez fijará la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PER Y.

Percy. Os buscaba. ¿ Vos, señor? Croam. --¿En qué puedo yo serviros? Percy.—Cosas tengo que deciros De alta importancia, milord. Croin.—(Tiene un aire de grandeza, Una superioridad.....) Percy.—Hablaré con claridad, Ya conoceis mi franqueza; La misma espero de vos: Solos estamos aqui. aMe conoceis, conde? Crom. Si. Percy.-Nos conocemos los dos. Ocupais hoy un lugar, Sin duda muy elevado;

cy.—Nos conocemos los dos.

Ocupais hoy un lugar,
Sin duda muy elevado;
Mas no al ministro de estado,
Sino à Cromwell quiero hablar;
A Cromwell! ya me entendeis.
No sois un necio, milord,
Y al través del esplendor
Que os circunda os conoceis.
Esa efimera grandeza
En que os hallais, es prestada;
Vos salisteis de la nada.....

Crom.-; Yol

Percy.—Perdonad mi franqueza. La posición en que os veis Acaso no es duradera, Y de la misma manera Oue subisteis, bajareis; Porque de un rey el favor Es sombra que pronto huye, Débil flor que se destruye Al vientecilio menor. Hombres de antigua nobleza El favor han obtenido, Y, sin embargo, han perdido El favior y la cabeza. Asi, Cromwell, no podeis Sobre esta verdad cegaros, Y otros bienes procuraros Para este caso debeis. Porque hablando con verdad, Esas palabras, milord, De patriotismo y honor, Nada son en realidad Para vos, y apreciareis En más un rico diamante, Que esa placa desiumbrante Que sobre el pecho teneis. Crom. — Me insultais?

Percy.—
No, conde, no No, conde, no No tenemos un testigo,
Os hablo como un amigo;
Ni soy indiscreto yo:
Hablad con Tranqueza, pues,
Para que nos entendamos:
Todos, Cromwell, procuramos

Nuestro privado interés, En público no hablaremos De esta manera jamas, Pero es comedia no más Lo que ante el publico hacomos. Grande riqueza teners; Pero muy mai adquarida, Y en caso de una caida, Vuestros bienes perdereis. Vos debeis, Cromwell, buscar Para este caso un amigo.

Trem.—Si.

Percy. Podeis contar conmigo, Si me quoreis ayudar. No perdais esta ocasión: Además de mi amistal. De mis bienes la mitad (Saca un papel.) Ved en esta donación. Vuestra será si quereis. From -- ¿Con qué condicion, señor, Debo obtener tal favor: Espero que os expliqueis.

rey.—Cromwell, tomad el partido De la reina.

; No, jamás! ercy.—Os daré mil veces mas De lo que os tengo ofrecido. Ya conoceis mi opulencia, Vuestra sera desde hos; Todos mis bienes os dos Si defenders la mocencia, Cromwell, Cromwell, bien sabeis

Calderon, 66

Que no es Ana criminal; Decidlo en el tribunal. Y grande y rico sereis. Pero decidlo; por Dios, Salvad á esa desgraciada.

Crom.—No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscais la franqueza,
Os descubro el alma mia:
Por perder á Ana, daría
Mis bienes y mi cabeza.

Percy.--; Qué escucho!

Cioni. No hay esperanza.

Percy.— Me ciega la ira: Barbaro! ¿quién os inspira Tanto rencor?

¡La venganza! Crom.-Esa reina y sus parientes Mi destrucción meditaban. En público me ultrajaban Con sus leniguas maldicientes: Toda la corte reia Al ver mi ridiculez: Pues bien, ya llegó mi vez; Yo aprovecharé mi dia. Era una lucha, señor: Si yo la hubiese perdido. Tal vez no se hubiera oído Una voz en mi favor. Como un perro hubiera muerto. De todos menospreciado: Pero, señor, he triunfado.

Me aproveoharé por cierto.

Percy. Reflexionadlo: yo espero
Que mudareis de opinión.

Croni.—No: nu etenna salvación

Percy.—, Hombre barbaro y criiel,

Hombre de sangre y horror! Tú provocas mi furor! Guardate, înfeliz, de él! Tu soberbia aniquilada, Tu odioso nombre en olvido, Y tú á polvo reducido Quedarás si alzo mi espada. pues prefieres así Mi furor à mi amistad, Tiembla! Ya la eternidad Se está abriedo para ti, La sangre que se derrama Por tu culpa, se alzará, Y tus huesos quemará Como abrasadora llama: La cólera del Eterno Caeria sobre ti, malviado, Y allá en su seno abrasado Te recibirá el infiermo.

Crom.—No extraño vuestro furor:
Si en mi poder estuviera....
Percy —: Y no te veré saquiera,
Trista objeto de mi amor?

Triste objeto de mi amor? Crom.—(Esa rica donación,

; Cómo dejarla escapar!) Percy.—(Ana. por ti a suplicar Me abato en esta ocasión.)

Cromwell, debeis dispensar Mi funesto frenesi, Tened compasión de mi, ¿ No sabeis lo que es amar? Os suplico por el cielo, Ya que tanto os obstinais, Que al menos me concedais Dar à esa infeliz consuelo. Para entrar à su prision Dadme una orden, os lo pido Con llanto y agradecido Os ce lo esta donación. (Se la da.) Tomadia: no me la c'eis, Cromwell, no me la volvais. La orden, la orden, ¿me la dais? Com.—No sov mármol, la obtendreis. Percy.- Gracias, gracias! Ana mia. Mia la desgracia te ha hecho. Yo te estrecharé à este pecho. Que tú rompiste algún dia. Yo suspiraré contigo, Yo recibiré tu llanto. Consolaran tu quebranto Las lágrimas de un amigo. Crom.—Los pares van à lleger; Moderad vuestro dolor. Percy. Triste objeto de mi amor. ¿Y no te podré salvar? Tormento, tormento atroz! Mundo injusto, mundo impio! La hora va à llegar, ¡Dios mio! Dale elocuencia á mi voz.

ESCENA III

Dich is, Et. DUQUE DE NORFOLK.

(Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.)

or.—Guárdeos Dios: señor conde, Mucho me complazco en veros. Hace tiempo que en la corte No habitais, Enrique.

Me disgusta tanto el mundo,

Que he preferido el destierro.

Vor.--; Tan joven!

Duque de Norffolk, erev.--Desde los años primeros De mi existencia, he probado El cáliz del sufrimiento. Duicisimas ilusiones Me halagaron en un tiempo: Pero pasaron, pasaron Tan rápidas como el viento. Un destino inexorable Vino con mano de hierro A romper mis esperanzas, A despertarme del sueño. Mis ojos vieron entoncos, En su aspecto verdadero Dei mundo las ilusiones, Y su falsedad huyendo

En mis tierras he vividos Donde no miro á lo menos, La perfidia y las maldades De que la corte es el centro. Nor.-Joven, de vuestra familia, Sois el único heredero:

La gloria debe animaros. Percy.—¿La gloria, señor? ¡Es ciertol'

Yo probaré que soy digmo Del nombre de mis abuelos. El valor y la justicia Siempre de mi casa fueron Las principales vintudes: Yo las tendré, lo prometo: Animado de la gloria Haré escuchar mis acentos En favor del desgraciado. Me vereis, duque, muy presto Desafiar los furores

De un rey irritado y ciego.

Nor.—Qué decis?

Que no es culpable Perev.— Ana Bolena. Yo espero Que vos también, señor duque, Unireis vuestros esfuerzos A los mios, v salvarla Acaso conseguiremos.

Nor.—¿Salvarla, milord? ¡salvarla! ¿Estais en vos? ¡Vive el cielo, Que no será! Por lo mismo Que es mi parienta, deseo Que lave su sangre impura La deshoura que ha cubierto.

El nombre de mi familia. Sepa, conde, el mundo entero, Que inflexible en la justicia, Fui superior al afecto.

Percy.—El crimen no está probado, Señor.

Nor.— Uno de los reos Ha confesado.

Percy.— ; Qué escucho! Nor.—No lo dudeis, conde: Sméton Lo ha dicho todo.

Percy.—; Imposible!

Nor.—; Yo, señor conde, no miento!

Mi cabeza ha emblanquecido

En la virtud; más respeto

Se me debe.

Percy.— Yo no digo

Que mintais; pero sostengo

Que estais engañado, duque.

Esa confesión de Sméton

Será del infame Cromwell

Algún artificio nuevo.

La promesa de salvarle

La vida, tal vez lo ha hecho

Decir cosas que no existen.

Nor — Bien: ha Berrado el momente

Nor.—Bien: ha Begado el momento
De decidirlo: ya el número
De pares está completo.
Ana Bolena bien pronto
Aparecerá: la oiremos.

Percy.—; Tú que erres verdad y vida, Salva a la virtud. Dios bueno! Nor.—; Hola! pónganse las guardias. Nuestras sillas ocupemos. Crom.—(A un par).

No olvideis, milord, lo dicho.

(A otro).

Contad con aquel empleo.

(A otro).

El rey es muy generoso, Y está de vos muy contento.

(Ocupan todos sus asientos sobre el ba laustrado; se abre la puerta grande de salon; se colocan centinelas en ella, 24 como en los extremos de la sala.) Nor.—Abrase la sesión. Ilustres pares, Ya el motivo sabeis que os ha reunido Ana Bolena, reina de Inglaterra, Se encuentra hoy acusada del delito Espantoso y terrible de adulterio: El lustre del Estado, el puro brillo De la corona, la moral sagrada, El nombre de Inglaterra, el honor mismo De vosotros, Milores, se interesa En que probado el crimen, sin castigo No quede, con escándalo del mundo, Cada uno de vosotros habra visto La causa, con la calma y la prudencia Oue exige el caso: oigamos al ministro: Después à la acusada, y vuestros votos Recibiré por fin. ; Ilustres hijos De Inglaterral (que el cielo os aconsejel Obrad sin prevención. Hable el ministro. Crom.—Dolleroso es. Milores, en tal caus Sci el acusador, el lablo mío No sé si articular podrá las voces Que por orden del rey debo deciros.

Fisa reina es tan bella, tan graciosa,
Tiene en torno de si tal atractivo,
Que parece imposible que su alma
Haya sido capaz de tal delito.
Asi el rey lo juzgaba: mucho tiempo
Hace que con prudencia y con sigilo
Sigue los pasos de su infiel esposa.
La noble alma de Enrique no ha querido
Obrar con ligereza; él adoraba
A esa infeliz mujer: yo era testigo
Del amor que el monarca le tenia.
Un esposo jamás hubo tan fino
Como Enrique lo fué. Pruebas muy gran(des.

Pruebas irrefragables del delito Man sido necesarias á irritarlo. Enrique, largo tiempo los oídos Cerró à la acusación; pero en la corte Con escándalo grande, en mil corrillos Se murmuraba ya de su clemencia. indagar el origen fué preciso, De estas habillas, y encontró las pruebas. En la causa, milores, habreis visto arias declaraciones, que contestes Prueban los vehementisimos indicios De! crimen de la reina, y finalmente, Mirad este retrato y este amillo Por el rev mismo à Sméton arrancados. Ellos prueban, milores, el cariño Due à su paje tenia Ama Bolena. El mismo Sméton francamente ha dicho For su propla conciencia estimulado, Oue de la reina fué correspondido.

Percy.--; Y esa declaración dónde se en

Crohn.—La retractó al montento, sedució Por agentes tal vez de Ana Bolena. Mi narración, milores, he concluido: Decidid este asunto: el rey espera De vuestra rectitud un fallo digno. Percy.—Nobles pares, oid: la verdad santa La verdad sola dicta mis acentos. Ana Bolema tiene acusadores. Pero no un dissensor de sus derechos. Examinad con rectitud la causa. Examinadla, jueces; que ni el miedo. Ni la lisonja vil, en vuestras almas Influyan en tan critico momento. Aquel que tenga una alma tan mezquina Oue la verdad sagnada conociendo Tema irritar al rey, y la justicia Tuerza tal vez por tan innoble miedo. Deje la vestidura respetable, Y desocupe el elevado asiento. Que vo no temo al rev ni à sus ministres Sólo la infamia y la vergiienza temo-¿Chúles las pruebas son de este delito Que en la reina suponem? Yo no veo Sino sospechas, v sospechas vagas, Calumnia y nada más he aquí el process Oué dicen los testigos? que la han viste Reir con Waston, elogiar à Smeton, One al caer en Greenwich el bravo Neme Echó sobre él la reina su pañuelo: Que han visto algunas veces á su herma (rio

funto á la cabecera de su lecho. Grandes pruebas, por Dios! Oue el rev habó de Sméton en el cuello, Y esa sortija de que tanto alarde Ha hecho el ministro, son los documentos Que prueban el delito? ¿Desde cuándo Es vedado á uma reina dar en premio Una sortija suya, estimulando De algún poeta ó músico el talento? Si esta acción un motivo menos noble Cenido hubiese, hiciérala en secreto, No ante toda su corte, que el delito La soledad procura y el silencio. Y ese retrato?.....Fuerza es confesarlo: El rey tiene un bajísimo concepto De los nobles Ingleses que me escuchan, Si alegar quiere como prueba este hecho. Si sin su aprobación se le retrata, O con ella también, ¿qué prueba esto? Dése una nueva ley, y en adelante Lleve siempre la reina con un velo Cubiertas sus facciones, ; Ah, milores! Y estas las pruebas son? ; viven los cie-(los i

Que si por esta acusación se juzga sin agregar mejores fundamentos, La sangre de esa victima infelice Taera sobre vosotros, y el Eterno Terrible cuenta os tomará algun día, jueces, temed su tribunal tremendo; femed el deshonor de vuestro nombre; Temed la excecración del universo. Nor.—Que se presente al punto la acusada Y lo que tenga que decir obremos Para fallar mejor: vos entretanto Las suertes repartid. Percy.— ; Piadoso cielo, Qué horrible situación! Dignate danne Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV

Dichos, ANA BOLENA.

(Que aparece soguida de sus damas, entra las que están Lady Seymour é Isabel Préston; Ana vestida de negro y cuberta con un velo megro.)

Nor.—Llegad, señora: ya el crimen De que os acusan sabeis.

Ana. Si, señor.

Nor.— Los nobles pares
Que ha comisionado el rey
Para juzgaros, os oven:
Si defenderos quereis.
Hablad; pero hablad, señora,
Con candor y buena fe;
De este modo el soberano
Os perdonará tal vez.

Ana.—¿Perdonar? ¿De qué delito?
Si por crimen entendeis,
Milores, leves indicios
Contra el texto de la ley
Y sospechas infundadas

Que à pesar del interés Que en perder se haya tenido A esta infelice mujer, Nada prueban: si es acaso Un crimien alegre ser: Si reir es un delito, Si amar à su hermano lo es, Yo soy crminal sin duda, Y no me avergonzaré De confesar estas faltas, Si por faltas las teneis. ¿Pero esto prueba, malores, Que esta desgraciada fué Reo del crimen espantoso De adulterio? ¡Eterno Sér! Esta acusación horrible Es sin duda mas criiel Oue el suplicio. Nobles pares, En vuestra mano teneis Mi suerte: como os agrade De mi vida disponed. Pero por el cielo os juro, For laque! Supremo Juez, Ante quien todos nosotros Debemos coimpainecier: Por mi vida v por mi alma, Os juro que no manché Mi honor; que nunca un esposo Tuvo una esposa más fiel. Esta es la verdad, milores. Nor.—; Ese anillo conoceis? Ana.—Era mro: la habilidad De Smeton con el premie

Públicamente.

Nor.— Sin duda Reconocereis también Ese retrato.

Ana. Es el mio. ¿Acaso es delito ser.

Sin saberlo, retratada? Ni ann sabiénd lo lo es.

Nor.—Sméton ha comlesado Que correspondido fué Por vos, señora.

Mintió. Anat--Y se retractó después. Norris, Bréreton y Wa**ston**, Han sabido sostener La verdad, y aunque el perdón Se les ofrece tal vez Por premio de la calumnia. Quieren antes perecer Que subscribir à la infamia. Milores, hay otro luez. Que es superior á vosotros: Si vuestro fallo criiel Mancha mi nombre, algún día Conmigo aparecereis Ante su eterna justicia, Jueces, apelo ante él: Resentimientos injustos Del señor conde de Essex. Que ha jurado mi riima : Nuevos amores del rey, He aqui mi crimen, ; oh pares! Condenadme si quereis: Me resigno, y os perdono.

Dios os juzgue.

Nor.— ¿ No teneis

Más que decir?

Ana.— Si, milores,

Que también perdono al rey.

Nor.—Salid, señora.

Ana.— Gran Dios,

Que el fondo del alma ves, Tú mi inocencia conoces; Dígnate, ¡oh Dios! sostener A esta desdichada. ¡Oh Cromwell! Yo te perdono también.

ESCENA V.

Dichos, menos ANA BOLENA Y SUS DAMAS

Nor.—Sentenciald, joh nobles pares!

(Toca la campanilla, y aparece un paje.)

Los votos ya recoged.

(Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk)

Percy.—; Dios mío! ¡ Qué agitación!

¡Ana, cuál será tu suerte!

Nor.—(Vaciando la urna, en que aparecen muchas bolas negras con algunas blancas).

He aquí la sentencia.

Percy.— ;; Muerte!!

(Cae en uma silla.)

Nor.—Se levanta la sesión.

(Se levantan todos.)

Percy.—Saciad. bárbaros, saciad Vuestra furia: hollad la ley,

No:

Doblad la rodilla al rey, Sus pasiones adulad. Nor.—Reportaos, conde.

Nor.—Reportaos, conde. Percy.—

Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.— De su aflicción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Sí, vamos.

Percy.— Cromwell, cid. Cromwell, imaldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el domitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesas)

No dormir, no descansar! Tener fijo el pensamiento En este horrible momento Que no se puede olvidar!

Calderon -- 1-

Nada tengu que esperar De este mundo, y todavia Existe en el elma mia 🧈 La esperanza, ¡Hija del cielo! Tu eres mi último consuelo. Tú mi sola compañia. Moring morin Es tan dura Esta palabra! Dios mio! Siento al pronunciarla un frio! Contiene la amargura! ¿Conque pronto esta her nosura, A quien Londres admiraba, Oue el cetro de cro empuñaba, S ra en polvo convertida? Le diré adiós à la vida Cuando todo me halagaba? Espantosa situación! Siento mi frente abrasada, Siento aqui una mano helada Que me abruma el corazón: Oh jueces! por compasión No me debeis descubrir Mi sentencia, si á vivir No me destina la suerte, Que esperar la horrible muerte Es muchas veces morir. Ay! morir es descansar: Por qué tenner tal mi mento? No sé; pero es un tormento Si se tiene que esperar. Y te atreves à quejar De tu suerte, Ana Bolena? Sufre tú la misma pena

Que otros por ti habran sufrido:
Tomás Morrus, tu gemido
Hoy en mis oidos truena.
¡Piedad, piedad, Dios de amor!
Pordona a esta desgraciada:
Mirame á tus pies postrada,
Compadece mi dolor. (Ruido dentro)
Llega alguno: ¡qué temblor!
Acaso el verdugo....si:
Aqui está mi cuello, aqui;
Mas no me hagais palecer.
Soy una débil mujer,
Tened compasión de mi.
cubre el rostro con las manos, y queda
algunos momentos,)

ESCENA II.

ANA, Sir WILLIAMS KINSTON.

Sin amigos, sin consuelo!
¡Cambio espantoso! Del trono
Bajar al horrible seno
De esta prisión: la infelice
No sabe del parlamento
La decisión: todavía
Acaso late su seno.
Animado de esperanza.
Yo, vo soy el mensajero
De su sentencia: ¡Dios mio!
Dame para verla esfuerzo.

Ana.—; Ah! ¿sois vos. Kinston?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrama; si acaso....
Hablad: ese aire funesto...
Ese silencio, ¡Dios mío!
Todo lo adivino, ¡cielos!
¿Conque ya no hay esperanza?

Kin.-Nu, señora,

Ana.— ; Oh Sér Supremo!
Sostén la flaqueza mia,
Animame; yo fallezco.

Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El caliz de los dolores.
¡Muerte! ¡muerte! La merezco.
No por lo que se me imputa;
Otros crimenes horrendos
Se han cometido en mi mombre;
No los evité pudiendo....
Los autoricé. Decidme,
¿Ocupahais ya el empleo
De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomas Morrus?

Kin.—Si, señora, ¡Qué recuerdos! Ana.— Los visteis? Kin.—

Ana — ; Desgraciado Kinston, ¿no es verdad que debo Ocupar el mismo sitio Que antes ocuparon ellos? ; Dios es justo! Amigo mio.

No podré ver à lo menos
A mi hija, à mi triste padre,
A mi hermano, à estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mi serà un consuelo
Su presencia. ¡Oh! no es posible
Deciros lo que padezco;
¿Los podré ver?

in.— No, señora;
El rey lo ha prohibido. Tengo
Ordenes tan terminantes,
Que nadie puede à los reos
Ver, sur firma del ministro.

Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En expiación Sir Kinston,
Decid, ¿cuantas horas tengo
Que vivir aún?

- Señora,

Menos de doce.

Tan corto! Mi buen amigo,
¿Es el verdugo ntuy diestro?
Yo necesito tan poco
Para morír; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe más pequeño,
¿No es verdad, Kinston?

Por Dios, No me hableis así, os lo ruego, Me olvidaba de un encargo, Señora; un servidor vuestro Que está preso en esta Torre Quiere hablaros un momento. Si lo permitis, al punto Le vereis.

Ana.— Kin.— ¿Quién es? Smétor

Ana.—; Sméton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi mombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, sir Kinston, desco
En mis últimos instantes
Toner otros pensamientos.

Kin. -El mis pasos ha seguido:
; Si vierais con unanto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere murir perdonado.
Si, llegad, llegad, Sméton.

ESCENA III.

Dichos, SMETON

SMETON (se precipita à los pies de rema.)

Señora, miradme aqui, En mis lágrimas bañado: Quiero morir perdonado, Cuánto, cuánto os ofendi! Oh! perdonad mi flaqueza! Pendonadme, reina mía, Si manchó mi lengua impía Vuestra celestial pureza. Yo me arrepenti....

; Traidor l Os arrepentisteis tarde: Vos me amabais, ; alli cobarde l No conuceis el anter. Y piensan que á mi deber Por vos hubiera faltado? Ah! si á un hombre hubiese amado, Más hombre habia de ser, Tomad lección de firmeza De mis otros servidores: Ellos no serán traidores Por libertar su cabeza. A vos reservada estaba Esta vergonzosa acción. Y es tan débil corazón, Quien de amarme se jactaba? ¿Como en mi presencia es veis Sin espirar de rubor? Hombre vil y sin honor, Dejadme, no me insulteis! méton.—; Perdón, señora, por Dios, O espiraré à vuestros pies! Si grande mi culpa ca, Mucho más grande sois vos. .—Si, señora, perdonad. a —Me olvidaba donde estov, Y que a comparecer voy Muy pronto á la eternidad. Yo os perdono, ; desgraciado!

Cuanto mai me hicistess vos: Perdone mis culpas Dius. Como yo os be perdonado. Sméron, ..., Ah señora : 3 es verdad One obvidais la falta mia? Es hasta el ultimo dia La miema vuestra bondad. Ya late mi corazon Mas tranquilo: va la muerte No me es tan dara y mi suerté Suiro con resignación. Angel pura, ¿así pagais Tanto misi con tassito bien? Ohl cowen os iguala, quién? ¿Y per mi culpa l'orais? Oue debil, que ingrato fuil Y, sin embargo, señora, Vuestra imagen sethiciora Era todo para mi. Un instante de temor..... Temor infame! Yo diera Mil vidas si las tuviera. Por olvidar este error. Ana.—, Pobre Sméton! Sméton. -; Derramais Lágrimas de compasión? Oh cuánto á mi corazón, Cuanto bien le procurais! "; Pobre Sméton!" ¡Qué palabra! Repetidla todavia, Y luego la suerte impia, El abismo á mis pies abra. "; Pobre Sméton!" ; Pobre, si,

Muy pobre, muy desgraciado!

De una fiebre devorado,

Siempre gimiendo vivi.

Ana.—Basta, Smeton; olvidar

Debeis ya lo que pasó:

Ya nuestra hora sonó;

En Dios debemos pensar.

Km.—Es tiempo ya de partir.

Sméton.—Por el cielo soberano

Dadme á besar vuestra mano.

Ana.—Adiós.

Sméton.—Ya puedo morir.

(Vásse y Kinston.)

ESCENA IV.

ANA BOLENA

Corre el tiempo presuroso,
La noche se acerca ya.
¡ Qué pensamiento espantoso!
Ya tu luz ; oli sol hermoso!
Para mi no brillarà!
Si, brillarà todavia,
Pero por última vez,
En la hora de la agonia,
En que vuele el alma mía
Ante su terrible juez.
Poco tengo que vivir....
Unas horas ; oli dolor!
¡ Morir tan joven, morir!
¡ Ah! yo no puedo sulrir

Calderón. -- 49

Esta idea de terror.
Tú sólo, Dios de piedad,
Eres la vida y la iuz.
Ah l es tanta mi maldad,
Que ni á implorar tu bondad
Me atrevo al pie de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.--Ana. ¿Quién es? Ana.— Percy. a Desconoceis, acaso La voz que un tiempo os halagó el oido? Ana.—: Sois vos, Percy? Percy.— Yo sov, y que he venid A veros, Ana, en la hora del dolor. Ana.—¿Vos, cuyo nombre en esa lista vel Vos mi puez? Percy.— Vuestro juez? no, vuestro amigu Ya no me conoceis? Dios es testigo De que he sufrido tanto como vos: Nombróme el rey porque tal vez pensali Oue una venganza vil fuese mi guia. Yo acepté por salvaros; la voz mía Despreciando los riesgos esforcé. Y vos pensáis que el que os amó tan fino El que por vos perdiera su existencia. Pudo firmar la barbara sentencia? Ana, ; qué mal, qué mal me conoceis! Ana. - Pency, ; es posible? ; Percy, à quel fun di

Vuestra noble conducta me anonada; Miradme aquí cubierta de rubor; Digna no soy de afecto tan subirme, Abandonadme á mi espantosa suerte. Percy.—Jamás, Ana, jamás: la misma (muerte

Entibiar no podrá mi corazón. Cuando sentada en el augusto trono le circundaba el fausto y la alegría; Disando en torno de ti todo reia, lamás con quejas tu placer turbé. (o triste y solo en fatigosa vida, doras pasé de amargo desconsuelo; iempre invocando en tu favor al cielo; Llorando siempre mi perdido bien, loy, que tu ducha se trocó en tormento, tanto bien en horrido quebranto; aqui està Enrique; enjugarà tu llanto: l'u l'anto es mio, si tu dicha no. ana -: Ye no merezco tu piedad, Enrique! Oué crimanal, qué criminal he sido! Il llanto que mis ojos han vertido No aplacará la cólera de Dius. Ay! all entrar en esta horrible Torre, for esos calabozos he pasado De Morrus y Rochester, he temblado. Le pareció escuchar su maldición. us sombras contra mi se alzan airadas. si à los pies de Dios me precipito, tarece que oigo un espantoso grito: No hay para u misericordia, no!! de mis linesos se apodera un frio

Oue hasta en mi corazón mi sangre hie's Siento mi frente arder, y rodo vuela En torno mio en vértigo fatal. Y mil recuendos en tropel confuso Hierven tal vez en mi extraviada mente: Lo pasado se mezcla á lo presente Sin poder lus objetos separar. Miro un cadalso, un cetro, una diadenta, Y una frente con sangre á un tiempo mis

Un alto trono, un espantoso abismo, Un regio manto, un misero ataúd. Ay! porque nada falte á mi desgracia. Mi razón perderé.

Percy.— (Calla, infelice!
Aiza tus ojos, ¿Qué, nada te dice
Alquel Dios que por ti murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu nazón, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.
Ana.—; Recuerdas la canción que me can

Fn el país de Kent?; con qué ternura!; Yo era entonces tan cándida, tan pura! Percy—; Qué recuerdos, gran Dios! Ana.— Aqui, aqui están, Parece que despierto de un gran sueño. Sueño brillante á un tiempo y espantoso! Y que vuelvo á encontrar aquel reposo. Aquella dulce paz que antes gocé En mi sueño también me parecía Que era en brillantes hímnos celebrada;

Pero que puede compararse, ; nada! Con lo que tú cantabas a mis pies? Ni el meienso que mandan à los reyes, Con aquellos gratismos olores Que despedian las hermosas flores Con que ornabas mi frente virginal. You era entonces hermosa: cuando el aura De mi semblante separaba el velo, ¿ Ves, me decias, ese hermoso cielo? No puede compararse à tu beldad. Percy.—(; Infeliz!; A lo menos un instante Roban à su dolor las illusiones! : Joven desventurada!) Estos salones Ana.— Son de un palacio: vámonos de aqui. No, no; son las paredes de una Torre. De la Torre de Londres; desdichada! Estoy à muerte, à muerte condenada, Y mañana, ; gran Dios! voy á morir. Percy.—(Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla! Al rey veré, y acaso todavía 🗼 Esa sentencia revocar podria. Yo me siento inspirado. Le veré.) Calma tu agitación, Ana querida, Abre tu corazón á la esperanza, Deposita en mi amor tu confianza, Procuraré salivarte: veré al rev. Ana. - Será inútil, Enrique, necesaria A sus nuevos amores es mi muerte; Va resignada esperaré mi suerte: Más tranquila estoy ya oun in perdón. Ora por mi: por tu virtud acaso, Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento Del sacrificio me dará valor !Cuánto agradezco tu bondad, Enrique! Por ti solo tal vez seré llorada, Y en mi tumba de todos despreciada, Vendrás á orar, amigo, alguna vez. Oué mjusta fui contigo! ; Tu me amabas Cómo conozco ahora tu ternura! Y tu alma franca, generosa, pura, A consolar viene hory a esta infeliz! Percy—; Oh si mi sangre por la tuya dieral Ana.-No, vive, vive, pues vivir merecel Y a Dios por mi dirigiras tus preces; Nunca se olvide tu piedad de mi. Nada tengo que darte: ha poco tiempo Oue estaba de riquezas circundada: H v me hallo pobre, sola, despreciada. N. un anillo que darte me quedó. Guarda ese crucifijo en mu memoria: En el esta la fecha en que he nacido: Tú grabaras aquella en que ha salido Esta Infeliz del mundo engañador. Ya no vere a mi henmano, ni à mi padre N. á mi hija, ; oh Dios! á esta hija idola-

Aquí à tus pies en lágrimas bañada
Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.
Percy.—; Levántate, por Dios!
Ana.—
Amigo mío.
Bendito seas por tu gran clemencia.
Tú, só o tú conoces mi inocencia.
Lubra de infamia á esta infeliz mujer.

ESCENA VI.

Dichos, KINSTON

Kin.—Perdonald, si á pesar mio Vengo á deciros, señor, Que es hora de retiraros.

Ana.—; Ay! va el momento llegó
De perder cuantos objetos
Aliviaban mi dolor.

Percy.—No perdais la confianza;
Todavia espero yo,
Con el ruego (ó con el oro)
Sacaros de esta prisión.
Veré al rey: el cielo acaso
Dará poder á mi voz.
Mostraos, ; oh reina! digna
Del rango á que os destinó
El Eterno: El fortifique,
Señora, virestro valor.

Ana — Nada espero, nada, Percy;
Pero en este corazón
Grabadas vuestras bondades
Estarán, y vuestro amor.
Adiós, mi mejor amago,
Mi ángel tutelar, adiós.

Percy. Nos veremos todavia.

Ana.—En este mundo ya no.

Percy.—Lo espero, sí, nos veremos.

Ana.—En la eternidad.... ¡¡Adiós!!

SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Fnr.—¿ Qué falta, Cromwell?
Crom.— Seffor,
Vuestras ordenes siguiendo.

El conde Rochford y Norris, Waston, Bréreton y Sméton, Han sido decapitados

Dentro de la Torre.

Enr.— Bueno.

¿Y esa mujer?

Crom. - Ya está todo
Para el suplicio dispuesto.
Hice venir al vendugo
De Calé, que es el más diestro.
Porque la pobre señora

Tenga que padecer menos. Enr.—; Eres muy piadoso, Cromwell! ; Y te negarán tus émulos

Esta virtud!

Crom.— Es el mundo Siempre muy injusto.

Err.— Cierto.

Aquel otro documento Que esperaba.

rom.—

or.— ¿Cuál?

Del primado, cuyo objeto
Es anular vuestro enlace
Con Ana Bolena: vedlo;
Se funda la decisión
En que contrajo en un tiempo
Ana Bolena esponsales
Con Enrique Percy.

Creo
Que esta decisión no agrade

A ese bravo caballero;
Pero a mi me importa: ¡bien!
Pon allí ese documento.
¡Qué te parece del drama
Que representamos?

Pienso
Que está cerca el desenlace.

—Debe terminarse presto.

¿No tendrá segunda parte?

¿Un ministro, no es un bello
Personaje?

n.— Sí, señor,
Con tal que el drama funesto
Con su muerte no termine:
Y mejor fuera por cierto
No ejecutar ya más dramas
Trágicos,

En este bas hecho
Un papel muy distinguido

Cald-res - 60

El fallo

Crom.—Sin embargo, ya deseo

Que acabe.

Enr.— Cuidado, Cromwell,
No sea que en un dia de estos
Haya otro drama, llamado:
"Muerte de un ministro."

Crom. - Espero Que no lo habrá, porque nunca

Será el ministro indiscreto. Enr.—Está bien; pero va es tarde, Y muchas cosas tenemos One hacer hoy, Haz que apresuren Esa ejecución, y luego Que se arreglen esos trajes De hodar que esté dispuesto El altar para mañana, Pues manana mismo quiero Unirme à Lady Seymour. Que haya un aparato regio: Músicas, bailes, convites, Espectáculos y fuegos: Que la nueva soberana Todo lo encuentre risueño Y hermoso cual su semblante.

Crem.—Sereis, señor, satisfecho.
Enr. -; Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa mujer? Es precisa
Una señal.

Crom.— El monrento
De su muerte un cañonazo
Os lo hará saber.

Enr.— Entiendo.

¡Oh mi antiguo Y buen servidor! ¿Qué nuevas Os traen por estos sittos? ¿Venis á darme las gracias Tal vez, porque compasivo. De vuestra querida Torre Cinco huéspedes os quito? Hablad.

Kin.— Vuiestra augusta esposa.... Fnr.—¿ Cuál de ellas i porque he tenido Dos, y espero que mañana

Otra ha de ocupar el sitio.

Kin.—La infeliz Ana Bolena,

Que en este momento mismo,

Vuestra voluntad cumphendo,

Camina para el suplicio,

Me ha encargado que os trajese

Con sus ultimos suspiros

Un triste mensaje.

Enr.— ¿ Cuál? Kón.—Dejadme para decirlo, hacer lo que me mandó. (Hinca una rodilla.)

Enr.-¿ Qué haceis?

Kin.— La rema me ha dicho:
"De rodillas ante el rey
Postraos, mi buen amigo.

Y decidle que si acaso
Alguna vez á su oido
Fueron dulces mis palabras.
Si un resto, no de carlifo,
Sino de piedad, conserva,
Por acaso en favor mio,
Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico
Que sobre mi hija no caigan
Sus furores; que el delito
Que me suponen es falso;
Que yo de nuevo lo afirmo
En el instante solemne
En que à la tumba camino:
En fin, le direis que sufro
Los más horrendos martirios;
Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias, Levantaos, Kinston, Kan.—No, gran rey; si de la reina

El triste encargo he cumplido, Quiero, señor, que escucheis La que vo quiero deciros. Esa joven desgraciada Es inocente: yo he oido Las palabras que pronuncia Cuando se halla sin testigos: He observado atentamente Si en sus frecuentes delirios Se le escapaba un acento Oue inducase su delito; Pero en vano, es inocente, Inocente! vo lo afirmo Por mi honor. El sacendote, Gran señor, que la ha asistido. Lo dice también. Os ruego One suspendais el suplicio, No caiga luego esa sangre Sobre vos y vuestros hijos.

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:

(Se levanta.)

Ya ha decretado el destino La muerte de Ana Bolena. Cúmplase, pues.

Kin.— (¡Qué tranquilos
Mandan la muerte los reyes!)
(Suena la campana, que seguirá por intervalos hasta el fin.)
¡Oh cielos! ese sonido
Es señal de que la reina
Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON

Enr.—; Quién Nega?
Isab.—(Hincándose).

127 22 Vodme otra vež. :Oh gran rev! á vuestras plantas, Y bien que tan poco influjo Tengam, señor, mis palabras, Ya resistir no he pod do El impulso que me arrastra. Señor, par el alto cielo, Por la Omniporencia santa, Por vuestros hijos queridos, Trocad la sentencia inflausta De la reina: jes inocente! En este instante la arrastran Al suplicio: todo el pueblo Llanto de piedad derrama. Salid à verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma Se commoverá á su vista. Oid, oid la campana Que los corazones hiela: Señor, corred á salvarla: Es mocente, inocentel Que su cabeza no caiga: Corred, todavia es tiempo. Enr.—(Queriéndola levantar.) Basta, Lady Preston, basta. Isab.-; Ah! no, monarca elemente, No dejaré vuestras plantas. Piedad, señor, piedad piden De Ana Bolena las damas, Y otros muchos por mi boca Vuestra clemencia reclaman. Kin.—Si, perdonadla, señor. Enr.—Ya vuestro ruego me cansa Inútilmente: es preciso

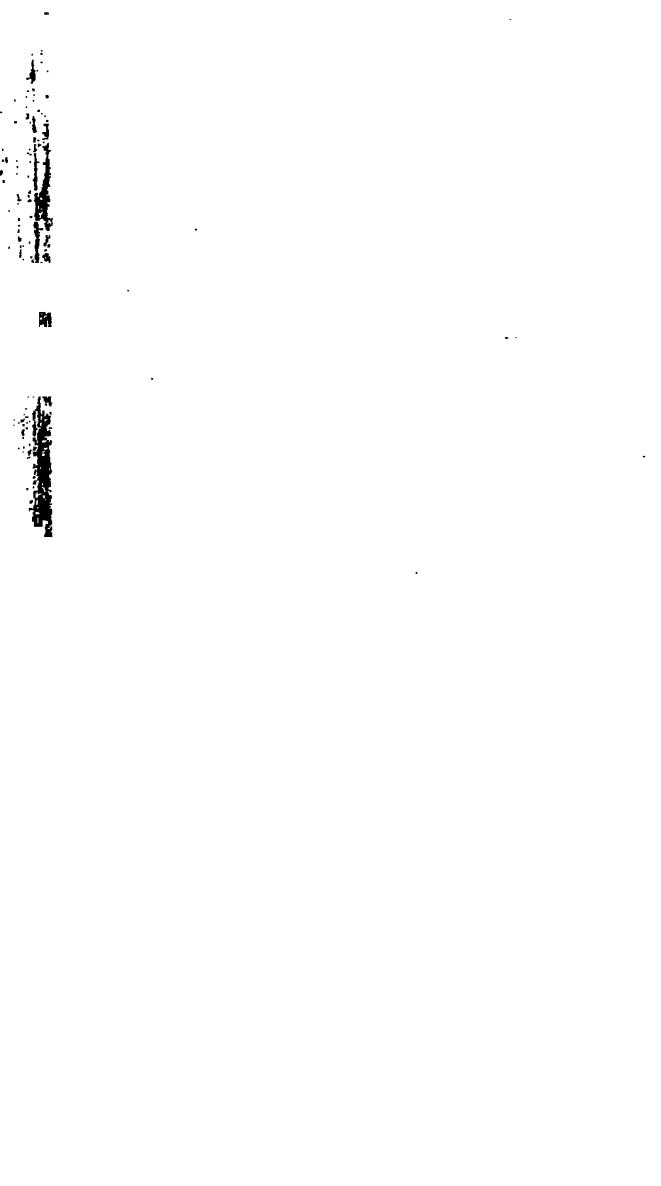
ESCENA V.

Que muera esa desdichada.

Dichos, PERCY.

Os vengo à hablar en nombre del Eter Si apréciais vuestro nombre, si los gre De la conciencia ois, si al Juez severo Ante quien parecer debeis un dia, Algun temor concerva vuestro pecho.

Impedid que esa sangre se derrame, Impedid que los siglos venideros Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos Sufran de la ignominia el duro peso. ¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día En que comprar querreis à cualquier precio Un momento de paz; será ya tarde! Un implacable, atroz remordimiento Vuestras entrañas romperá, y en vano Demandareis piedad il justo cielo. La sangre de esa víctima infelice Se alzará contra vos, y vuestros huesos Quemará, y gemireis, y esos gemidos Con risa horrible aplaudirá el infierno. Enr.—; Basta, conde, callad! Mi tolerancia Vais apurando ya, i vivien los cielos! Temed mi indignación. Percy.— Nunca he temblado: Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo; Mas yo defiendo la justicia santa, Yo la inocencia y la virtud defiendo. Arrancadme la vida si así os place: Dividid mi cabeza de mi cuerpo; Tembiar no me vereis en el suplicio. Mi nombre cubrireis de lauro eterno. Oh Dios! oh santo Dios! las horas corren! Ana infeliz! se acerca ya el memento! Oh rey! jamas un Percy la rodilla Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto, Enrique clama en lágrimas bañado, Piedad! ; piedad! concibe mi tormento. No derrameis la sangre de una esposa.



HERMAN, O LA VUELTA DEL CRUZADO

PERSONAJES.

HERMAN. EL DUQUE. GUSTAVO. JORGE. SOFIA: ANA.
IDA
UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.



ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO

Habitación gótica en el Castillo del duque:

puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior: ventana con reja,

á la derecha, puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I

SOFIA, ANA, (La primera, junto á la ventana; la segunda a alguna distancia ver tara, la segunda a a'guna distancia)

Ana.—No vuelve el duque; tal vez
Distraido con la caza
Se alejo mucho va es tarde
(Rer'o jelvente no nu, fuerte)
Y el ruido sordo que vaga

En el bosque, y esas nubes Una tempestad presagian. Sofia. – Verdad es : joh cuan hermosa Es 'a tempestad!

Ana—
¡Caramba!
¡Hermosa?;Dios nos asista!
Cuando el viento se desata,
Y temblar parece el suclo,
Y el rayo furioso esta la,
¡Ay Dios nuo! estar quisiera
De la tierra en las entrañas.
Para no escueltar los truenos.
¡Y i vos, señora, os agrada?

Sofia —Si, Ana, si; cuando los vientos Silban sobre las murallas De este castillo, y las nubes Ravos a la tierra lanzan, Y orgo el trueno que retumba En las vecinas montañas. Me parece que ese ruido La voz del dolor acalla, Que en mi pecho à todas horas Contra mi quietud se alza: Cuando escucho esa armonia Salvaje, pienso que me habla Dios mismo, que me recuerda Que El existe, y que rnis ansias Tendrán término algún dia, Ante su presencia santa, Pero ; ay! cuando todo en torno En el silencio descansa, Cuando nada á turbar viene Mi reflexión solitaria.

Sólo á mi deber escucho, Y mil memorias amargas, Mil ilusiones perdidas, De mi vida en la borrasca, Vienen de nuevo á mi mente, Y mi corazón desgarran: Tú la calma sólo buscas Porque tu pecho esta en calma; Pero á mí que tanto sufro, A mí el silencio me mata. Ana.—: Pobre señora! y con todo, ¿Quién al venos no se engaña? Esposa de un noble duque, De riquezas circundada; Hermosa, joven, y llena De virtudes y de gracias, ¿Qué más feliz ser podría? Sofia.—Ana mía, cuál te engañas! : Pobre niña! estás ahora En la edad afortunada, En que en dorados ensueños Se mece tranquila el alma. Yo también, como tú sueñas, Soñé ventura, esperanzas: También un tiempo á mis ojos El horizonte brillaba, Puro, esplendente y hermoso, Sin la más ligera mancha; Pero se alzaron un día Las nubes de la desgracia: De mis ensueños la flores El huracán arrebata, Y la realidad ; ay triste!

Con su mano descarnada Me sacude, y mi destino, Mi horrible destino marca. ¿Piensas tu que de duquesa. Esa corona envidiada, Estas joyas que me adornan, Estas esplendentes galas, Estos salones soberbios Con sus techumbres doradas. Y esos vasallos que humildes Se prosternan à unis plantas. Piensas tú que todo esto Puede hacerme afortunada. Cuando el alma gime opresa Por una pasión insana; Cuando una imagen querida Agui se encuentra enclavada, Sin que el tiempo hava podido, Ni mis lagrimas, borrarla?

Ana. -¿Una pasión? Sofia. ;Sofia, eterna!

Una pasion cuya llama
Eri mi gozo, mi vida,
Mi poevenir, mi esperanza!
Por mi padre moribundo
Yo juré sacrificarla
Bajó él tranquilo á la tumba,
Y vo cumpli mi palabra
De umeme al duque; cumplila:
Corri de Dios á las aras,
Y alli promuncié unos votos
Oue el corazón reprobaba.
Sali de mi estado hunilde,

Dejé mi sencilla casa, Y alli la paz deliciosa, Compañera de mi infancia. Llema de joyas y honores Fui à la corte de Alemania, Con la tristeza en la frente, Con el infierno en el alma. Los testines, los torneos, Y la música y la danza, No podían ni un instante Acallar la voz amarga Del atroz remordimiento. En todas parte hallaba De Hermán los airados ojos, Que en mis ojos se clavaban. De Herman que tanto sufriendo En Palestina, lidiaba Para conquistar honores Que ofrecer ante mis plantas. $\widetilde{\mathrm{Y}}$ yo del noble guerrero Tranchonando la esperanza, Yo, perjura....;Dies!;Dios mio! Esta memora me mata: Ana.—; Pobrecita! Y yo creia Que el amor...

Sofia.— ; Desventurada!; El amor, niña mocente!; No conoces cuán amarga
Es la copa en que nos brinda
La felicidad!; cuán cara!; Ay! una hora de dicha,
Con mil tormentos se paga.
Ana.—Pero ese joven, señora,

Ese guerrero que causa Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto Desde entonces a su patria? Sofia.— Nada se, Ana querida; Entre las paredes altas

De este lejano castillo,
¿Qué puedo saber? ; oh! nada.
Tal vez Herman habra vuelto
L'eno de gloria à Alemania,
Y al saber que soy de otro.
Me aborrece, y à otra ama.
Sus laureles eran mios.
Para mi los conquistaba;
Era mio su cariño,
Era mia toda su alma.

Y ahora. ...otra¿y yo respiro?!
¿Y Dros un rayo no manda?
¡Celos! ¡celos! yo creía
Oue ya otro afecto no entrara
En mi corazón marchito,
Que el del dolor.

Ana. - ¡Desgraciada!
Tranquilizaos: tal vez
El tiempo.....

Sefía.— ¡El tiempo! ¡insensata!

Dos años hace que gimo,
Siempre esperando á mañana,
Para ver si el nuevo dia
En mí el consuelo derrama:
Para ver si tantas horas
Que sobre mí, lentas pasan,
Me hacen elvidar al menos
Sus facciones, sus palabras;

Pero en vano: aqui, aqui tengo Siempre su imagen grabada, Y su voz en mis oidos, Y su amor en mis entrañas (Truenos sordos.)

Ay! tal vez el infelice
Murió en alguna batalla,
Y sus últimos suspiros
Dirigió á Sofía ingrata.
Ah! si es cierto, si ya habitas
En las regiones sagradas
De la luz, de allí dirige
A esta infeliz tus miradas:
Verás que si fuí perjura,
Fuí también desventurada.

(La tempestad se aumenta: truenos.)

Ana.—Señora, señora.... wid;

Ya la tempestad estalla; La l'uvia cae á torrentes.

Ay de aquel que en tal borrasca, Solo y perdido en los bosques,

En esta noche se halla!

Sofia.—; Ay de aquel que vaga huyendo De los terribles fantasmas Del remordimiento, y busca La quietud, sin encontrarla!

Ana.—; Qué será del duque? Sosia.— El cielo

Con felicidad le traiga Her.—(Dentro).

Dad asilo al peregrino. S fia.—; No escuchas esa plegaria? Mira quién es. Ana,— ¡Imposible!
¡Si la obscuridad es tanta!...
Del relámpago á la luz.....
Ya... ya le vi.
Sofia.— ¿Quién es? habla.
Ana, Es un infeliz, vestido
Como aquellos que llegaban
De Palestina.
Her.—(Dentro.)
Un asilo

A la caridad cristiana
Pide un pobre peregrino.
Sofia. ¡Desgraciado! Corre, Ana,
Di que se le abran las puertas,
Y condúcele á esta sala.
(Vase Ana.)

ESCENA II

SOFIA.

De Palestana, joh Dios! jcómo ese nombre Me hace temblar! Tail vez el peregrino De alla vendra; tail vez alguna nueva Tendre de Hermin, que calme mi martino: ¿Qué lo calme? jinfeliz! ¿De qué manera! Que viva Herman, il muera, lo he perdico. Un bien sólo me resta, que es la muerte. Un censuelo no mas, el llanto mio.

ESCENA III

ANA, SOFIA, HERMAN. (Con traje de peregrino.)

Her.—Dios mande paz y salud Sobre la joven beldad Que abriga tanta virtud, Y á la triste senectud Acoge con tal bondad.

Sofia.—Salud y paz, buen anciano:

Las puertas de este castillo

El pobre no toca en vano,

Y á falta de oura, mi mano

Fuera á levar el rastrillo.

Aquí descanso hallareis,

Y aunque el duque no ha venido,

Servido en todo sereis:

Ved si entretanto quereis

Cambiaros ese vestido.

Her.—Gracias, señora, he jurado !
No quitarme este sayal,
Hasta que un voto sagrado
Cumpla.

Sofia.— Será respetado
Vuestro voto como tal.
¿Y hacia dónde se encamina
Vuestro paso, padre mío?
Her.—Voy á la ciudad vecina.
Sofía.—¿Y venís?....
Her.— De Palestina.

Sofia.—¡Ah! Her.—

¿Temblais?

Sofia.
Her.—(; Recuerda con amargura

Tal vez su primer amor!
¿Quién al ver a esa hermosura,

Creerla pudiera perjura? Es el áspid en la flor.)

Sefia.—; Habeis sin duda lidiado Mucho en Palestina?

Her. Si.

Del emperador Conrado El estandarte sagrado Signiendo, señora, fui. He visto muchas batallas, Lidiando cual buen guerrero: Asalté algunas murallas, Y he pasado fuertes mallas Con la punta de mi acero. Mas no siempre la victoria Coronó nuestro valor; Cara comprames la gloria: Y yo, infeliz! oh memoria Oue me Nena de dolor! Un fiel annigo tenía A guien amé como hermano: 'Ay! su vida era la mia! Arrebatómelo un dia Hierro de enemiga mano, Perdonad mi negro afán, Señora, ;le amé tan fino! Si, sin cesar correrán Mis lágrimas, caro Henmán. Por tu funesto destino.

Solia.—; Hermán! ¿ Hermán se llamaba Vuestro amigo?

Her.— Si, señora.

Oh qué valor desplegaba!

Qué mucho si lo animaba

Esperanza seductora:

Su premio debia ser

La mano de su querida;

Y nadie supo querer

Como Hermán: una mujer

Era el norte de su vida.

Sofia.—(; Cielos!)

Por ella sólo anhelaba;
Conmigo más de una vez
De sus proyectos habiaba.
¡Pobre Herman! ¡con qué ternura,/
Con qué respeto tan santo,
La prenda que su hermosura
Le dió en señal de fe pura.
Regaba con triste llanto!
Un bucle de hermoso pelo
Era esta prenda, señora,
Que él gundaba con un celo....

Sofka.—(¿Donde están tus rayos, cielo,

Que no me abrasan ahora?) Her.—Bella joven, perdonad:

¡Os cansa esta narración! Sofía. -No, no, anciano; continuad,

(Todo el cáliz apurad Del veneno, corazón!)

Her.—; Pobre Herman! caer le vi, De Cristo soldado fiel;

Valderős - 33

Mi dicha con el perdi; El con gioria yace alli; Yo vivo à Horar por él.

Sofia.—Y yo, anciano; si, los dos Lloraremos noche y dia; For ser vuestno amigo, vos, Y vo porque era mi Dios, Porque era la vada mial Tú no sabes, peregrino, Que cres el genio del mal. Que te arroja mi destino De mi vida en el camino Para clavarme un puñal? ¿Y vo vívo? ; cielo santo! Anciano, ; qué narración! Ana, no te accoques tanto, One te quemará este lianto Que brota nu corazón.

Ana.—Calmad vuestro afán, señora,

Vuestra pena moderad.

Her.—(¿Y llora la ingrata, v llora Después que faltó traidora A sus votos?)

Sotia.— Perdonad. Anciano, este frenesi De una alma desesperada. ¡Le adoraba, y le perdí!

Her.—Mas, ¿cómo, si esto es así, Con otro estais desposada?

Sofia.—Si, pero lo que ha pasado No puedes tú comprender ; Con otro me he desposado.....

Her.-Y vuestro amor ha volado;

Amor, en fin, de mujer. Si Herman hoy se levantara De la tumba, ¿qué diria? En vos sus ojos clavara, Y terrible os preguntara: "; Donde está tu fe, Sofia? Donde está el eterno amor Que al partir me prometiste? Te ha cegado el esplendor: Tú, tú el sepulcro me abriste, Y no el hierro matador. Qué premio diste à mi ambelo! Qué bien pagaste mi afán! Mira esta prenda, este pelo. Miname... (Se d'escubre.)

Sofia.— ;Valedme, cielo! ;El es, él es, es Hermán!

Her.—Hermán, Hermán que viene á re-(clamarte

La pura fe que le juraste un dia. ¿Donde está tu promesa? di : la hollaste. ¿En dónde está tu amor? ¡Responde, im-(pia!

Y ante un Dios de verdad, le prometiste A otro hombre eterna le v amor constante? A tu esposo engañaste, ó á tu amante! Del crimen en la senda me pusiste: Si, yo era generoso é inocente, Tú un ángel de virtud que me guiaba; Hoy está escrito el crimen en mi frente. Si, sí: tu misma mano aqui lo ha escrito: Virtud un tiempo el adorarte fuera. Y hoy el amante ; ingrata! es un delito.

Sofia.—; Herman ! Ya no recuerdas aquel día, En que de amor y de esperanza lleno, Vine à decirte "adiós," cuando en tu seno Me estrechaste, jurándome ser mia? "Parte, parte à la guerra, tierno amante; Me dajiste llorando, v vuelve luego A recibir de mi amoroso fuego El premio digno de tu fe constante." Y yo parti, colmado de esperanza. Y en ut amor puse la confianza mia! ¿Cómo de un angel desconhar podía? Cómo esperar tan bárbara mudanza? Cuando amor me juró tu boca pura, Cuando mi mano tréntula estrechabas. Cuando copioso llanto derramabas. ¿Quien te pudiera imaginar perjura? Y así se viste la mentira aleve. Con el ropaje de verdad augusta? Ah! si en aquel instante me dijera El mundo, el mundo entero, que Sofia l'or galardón ingratitud me diera, Al mundo le dijera que mentia; Y lo estov viendo va, lo estoy mirando, Y sueño ime parece cuanto veo. Sofia.—Hermán, Hermán, escuchame si-(Siguiera,

Her.—Es ese mismo el seductor semblant?
Del serafín que por mi mal adoro;
Ese su talle esbelho y elegante;
Es ese mismo su cabello de oro;
Fl mismo cuello de marfil, que un dia
Yo enlacé tantas veces con ternura;

La mano hermosa que estrechó la mía; La boca que me hablaba con dulzura; Toda es la misma, y solo...; Desgraciado! Su corazón infiel sólo ha cambiado! Solía.—Hombre cruel: escúchame á lo

Y condena después à esta infelice: Oyeme por piedad!

Her.— ¡Bella duquesa,
Habitais un magnifico castillo,
Artesones dorados, ricos muebles,
Finas alfombiais, oro, pedrenas.
Timbres soberbios, armas y blasones:
¡Cuento vuestro destino se ha cambiado!
Elegisteis muy bren; sois muy prudente.
Es mejor este a cázar esplendente,
Oue la pobre cabaña de un soldado.
Sifia.—¡Oh cielos! ¡esto más? ¡quieres

Quieres que ahogada de dolor espire? ¿Ni mi llanto de fuego te commeve? ¿Y ni tu compasión siquiera alcanzo? ¡Ah! por enorme que el delito sea, Se escuelia al criminal.

Her. ; Y qué dirias? ; Qué puede ; desdichada! disculparte? S fia.—La voluntad de un padre mori-(bundo.

Ausente tú, creyó que su Soha, Sola y abandonada quedaria En el mar horrascoso de este mundo: Y agitado, frenético, llorando, En su lecho de muerte se incorpora, Y sus rugadas y convulsas manos A mi tendiendo, me conjura y ruega Que al duque Othón me umese en el ins

Yo resisti, grabada aqui con fuego
De Hermán la imagen sin cesar estaba:
Yo resisti; y el crello me es testigo
De que la muerte preferido hubiera
A ese enlace fatal.
Her. — Y bien, prosigue.

Her. – Y bien, prosigue. Sefia.—Pero mi padre en su postrer ins-(tante)

Fijaba en mi sus lacrimosos ojos;
Retorcia sus mantos venerables;
Se arnancaba la blanca cabellera;
Y un podenoso esfuerzo hacrendo al cabo,
Salta del lecho y ante mi se postra.
Por nu madre pidiéndome cumpliese
Sa postrer voluntad.; Como!; Quién puede
Conservar su razón en tal instante,
Y resistir tan espantosa prueba?
Aquel anciano, á quien el sér debia,
Esperando á mis pies, desesperado.
Llenes de llanto sus hundidos ojos,
Oh Dios!; qué pude hacer? tú ausente es
(tabas)

Un año hacía, sin noticia alguna
De tu destino, todo se reunía,
Todo contra mi suerte conspiraba.
Mi frente ardiendo, mi razón perdida,
Mi corazón partido en mil pedazos,
Yo á mi padre juré lo que quería.
F en aquel punto el duque apareciendo,

Mandó mi padre que la mano mia,
De otros testigos ante la presencia,
Se uniese a la del duque, y en los labios
Del moribundo anciano, una somisa
Vagó un momento; levantó la mano,
Mi cabeza estrechó contra su pecho,
Y me bendijo, y espiró tranquilo.
Sa alma voló de Dios a la presencia,
Y yo quede para vivir llorando....
Her.—Y de Alemania luego allá en la
(corte,

De oro cubierta y ricas pedrerías, .
Envuelta en seda y en incienso vano,
Pronto olvidaste el sacrificio horrible;
Y el dulce peso de ducal diadema
Tu frente refrescó, secó tu llanto.
Sofia.—; Injusto, injusto! mis mejillas
(mira:

Repara de mis lagramas la huella;
De correr no han cesado un solo dia.
Lojé la corte y vine a este castillo,
La paz buscando en su silencio al menos:
La paz, la paz! dos años han pasado
Su que un momento disfrutarla pueda;
Tu imagen siempre viva me seguía,
Y á Dros iba à rogar que la borrase,
Y entre mi y el altar se interponía.
Oh! calcular no puedes mis formentos:
Si penetrar mi corazon pudieras,
En vez de ese furor que te arrebata,
Solo predad de mi dolor tuvieras!
¡Piedad, Hermán! piedad de una infeice.

Aquí á tus pies humilde te lo ruego: Ten compasión de quien amaste tanto: Oiga yo tu perdón, y mucra luego. Her.—; Levántate, Sofia!

Sefia.— Una mirada, Una mirada de piedad te pido,

Y me la negarás?

Hen— ; Ah! ; desgraciada! Ven á mi corazón, todo lo olvido.

Pero salgamos de aqui, Salgamos luego, Sofia: Tú me juraste ser mia, Dios tu juramento ovo. Desemos estos salones: Sencilla, humilde te quiero. Como el pobre caballero A quien le juraste amor. Tres años en Palestina Combatí por merecerte, Por ti desprecié la muerte, Y no me querras seguir? ¿Qué tiene que ver contigo Esta frivola grandeza? ¿ Necesita tu belleza Del oro para lucir? Vamos.

Solia.— ; imposible!

Her. - Vamos.

Solia — Recuerda que estoy casada:

Yo moriré desgraciada.

Pero pura moriré.

Her.—Es verdad : rú me recuerdas Lo que yo valgo, Sofia ; Y yo necio que creia.....
¡Ilusión, todo ilusión!
¿Cómo has de cambiar tu rango,
Y tu nombre, y tu grandeza,
Por Hermán, que otra riqueza
No tiene que su valor?

Sofia.—; Herman!.... (Ruido.)
Ana.— Ahi el duque viene.
Sofia.—; Santo Dios!; eres perdido!
Cúbrete.

Her.— No; ya he vivido
Bastante, y quiero morir.
Quiero, duquesa, mirar
Ĉara à cara à vuestro esposo;
Le veré.

Sofia. ; Dios poderoso l
¡ Ya llega; triste de ti!

Her.—Ved que traje mi armadura.

Ana.—¿ De que es servirá? de nada.

Her.—Tengo aquí también mi espada.

Sofia.—; Cúbrete, Hermán, por mi amor!

Her. ¡ Tanto me amais?

Sofia.— Te idolatro.

Her. - ¿ Me seguirás?

Sofia.— Todavia

No puedo.... si.... tu Sofia

Te jura volverte à ver.

Pero cúbrete, por Dios,

Hermán, después hablarences.

Her. En el parque nos veremos

Mañana al anochecer. Vuelvo á tomar mi disfuaz. Sofía. – Ana, por Dios, el secreto. Ana.—Si, señora; yo os prometo
Que nunca saudrá de mi.
Her.—Conoceré a ma rivar.
Aunque más bien prefiriera,
Pôr Dios, que de otra manera...
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge. Qué tempestad!

Jorge. — Estupenda. Duque. — Quién es este hombre, sei Sofia. — Un peregrino que llega

De Palestina, pasaba Por aqui cuando más recia La tempestad desplegaba Su furor; y yo las puertas Del castillo mandé abrirle.

Her.—; Es la señora tan buena! Duque —; Y qué cosa habeis traído

De allà? Relaciones nuevas De batallas, y reliquias De aquella bendita tierra. Her.—Si, señor duque.

Duque.— Los niños
Y las mujeres encuentran
Gran diversión en oiros:
Contais cosas que las llenan
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,
Pues así pasais la vida
Sin trabajar; os respetan,
Os hospedan, os regalan,
Y os oyen como si oyeran
Un oráculo: en verdad
Es una vida muy buena.
En fin, llegad en buen hora.
¿No habeis mandado, duquesa,
Que le den alguna cosa
A este anciano?

Her.— Yo á las puertas
Del castillo no he llamado
Para recibir afrentas,
En cambio del pan que sobra,
Señor duque, en vuestra mesa.

Jorge.—¿Asi respondes al duque? ¡Insolente! tedos tiemblan Aqui de su enojo.

Duque. Basta:

Yo la perdono.

Her.— ; Ah! pudiera....

Mas un soldado de Cristo,

Que por su gloria pelea,

Debe rounir, señor duque,

A su valor la paciencia.

Busqué un asilo entnetanto

Oue pasaba la tormenta:

Ha calmado va: las gracias

Recibid, ; oh joven bella!

Voy a seguir mi camino,

Señer, con vuestra licencia.

(A Ana).

Conduce a ese peregrino.

Duque.—Id con Dios. Her.— (Que su promesa No olvide vuestra senora. Arrojadme por la reja La l'ave del parque.) Ana.— (Vase, y Hermán.) Vamos, Jorge nos observa. Sofia.—(Ya era wempo, que su arrojo Temblé que le descubriera.)

Adiós, duque: Dios os guarde. Duque, - Dormid bien, bella duquesa.

(Vase Dulie

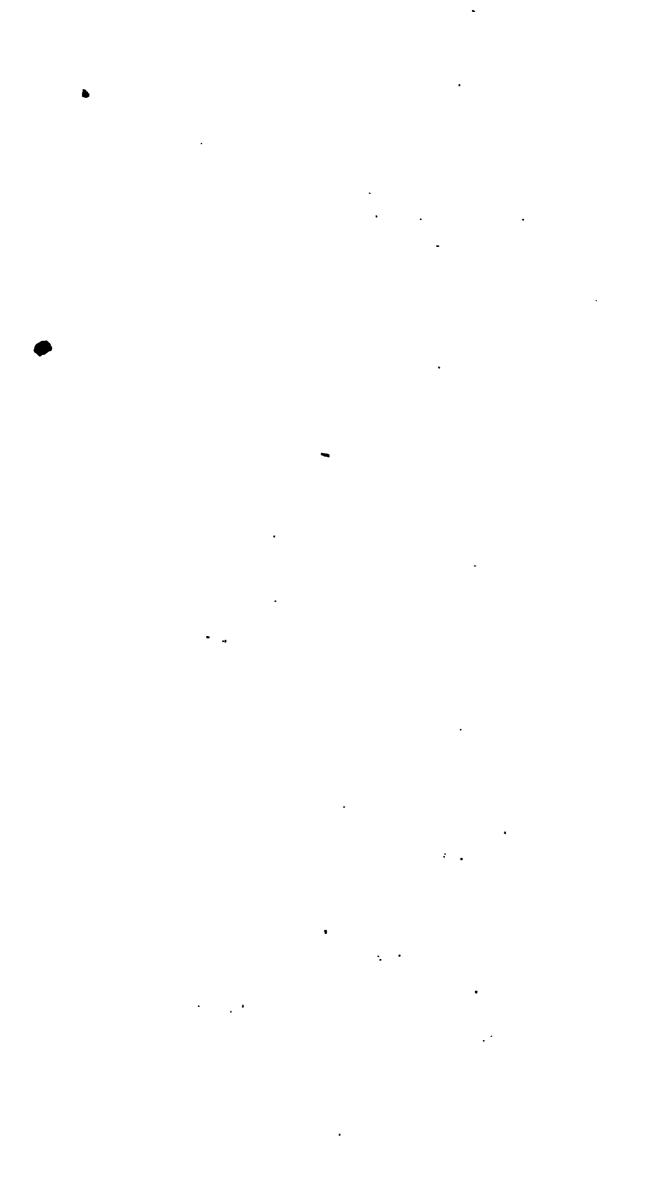
ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

Jorge. —¿Observasteis, señor? Duque. -¿Qué? Vuestra espus orge. -Qué abatida y qué pálida se hallaba Cuardo entransos aqui! y el peregrino. . Su ademán altanero, sus palabras.... No se, pero se oculta algun misterio En ese hombre, señor. Cómo clavaba En vos sus ojos, que brotaban fuego. O mis sentidos esta vez me engañan. () he visto en la duquesa algunas señas De inteligencia. :Desdichado! :calla! Duque.-¿Oué osas tú sospechar? orge.-Perdón os pide

Mas recordad que la duquesa amaba A un tal Hermán, que estaba en Palestina, Antes que vuestra esposa se llamara. Duque.—; Y qué? Jorge. — De la duquesa vi en el rostro De un reciente dolor señales claras, Y ví que había en sus hermosos ojos Una gota de llanto. Duque.— Y bien, acaba. Jorge.—Ese anciano tal vez alguna nueva De su amante le trajo... ó se ocultaba Bajo el disfraz del viejo peregrino El mismo Hermán. ¿Qué dices?; Desgraciado! Duque.— ¡ Jonge! ¡ si fuese cierto! . . . No es posible. Qué mortal es capaz de tanta audacia? En mi propio castillo, en mi presencia! Oh! inc es posible! Jorge.— Parecióme que Ana Con él hablaba al tiempo que salía. Duque.—Pues bien: sigue al instante sus (pisadas; Observa si se aleja del castillo, O en qué lugar cercano se recata: Vuela, Jorge. ¡Si fuere...! Jorge, escucha: Si es él...si se detiene....Observa; nada Le digas tú....Ven luego á mi presencia. Que tal temeridad, audacia tanta, De que ejemplo no ha habido en mis domi-(nics, A mí mismo me toca castigarla. Jorge.—Se hará como mandais. ¡Tiembla, Sofia! Duque.—

¡Tiembla si eres insiel, desventurada!





ACTO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othón: reja con puerta en el foro: á la derecha del
espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da
sobre el parque: árboles y arbustos á los
lados: un banco de césped: la luna br:lla, alumbrando la escena.

ESCENA L

EL DUQUE, JORGE.

De ja jerena brillaba

Después de aquella tormenta.

Dyque. - Me engañó, Jorge, y alienta? (Oh furor! 2y me engañaba También Sofia? Por Duos, Que es mucho su atrevimiento. l'ero se acerca el momento, Jorge, morirán los dos. Quien asi insulta mi nombre, Y asi mi furor desprecia, O tiene una alma muy necia, O debe de ser muy hombre, ¿No sabe que el duque Othón, Antiguo y noble guerrero, No trae al cinto el acero Para servir de irrisión? ¿Y aqui han de venir, aqui? Jurge, ¿no te has engañado? Jorge.—Para el parque se han citado; Me oculté, v todo lo oí. Ese guerrero es Hermán. Duque.-; El amante de Sofia! Jerge. Y robárosla quería! Duque.—; Robarmela?; morirán! ¿Dispusiste alguna gente Con armas? Dispuesta se halla Jorge.--Alli, junto á la muralla, Y a vuestra voz obediente. Duque. No escapará ese traidor: Pero es fuerza aprisionarle. Porque de un golpe matarle No le basta à mi furor. Sufra una larga agonia. La horrible muerte esperando.

Y la suerte contemplando de De su adorada Sofia.

A mis plantas los veré,
Temblando, descoloridos,
Y escueharé sus gemidos,
Y en ellos me gozaré.

Jorge, yo siento un volcán de Ardiendo en mi corazón.

Han manchado mi blasón!

Lo han manchado! morirán!

(Se oye abrir la puerta que está al fin de la escalera que baja del castillo: el duque y Jorge se ocultan entre los árboles, después de sus últimos versos.)

Jerge. -- Alguno llega, señor:

Ocultémonos aqui.
Duque.—; Y ella es la primera, si!
Jorge.—Reprimid vuestro furor.
Duque.—No los podremos oir.
Jorge.—Pero los podremos ver.
Duque.—; Oh! ¡tiembla, infame mujer!
; Tiembla, Herman, vais á morir!
(Se ocultan.)

ESCENA II.

SOFIA, ANA (Baja Sofia poco á poco In escalera apoyada en Ana.)

Sofia.—Yo tiemblo
Ana — Valor, señora.
Sofía.—; Siente una inquietud mi alma!

Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿Segura estás de que el duque
Tranquilo duenne en su estancia?
Ana.—Si, señora, duerme.

Sofia.—

Mientras que yo, desdichada, Velo y gimo, y me consumo, Sin poder hallar la calma! Oué noche pasé, qué noche! Mi corazón palpitaba Con una thornible violencia: De una fiebre devorada. Me retorcía en mi lecho. Maldecía la hoga infausta De mi nacer, y á la muerte Con voz convulsa llamaba: Acusaba al cielo, al duque, Al mundo, á mi padre....; Ana, Tú no puedes comprenderme! ¡Ay! ¡morir! morir es nada; Pero este insomnio, esta fiebre Que nos quema las entrahas. Este padecer eterno Sn alivio ni esperanza, Es como un clavo de fuego Que el corazón nos traspasa, Una maldición homible En nuestra frente grabada. Un demonio que al abismo Lentamente nos arrastra! Ana.—¿ Quién al miraros y oiros No siente vuestras desgraoias? Y así la virtud padece?

Sofia.—¿Y cuándo la virtud halla Su recompensa en la tienra? ¿Qué háce yo, deswenturada, Para que implacable el cielo Me abrume así con su saña? Yo de la virtud mi un punto Dejé la senda sagrada; Hoy, Ana, es la vez primera Oue mi conciencia se alanma: Mal hice en venir aqui. ¿ Mas qué medio me quedaba Para evitar que el despecho De Hermán lo precipitara A perder por mi la vida, La vida que veces tantas Generoso y noble expuso Por ser digno de una ingrata?

Ana.—Esto consolaros debe,
Señora: vuestras pisadas
El crimen no ha conducido;
Antes vuestra noble alma
Hace un esfuerzo inaudito,
Un sacrificio á que nada
Es comparable: decirle
Al hombre que se idolatra:
"Huye, no vuelvas á verme,
Huye, que el deber lo manda;
Déjanne aquí sola y triste.
Sin consuelo ni esperanza."

Sofia.—Si, se lo diré, y el cielo
Dará valor à mi alma:
Se lo diré, aunque el tormento
Deba matarme mañana

Y asi será, porque altora Que sé que vive, que me ama, Que he vuelto a verle y à oirle, Oh! vo no sé lo que pasa En mi corazón! Al menos Cuando su suerte ignoraba. Me consolaba la idea De que allá en la Tierra Santa. Bajo una tumba gloriosa, La dulce paz encontrara. Oue no sufriera cual sufro: Mas ;ay! que como fantasma, Amado á un tiempo y temido Le vi en la noche pasada Cubierto de honor y gloria, Reclamando mi constancia. Pidiéndome ; av Dios! el premio De sus inclitas hazañas. Siempre noble v generoso, Le viste? Mi flanto, Ana, Calmó su enoio terrible. Y me perdonó mi falta ¿Y hoy para siempre le pierdo? Y vivo? desvenfilmada!

Ana.—; Sólo Dios puede, señora, Consolar vuestras desgracias! Sefía.—En medio de mis tormentos

Entreveo una esperanza,

Ana. - ¿ Cuál es, señora?

Sofia.— He sufrido Tanto, tanto, que cercana Debe estar mi última hora. ¿Qué naturaleza basta Para sufrir lo que sufro, Sin morir? Quizá mañana Me dará el cielo por premio Una tumba solitaria. Esta idea me reanima; Parece que Dios me manda Este rayo de consuelo.

na.—; Callad por Dios!; qué palabras Tan tristes!

Mía.-Ana, ¿te acuerdas Cómo en la noche pasada, Feroz el viento rugía, Las negras nubes bramaban? Todo era espanto; y ahora : Mira qué solemne calma Reina en la naturaleza! Todo en silencio descansa. Por el zafir de los cielos Esa luna plateada Camina, sin que una nube Vele su faz: dulce el aura, Apenas las flores mece Oue duermen también: las namas A las aves dan asilo: Todo en la quietud se halla; ¿Y yo entre todos los seres Solamente destinada. Estaré á sufrir por siempre? Ah! no, ya Dios me señala El sepulcro como un puerto, De mi vida en la borrasca. na.—; Me haceis llorar!

Padre mío,

ofía.—

He cumplido mi palabra. Pronto me uniré contigo; Mas qué rumor....; cielos!

Ana.— Nada, Nada se mueve, señora. No temais.

Schia.— Si por desgracia

El duque me sorprendiese,
¡Cuán criminal me juzgara!

Sobre la triste Solia

Y sobre Hermán descargara

Su furor! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.

Yo entretanto aquí á los cielos

Dirigiré mis plegarias:
La oración me dará fuerza

Para sufrir mis desgracias.

Ana Si: gada temais señora:

Ana. Si: nada temais, señora:
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.

Sofia.— Ana mía,
Eres para mí una hermana.
Ara.—Me avergonzais; voy, señora.
Que la Provalencia santa
Õs dé vaior. (Tú, Dios mío,
Su noble proyecto ampara.)
(Vase)

ESCENA III

OFIA. (Se arrodilla al pie de la escaleca, y levanta sus ojos y sus manos al cielo.)

Virgen, madre de Dios! ¡Virgen Maria! ru que miras, Señora, mi agonía, Vi profunda aflicción: scuchame piadosa desde el cielo derrama una gota de consuelo obre mi desgarrado corazón. aquel Señor que sus divinas huclas stampa sobre el sol y las estrellas, Ruega, joh Madre, por mi! or mi, que devorada de tormentos, Pébil caña, juguete de los vientos, sempre en el valle de la tierra fui! Las yo he sufrido la tormenta impia m mancharme jamás; siempre mi guia Rué ¡oh Virgen!/la virtud inte el lecho de un padre moribundo, acrifiqué los bienes de este mundo, de duelo cubri mi juventud! en la fogosa i dad de las pasiones. in placer, esperanzas na ilusiones, ola v triste gemi, lual flor en el desierto abandonada, Eual barquilla á las olas entregada. Nadre lu tenido compasión de mí!

Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho Por borrar una imagen de mi pecho, Y olvidar un amor? Inútil todo por ma mal ha sido; Tu Hijo, Maure de Dios, cerró el oido Al profundo gemir de mi dolor! Agobiada de bárbaros pesares Fui à llorar hasta el pie de los altares, Pidiendo compasión: Y aili abrazada de la cruz, gemía, Y alli por el lloraba el corazón! Tú, Omniobtente Dios, que me criaste, ¿Acaso de la nada me sacaste Para gemir así? Para gozarte acaso en mis martirios? Perdona joh Doos! perdona mis delirios, Mira mi llanto, ten piedad de mi! Y desde tu alto trono de diamante. Dirige una mirada un solo instante Sobre mi, sobre Hermanan Dale valor, y a mi la tumba fria: Si, vo lo espero: el venidero día Mis cenízas en paz reposarán! (Queda algunos momentos arrodillada, cubriendose el rostro con las manos.)

ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofía.)

Her.—Mirala Gustavo, alli,
Como una visión de amor,
Como un ángel de dolor,
Orando tal vez por mí.
¡Y yo de su corazón
Pude dudar un instante!
Mira en su hermoso semblante
Retratada su aflicción.

Gus.—Llega, que es tarde: yo aquí Los caballos cuidaré. Prevenido esperaré.

Her.—Gracias, hermano: por mí Tu vida expones ahora: ¿Cómo sabré agradecer.....

Gus.—Calla, Hermán; es un deber:
Llega, que viene la aurora

(Se retira.)

ESCENA V.

SOFIA, HERMAN. (Sofia, á los pasos de Hermán se levanta, y vuelve la cabeza á mirarle.)

Her.—Gracias, gracias, Sofia. ; Hermán l Sofia.— Her,— Te miro, Te miro al fin, hermosa, Y má tristeza olvido, y mis tormentos: Todo, todo lo olvido Cuando estoy á tu lado, Cuando siento el aliento embalsamado Que tú, mi bien, respiras, Y al través de tus lagrimas me miras. Esa inefable, angélica ternura De tu mirar; tu palidez, tu llanto, Tienes no sé que encanto Melancólico, dutce, undefinible! Oculto alli, mi bien, te contemplaba, Tu cración respetando fervorosa: Sobre tu frente cándida y hermosa, El rayo de la luma resbalaba. Jugaba el aura con tus bucles de oro, Y con tu blanco trasparente velo: Tus ruegos elevabas hacia el cielo Por mi, por mi, Sofia! ¡Yo te adoro! La lágrima que tiembla en tu mejilla, Es la gota de bálsamo que calma

La agitación frenética de mi alma.

Ven a mi corazón, toca mi frente:
Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!
Pero te veo, y mi dolor olvido,
Y sueña dicha el corazón doliente!
Sofía.—; Dicha! ¡dicha! ¿qué dices, desgra(ciado?

En este valle de amargura y duelo Qué nos resta, infelices? ¿ qué consuelo Hallará nuestro pecho desgarrado? Condenados los dos á eterno lloro, No nos queda siguiera una esperanza. Qué es nuestro porvenir? horribles penas, Vivir eternamente separados, Lejos uno del otro, condenados A arrastrar en silencio las cadenas, Cadenas pesadisimas que pronto Acabarán con la existencia mia! Her.—: Ah! no, jamás! unamonos, Sofia: Yo, ser tuya juré; por ti he vivido: Y á arrancarte de aqui sólo he venudo: Ven, abandona esta prisión dorada: Dejemos esta atmósfera maldilta Que te soúoca, y tu beldad marchita: Busquemos otra pura, embalsamada, Digna de ti, Sofia: de tu frente Arroja esa diadema que te humilla: La guirnalda sencilla De violeta, y jazmin, y mirto y rosa, Que mi amorosa mano te ceñia, Brillaba más hermosa Sobre tu frente cândida, Sofía! Solia.—; Ay! verdad es, Hermán; aquellas (flores

No quemaban mi frente cual la quema Esa ducal diadema. Tu no sabes, Hermán, lo que ha pasado En este corazón! góta por gota! Ha ido cayendo en él cuanta agargura Puede haber en la vida ; oh! cuántas veces, Cuántas pensé que mi razón perdia! Un recuerdo de fuego me quemaba, Mi pecho con mis manos destrozaba. Y au nombre entre llamto repetia! Llanto, si, Eanto; pero amargo, ardiente, Cuya huella jamas el tiempo borra, Que seca el corazón, ruga la frente! Y tener que ocultarlo, y el contento Aparentar, y parecer en calma Cuando está ardiendo y desgarrada el

Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frivola corte sonreía
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mía!
Cuando mi traje recamado de oro,
Fra un paño de muerte que abrunaba
Mi débil cuerpo; cuando yo regaba
El vico mármol de mi estaucia, en lloro!
Y tu imagen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!
Her.—; Y yo soñando amor, buscando glo(ria,

Sin sospechar siquiera mi tonmento, Intrépido al peligro me arrojaba: Un nombre illustre conquistar queria,

Un nombre que ofrecer à mi Sofia, Cuya celeste imagen me animaba. Oh! dulces eran para mi las penas, Y leve, la armadura: De la affradada Siria en las arenas, Pensando en la ventura Que tu amor me guardaba! Tus últimas palabras repetia; De mi alazán el cuello acariciaba. Y el noble bruto ufano relinchaba, Y vo mi lanza intrépido blandia. Aprovechando a veces una tregua, Bajo la sombra de una hermosa palma Pulsaba mi laut, y en dulce trova Mis ardientes suspiros te mandaba, Que en el desierto inmenso se perdian, Y mi laúd con lágrimas regaba! Sofia.—Pero era dulce tu llorar al menos: La gloria te seguia. l na grata esperanza te animaba; Pero yo triste, yo, que ni un momento Gozaba de quietud, que á todas horas Escuchaba una voz que me decia: 📆 En dónde está, perjura, La eterna fe que me juraste un día?" mis ensueños espantosos eran: Ya muerto en l'alestina te veia: Ya llegar á tu patria, y despechado, Mi nombre masdiciendo, Del fiero duque provocar la saña; Y tu acero cruzarse con el suvo En lid horrenda, y salpicada en sangre, En la sangre de Hermán y de mi esposo

Pero ya más felices viveremos: De nuestra patria lejos estaremos Cuando luzca la luz del nuevo día.

Que alli mi corcel està
Tascando el el freno impaciente:
Pronto la aurora vendrà:
Ven, su rayo lucirà
Sobre tu cándida frente.
Ven, mi vida, mi tesoro l
Ven, adorada beldad,
Ven, enjugaré tu lloro:
No tendrás mármoles ni oro,
Pero tendrás libertad.

Solia .- : Ah!

Her.— De tu esposo tirano
Burlaremos el furor:
Sobre mi trotón lozano,
Mi fuerte lanza en la mano,
Yo defenderé á mi amor.
No temas, hemnosa, ven;
¿Quién puede vencerme, quién?
Nadie; la victoria es mía,
Porque defiendo á Sofia,
Porque lidio por mi bien!
Sofia.—: Infeliz!

Her.— Todo mi adán
Será sólo tu ventura,
Y de mirto y de arrayán
Mis manos coronarán
Tu frente angélica y pura.

A tu canto, la armonia
Juntaré de mi laúd.
Yo seré tuyo, tú mia,
Y un ensueño de alegria
Será nuestra juventud.
¿ Mas nada respondes, nada?
¿ Desoyes mi ardiente ruego?
¿ Vuelves de mi tu mirada,
Y siento tu mano helada
Entre mis manos de fuego?

Terres tavi participar

Temes ; ay! participar

De mi pobre humilde suerte?

Si, yo lo debi esperar:

Tú viniste á este lugar

Para anunciarme la muerte;

Porque mandarme vivir

Sin ti, adorada Sofia,

Es condenarme á morir....

Lo quieres? Voy á partir.....

Scha.—(Volviendo el nostro anegado en llanto.)

: Hermán!

Her.— ¡Lloras, vida mía!
Sofía.—; Eres, Hermán despiadado!
Mirando estás mi dolor,
Mi rostro en llanto bañado,
¡Y dudas, desventurado,
Del exceso de mi amor?
¡Por quién he venido aqui
Los peligros arrostrando?
¡Por quién ;ay! tanto sufrí?

Por ti, ingrato Hermán, por ti.
Que estás de mi amor dudando.

Her.— No dudo ya, no, Sofia.
Sofia.—Por ti, Herman, despreciaria

Los peligros y la muerte;
Porque ma delicia es verte,
Tú, el alma del alma mía.
La humilde cabaña fuera
Para mi grata mansión,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí tranquilo estuviera
Mi llagado corazón:
Porque no puedo olvidar,
Porque te amo todavía,
Porque te amo á mi pesar,
Porque no puedo arrancar
Tu imagen del alma mía.

Her.—Angeles que la escuchais, ¿En la sagrada mansión De ventura que habitais, Esta delicia probais Oue prueba mi corazón? ¿Encantadora mujer, Si vieras qué hormesa estás! Tiene tu llanto un poder Oue no puedo comprender; Y dinne, ¿me seguirás?

Sofia. -Oye, Hermán; vov á morir, Que sin tí no podré yo Por largo tiempo vivir; Mas no te puedo seguir.

Her. -2 No puedes seguirme? Sofia.-- No.

Her.—¿Quién te lo impide, Sofia?
¿Quién te lo impide?

Sofia.— El deber: Juré.....

Her.— Juraste ser mía. Ven.

¿Y criminal sería? Scifial. — ¿Me quieres envilecer? Un impuro corazón No fuera digno de ti: : Hermán, Hermán, compasión! De un padre la maldición No caiga ¡ay Dios! sobre mí. Hoy puedlo por ti nogar A Dios; hoy puedo mi frente Sin crimen al cielo alzar; Hoy puedo, en fin, espirar Infeliz, pero inocente. Tú en mi sepulcro vendrás A colocar una flor, Y mi virtud amarás, Y enternecido dirás: Murió digna de mi amor. En otra mansión un día, En otra region de luz, Inundada de alegría, Se unirá por fin Sofía Al soldado de la cruz.

Her.—Es cierto, tienes razón:
No podemos ya vivir
Juntos en esta mansión
De luto y de maldición;
Pero podemos morir.
Morir, morir por tu amor,
Y á tu lado, vida mía!

¿Dónde habrá dicha mayou. Hacia otro mundo mejor Volaremos en un día. Siéntate junto de mí: Pronto la aurora vendrá: Te buscarán, ¿no es así? Y vendrá el duque, y aquí A los dos nos matará.

Solia.—No, no; yo tengo valor

Bastante para morir

Del fiero duque al furor;

Pero no quiero ; oh mi amor!

Verte á mis ojos sufrir.

Huye, que ya llega el día:

Huye al instante, por Dios;

Te lo ruega tu Solía.

Hor. ¿Y á donde iré, vida mia, Si no partimos los dos? ¿En dónde vivir pudiera Si mi universo es aqui?

Sofía. —Sigue de Dios la bandera:

Tal vez la gloria te espera.

Her —No quiero gloria sin ti

Her.—No quiero gloria sin ti.
(Rundo de pasos dentro.)
Sofia.—: Escuchas ese rumor?

ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (Precipitado)

Gus.—Hermano, somos perdidos; Entre esas ramas dos hombres Se ocultan.

Her.— Cómo!

Sofia,— ¡ Dios mío!

Será el duque l

Her.— Nada temas
¿No estás con Hermán, conmigo?
Venga el duque, de mi espada
Probará el agudo filo;
¿Ni quién vencerme pudiera,
Si estloy, ma amada, quatiga;
Si me anima de tus ojos
El fulgor puro y divino?
¡Al arma, Gustavo, al arma!

Gus.—Morir antes que rendirmos. Her.—¿Dos no más? ¡desventurados! Sofía. Deja que vuelva al castillo,

Y huye tú.

Her.— ¿Huir? ¡oh! nunca.

Ven, Sofia, ven conmigo,

Que será cierta tu muerte

Si ya el tirano te ha visto;

Logremos ganar la puerta:

Sobre mi alazán querido

Te colocaré, y entonces,

Adiós, hermoso castillo,

Adiós, prisiones doradas,

Que ya hemos roto los grillos.

Sofia.—Y adiós, también, virtud santa:

¿Tras de tantos sacrificios

Te perderé?; No, no, nunca!

Hermán á tus pies te pido

One te salves, y me dejes

Sufrir sola mi destino.

Huye.

. — Contigo.

Sofia.— Her.— No.

.— Entonces Sálvate tú, hermano mío.

(Arroja la espada.)

Mira, ya no tengo espada. Morir aqui determino.

Gus.—; Ah! no; toma: à pesar suyo Sálvala: toma, te digo,

Que ya vienen; ya se acercan.

Her.—Salvémosla, pues, amigo. Gus.—Dos para dos, no hay ventaja. Sofía.—; No sé dónde estoy, Dios mio!

ESCENA VII.

D chas, EL DUQUE, JORGE (c n espadas desnudas).

Duque. ; No podeis huir, malvados! Sofia.—El es, joh Dios!

Duque.— Forag'dos,
Que de la noche en las symbras
Ocultais vuestros delitos:
¡No escapareis, no, lo juro!
¡Morireis entre martirios!
¡Y pensabais engañarme,
Y burlar el furor mío

Con la fuga? ;no, cobardes!

Her. ;Cobarde! ;cobarde has dicho?

Pronto lo veremos, duque.

Paso.

Duque.— ¡Eh, atrás!

Her	- Paso, os digo,
O	lo abriré con mi espada.
Α	ellos, Gustavo.
(Lidia	Gustavo con Jorge, y Hermán con
•	el duque.)
Duque	
-	índete.
Jorge.	— ; Guardias!
., G	(Gritando.)
Duque	
-	ire el solidado de Cristo
	ue el duque Othón solo basta
	desarmarle y rendirlo
	-¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárba-
	(ros!
Her	-No temas, estás commigo.
Gus	
I_{i} .	Auere tú, muere, malvado!
_	-: Guardias!
_	- Cállate, maldito,
• -	quieres que te perdone:
	illa.
Duque	
	Pese al furor mio.
Her	-Duque, ¿quién es el cobarde?
	a tengo libre el camino.
	ronto á caballo, Gustavo.
Juque	·
	uardias!
er —	
y fía	(Queriendo soltarse).
:H	lermán, por piedad!
٠٢	- Marchemos

A su pesar, del peligro La salvo.

Duque.—; Oh infiemo; Guardias! Her.—Adiós, duque Othón. (Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE.

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.—
¿Estais schos?; Ah! se escapan.
(Salen los guardias
(Corred, y muertos ó vivos
Vengan aquí: pronto, pronto.
Que Hermán toma ya el estribo.
(Se van los guardias.)
¡Jorge, Jorge! Mi caballo:
¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Si tardamos un instante,
Los fugitivos se escapan.
¡Vive el cielo! no creía
Que tal valor se encontrara
En ese obscuro guerrero:
¡Qué sercnida!, qué audacia!
¿Y quién es el otro joven
Que al cruzado acompañaba?
Jorge.—Un hormano menor sur o,

Según parece: ¡por mi alma!
Que los dos son muy valientes.
Y por poco nos despachan!
Duque.—Es fuerza hacerles justicia:
Manejan muy bien las armas;
Y burlado nos hubieran,
'Si más guardras no llegaran.

Jorge.—Y si no es por vuestra esposa,
La victoria nos costara
Mucha sangre; pero viendo
Que la duquesa se hallaba
En pelegro, el mayor dijo:
'Gustavo, deja la espada:
La resistencia es inútil,
No lograremos salvarla;
Rindamonos, quizá el duque
Escuchará mis palabras."

Entonces Hegasteis vos. Duque. —Y me rindieron las armas: Ouiza esperan que sus ruegos Desarmarán mi venganza; Ah! si tal esperan, Jonge, Vive el cielo que se engañan! El duque Othón sabrá pronto Lavar con sangre las manchas De sa honor, ¿Y qué dijera La nobleza de Alemania Si esta osadia insolente Yo sin castign dejara? No: moriran los traidores. Pagarán cara su audacia: Pero antes verlos deseo-En mi presencia, a mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos Con mis severas miradas. Ve pronto, Jorge, y los presos Conduce luego á esta sala.

(Se va Jurge.)

Hola...venga aquí Sofía.

(Llámando á la puerta izquierda.)

Temblar la veré á mis plantas:

ESCENA II.

EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso De vil ponzoña, de amargura lleno: Risa sus labios, falsedad su seno, De bien y mal conjunto misterioso. Oh! quién pensar pudiera que Sofía, Con aquel aire tan ingenuo y puro, Así ocultase un corazón perjuro, Que virtud y modestia así mentía! Maldito el hombre que su honor entrega A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito! Un baldón en la frente lleva escrito, Y la hora al fin del desengaño llega. Y yo la amaba, : pérfida! la amaba, Y en su amor puse la confianza mía. ¡Ah! me faltó la infiel! ¡tiembla, Sofía! Muera la esposa que mi honor manchaba!

'ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA:

Sofia.—¿ Qué me quereis- ¿ Llegó ya De mi suplicio el momento?

Libradnie de mi tommento,

La victima pronta esta.

Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente No se cubre de rubor?

Sefia.—Nunca se cubre, señor.
De rubor el inocente.

Diugue.—; Infocente! atú, Sofía, Cuando os encuentro á los dos En una cita? Por Dios. Tal audacia no creía! : Inocente, y de otro dueño En los brazos te entregabas Cuando á tu esposo juzgabas Hundido en profundo sueño! Cuándo con Hermán reias De mi necia estupidez! Cuándo mi nombre tal vez. Y tu suerte maldecias! Y por qué? ¿qué te hice yo Para aborrecerme así? Riqueza y nombre te di, ¿Ya lo has olvidado? Selfia.— (Con firmeza

No.

Reque,—; Recuerdas que en orfandad Hubieras siempre gemido; Que sin mi hubieras vivido En profunda obscuridad: Que yo me compadecí De aquel tu penar doliente, Y lleno de amor, tu frente Con mi diadema ceñi? Y cuál es el galardón Que tú me has dado, Sofia? Una mancha en la honra mia, Sobre mi timbre un borrón! Ah! si no la grambud, Palsa y traidona mujer, Te debieran contener El deber y la virtud; Mas todo lo has olvidado: Cubres de oprobio tu nombre, ¿Por qué? por seguir à un hombre, A un vil y obscuro soldado. 🚜a.—Basta, duque, basta ya, Que no alcanza el sufrimiento;

Cue no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muente al momento,
Dios después nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido defincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrirme de rubor.
Fui á una cita; ¿pero vos
No sabeis á lo que fui?
A decir á Hermán: De aquí
Huye: para siempre adiós!
que.—; Cuánto henoismo!

Sofia.— Bien sé Que crédito no me dais: De mi virtud os burleis.

Duque.— (Con more

Digo que estoy convencido
De vuestra lealtad, señora,
Y lo vais á ver ahora;
Injusto con vos he sido;
Mas un momento de error,
¿Quien no lo tiene, Sofía?
Ya vereis en este dia
Cómo pago tanto amor:
Porque or es posible ya
Dudar de que me amais, no;
¡Quien más dichoso que yo!
Tu espaso te pagará
Ese cariño.

Sofia. --Señor. Basta; dejad la ironia: Sé cuál es la suerte mia: La sufriré con valor. ¿Creeis que temerá morir Ouien ha llamado á la muerte Tres años, porque su suerte Era Borar y sufrir? Si, daque, la vida mia Era un cterno tormento. Y anhelaba este momento Como el fan de mi agonía. Y puesto que cerca estoy De nocar la eternidad, Oye, duque, la verdad, Oye, a decirtela vov.

En dichosa quietud, en dulce calma, Bajo del techo paternal vivia: Un dulce porvenir me sonreia, Un porvenir de dichas y de amor, Ese guarrero que l'amais obscuro, Y hoy teneis en prisiones aherrojado, Era un mancebo noble y esforzado, Idolo de mi ardiente corazón. Le amé, señor, le amé desde la infancia, Fué de mi juventud el dulce ensueño. Y juré hacerle de mi mano dueño, Como era dueño de mi pura fe. las para ser más digno de mi afecto. Fue à l'alestina en busca de la gloria, En su pecho llevando y su memoria, La imagen ; ay! de su adorado bien. Vos entretanto por designacia mia Me minasteis, (momento realhadado! V de pasión fatal arrebatado, A mi padre dinsteis vuestro amor. el pobre anciano, proximo á la tumba, temiendo que Hermán no volvería, Vuestro amor escucho con alegría: Ay! tu cariño joh padre! te cegó. dil veces me propuso vuestro enlace, mil veces le dijo el labio mio Que no era dueña vo de mi albedrío: Que era mi corazón sólo de Hermán. 🛂 insistió, vo resistí, v un día..... Os accordars? sto vida se apagaba, ante mis pies, llorando se arrastraba vo juré cumplir su voluntad. II, lo juré; mas desde aquel instante No supe más de mi; yo fui arrastrada

Y ante mis pies, llorando se arrastraba.... Sun sabetr lo que el labio pronunció. Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble se (ñora!

lurasteis ante Dios ser sólo mía. Sofia.—A la luz de una fúnebre bujia, One alumbraba una estancia de dolor. Si, lo recuerdo como ensueño horrible; Recuerdo que mi frente toqué luego, Y una diadema me encontre de fuego Que me quemaba la convulsa sien. Y comprendi lo que jurado había, Y (blastemé, ; perdoname, Dios Santo) V fui al altar y le regué con llanto, Y á vivir infeliz me resigné! Ali! vos visteis mis lagrimas amargas, Y me cubristeis de diamantes y oro: "Al fin, dijisteis, calmara su lloro El título pomposo que le doy." Te engañastes joh duque! tus riquezas, Las riquezas de un rey, ¿qué fueran (: mada

Para el alma que está despedazada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazon mis joyas ocultaban
Per hornb'es tormentos carcomido:
Mi habitación magnifica, ¿qué ha sido?
Una prisi m; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ; oh duque! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado;
Oh! no lo consegui; mas no he faltado
Por un instante solo á la virtud.
Duque.—Calla, calla, mujer; ¿ya no re

Que yo estaba alli oculto, y te veia? Que el cruzado tus manos oprimia. Que en un semblante el júbilo brilló? Oh! yo se bien que las mujeres usan De mágicas palabras que adormecen: Que inocentes y paras aparecen, Luando el crimen está en su corazón. Mas no me engañarás, no; de tu amante erás rodar primero la cabeza: lu moriras después. Sofia. --Y con firmeza Arrostrar esa muerte me verás: Porque soy inocente: porque sólo En otta vida mi esperanza fundo: l'orque un mar de dolor es este mundo, 🗶 mi puerto hallaré en la eternidad. Pero si aliguna vez te fut querida, Escucha joh duque! mi postrer acento, Mi ultimo ruego evitame el tormento De ver morir al infeliz Herman: Concédeme, señor, que yo primero Baje á la tumba, y en aquel instante lo rogaré por ti, y en mi semblante

(agradezco l'anta bondad; mas no la necesito; Vereis morir à Hermán, os 'o repito, l' en vuestro acerbo l'anto gozaré; Tú no sabes, mujer, lo que sufria Cuando en el panque oculto os contempla (ba!

Mi corazón la fiebre devoraba Euando las nuestras de tu amor miré.

El perdón de tu crimen mirarás.

Duque.—; Perdón! (perdón! señora,

Sosia.—Señor, señor, ¿mi muerte no es (bastante

A saciar vuestra furia?

Duque. — No, señora.

Schia.—A vuestros pies una mujer que (llora,

¿No hallará ni este rasgo de piedad?

Duque.....

Duque. — Dejadme; vuestro ruego

Más y más mi furor; el ruego es vano:

No hay piedad para ti.

Sofia.— Pues bien, tirano,

Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.—Oh! ya llega tu amante con su

(hermano,

¿ No palpira tu seno de ternura? Sofía.—¿ Tienes, destino atroz, más amar-

(gura

Que verter en mi pobre corazón? No puedo más; las fuerzas me abandonan: Hasta las fuentes de mi amargo llanto Agotadas están. Dios justo y santo! No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, CUSTAVO (con cadenas.) JORGE, GUARDIAS

Her.—Aqui está santo Dios! vuelvo á (mirarla! Duque.—Llegad, noble y valiente caba-(llero: Digno soldado de la cruz, miradla: He aquí de vuestro amor el dulce objeto.

Venid, venid, para enjugar el llanto De este ángel de bondad.... pero, ¿ qué es

(esto?

¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.... ¿Se ha apagado tan prontio el dulce fuego De aquel amor ardiente, inextinguible?... ¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?.... ¿Un valiente guerrero así se abate? ¿No teneis que decir?

Que te desprecio. Her.—

Duque.—¿Y nada más?

Que te desprecio, duque: Her.— Que tu ironia y tu ademán soberbio, Con el que está cargado de prisiones, Es muy digno de ti. Buen caballero, Es más diestra tu lengua que tu mano: Manda, tirano, manda que estos hierros Me quiten un instante; al campo vamos; Soles alli los dos, y cuerpo á cuerpo Calderón - 53

Nos batinemos, y verás entonces
Quién tiembla de los dos: ¿asi tan presto
Has olvidado, duque, que mi mano
De la tuya saltar hizo el acero?
To perdoné la vida, miserable:
Eres cobarde, duque, y te desprecio.
Duque.—A una casualidad debiste el

A una casualidad, ;viven los cielos!
Si fueras tú mi igual, si fueras noble.
Yo lidiara contigo en campo abierto.
Y alli la fuerza vieras de mi brazo,
Y el filo alli probaras de mi acero;
Pero el que entra de noche en mi castillo.
Su edad, su nombre y condición fingiendo:
El que intenta robarme asi la esposa,
De la profunda moche en el silencio,
Debe morar en un cadalso infame.
No cual mueren los nobles caballeros:
Si, morirás, y morirá contigo,
De tu pasión el criminal objeto.
Her.—; Criminal I; criminal I; oh! no la ul-

Duque; tu esposa un ángel es del cielo. Es la misma virtud: en este instante Solemne para mi, por el Eterno, Juno que es inocente, sí, lo juro: De mi vida en el último momento Lo tornaré á jurar: salva su vida, Sálvalla, duque, sólo yo soy reo: Yo, sí, que á arrebatártela venía, Porque desde la infancia un juramento Nuestras almas ligó: lazo sagrado, Que tus riquezas, tu poder inamenso,

Un "si" arrancando en medio de un delicio, Nada bastó á romperle, porque el ciclo Grabó el amor on nuestras tiernas almas, Con caracteres de imborrable fuego. Duque.—; Oh! yo lo borraré! la losa fria De tu sepulcro apagará ese incendio; Y lo que no ha podido la distancia, Ni el deber, ni el transcurso de los trempos, La muerte alcanzara. Her. -No, de la tumba A la región celeste volaremos, Y allí de Dios en la presencia alugusta, De aquel Dios que en nuestra (levendo, De aquel Dios, ante el cual el ono es polivo, Y la grandeza de los hombres viento. Premio dulce hallara nuestro martirio, Y alli por siempre à unimos volveremos. Y tú, Sofía, pura como el ángel Que gira en vorno al trono del Eterno, Alza tu frente dandida v sublime: No temas el morir. Sofia .--:Ah! no lo temo: La muerte es mi consuelo, mi esperanza: Si, morir juntos, mi único deseo; Pero verte sufrir joh! no es posible, Herman; no tengo para tanto, esfuerzo.

(mismo La cuchilla fatal en nuestros cuellos. Duque. — ¿ No te lo dije ya? soy inflexible. Jorge, vuelve à llevar los prisioneros: Que arroglen los negocios de su alma:

Duque! ;Senor! que caiga à un tiempo

Un cuarto de hora sólo les concedo: Cuando suenen las once en el castillo, Cumpla el verdugo su deber. Entiendo. Jorge.— (Sofia corre hacia Hermin: Jorge y los guardias se lo impiden.) Her. — Adiós, Sofia. Hermán! á mi llevadme, Sofia.---Arrastradme con él! Her.— : Pesados hijernos l Ah! si mis brazos estuviesen libres! Duque. — Separadlos. Confundante los ciclosi-Heτ.— Vanios, Gustavo. (:Oh madre mia! Gus — ¿Ouién te consolará? Jorge,---Her.— Marchenios. (Se van)

ESCENA V.

FL DUQUE, SOFIA (Se pasca muy agitada: loego se encara al duque, con la sourisa de la desesperación)

Sofia.—; Estás contento ya?

Duque.—

(Con calma.)

Lu estaré pronto

Sofía.—Yo también lo estaré, porque los

(cielos

Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento: Sí, pronto moriré; pero tú, duque, De tu riqueza y tu esplendor en medio, ¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra Te seguirá, y en tonno de tu lecho Nuestros espectros clamarán: "¡Vengan-(za!"

Y al fin nos venigará el remordimiento.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.—Señor: á vuestro castillo, Una miserable anciana De llegar acaba alhora, Y pide que á vuestras plantas Arnojarse le permitan.

Duque.—En una ocasión muy mala Pide audiencia: despedidla; Vuelva otro día, mañana, Hoy á nadie escuchar quiero.

Paje.—Es urgente y de importancia Lo que tiene que deciros, Según se expresa.

Duque.— Por mi alma
Que es muy necia esa mujer.
Haced que pase á esta sala.
(Se va el paje.)

Oigámosla brevemente.
Paje.—Entrad ya, señora.
Ida.— Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida.—Permitud que de rodillas....
Duque.—Levantad, buena mujer.
¿En qué os puedo complacer?
Ida.—Pronto lo sabreis, señor.
Duque.—Sentaos.

Ida.— Asi lo haré.
Ponque estoy muy fatigada:
Es muy larga la jornada
Que he tenido que hacer hoy.
Duque Sed breve muer que tenso

Duque. Sed breve, mujer, que tengo Poco tiempo de escucharos.

Ida: - Procuraré no cansaros: Ya empiezo mi narración, A algunas millas de aqui, Hace tiempo que existia Una joven, que vivia En su tranquila mansión. Sus padres eran honrados. Pero pobres; su ventura Se cifraba en la hermosura De la hija de su amor. : Plobre niña: la inocencia Sobre su frente brillaba. Y la risa se ostentaba En su labio encantador. Era hermosa como el cielo. Y como el cielo era pura;

Mas jay! por su desventura
Un señor noble la vió.
La vio, y en su seno ardiente
Latró el corazón malvado,
De un amor desenfrenado,
Y hacerla suya juro.
Y con la risa en los labios,
Un amor puro mintiendo,
Poco a poco seduciendo
Fué su noble corazón.

Que fué un infame aquel hombre Que fué un infame aquel hombre Que fingió su estado y nombre l'ara cubrir su intención?
Y ella la pobre, inocente,
Alma de cándido mño,
Aquel mentido cariño
Sedujo su corazon.
Timida, sin experiencia,
Sin mundo....; desventurada!
Fué por el noble burlada.

ruque.— (Con agitación.) ;Dios mío!

Horrib'e traición!
No es esto todo; el malvado,
Ya que consiguió su intento,
Huyó, dejando el tormento
En el pecho que rompió:
Huyó, y dejó á la infelice
Con su verguenza y su luto,
Y en su triste vientre el fruto
De aquel desdichado amor.

(Observándelo)

¿Temblais, señor? Duque.—

(Con interes.)

Proseguid.

Ida.--La joven desventurada Echó al mundo una mirada, Y vio verguienza y dolor: En lo pasado, recuerdos De virtud y de ventura; En lo presente, amargura: En el porvenir....;oh Dios! ¿Concebis, señor, la suente De esta infelice? gemia, Y su nacer maldecia, Y del cielo blastemó. Una noche....; noche horrible! Las estrellas no brillaban. Los huracanes bramaban. Todo era espanto y horror l La joven en su vergiienza, Loca, ciega, delirando, Huyó, su casa dejando. La casa donde nació; Donde sus padres ancianos Con su cariño vivian, Y otro lujo ; ay Dios! no tenian Que aliviase su dolor! Donde dormian tranquilos Junto á su hija descansando. Tal vez con ella soñando. Y ella.... |cmiserable, huyó!.... Y all despentar los ancianos V la infeliz llamarian;

Miseros! no encontrarian Sino el lecho que dejó. El lecho humilde en que un día Tranquilo sueño gozaba, Cuando su alma pura estaba, Sin crimen su corazón. ¿Llorais?

Duque.— (Con mucha turbación.)

Seguid, buena anciana,

Seguid esa triste historia.

(Es un sueño....; oh!; qué memoria!....

Seguid, anciana, por Dios.

Ida.—La pobre joven en tanto, Sin recursos, sin abrigo, Ni un hermano, ni un amigo En quien hallar compasión: Sus cabellos en desorden Errando á merced del viento, Con el rostro macillento, Devorado el corazón. Lejos de su patrio suelo, De puerta en puerta buscaba Un pobre pan, que regaba Con lágrimas de dolor. En tanto el tiempo pasaba, Y llegó pet fin el día En que dar á luz debía La causa de su rubor. En una triste cabaña, Sin más testigo que el cielo, Llorando, en el frío suelo Un triste niño nació. Y el angelito de hambre

Junto à la madre gemia.....; Ay! la madre no tenia Leche que darie.....

Dhoue.— Que horror! Ida.—Y sangre en vez de alimento Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.)

Puque.— ¡Dios mío! Ida.—Hasta que en el suelo frío La triste madre cavó!

Duque. Esa historia es espanitosa, Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera. Duque—Proseguid...; de qué maner :.... Decid lo que sucedió.

Kia --- Un thombre, ó más bien, un áng 🗸 Por alli entonices pasaba: Ovó al miño que lloraba, Y en la trisre choza entró. Este hombre, este hombre benéfico Miró á la madre espirante, Y al tierno misero infante, Y todo lo comprendió. Este hombre de bondad lieno, Volvió á la vida la madre. Y al niño sirvió de padre, Y con la joven se untó. Dios bendijo las virtudes Del amable y buen espeso, Y otro hijo el ciclo piadoso Renigno le concedió. Pero Dios escrito habia lin el libro del destir 🤸

Que la esposa en su camino
Hallara siempre dollor.
Y un funesto, horrible dia,
La muente con mano helada,
A la esposa desdichada
Su bienhechor le robó.
Juque.—; Infeliz! ¿sabeis el nombre
Que aquella mujer tenia?
Decidmelo.

Todavia No acabo mi narración. Esta mujer, esta madre, Halló en sus hijos consuelo, Angeles puros del cielo, Dignos de suerte mejor! Pero hay seres infelices Nacidos para el quebranto, 🧍 Amasados con el llanto, Marcados con el dolor. Esta madre desgraciada, En lo último de su vida Recibió una nueva herida. Herida la más atroz. Aquel noble, aquel malvado Que la arrastró liacia un abismo, El mismo, señor, el mismo, Sus hijos le arrebató: Sus hejos, que eran su escudo Sus hijos! (misera ameiana! Ya no los tendrá mañana; Todo para ella acabó. Mañana en misero lecho Morirà desesperada,

Sin tener la desgraciada A quien decirle un adios.

(Echándose á sus pies.)

A vuestras plantas la pido, Contra el malvado que ha sido Cansa de tanto dolor.

Duque.-Levántate y dime el nombre

De esa mujer, por tu vida.

Ida.— (Con firmeza.) Su nombre, señor, es..... ¡Ida!

Deque .- ¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque . - ; Cielos!

Ida. Comoceis la victima;

Mas no me habeis preguntado Yo vengo à pedir justicia; Por el nombre del malvado; Se llamaba. ...el duque Othón,

Duque.—; Cal a, calla! ven aqui, Déjame ver tu semblante.

Sofia. ; Gnan Dios!

Ida. - Yo fui vues ra amante:

Me reconoccis, señor? Dificil es en mi rostro Que reconozcais á Ida, Ya rugada, envejecida Por el tiempo y el dolor. Pero soy la misma.

Duque.— Si

Y aquel naño joh Dios! será....

Ida.—¿ Vuestro hijo?

Duque, -- Si, ¿dónde está?

Ida — En una obseura prisión. :Oh fatalidad horrible!

477
Su mismo padre inhumano Descarga lla cruda mano Solbre su hijo.
Sofia. — Eterno Dios!
Duque.—(Gritando con la mayor ansic- siedad.)
¡Jonge!; Jonge!; padre inicuo!
Jorgel ; Jorge! ; horrible dia!
¿Sená tiempo tiodavía?
¡Jorge!
Jorge.— (Salliendo.)
Mandadme, señor. Duque.—Vuela, suspéndase al punto
El suplicio.
(Se va Jorge.)
Ida.— ¿Qué hie escuchiado?
Conque lá mulerte condenado!
Duque.—; A muerte, à muerte! jqué horror!
Pero es tiempo todavía. No ha sonado la campana.
(Suena un reloj rejano, las once.)
Todos.— Ah!
Ída.— (Ĉae desmayada.)
Gran Dios!
(Después de un rato.)
Misera anciana, Todo para mí acabó.
(Gram pausa.)
Duque.—; Silencio! sillencio!; oid!
:Ah! si á tiempo habrá llegado
Jorge!; callad! se ha salvado. Miradle.
(Se olyen pasos á lo lejos, que se van

Ida.—

(Cayendo de rodillas.) Gracias, señor.

ESCENA VIII.

- Dichos, HERMAN, GUSTAVO, JORGE, GUARDIAS,

Her.— (Corriendo á sus brazos.) ¡Ah! ¿vos aqui, madre mia? Gus. ; Madre, madre! Ida. — ¡Hijos! ¡Dios bueno! : Ah! los estrecho en mi seno, Y to dudo todavia! [Ingrasos! dejarme asi En albandono profundo! Dejarme sola en el mundo Sin tener piedad de mit (Al duque.) Her. -: Perdón, madre! Y tú, tirano, ¿Por qué suspender ordenas El suplicio? Duque.— (Con calima.) Esas cadenas A él quitadle, y á su hermano. (Le quitan las cadenas.) Her,—, Qué escucho! ¿es un sueño? ¡Ma fdee A vos os debo el vivir? Ahl no; dejadme morir..... (Al duque).

Bárbaro....

Ida.—	Calla l ; es tu padre!	`
Her.—	(Pausa (Con sorpresa.)	•]
· Mi p	_ ·	
Duque.—		
į Lo d	rudas?	•
Her.—	¡Mi padre!¿vos?	
Ida.—Sí,	Hermán, tu padre.	
Her.—	Gran Dios!	
¿ Quer	reis burlaros de mí?	
	padre?; Es cierto, Sofía?	
Sofia.—Si	, Hermán: él tu padre es.	
	o, arrójate á sus pies.	
	rdón!(; Suleñas, allma mía:	"
•	(A los pies del duque.)	
; Perde	ón!	
4 •	(Levamtámidolo á sus brazos	.)
•	Herman, ven aqui:	
Hijo,	ya estás perdonado.	
	yo también te he ultrajado,	:
	perdonarás tú á mí?	:
	lo dudais? joh! mi frente	
	rin juicioabrasada!	. •
	ofía desgraciada!	:
Oh p	adre! ha sido inocente	•
Viuest	ra esposa; padre mio,	
No or	ha faltado lo into	
Por m	i madre; es ángel puro.	•
Duque.—1	Dios te bendiga, hijo mio.	
	madre! ¿soñando estoy?	
Oué	desdichada es mi suente!	
	amon! imi amor! la muerte!	
_	nuerte! já buscarla voy!	
	nadre! joh Gustalvo! adiós!	<i>.</i> ·
1 **		

Adiós, padrel adiós, Sofia l'Olvidad la pasión mía, Y sed venturcsa vos. Oh! yo no debo vivir! Vuelvo á la Tierra sagrada, Y alli una tumba ignorada Hallaré donde dormir.

Duque é Ida.—; Hijo!

Gus. Sofia. - : Hermán!

Her.— A ti confio

Nuestra triste madre, hermano: (De nodillas.)

Dadme á besar vuestra mano. Ida.—¿Te vas, te vas, hijo mio? Gus.—¿Te vas?

Her.— Para siempre, si:

Adiós, padre....Hemano....Madre. (Hermán va albrazando á todos cuando los nembra; va á albrazar á Sefía....se detiente y dice los últimos versos).

Ah!... tu amor para mi padre.

Y un suspiro para mi!

FIN.

INDICE.

	Pags.
Biografía del autor	V
POESIAS LIRICAS.	
El porvenir	3
A Amira	5
A una rosa marchita	7
La felicidad	9
La vuelta del desterrado	12
La risa de la beldad	15
A mi amada llorando	17
La despedida	19
A un amigo en mi ausencia	21
Los recuerdos	22
martine)	24
Invocación (Idem)	28
El veterano	30
Brindando á las Mexicanas el 16	00
	99
de Septiembre de 1837	33
A la juventud zacatecana	34

•	Fat
El soldado de la libertad	3.
El sueño del tirano	49
A R*** O*** en sus días	46
A la señorita Doña María de los	
	48
A. Z. G	
A la señora Marieta Albini	49
A Hidalgo	54
Himno patriótico	55
Poesías escritas en los aniversa-	
rios del Sr. D. Francisco Gar-	
cía	57
Una memoria	55
Brindis en un baile	6:
Brindando á unas señoritas	64
Adela (Romance)	6
Audeia (nomanee)	O.
OBRAS DRAMATICAS.	
ODRAG DRAMATICAS.	
El transcribination of another actual	04
El torneo (drama en cuatro actos).	84
A ninguna de las tres (comedia	106
en dos actos)	189
Ana Bolena (drama en cinco ac-	
tos)	29 3
Herman / la vuelta del cruzado	
(drama en tres actos)	405





Stanford University Library

Stanford, California

In order that others may use this book, please return it as soon as possible, but not later than the date due.

